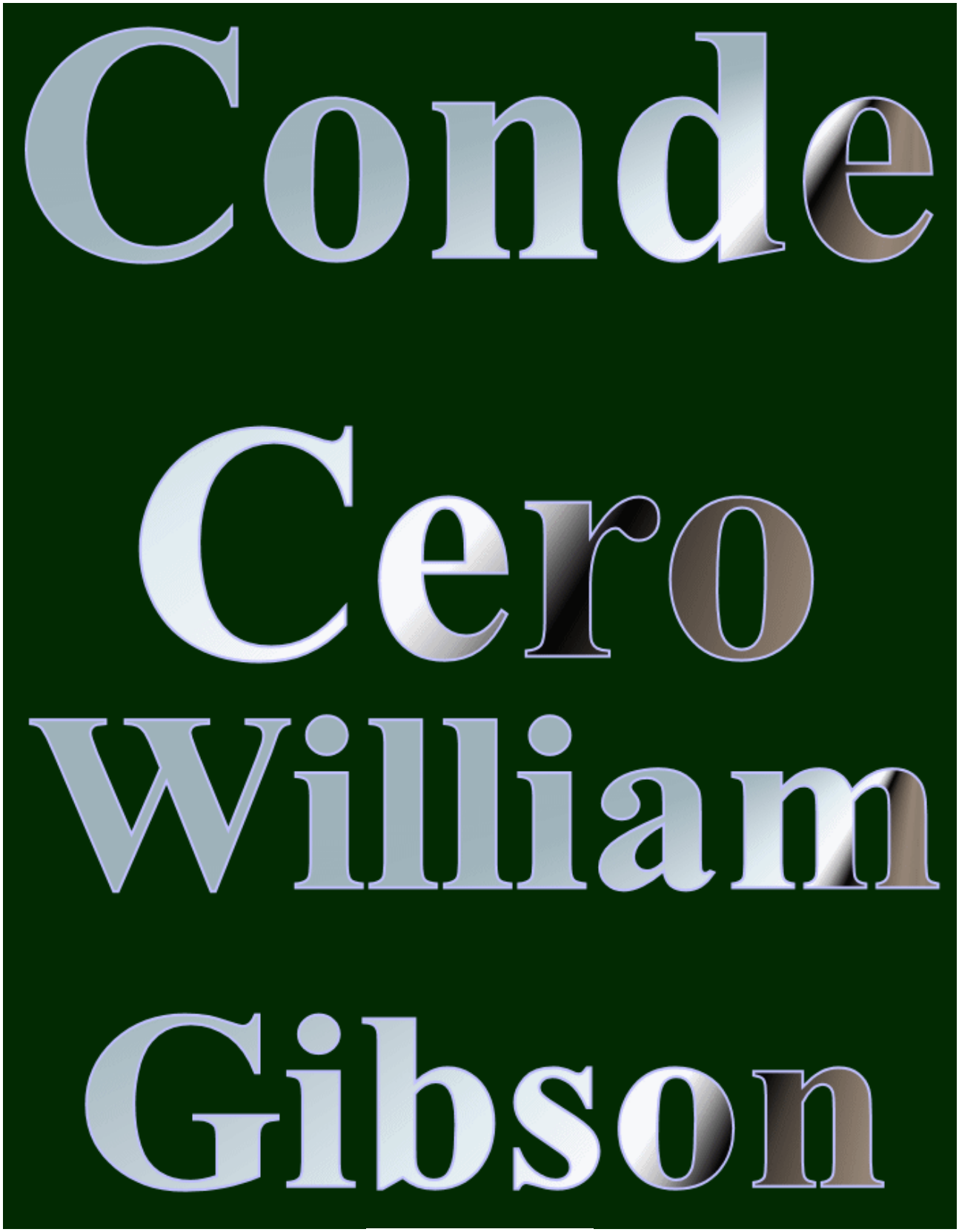
CONDE CERO
William Gibson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PARA MI D
Quiero hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos

NERUDA

INTERRUPCIÓN DE CUENTA A CERO: Al registrar una interrupción, disminuya el contador a cero.[1]

1. Un arma de funcionamiento fácil

Pusieron un sabueso explosivo para que lo siguiera en Nueva Delhi, programado con los feromonas y el color del pelo de Turner. Lo alcanzó en una calle llamada Chandni Chauk y se arrastró hasta el BMW alquilado a través de una selva de piernas desnudas y bronceadas y ruedas de taxis de tracción humana. El núcleo del sabueso era un kilogramo de hexógeno recristalizado y TNT en escamas.

No lo vio venir. Lo último que vio de la India fue la fachada de yeso rosado de un lugar llamado Hotel Khush-Oil.

Como tenía un buen agente, tenía un buen contrato. Como tenía un buen contrato, ya estaba en Singapur una hora después de la explosión. La mayor parte de él, en todo caso. El cirujano holandés hizo algunas bromas: cómo un porcentaje indeterminado de Turner no había logrado salir de Palam International en aquel primer vuelo y hubo de pasar la noche allí en un cobertizo, en una cubeta de cultivo.

El holandés y su equipo necesitaron tres meses para volver a armar a Turner. Clonaron un metro cuadrado de piel, cultivada en planchas de colágeno y polisacáridos de cartílago de tiburón. Compraron ojos y genitales en el mercado libre. Los ojos eran verdes.

Turner pasó la mayor parte de aquellos tres meses en una estructura de simestim de generación ROM: una infancia idealizada en la Nueva Inglaterra del siglo pasado. Las visitas del holandés eran sueños grises a la hora del alba, pesadillas que se desvanecían rápidamente cuando el cielo se aclaraba en la ventana del dormitorio del segundo piso. Podía oler las lilas, tarde en la noche. Leyó a Conan Doyle a la luz de una bombilla de sesenta vatios cubierta por una pantalla de pergamino estampado con veleros. Se masturbó envuelto en un olor a sábanas limpias de algodón, pensando en las chicas que animaban los encuentros deportivos. El holandés le abría una puerta en el fondo del cerebro y entraba a hacerle preguntas, pero en la mañana su madre lo llamaba a comer su cereal, huevos con tocino, café con leche y azúcar.

Y una mañana despertó en una cama desconocida, el holandés de pie junto a una ventana que rebosaba verde tropical y una luz que le hería los ojos. —Ya puedes irte a casa, Turner. Hemos terminado contigo. Estás como nuevo.

Estaba como nuevo. ¿Qué tan nuevo? No lo sabía. Tomó las cosas que el holandés le dio y se fue de Singapur. Su hogar era el siguiente aeropuerto, Hyatt.

Y el próximo. Y así siempre.

Siguió volando. Su ficha de crédito era un rectángulo negro espejado, bordeado de oro. La gente de los mostradores sonreía al verla, inclinaba la cabeza. Las puertas se abrían, se cerraban a sus espaldas. Las ruedas se separaban del hormigón armado, los tragos llegaban, la cena estaba servida.

En Heathrow una vasta masa de recuerdos se desprendió de un cuenco vacío de cielo de aeropuerto y cayó sobre él. Vomitó en un recipiente de plástico azul sin dejar de caminar. Cuando llegó al mostrador al final del pasillo, cambió su billete.

Voló a México.

Y despertó al ruido de cubos de acero rodando sobre baldosas, escobas barriendo agua, el cálido cuerpo de una mujer contra el suyo.

[1] Count zero, cuenta a cero, y, a la vez, Count Zero, Conde Cero. *(N. del traductor.)*

La habitación era una alta caverna. Yeso blanco y desnudo que reflejaba el sonido con demasiada claridad; en algún lugar más allá del bullicio de las mucamas en el patio matinal, el golpear de las olas. Las sábanas estrujadas entre sus dedos eran de cambray áspero, suavizado por incontables lavados.

Recordó luz de sol a través de una amplia superficie de ventana ahumada. Un bar de aeropuerto, Puerto Vallaría. Había tenido que caminar veinte metros desde el avión, los ojos entrecerrados para protegerse del sol. Recordó el cadáver de un murciélago aplastado como una hoja seca sobre el hormigón de la pista.

Recordó un trayecto en autobús, una carretera de montaña, y el olor a combustión interna, los bordes del parabrisas forrados de postales holográficas de santos en azul y rosa. Había ignorado el abrupto paisaje para contemplar una esfera de plexiglás rosado y la nerviosa danza del mercurio en su centro. La perilla coronaba el curvo tallo de acero de la palanca de cambios, algo más grande que una pelota de béisbol. Había sido moldeada alrededor de una araña agazapada de cristal transparente, hueca, llena a medias de azogue. El mercurio saltaba y se deslizaba cuando el conductor sacudía el autobús por curvas cerradas, para luego estremecerse en los tramos rectos. La perilla era ridícula, artesanal, funesta; estaba allí para darle la bienvenida a su regreso a México.

Entre la docena de microsofts que le diera el holandés, había uno que le permitiría un dominio relativo del castellano, pero en Vallarla había tanteado detrás de su oreja izquierda e insertado una espita contra el polvo en su lugar, ocultando conector y espita con un cuadrado microporoso del tono de su piel. Un pasajero cerca del fondo del autobús tenía una radio. Una voz interrumpía periódicamente el metálico sonido de la música pop para recitar una especie de letanía, hileras de cifras de diez dígitos, los números ganadores en la lotería nacional.

La mujer junto a él se movió en sueños.

Se irguió sobre un codo para mirarla. El rostro de una extraña, pero no el que su vida en hoteles le había enseñado a esperar. Hubiera esperado una belleza rutinaria producto de cirugías electivas y el inexorable darwinismo de la moda, un arquetipo cocinado a partir de los principales rostros de los medios masivos de comunicación de los últimos cinco años.

Algo del Medio Oeste en el hueso de la mandíbula, arcaico y norteamericano. Las sábanas azules estaban plegadas en torno a sus caderas, la luz del sol entraba inclinada a través de la persiana de madera marcándole los largos muslos con líneas diagonales de oro. Los rostros con los que despertaba en los hoteles del mundo eran como los ornamentos de las capotas de Dios. Rostros dormidos de mujer, idénticos y solos, desnudos, apuntando en línea recta hacia el vacío. Pero éste era distinto. De algún modo, ocultaba un sentido. Un sentido y un nombre.

Se incorporó, balanceando las piernas fuera de la cama. Las plantas de sus pies registraron la aspereza de arena de playa sobre baldosa fría. Había un tenue y penetrante olor a insecticida. Desnudo, la cabeza palpitándole, se levantó. Hizo que sus piernas se movieran. Caminó; probó la primera de las dos puertas: encontró baldosas blancas, más yeso blanco, un bulboso duchador cromado que pendía de un tubo manchado de óxido. Los grifos del lavamanos ofrecían idénticas gotas de agua tibia como sangre. Un arcaico reloj de pulsera descansaba junto a un vaso de plástico, un Rolex mecánico sujeto a una correa de cuero claro.

Las ventanas de postigo del baño no tenían vidrios, pero estaban cubiertas por una delgada malla de plástico verde. Miró hacia afuera por entre un entablillado de madera, frunciendo el ceño ante el límpido y ardiente sol, y vio una fuente seca de azulejos floreados y la oxidada carrocería de un VW Rabbit.

Allison. Así se llamaba.

Ella llevaba unos raídos shorts color caqui y una de sus camisetas blancas. Tenía las piernas muy bronceadas. El Rolex a cuerda, con su caja opaca e inoxidable, rodeaba su muñeca izquierda, montado en una correa de cuero de cerdo. Fueron caminando, descendiendo por la curva de la playa hacia Barra de Navidad. Se ciñeron a la estrecha franja de arena firme y mojada, fuera del alcance de la rompiente.

Ya compartían una historia: él la recordaba en un quiosco del mercado de techos de lata del

pueblecito, esa mañana; la forma en que sostenía con las dos manos el enorme jarro de barro lleno de café hervido. Rebañando huevos y salsa en el resquebrajado plato blanco de la tortilla, había visto las moscas rodeando los rayos de sol que se abrían camino a través de una maraña de palmas y paneles de material corrugado. Hablaron algo acerca del empleo de ella en cierto bufete de Los Angeles; de cómo vivía sola en una de las destartaladas aldeas flotantes de las afueras de Redondo. Él le contó que se dedicaba a la gestión de personal. O lo había hecho, en todo caso. —Es posible que esté buscando una nueva línea de trabajo...

Pero hablar parecía secundario frente a lo que había entre ellos; y ahora un rabihorcado volaba sobre sus cabezas, viró contra la brisa, se inclinó; giró, y se fue. La inconsciente libertad con que se deslizaba en el aire los estremeció. Ella le apretó la mano.

Una figura azul se acercaba por la playa, un policía militar dirigiéndose al pueblo, las negras botas perfectamente lustradas, irreales contra la suave y brillante arena. Cuando el hombre pasó a su lado, rostro oscuro e inmóvil tras los cristales espejados de sus gafas, Turner notó la carabina láser Steiner-Optic con mira Fabrique Nationale. Los pantalones azules estaban impecables, los dobleces como cuchillas.

Turner había sido soldado de derecho propio durante la mayor parte de su vida adulta, aunque nunca había llevado uniforme. Un mercenario al servicio de vastas organizaciones luchando encubiertamente por el control de economías enteras. Era un especialista en la extracción de investigadores y cuadros ejecutivos del más alto nivel. Las multinacionales para las que trabajaba nunca admitirían que hombres como Turner pudieran existir...

—Anoche te bebiste casi una botella de Herradura —dijo ella.

Él asintió. La mano de ella, en la suya, estaba tibia y seca. Él miraba cómo los dedos de sus pies se extendían en cada paso, el resquebrajado esmalte rosa de sus uñas.

Las olas rompían, sus bordes transparentes como cristal verde.

Las gotas de espuma sobre el bronceado de Allison.

Después del primer día juntos, la vida se transformó en una rutina sencilla. Desayunaban en el mercado, en un quiosco con un mostrador de hormigón tan liso por el desgaste que parecía mármol lustrado. Nadaban toda la mañana, hasta que el sol los empujaba de regreso a la frescura de las celosías del hotel, donde hacían el amor bajo las lentas aspas de madera del ventilador del cielo raso, y luego dormían. Por las tardes exploraban el laberinto de estrechas calles detrás de la Avenida, o hacían expediciones a pie por las colinas. Cenaban en restaurantes frente a la playa y bebían en los patios de blancos hoteles. La luz de la luna se rizaba en el borde de las olas.

Y poco a poco, sin palabras, ella le enseñó un nuevo estilo de pasión. Él estaba acostumbrado a que lo sirvieran, a recibir los anónimos servicios de hábiles profesionales. Ahora, en la caverna blanca, se arrodillaba sobre las baldosas. Bajaba la cabeza, lamiendo la sal del Pacífico mezclada con su propia humedad, el fresco interior de sus muslos contra las mejillas de él. Con las manos acunando sus caderas, la sostenía, la alzaba como a un cáliz, sus labios apretando con fuerza, mientras que con la lengua buscaba el lugar, el punto, la frecuencia que la llevase a casa. Luego, sonriendo, la montaba, la penetraba, y la seguía hasta allá.

A veces, después, él hablaba; largas espirales de frases borrosas que se desmadejaban para unirse al ruido del mar. Ella apenas si decía algo, pero, por poco que fuere, él había aprendido a darle importancia, y ella siempre lo abrazaba. Y escuchaba.

Pasó una semana, y luego otra. El último día él despertó en la misma habitación fresca, encontrando a la muchacha a su lado. Mientras desayunaba imaginó que sentía un cambio en ella, una tensión.

Tomaron sol, nadaron, y en la familiaridad de la cama olvidó el vago sentimiento de ansiedad. Por la tarde, ella sugirió que caminaran por la playa, hacia Barre, tal como lo hicieran aquella primera mañana.

Turner extrajo la espita contra el polvo del conector ubicado detrás de su oreja e insertó un microsoft de plata. La estructura del castellano se acomodó en él como una torre de cristal, portones invisibles apoyados en goznes del presente y futuro, condicional, pretérito perfecto. Dejándola en la habitación, cruzó la Avenida y entró en el mercado. Compró un cesto de paja, latas de cerveza,

bocadillos, fruta y, de regreso, un nuevo par de gafas de sol a un vendedor de la Avenida.

Su bronceado era oscuro y regular. Los remiendos rectangulares que le quedaran tras los injertos del holandés habían desaparecido, y ella le había enseñado la unicidad de su propio cuerpo. Por las mañanas, los ojos verdes que encontraba en el espejo del baño eran los suyos, y el holandés ya no perturbaba sus sueños con bromas sin gracia y una tos seca. Algunas veces, aún, soñaba con fragmentos de la India, un país que apenas conocía, astillas brillantes, Chandni Chauk, olor a polvo y pan frito...

Una cuarta parte de la longitud de la curva de la bahía los separaba de las paredes del hotel en ruinas. Aquí la corriente era más fuerte, cada ola que rompía, una detonación.

Ahora ella lo arrastraba hasta el agua, algo nuevo en las esquinas de sus ojos, una cierta tensión. Las gaviotas se dispersaron cuando llegaron de la mano por la playa para contemplar las sombras en los portales vacíos. La arena se había retirado, dejando al descubierto la estructura de la fachada, las paredes habían desaparecido y los pisos de los tres niveles colgaban como enormes tejas de torcidos y herrumbrosos tendones de acero del grosor de un dedo, cada uno de ellos recubierto con baldosas de color y diseño diferentes.

Sobre un arco de hormigón, escrito en infantiles mayúsculas formadas de conchas, se leía HOTEL PLAYA DEL M. —Mar —dijo él, contemplando la inscripción, aunque había retirado el microsoft.

—Ha terminado —dijo ella, pasando debajo del arco y penetrando en las sombras.

—¿Qué ha terminado? —La siguió, con el cesto de paja rozándole la cadera. Aquí la arena era fría, seca, huidiza entre los dedos de sus pies.

—Terminado. Acabado. Este lugar. Aquí no hay tiempo, no hay futuro.

Él la miró, miró más allá de ella, hacia donde los oxidados muelles de una cama se entreveraban en la unión de dos paredes en ruinas.

—Huele a orina —dijo—. Nademos.

El mar se llevó el frío, pero ahora había entre ellos una distancia. Se sentaron sobre una manta de la habitación de Turner y comieron, en silencio. La sombra de la ruina se hizo más larga. El viento movía el pelo de la muchacha manchado de sol.

—Me haces pensar en los caballos —dijo él por fin.

—Bueno —dijo ella, como si hablase desde las profundidades del agotamiento—, sólo hace treinta años que se extinguieron.

—No —dijo Turner—, su pelo. El pelo del cuello, al correr.

—Crines —dijo ella, y había lágrimas en sus ojos—. Mierda. —Sus hombros empezaron a sacudirse. Respiró hondo. Arrojó a la playa su lata vacía de Carta Blanca.— Eso, yo, qué importa. —Sus brazos rodeándolo otra vez.— Oh, vamos, Turner. Vamos.

Y al tiempo que ella se recostó, arrastrándolo consigo, advirtió algo, un barco, reducido por la distancia a un guión blanco, donde el agua se encontraba con el cielo.

Al incorporarse, mientras se ponía los téjanos recortados, vio el yate. Ahora estaba mucho más cerca, una elegante curva blanca cabalgando en el agua. Agua profunda. Aquí la playa debe de caer casi en vertical, a juzgar por la fuerza de las olas. Debía de ser por eso que la línea de hoteles terminaba donde terminaba, playa adentro, y por eso las ruinas no habían sobrevivido. Las olas habían desgastado sus cimientos.

—Dame el cesto.

Ella estaba abotonándose la blusa que él le comprara en uno de los desvencijados tenderetes que bordeaban la Avenida. Algodón mexicano azul eléctrico, mal hecha. La ropa que compraban en las tiendas apenas si duraba un día o dos.

—Que me des el cesto, dije.

Ella lo hizo. Escarbó entre los restos de aquella tarde y encontró sus binoculares debajo de una bolsa plástica de rodajas de pina empapadas de lima y espolvoreadas con cayena. Los sacó, un par de lentes compactos de combate de 6 X 30. Abrió las cubiertas incorporadas de los objetivos, desplegó los protectores oculares acolchados, y observó los estilizados ideogramas del logo de

Hosaka. Un bote inflable amarillo rodeó la popa y avanzó hacia la playa.

—Turner, yo...

—Levántate. —Metió a toda prisa la manta y la toalla en el cesto. Sacó la última lata ya caliente de Carta Blanca y la colocó junto a los binoculares. Se puso de pie, levantó a la chica de un rápido tirón y le dio el cesto.— Tal vez me esté equivocando —dijo—. Si lo estoy, vete de aquí. Corta por ese segundo grupo de palmeras. —Apuntó.— No regreses al hotel. Toma un bus, a Manzanillo o a Vallarla. Vuelve a casa. —Ya podía oír el ronroneo del fuera de borda.

Vio aparecer las lágrimas, pero ella no emitió sonido alguno al volverse y correr, más allá de las ruinas, sujetando el cesto, tropezando con un montículo de arena. No miró hacia atrás.

Entonces él se volvió en dirección al yate. El bote inflable saltaba sobre las olas. El nombre de la embarcación era *Tsushima, y* la había visto por última vez en la bahía de Hiroshima. Desde su cubierta había contemplado la puerta roja de Shinto, en Itsu-kushima.

No necesitó los binoculares para saber que el pasajero del bote sería Conroy, el piloto uno de los ninjas de Hosaka. Se sentó con las piernas cruzadas sobre la arena ya casi fría y abrió su última lata de cerveza mexicana.

Volvió la vista hacia la línea de hoteles blancos, las manos inertes sobre una de las barandillas de madera de teca del *Tsushima.* Detrás de los hoteles brillaban los tres hologramas del pequeño pueblo: Banamex, Aeronaves, y la Virgen de seis metros de la catedral.

Conroy estaba a su lado. —Trabajo rápido —dijo—. Tú sabes cómo es. —Conroy tenía una voz neutra desprovista de inflexiones, como si la hubiese copiado de un chip foniátrico barato. Su rostro era ancho y blanco, de un blanco cadavérico. Entrecerraba los ojos circundados por una línea oscura bajo unas greñas oxigenadas y echadas hacia atrás que dejaban al descubierto una ancha frente. Llevaba un polo negro y pantalones del mismo color.— Adentro —dijo, volviéndose. Turner lo siguió, bajando la cabeza para entrar por la puerta del camarote. Paredes blancas, pino claro y sin nudos: la elegante austeridad de las firmas de Tokio.

—No.

Conroy se instaló en un cojín bajo y rectangular de ultragamuza gris pizarra. Turner permaneció de pie, con los brazos colgando. Conroy tomó un inhalador de plata estriado de la mesa baja esmaltada que los separaba. — ¿Intensificador de Choline?

—No.

Conroy se llevó el inhalador a una de las fosas nasales y respiró hondo.

— ¿Quieres un poco de sushi? —Volvió a poner el inhalador sobre la mesa. — Pescamos un par de cuberas rojas, hace cosa de una hora.

Turner continuó de pie donde estaba, mirando a Conroy.

—Christopher Mitchell —dijo Conroy—. Biolaboratorios Maas. Su especialidad son las hibridomas. Está por pasarse a la Hosaka.

—Nunca he oído hablar de él.

—Tonterías. ¿Quieres un trago?

Turner sacudió la cabeza.

—El silicón está en retirada, Turner. Mitchell es el hombre que logró que los biochips funcionaran, y Maas tiene acaparadas las principales patentes. Eso lo sabes. Él es el hombre de los monoclónicos. Quiere salir. Tú y yo, Turner, lo vamos a mover.

—Creo que yo ya he dejado eso, Conroy. Lo estaba pasando bien, allá.

—Fue lo que dijo el equipo psiquiátrico en Tokio. O sea, no es precisamente la primera vez que sales del rollo, ¿verdad? Ella es una psicóloga de sondeos; trabaja para la Hosaka.

Un músculo comenzó a temblar en el muslo de Turner.

—Dicen que estás listo, Turner. Les preocupaba un poco lo de Nueva Delhi, y quisieron comprobarlo. Algo de terapia nunca hace daño, ¿no es así?

2. Marly

Ella se había puesto lo mejor que tenía para la entrevista, pero estaba lloviendo en Bruselas y no tenía dinero para un taxi. Caminó desde la estación de la Eurotrans.

Su mano, en el bolsillo de su única chaqueta de buena calidad —una Sally Stanley, pero comprada hacía casi un año—, era un nudo blanco alrededor del estrujado telefax. Una vez memorizada la dirección ya no lo necesitaba, pero parecía tan imposible soltarlo como salir del trance en el que estaba ahora, mirando fijamente el escaparate de una tienda cara que vendía ropa de hombre, alternando el foco de su atención entre las formales camisas de vestir de franela y el reflejo de sus propios ojos oscuros.

Sin duda alguna sus ojos bastarían para costarle el trabajo. No había necesidad del pelo mojado que ahora lamentaba no haber dejado que Andrea le cortara. Los ojos reflejaban un dolor y una inercia que cualquiera sería capaz de leer, y seguramente Herr Josef Virek, el menos probable de los empleadores potenciales, no tardaría en darse cuenta de estos detalles.

Cuando se le entregó el telefax no lo consideró más que una broma cruel, otra llamada molesta. Ya había tenido suficientes, gracias a los medios de comunicación; tantas, que Andrea había solicitado un programa

especial para el teléfono del apartamento, uno que filtraba las llamadas externas desde cualquier número que no figurase en su listado permanente. Pero eso, había insistido Andrea, tenía que haber sido el porqué del telefax. ¿De qué otra forma podía alguien contactarla?

Pero Marly había sacudido la cabeza y se había acurrucado dentro del viejo albornoz de Andrea. ¿Por qué querría Virek, coleccionista y mecenas, con su inmensa fortuna, contratar a la antigua encargada, ahora caída en desgracia, de una insignificante galería de arte parisiense?

Después le había tocado a Andrea sacudir la cabeza, en su impaciencia con la nueva Marly, la Marly Krushkhova *caída en desgracia*, que ahora paseaba días enteros en el apartamento, y que a veces ni siquiera se tomaba la molestia de vestirse. En París, el intento de venta de una sola falsificación no podía considerarse la novedad que Marly imaginaba, dijo. Si la prensa no hubiese estado tan ansiosa de demostrar que el asqueroso Gnass era realmente un tonto, prosiguió, el negocio apenas habría constituido noticia. Gnass era lo bastante rico, y lo bastante ordinario, como para convertirse en el centro del escándalo durante un fin de semana. Andrea sonrió. —Si hubieses sido menos atractiva, habrías recibido mucha menos atención.

Marly negó con la cabeza.

—Y la falsificación era de Alain. Tú eres inocente. ¿Has olvidado eso?

Marly fue al baño, todavía acurrucada en el deshilachado albornoz, sin contestar.

Bajo el deseo de su amiga de reconfortarla, Marly ya no podía sentir la impaciencia de alguien forzado a compartir un espacio muy pequeño con un invitado infeliz que además no pagaba los gastos.

Y Andrea había tenido que prestarle el importe del billete del Eurotrans.

Con un esfuerzo de voluntad consciente y doloroso, escapó al círculo de sus pensamientos y se entremezcló con el denso pero tranquilo flujo de serios compradores belgas.

Una chica de leotardos brillantes y chaqueta de lana excesivamente amplia que debía pertenecer a su novio, la rozó al pasar, despreocupada y sonriente.

En la esquina, Marly advirtió una tienda donde vendían ropa de una marca que había sido una de sus preferidas durante sus días de estudiante. Las prendas parecían imposiblemente jóvenes.

En su puño blanco y secreto, el telefax.

Galerie Duperey, 14 Rué au Beurre, Bruxelles.

Josef Virek.

En la fresca y gris sala de entrada de la Galerie Duperey, la recepcionista parecía haber echado raíces, como una planta adorable y sin duda venenosa, detrás de una reluciente placa de mármol sobre la que había un tablero esmaltado. Al aproximarse Marly, alzó unos ojos lustrosos. Marly imaginó el clic y el movimiento de obturadores, su maltrecha imagen enviada hacia algún lejano rincón del imperio de Josef Virek.

—Marly Krushkhoya —dijo, resistiéndose al impulso de sacar el rollo compacto de telefax y

alisarlo patéticamente sobre la fría e inmaculada superficie de mármol—. Vengo a ver al señor Virek.

—Fräulein Krushkhova —le dijo la recepcionista—, hoy Herr Virek no puede venir a Bruselas.

Marly miró los labios perfectos, consciente al mismo tiempo del dolor que aquellas palabras le causaban y del agudo placer que estaba aprendiendo a obtener de la desilusión. —Entiendo.

—Sin embargo, ha optado por llevar a cabo la entrevista a través de un enlace sensorial. Si quiere pasar por la tercera puerta a su izquierda...

La habitación era blanca y estaba vacía. De dos paredes colgaban hojas sin marco de lo que parecía cartulina manchada por la lluvia, perforadas por una variedad de instrumentos. *Katatonenkunst.* Conservador. El tipo de obra que una vendía a comités enviados por los consejos de administración de bancos comerciales holandeses.

Se sentó en una banqueta forrada en cuero y se permitió por fin soltar el telefax. Estaba sola, pero supuso que de una forma u otra la observaban.

—Fräulein Krushkhova. —Un joven vestido con delantal verde oscuro de técnico, estaba de pie en la puerta opuesta a la que ella había entrado. — Dentro de un momento, por favor, cruzará usted la habitación y pasará por esta puerta. Por favor, tome la perilla lentamente, con firmeza, y de forma tal que permita un máximo' contacto con la palma de su mano. Entre con cuidado. La desorientación espacial debería ser mínima.

Ella lo miró, parpadeando.

—Cómo...

—El enlace sensorial —dijo antes de retirarse, y la puerta se cerró tras él.

Ella se puso de pie, intentó dar forma a las húmedas solapas de su chaqueta, se tocó el pelo, lo pensó dos veces, respiró hondo, y cruzó el umbral. La frase de la recepcionista la había preparado para la única clase de enlace que conocía: una señal de simestim transmitida vía Bell Europa. Supuso que se pondría un casco tachonado de dermotrodos; que Virek se valdría de un observador pasivo a modo de cámara humana.

Pero la fortuna de Virek pertenecía a otra escala de magnitud totalmente distinta.

Al cerrar los dedos sobre la fría perilla de bronce, ésta pareció estremecerse, recorriendo un espectro táctil de textura y temperatura en el primer segundo de contacto.

Luego volvió a hacerse de metal, hierro pintado de verde, extendiéndose hacia adelante y hacia abajo, a lo largo de una línea de perspectiva, una vieja barandilla a la que ahora se aferraba perpleja.

Unas gotas de lluvia le golpearon el rostro.

Olor a lluvia y a tierra mojada.

Una confusión de pequeños detalles, su propio recuerdo de un bien regado picnic de la escuela de arte, luchando con la perfecta ilusión de Virek.

A sus pies se extendía el inconfundible panorama de Barcelona; el humo velaba las extrañas agujas de la iglesia de la Sagrada Familia. Se asió a la barandilla con la otra mano también, combatiendo el vértigo. Conocía este lugar. Estaba en el Parque Güell, la tierra encantada de Antonio Gaudí, que se erguía desolada tras el centro de la ciudad. A su izquierda, un gigantesco lagarto hecho de trozos de cerámica parecía congelado en medio de una rampa de áspera piedra. Su sonrisa-fuente regaba un cantero de flores cansadas.

—Está usted algo confundida. Le ruego que me disculpe.

Josef Virek estaba debajo de ella, sentado en el borde de uno de los serpenteantes bancos del parque, los anchos hombros encorvados dentro de un suave abrigo. Toda la vida ella había encontrado aquellos rasgos vagamente familiares. Por alguna razón recordó entonces una fotografía de Virek y el rey de Inglaterra. Él le sonrió. Tenía un cráneo grande y hermoso bajo un rígido cepillo de pelo gris oscuro. Sus fosas nasales estaban permanentemente dilatadas, como si inhalase vientos invisibles de arte y de comercio. Sus ojos, muy grandes tras las gafas redondas y sin montura, que constituían una imagen de marca, eran azul claro y, de un modo extraño, dulces.

—Por favor. —Con una mano estrecha dio unos golpecitos en el aleatorio mosaico de trozos de cerámica que cubrían el banco.— Debe usted perdonarme que dependa tanto de la tecnología. Hace más de una década que me encuentro confinado en la tina de un laboratorio. En algún repugnante

suburbio industrial de Estocolmo. O quizás del infierno. No soy un hombre sano, Marly. Siéntese junto a mí.

Respirando hondo, bajó los peldaños de piedra y atravesó el pavimento.

—Herr Virek —dijo—, yo lo vi a usted dar una conferencia en Munich, hace dos años. Una crítica sobre Faessler y su *autistiches Theater*. Entonces parecía usted estar bien...

—¿Faessler? —La bronceada frente de Virek se arrugó.— Usted vio un doble. Un holograma, tal vez. En mi nombre, Marly, se perpetran muchas cosas. Algunos aspectos de mi fortuna se han ido haciendo autónomos; a veces llegan a luchar entre sí. Rebelión en las extremidades fiscales. Sin embargo, por razones tan complejas como para ser totalmente ocultadas, el hecho de mi enfermedad nunca ha sido revelado al público.

Se sentó junto a él y bajó la mirada hacia el sucio pavimento entre las gastadas puntas de sus botas negras de París. Vio un fragmento de gravilla clara, un oxidado sujetador de papel, el pequeño y polvoriento cadáver de una abeja o avispón. —Es asombrosamente nítido y detallado...

—Sí —dijo él—, los nuevos biochips Maas. Debería usted saber —prosiguió— que lo que yo sé de su vida privada es casi tan detallado como eso. Y en algunos aspectos la conozco mejor que usted misma.

—¿De verdad? —Era lo más fácil, descubrió, concentrarse en la ciudad, escogiendo puntos de referencia que recordaba de una media docena de vacaciones estudiantiles. Allí, exactamente allí, estarían las Ramblas, loros y flores, las tabernas en las que se servía cerveza negra y calamares.

—Sí. Yo sé que fue su amante quien la convenció de que usted había encontrado un original perdido de Cornell...

Marly cerró los ojos.

—Él encargó la falsificación a dos talentosos estudiantes artesanos y a un prestigioso historiador que se encontraba en ciertos aprietos personales... Les pagó con dinero que ya había sustraído de su galería, de lo que usted sin duda se había percatado. Está usted llorando...

Marly asintió. Un frío dedo índice le golpeó la muñeca.

—Yo compré a Gnass. Soborné a la policía para que abandonara el caso. No valía la pena comprar a la prensa; rara vez lo vale. Y ahora, quizás, su ligera notoriedad podría representar una ventaja.

—Herr Virek, yo...

—Un momento, por favor. ¡Paco! Ven aquí, muchacho.

Marly abrió los ojos y vio a un niño de unos seis años, herméticamente enfundado en una oscura americana y pantalones cortos, calcetines claros, y abotonadas botas de charol negro. Una lisa franja de pelo castaño caía sobre su frente dibujando una nítida curva. Sostenía algo en sus manos, una caja.

—Gaudí comenzó el parque en 1900 —dijo Virek—.

Paco lleva el traje de la época. Ven aquí, muchacho. Enséñanos tu prodigio.

—Señor —balbuceó Paco, inclinándose, y dio un paso hacia adelante para exhibir lo que sostenía.

Marly fijó la mirada. Caja de madera lisa, tapa de cristal. Objetos...

—Cornell —dijo olvidándose de las lágrimas—. ¿Cornell? — Se volvió hacia Virek.

—Claro que no. El objeto insertado en ese fragmento de hueso es un biomonitor Braun. Esto es obra de un artista contemporáneo.

—¿Hay más? ¿Más cajas?

—He encontrado siete. En un lapso de tres años. La Colección Virek, verá, es una especie de agujero negro. La extraña densidad de mi fortuna arrastra a las obras más singulares del espíritu humano de un modo irresistible. Es un proceso autónomo, y en el que por lo general me intereso poco...

Pero Marly estaba ensimismada en la caja, en su evocación de distancias imposibles, de pérdidas y añoranzas. Era melancólica, dulce, y algo infantil. Contenía siete objetos.

El delgado hueso con estrías, sin duda conformado para el vuelo, debía provenir del ala de algún pájaro. Tres arcaicos circuitos impresos revestidos con laberintos de oro. Una pulida esfera blanca

de arcilla cocida. Un pedazo de encaje ennegrecido por el tiempo. Un segmento del largo de un dedo de lo que supuso sería el hueso de una muñeca humana, blanco grisáceo, hábilmente incrustado en el eje de silicón de un pequeño instrumento que originalmente quedaría al ras de la superficie de la piel; pero la esfera del objeto estaba gastada y ennegrecida.

La caja era un universo, un poema, congelado en las fronteras de la experiencia humana.

—Gracias, Paco.

Caja y niño desaparecieron.

Marly quedó estupefacta.

— Ah, perdón, he olvidado que estas transiciones son demasiado abruptas para usted. Ahora, sin embargo, debemos discutir su tarea...

—Herr Virek —dijo ella—, ¿qué es «Paco»?

—Un subprograma.

—Entiendo.

—La he contratado para que encuentre al creador de la caja.

—Pero, Herr Virek, con sus recursos...

—Entre los que ahora se encuentra usted, querida. ¿No quería un empleo? Cuando me enteré de que a Gnass lo habían engañado con un Cornell falso, vi que usted podría serme útil para esto. —Se encogió de hombros. — Le ruego que confíe en mi habilidad para obtener los resultados deseados.

—¡Por supuesto, Herr Virek! Y, sí, sí deseo trabajar.

—Muy bien. Recibirá un salario. Se le dará acceso a ciertas líneas de crédito, aunque si usted se viera en la necesidad de comprar, digamos, cantidades sustanciales de propiedad inmobiliaria...

—¿Propiedad inmobiliaria?

—O una corporación, o una nave espacial. En ese caso, usted solicitará mi autorización indirecta, que casi con seguridad le será otorgada. Aparte de eso, tendrá usted carta blanca. Le sugiero, sin embargo, que trabaje a una escala con la que se sienta cómoda. En caso contrario correría usted el riesgo de perder contacto con su intuición, y la intuición, en un caso como éste, es de una importancia crucial. —La famosa sonrisa rutiló para ella una vez más.

Marly tomó aire. —Herr Virek, ¿y si fracaso? ¿Cuánto tiempo tengo para ubicar a este artista?

—El resto de su vida —dijo él.

—Perdóneme —se encontró diciendo horrorizada—, ha dicho usted que vive en una... ¿tina?

—Sí, Marly. Y desde esa perspectiva un tanto terminal, le aconsejo que viva intensamente cada hora de su vida. No en el pasado, si me entiende. Se lo dice alguien que ya no puede tolerar ese estado elemental, ahora que las células de mi cuerpo han optado por la quijotesca búsqueda de caminos individuales. Supongo que a un hombre más afortunado, o más pobre, finalmente se le habría permitido morir, o ser codificado en el núcleo de alguna pieza de hardware. Pero me veo confinado por una bizantina red de circunstancias que requiere, tengo entendido, cerca de un décimo de mis ingresos anuales. Lo cual hace de mí, supongo, el enfermo más caro del mundo. Sus problemas sentimentales me emocionaron, Marly. Le envidio el buen estado de la carne de la cual provienen.

Y, por un instante, ella miró aquellos dulces ojos azules, y supo, con una instintiva certeza animal, que los desmesuradamente ricos ya no tenían nada de humanos.

Un manto de noche barrió el cielo de Barcelona, como la inesperada contracción de un vasto y lento obturador; Virek y Güell desaparecieron, y ella se encontró sentada de nuevo en la banqueta de cuero, mirando rasgadas láminas de cartulina manchada.

3. Bobby hace un wilson

Era algo tan sencillo, la muerte. Lo descubría ahora: sólo sucedía. Te descuidabas un segundo y ahí estaba, algo gélido e inodoro, abalanzándose desde las cuatro esquinas de la habitación, la sala de estar de tu madre en Barrytown.

Mierda, pensó. *Dos-por-Día se va a morir de rúa, primera vez que salgo y hago un wilson.*

El único sonido en la habitación era el tenue y sostenido entrechocar de sus dientes, espasmos

supersónicos de la retroacción que alimentaba su sistema nervioso. Observó el delicado temblor de su mano helada a centímetros del interruptor de plástico rojo que podía romper la conexión que lo estaba matando.

Mierda.

Había llegado a casa para en seguida concentrarse en aquello; introdujo el rompehielos que había alquilado a Dos-por-Día y conectó, buscando la base que eligiera como primer objetivo real. Supuso que aquélla era la manera de proceder: si quieres hacerlo, entonces *hazlo.* Hacía apenas un mes que tenía la pequeña consola Ono-Sendai, pero ya sabía que quería ser algo más que un simple salchichero de Barrytown. Bobby Newmark, alias Conde Cero; pero ya había terminado. Los espectáculos nunca terminaban así, nada más comenzar. En un show, la chica del héroe, o tal vez su socio, entraría corriendo, quitaría los trodos de un tirón y daría un manotazo al pequeño interruptor rojo de OFF. Para que te salvaras, para salvarte.

Pero ahora Bobby estaba solo, con su sistema nervioso autónomo dominado por las defensas de una base de datos ubicada a tres mil kilómetros de Barrytown, y él lo sabía. Había algo de alquimia en esa oscuridad inminente, algo que le permitió ver de soslayo la infinita deseabilidad de aquella habitación, con su alfombra color alfombra y sus cortinas color cortina, su sofá venido a menos, el anguloso marco cromado que soportaba los componentes de un módulo de entretenimiento Hitachi de seis años de antigüedad.

Había cerrado cuidadosamente esas cortinas preparándose para el viaje, pero ahora, de algún modo, parecía que podía ver hacia afuera, donde los edificios de Barrytown dibujaban la cresta de una ola de hormigón que rompería contra las oscuras torres de los Proyectos. Aquella ola de edificios estaba erizada de un delgado manto insectiforme de antenas y platos parabólicos, entrelazados con cuerdas de ropa colgada. A su madre le gustaba quejarse de eso; ella tenía una secadora. Él recordó sus nudillos blancos sobre la barandilla del balcón en imitación bronce, secas arrugas en el pliegue de su muñeca. Recordó a un niño al que sacaban del Gran Campo de Juego en una camilla de metal, muerto, envuelto en plástico del mismo color de un coche patrulla. Cayó y se golpeó la cabeza. Cayó. Cabeza. Wilson.

Su corazón se detuvo. Le pareció que caía hacia un costado, pateado como un animal en un dibujo animado.

Decimosexto segundo de la muerte de Bobby Newmark. Su muerte de salchichero.

Y algo se inclinó sobre él, una vastedad inconmensurable, venida de más allá de la frontera más lejana que hubiese conocido o imaginado, y lo tocó.

::: ¿QUÉ HACES? ¿POR QUÉ TE ESTÁN HACIENDO ESO?
Vozdeniña, pelomarrón, ojososcuros...
::: MATÁNDOME MATÁNDOME SÁCALO SÁCALO
Ojososcuros, estrelladeldesierto, camisetaarena, pelodechica...
::: PERO ES UN TRUCO, ¿ENTIENDES? SÓLO TE PARECE QUE TE ATRAPO. MIRA. AHORA ENTRO AOJJÍ Y YA NO ESTÁS LLEVANDO EL LAZO.

Y su corazón le dio un vuelco, quedó de espaldas, y pateó su almuerzo con sus rojas piernas de personaje de historieta, espasmo galvánico de pata de rana arrojándolo de la silla y arrancándole los trodos de la frente. Su vejiga cedió cuando golpeó la esquina del Hitachi con la cabeza, y alguien estaba diciendo mierda mierda mierda en el olor a polvo de la alfombra. No más vozdechica, no más estrelladeldesierto, fugaz impresión de viento frío y piedra erosionada por el agua...

Entonces su cabeza estalló. Lo vio con toda claridad, desde algún sitio muy lejano. Como una granada de fósforo.

Blanco.

Luz.

4. Marcando tarjeta

El Honda negro se mantuvo suspendido veinte metros sobre la cubierta octogonal de la ruinosa plataforma petrolera. Se acercaba el amanecer, y Turner podía distinguir el débil contorno en forma de trébol de la señal «peligro biológico» que indicaba el helipuerto.

—¿Hay peligro biológico ahí abajo, Conroy?

—Ninguno al que no estés acostumbrado —fue la respuesta.

Una figura en mono rojo hacía grandes gestos con los brazos al piloto del Honda. Las corrientes provocadas durante el aterrizaje arrojaban al mar desechos de material de embalaje. Conroy liberó el cierre de su arnés y se inclinó sobre Turner para abrir la escotilla. El rugido de los motores los castigó cuando la escotilla se deslizó para permitirles la salida. Conroy estaba golpeándole el hombro, haciendo frenéticos movimientos hacia arriba con la palma en alto. Apuntó hacia el piloto.

Turner salió y se dejó caer; la hélice era una mancha de trueno, y en seguida Conroy estuvo en cuclillas junto a él. Cruzaron el gastado trébol, encorvados y con ese modo de correr semejando cangrejos tan característico en los helipuertos, el viento del Honda golpeteándoles las perneras de los pantalones contra los tobillos. Turner llevaba una sencilla maleta gris moldeada de ABS balístico, su único equipaje; alguien se la había preparado, en el hotel, y lo había estado esperando a bordo del *Tsushima.* Un súbito cambio de tono le dijo que el helicóptero se estaba elevando. El Honda se alejó gimiendo hacia la costa, con las luces apagadas. Cuando el ruido se desvaneció, Turner pudo distinguir los gritos de las gaviotas y el oleaje del Pacífico.

—Una vez alguien trató de instalar aquí un paraíso informático —dijo Conroy—. Aguas internacionales. En aquel entonces nadie vivía en órbita, así que resultó lógico durante algunos años... —Comenzó a caminar hacia un oxidado bosque de vigas que sustentaban la superestructura de la plataforma.— Según un guión que me mostró la Hosaka, traeríamos a Mitchell hasta aquí, lo limpiaríamos, lo meteríamos en el *Tsushima* y a toda máquina hasta el viejo Japón. Yo les dije, olvídense de *esa* mierda. Si los de Maas se enteran pueden acabar con todo esto cuando les dé la gana. Yo les dije, aquella instalación que tienen en el D.F., ése es el lugar, ¿no? Hay muchas cosas que Maas no haría allí, no en pleno centro de la Ciudad de México...

Una figura emergió de las sombras, la cabeza distorsionada por las bulbosas gafas de un amplificador de imagen. Con las romas y apiñadas bocas de un lanza-flechas, Lansing les hizo señas para que siguieran adelante. —Peligro biológico —dijo Conroy mientras avanzaban—. Baja la cabeza aquí. Y ten cuidado, la escalera se hace resbalosa.

La plataforma olía a herrumbre y a abandono y a brea. No había ventanas. Las desteñidas paredes color crema estaban salpicadas de manchas de óxido que avanzaban. Cada tantos metros colgaban de las vigas del techo lámparas fluorescentes que proyectaban una horrible luz verdosa, a la vez intensa y hostilmente irregular. Había al menos una docena de personas trabajando en aquella sala central; se movían con la relajada precisión de los buenos técnicos. Profesionales, pensó Turner; sus miradas rara vez se encontraban y se hablaba poco. Hacía frío, mucho frío, y Conroy le había dado un enorme anorak cubierto de etiquetas y cremalleras.

Un hombre de barba, vestido con una cazadora de aviador de piel de cordero, estaba sujetando con cinta plateada unos tramos de fibra óptica a un tabique abollado. Conroy discutía en voz baja con una negra que llevaba un anorak como el de Turner. El técnico de barba levantó la vista de su trabajo y vio a Turner. —Mierda —dijo, aún arrodillado—, sabía que iba a ser grande, pero no que iba a ser tan duro. —Se levantó, limpiándose con un movimiento inconsciente las palmas de las manos en los vaqueros. Al igual que el resto de los técnicos, usaba guantes de cirugía.— Tú eres Turner. —Sonrió, dirigió una breve mirada a Conroy, y de un bolsillo de la cazadora sacó un termo de plástico negro.— Para que se te pase el frío. ¿Me recuerdas? Hicimos aquel trabajo en Marrakesh, un chico de la IBM que se pasó a la Mitsu-G. Le puse las cargas a aquel bus que tú y el francés metieron en el vestíbulo del hotel.

Turner tomó el termo, le quitó la tapa y lo llevó a los labios. Bourbon. Fuerte y amargo; sintió el calor esparciéndose más abajo del esternón. —Gracias. —Devolvió el termo y el hombre se lo metió en el bolsillo.

—Oakey —dijo el hombre—. Me llamo Oakey. ¿Te acuerdas ahora?

—Claro —mintió Turner—, Marrakesh.

—Wild Turkey —dijo Oakey—. Pasé por Schipol, le di al duty-free. Ese socio tuyo —otra mirada a Conroy— no descansa nunca, ¿verdad? Quiero decir, no como en Marrakesh, ¿verdad?

Turner asintió.

—Si necesitas algo —dijo Oakey—, sólo dímelo.

—¿Como qué?

—Otro trago, y tengo un poco de coca peruana, la que es bien amarilla. —Oakey sonrió de nuevo.

—Gracias —dijo Turner, viendo que Conroy le daba la espalda a la negra. Oakey se arrodilló rápidamente y comenzó a arrancar otra tira de cinta de plata.

—¿Quién era ése? —preguntó Conroy, tras conducir a Turner a través de una estrecha puerta cuyas hojas tenían deterioradas arandelas en los bordes. Conroy hizo girar la rueda que cerraba la puerta; alguien la había aceitado no hacía mucho.

—Se llama Oakey —dijo Turner mientras observaba la nueva habitación. Más pequeña, dos lámparas, mesas plegables, sillas, todo nuevo. Sobre las mesas, instrumental de algún tipo, bajo fundas de plástico negro.

—¿Un amigo tuyo?

—No —dijo Turner—. Trabajó para mí una vez. —Se acercó a la mesa más cercana y levantó una de las fundas.— ¿Qué es esto? —La consola tenía el aspecto anónimo y a medio terminar de un prototipo de fábrica.

—Una consola de ciberespacio Maas-Neotek.

Turner levantó las cejas. —¿Tuya?

—Tenemos dos. Una está allá. La envió la Hosaka. Es lo más rápido en la matriz, evidentemente, y en la Hosaka no pueden ni siquiera averiguar cómo están proyectados los chips para copiarlos. Una tecnología totalmente distinta.

—¿Las consiguieron por Mitchell?

—No dicen nada. El que las hayan soltado para darle a nuestros jockeys una ventaja, indica lo mucho que necesitan al hombre.

—¿Quién está en consola, Conroy?

—Jaylene Slide. Estaba hablando con ella ahora. —Movió la cabeza en dirección a la puerta.— El que está en la otra es de Los Ángeles, un muchacho llamado Ramírez.

—¿Son buenos? —Turner volvió a colocar la funda.

—Con lo que costarán, mejor que lo sean. Jaylene ha ganado mucho nombre en los últimos dos años, y Ramírez es su suplente. Mierda. — Conroy se encogió de hombros—, ya conoces a estos cowboys. Locos de remate...

—¿Dónde los conseguiste? ¿Dónde conseguiste a Oakey, por ejemplo?

Conroy sonrió. —Por *tu* agente, Turner.

Turner miró a Conroy, y asintió. Luego levantó el borde de la otra funda. Cajas de plástico y polietileno ordenadamente apiladas sobre el frío metal de la mesa. Tocó un rectángulo de plástico azul estampado con un monograma de plata: S&W.

—Tu agente —dijo Conroy mientras Turner abría el estuche. El arma descansaba sobre un moldeado lecho de espuma azul claro, un voluminoso revólver con un cargador grotesco que se abultaba bajo el corto cañón—. S&W Táctico, calibre 0.408, con un proyector de xenón —dijo Conroy—. Lo que él dijo que tú necesitarías.

Turner tomó el arma y con el pulgar tocó el interruptor de verificación de batería del proyector. Un diodo rojo encastrado en la empuñadura de nogal pulsó dos veces. Sacó el cilindro. —¿Municiones?

—Sobre la mesa. De carga manual, puntas explosivas.

Turner encontró un cubo transparente de plástico ámbar, lo abrió con la mano izquierda y extrajo un cartucho. — ¿Por qué me eligieron a mí para esto, Conroy? —Examinó el cartucho, y luego lo introdujo con mucho cuidado en una de las seis cámaras del cilindro.

—No lo sé —dijo Conroy—. Sentí que te tenían marcado desde el principio, para el momento en

que Mitchell avisara...

Turner hizo girar rápidamente el cilindro y de un golpe seco lo metió en canal. —Dije, «¿Por qué me eligieron a mí para esto, Conroy?». —Alzó el arma con las dos manos y extendió los brazos, apuntando directo a la cara de Conroy.— En armas como ésta, a veces, cuando la luz es buena se puede ver por el cañón y saber si la bala está allí.

Conroy hizo un ligero movimiento con la cabeza.

—O quizás puedes verla en una de las otras cámaras...

—No —dijo Conroy en voz baja—, de ningún modo.

—Tal vez los psiquiatras enloquecieron, Conroy. ¿Qué te parece?

—No —dijo Conroy, con el rostro lívido—. No lo hicieron, y tú no lo harás.

Turner apretó el gatillo. El percutor golpeó sobre una cámara vacía. Conroy parpadeó una vez, abrió la boca, la cerró, miró a Turner bajar la Smith & Wesson. Una solitaria gota de sudor rodó por su frente y se perdió en una ceja.

—¿Entonces? —preguntó Turner, con el arma al costado.

Conroy alzó los hombros. —No hagas esa mierda —dijo.

—¿Tanto me necesitan?

Conroy asintió. —Es tu show, Turner.

—¿Dónde está Mitchell? —Abrió de nuevo el cilindro y comenzó a cargar las cinco cámaras restantes.

—En Arizona. En una meseta a cincuenta kilómetros de la frontera de Sonora, en una arcología de alta investigación. Biolaboratorios Maas de Norteamérica. Hasta la frontera, son dueños de todo el sector, y la meseta está en el centro de la zona de rastreo de cuatro satélites de reconocimiento. *Muy* hermético.

—¿Y cómo se supone que vamos a entrar?

—No vamos a entrar. Mitchell va a salir por él mismo. Nosotros lo esperamos, lo recogemos y lo llevamos a la Hosaka intacto. —Conroy metió un dedo detrás del cuello abierto de su camisa negra y sacó un pedazo de cordel de nailon también negro, y luego un pequeño sobre de plástico del mismo color con un cierre velcro. Lo abrió cuidadosamente y extrajo un objeto; lo puso sobre la palma de su mano y se lo ofreció a Turner.— Aquí está. Esto es lo que envió.

Turner colocó el revólver sobre la mesa más cercana y tomó el objeto. Parecía un microsoft gris y abultado; en un extremo, una neuroconexión ordinaria, y en el otro, una extraña y redondeada forma que no se semejaba a nada que hubiera visto antes. —¿Qué es?

—Un biosoft. Jaylene se lo conectó, y según su opinión es el resultado de una IA: una especie de dossier sobre Mitchell, con un mensaje para la Hosaka enganchado al final. Será mejor que lo compruebes por ti mismo; te conviene enterarte cuanto antes del asunto.

Turner apartó la vista del objeto gris. —¿Qué efecto tuvo sobre Jaylene?

—Dijo que cuando lo hagas, mejor que estés acostado. No pareció gustarle mucho.

Los sueños mecánicos contienen un vértigo particular. Turner se acostó en el improvisado dormitorio sobre una placa nueva de espuma y conectó el dossier de Mitchell. Llegó lentamente; le dio tiempo a cerrar los ojos. Diez segundos después sus ojos estaban abiertos. Se agarró de la espuma verde y luchó contra la náusea. Cerró los ojos de nuevo... Volvió a apoderarse de él poco a poco una marea vacilante, no lineal, de hechos y datos sensoriales, una especie de relato expuesto en planos interrumpidos y yuxtaposiciones surrealistas. Era algo así como ir en una montaña rusa que pasaba como al azar de la existencia a la no existencia a intervalos de una rapidez imposible, cambiando de altitud, de ángulo y de sentido con cada pulsación de la nada, salvo por el hecho de que las variaciones no estaban relacionadas con ninguna orientación física, sino más bien con fulminantes alternancias en el sistema de símbolos y paradigmas. La información nunca había sido concebida para el acceso humano.

Los ojos abiertos, sacó de un tirón el objeto de su conector craneano. Tenía la mano pegajosa de sudor. Fue como despertar de una pesadilla. No de horror, donde los miedos tomaban formas sencillas y terribles, sino el tipo de sueño, mucho más perturbador, donde todo es perfecto y

horriblemente normal, y donde todo está absolutamente *mal*...

La *intimidad* del objeto era repugnante. Venció olas de cruda transferencia, invocando toda su voluntad para aplastar un sentimiento semejante al amor, la obsesiva ternura que un guardia llega a sentir por el sujeto de una prolongada custodia. Supo que días u horas después hasta el más ínfimo detalle del expediente académico de Mitchell podía aflorar a la superficie de su mente, o el nombre de una mujer, el perfume de su espeso cabello rojo, a la luz del sol, a través de...

Entonces se incorporó, golpeando con las suelas plásticas de sus zapatos la oxidada cubierta. Aún llevaba el anorak, y la Smith & Wesson, en un bolsillo lateral, se le incrustaba en la cadera.

Pasaría. El olor psíquico de Mitchell terminaría por desvanecerse, del mismo modo que la gramática española del lexicón se evaporaba después de cada uso. Lo que había experimentado no era otra cosa que un dossier de seguridad Maas, compilado por una computadora sensible. Volvió a guardar el biosoft en la pequeña cartera negra de Conroy, alisó el cierre velero con el pulgar, y se la colgó del cuello.

Tomó conciencia del ruido de las olas que golpeaban los flancos de la plataforma.

—Eh, jefe —dijo alguien desde más allá de la manta color caqui que cubría la entrada al área del dormitorio—, Conroy dice que es hora de que usted inspeccione la tropa; luego usted y él se marcharán. —El barbado rostro de Oakey apareció detrás de la manta. —De no haber sido por eso no lo habría despertado, ¿de acuerdo?

—No estaba durmiendo —dijo Turner, y se levantó, palpando en un gesto reflejo la piel que rodeaba el implante del conector.

—Lástima —dijo Oakey—. Tengo unos sellos que te hacen dormir una hora exacta; luego un pequeño golpe de un buen excitante, otra vez de pie, y listo para lo que salga, de verdad...

Turner meneó la cabeza. —Condúceme hasta donde está Conroy.

5. El trabajo

Marly se alojó en un pequeño hotel con plantas verdes en grandes tiestos de bronce y los corredores embaldosados como viejos dameros de mármol. El ascensor era una jaula con doradas volutas y paneles de palo de rosa que olían a aceite de limón y a cigarrillos.

Su habitación estaba en el quinto piso. Una alta ventana, el tipo de las que de verdad pueden abrirse, dominaba la avenida. Cuando el sonriente botones se hubo marchado, ella se dejó caer en un sillón cuyo tapizado de felpa contrastaba con la discreta alfombra belga. Abrió por última vez la cremallera de sus gastadas botas parisienses, se las quitó de un puntapié, y miró la docena de bolsas de plástico que el botones había dispuesto sobre la cama. Al día siguiente, pensó, compraría maletas. Y un cepillo de dientes.

—Estoy conmocionada —dijo dirigiéndose a las bolsas—. Debo tener cuidado. Ahora nada parece real. —Miró hacia abajo y vio que una de sus medias se había desgarrado en la punta. Sacudió la cabeza. Su bolso nuevo estaba sobre la mesa de mármol blanco junto a la cama; era de cuero negro, curtido hasta quedar grueso y suave como la mantequilla flamenca. Había costado más de lo que le hubiera debido a Andrea por su parte del alquiler de un mes, y era también el valor de una sola noche en aquel hotel. El bolso contenía su pasaporte y la ficha de crédito que le había sido entregada en la Galerie Duperey, respaldada por una cuenta a su nombre en una sucursal orbital del Nederlands Algemeen Bank.

Entró en el cuarto de baño y manipuló las palancas de bronce pulido de la gran bañera blanca. De un dispositivo de filtración japonés brotó silbando una columna de agua caliente. El hotel proporcionaba paquetes de sales de baño, tubos de cremas y aceites perfumados. Vació en la bañera uno de estos últimos a medida que ésta se llenaba y comenzó a quitarse la ropa, sintiendo una punzada de pérdida cuando arrojó la Sally Stanley al suelo. Hasta una hora antes, la chaqueta, que ya tenía un año, había sido su prenda favorita y tal vez el objeto más caro que hubiese poseído jamás. Ahora era algo para que se llevara el personal de la limpieza; lo más probable es que terminara en uno de los mercados de pulgas de la ciudad, el tipo de sitio donde había buscado gangas en sus tiempos de estudiante de Bellas Artes...

Los espejos se empañaron y comenzaron a gotear a medida que la habitación se iba llenando de un vapor perfumado, difuminando la imagen de su desnudez. ¿Era así de fácil en realidad? ¿La dorada ficha de crédito de Virek la había alejado de su infelicidad, trayéndola a este hotel donde las toallas eran blancas, gruesas y ásperas? Tenía conciencia de un cierto vértigo espiritual, como si temblara al borde de un precipicio. Se preguntó cuan poderoso podía llegar a ser el dinero, si una tuviera lo bastante, realmente lo bastante. Supuso que sólo los Virek de este mundo podían saberlo en realidad, y con toda seguridad eran funcionalmente incapaces de *saberlo;* preguntarle a Virek sería como interrogar a un pez para saber más acerca del agua. Sí, querida, está mojada; sí, querida, por cierto que es tibia, perfumada, limpia. Entró en la bañera y se acostó. Mañana se haría cortar el pelo. En París.

El teléfono de Andrea sonó dieciséis veces antes de que Marly recordase el programa especial. Aún estaría conectado, y este pequeño y costoso hotel de Bruselas no figuraría en la lista. Cuando se inclinó para volver a colocar sobre la mesa de mármol el microteléfono, éste tintineó una vez, suavemente.

—Un mensajero ha entregado un paquete, de la Galerie Duperey.

Cuando el botones —esta vez un hombre más joven, moreno y quizás español— se marchó, llevó el paquete hasta la ventana y lo hizo girar entre sus manos. Estaba envuelto en una sola hoja de papel artesanal, gris oscuro, doblado y dispuesto de esa misteriosa manera japonesa que no requería ni cola ni cordel, y que una vez que lo hubiese abierto, sabía que jamás sería capaz de volver a doblarlo. El nombre y la dirección de la Galerie estaban grabados en una esquina, y su nombre y el del hotel escritos a mano en el centro del paquete con perfectas letras cursivas.

Desdobló el papel y se encontró sosteniendo un holoproyector Braun nuevo y un sobre chato de plástico transparente. El sobre contenía siete etiquetas de holofichas numeradas. Más allá del diminuto balcón de hierro, el sol se ponía, pintando de oro la Ciudad Vieja. Oyó bocinas de coches y gritos de niños. Cerró la ventana y fue hasta un pequeño escritorio. El Braun era un liso rectángulo negro que funcionaba con baterías solares. Verificó la carga, tomó la primera holoficha del sobre y la introdujo.

La caja que viera en la simulación representada por Virek en el Parque Güell se abrió encima del Braun, brillando con la cristalina resolución de los mejores hologramas de calidad museística. Hueso y oro de circuito impreso, encaje muerto, y una pequeña, blanca y opaca esfera de arcilla amasada. Marly sacudió la cabeza. ¿Cómo podía alguien haber dispuesto estos desechos de forma tal que llegaran al corazón, ensartándose en el alma como un anzuelo? Pero entonces comprendió. Podía hacerse; lo sabía: había sido hecho hacía muchos años por un hombre llamado Cornell, quien también había fabricado cajas.

Luego miró hacia la izquierda, donde el elegante papel gris yacía sobre el escritorio. Había escogido este hotel al azar, cuando se había cansado de hacer compras. No había dicho a nadie que se alojaría en él, y por cierto a nadie de la Galerie Duperey.

6. Barrytown

Permaneció inconsciente cerca de ocho horas, según el reloj del Hitachi de su madre. Volvió en sí mirando la polvorienta esfera, y sintiendo un objeto duro bajo el muslo. La Ono-Sendai. Se dio la vuelta. Rancio olor a vómito.

Después estaba en la ducha, no del todo seguro de cómo había llegado hasta allí, abriendo los grifos sin haberse quitado la ropa. Arañó y apretó y se estiró la piel de la cara. Tenía la consistencia de una máscara de goma.

«Algo sucedió.» Algo malo, grande, no estaba seguro de qué.

Su ropa mojada se fue amontonando sobre el suelo de baldosas de la ducha. Por fin salió, fue hasta el lavabo y se apartó de los ojos el pelo mojado; examinó el rostro en el espejo. Bobby Newmark, ningún problema.

—No, Bobby, problemas. Tienes un problema... Con la toalla sobre los hombros, goteando agua,

atravesó el estrecho vestíbulo en dirección a su dormitorio, un pequeño espacio en forma de cuña al fondo del apartamento. Al entrar se encendió su unidad holoporno, media docena de chicas sonreían y lo miraban de reojo con evidente placer. Parecían estar más allá de las paredes de la habitación, en brumosas perspectivas de espacio verde azulado, con sus blancas sonrisas y sus jóvenes y firmes cuerpos brillando como neón. Dos de ellas se acercaron y comenzaron a acariciarse.

—Basta —dijo.

La unidad de proyección se apagó al instante con su sola orden; las chicas de ensueño desaparecieron. El aparato había pertenecido en un tiempo al hermano mayor de Ling Warren; los peinados y la ropa de las chicas estaban pasadas de moda, y eran ligeramente ridículos. Podías hablar con ellas y conseguir que se hiciesen cosas a sí mismas y entre ellas. Bobby recordaba tener trece años y estar enamorado de Brandi, la de los pantalones de látex azul. Ahora valoraba las proyecciones más que nada por la ilusión de espacio que eran capaces de generar en el improvisado dormitorio.

—Algo pasó, maldita sea —dijo, poniéndose los pantalones negros y una camisa casi limpia. Sacudió la cabeza—. ¿Qué? ¿Qué *mierda?* —¿Algún exceso de energía en la línea? ¿Algo que la Autoridad de Fisión no pudo controlar? Tal vez la base que intentara invadir había sufrido un extraño desperfecto, o había sido atacada desde otro punto..., pero le quedaba la sensación de haberse *encontrado* con alguien, alguien que... De un modo inconsciente extendió su mano derecha, los dedos abiertos, implorantes.— Mierda —dijo. Los dedos se cerraron en un puño. Luego lo recordó: primero, la sensación del objeto grande, el objeto *realmente* grande, buscándolo a través del ciberespacio, y después la impresión de una chica. Alguien moreno, delgado, escondido, extraña oscuridad luminosa llena de estrellas y viento. Pero cuando su mente fue en busca de ella, se escapó.

Hambriento, se puso las sandalias y se dirigió a la cocina, frotándose el pelo con una toalla húmeda. Al pasar por la sala, advirtió el ON acusador de la Ono-Sendai que lo miraba fijamente desde la alfombra. —Mierda. —Permaneció allí mordiéndose el labio. Todavía estaba en conexión. ¿Sería posible que aún permaneciese enlazada a la base que había intentado invadir? ¿Tendrían alguna forma de saber que no estaba muerto? No tenía idea. Pero de lo que sí estaba seguro era de que tendrían su número y todo el resto. No se había molestado en provocar los cortocircuitos que les hubiesen impedido un retroseguimiento.

Tenían su dirección.

Se olvidó del hambre, corrió al cuarto de baño y hurgó entre la ropa empapada hasta encontrar su ficha de crédito.

Tenía doscientos diez Nuevos Yens metidos en el mango hueco de plástico de un destornillador multibit. Con destornillador y ficha de crédito seguros en los téjanos, se puso su más viejo y pesado par de botas, y manoteó entre la ropa sucia que estaba debajo de la cama. Sacó una chaqueta de lona negra con al menos doce bolsillos, uno de los cuales era una especie de mochila a la altura de los riñones. Debajo de su almohada había un cuchillo japonés de lanzamiento con empuñadura naranja; lo guardó en un estrecho bolsillo de la manga izquierda de la chaqueta, cerca del puño.

Las chicas del holoporno se encendieron en el momento en que salía: — Bobby, Bobb-y, ven a jugar...

En la sala, desenchufó la Ono-Sendai del panel del Hitachi, enrolló el cable de fibra óptica y lo metió en un bolsillo. Hizo lo mismo con los trodos, y colocó la Ono-Sendai en el bolsillo-mochila de la chaqueta.

Las cortinas continuaban cerradas. Se sintió eufórico de nuevo. Se iba. *Tenía* que irse. Ya había olvidado la patética ternura que su roce con la muerte había generado. Con cuidado, separó las cortinas una pulgada, y miró hacia afuera.

Atardecía. Pocas horas después, las primeras luces comenzarían a parpadear en las oscuras moles de los Proyectos. El Gran Campo de Juego se abría como un océano de hormigón; los Proyectos se alzaban más allá de la ribera opuesta, vastas estructuras rectilíneas suavizadas por un aleatorio trazado superpuesto de balcones invernadero retractiles, acuarios de anguilas, sistemas de

calefacción solar, y las omnipresentes antenas parabólicas.

Dos-por-Día estaría allí ahora, durmiendo, en un mundo que Bobby nunca había visto, el mundo de una arcología de mentráfico. Dos-por-Día bajaba para hacer sus negocios, en especial con los salchicheros de Barrytown, y luego volvía a subir. A Bobby siempre le había parecido bueno, allá arriba: tantas cosas pasaban en los balcones por las noches, entre las rojizas manchas de las barbacoas, niños en ropa interior pululando como monitos, tan pequeños que apenas podías verlos. A veces cambiaba la dirección del viento y el olor a comida se instalaba sobre el Gran Campo de Juego; otras veces podías ver un ultraligero salir planeando de las azoteas de algún país secreto, tan alto, allá arriba. Y siempre el ritmo entremezclado de un millón de altavoces, ondas de música que palpitaban y se desvanecían hilvanándose en el viento.

Dos-por-Día nunca hablaba de su vida, del lugar que habitaba. Dos-por-Día hablaba de negocios o, para ser más sociable, de mujeres. Lo que Dos-por-Día opinaba acerca de las mujeres hacía que Bobby quisiera más que nunca salir de Barrytown, y Bobby sabía que los negocios iban a ser su billete de salida. Pero ahora necesitaba al traficante de un modo diferente porque ahora estaba totalmente perdido.

Tal vez Dos-por-Día era capaz de decirle lo que es taba sucediendo. No era de suponer que hubiese nada letal alrededor de aquella base. Dos-por-Día la había escogido para él, y luego le había alquilado el software necesario para acceder a ella. Y Dos-por-Día estaba preparado para colocar cualquier cosa que Bobby hubiera podido conseguir. Así que Dos-por-Día tenía que saber. Saber algo, por lo menos.

—Ni siquiera sé tu número, viejo —dijo a los Proyectos, dejando que las cortinas se cerrasen. ¿Debería dejar algo para su madre? ¿Una nota?—. A la mierda —dijo a la habitación detrás de él—, *fuera* de aquí —y salió por la puerta y caminó por el corredor, dirigiéndose alas escaleras—. Para *siempre* —añadió, abriendo de un puntapié una puerta de salida.

El Gran Campo de Juego parecía lo bastante seguro, salvo por la presencia de un descamisado barrendero absorto en alguna furiosa conversación con Dios. Bobby lo evitó dando un largo rodeo; gritaba y saltaba y cortaba el aire con golpes de karate. El barrendero tenía sangre seca en sus pies descalzos y los restos de lo que probablemente había sido un corte de pelo Lobe.

El Gran Campo de Juego era territorio neutral, al menos en teoría, los Lobes estaban vagamente confederados con los Gothicks; Bobby tenía sólidas afinidades con estos últimos, pero conservaba su estatus de independiente. Barrytown era un sitio arriesgado para ser independiente. Al menos, pensaba mientras la indignada monserga del barrendero se perdía a sus espaldas, las pandillas proporcionaban un mínimo de estructura. Si eras Gothick y los Kasuals te cortaban en rebanadas, había una razón. Tal vez las razones de base que los sustentaban fuesen absurdas, pero había reglas. Pero los independientes eran cortados en rebanadas por camorreros drogados, por lunáticos nómadas y depredadores que venían de sitios tan lejanos como Nueva York, como aquel Coleccionista de Penes del verano anterior, que guardaba sus trofeos en una bolsa de plástico metida en el bolsillo...

Bobby había estado intentando trazar un camino que lo sacara de este paisaje desde el día de su nacimiento, o por lo menos así lo sentía. Ahora, mientras caminaba, la consola de ciberespacio golpeaba contra su espalda. Como si ésta, también, lo instara a irse. —Vamos, Dos-por-Día —dijo a los Proyectos que se alzaban frente a él—, mueve el culo de una vez y aparece en el Leon's cuando yo llegue, ¿de acuerdo?

Dos-por-Día no estaba en el Leon's.

Nadie estaba allí, a menos que quisieras contar a León, que hurgaba los misterios interiores de un conversor mural con un sujetapapeles doblado.

—¿Por qué no consigues un martillo y golpeas el jodido chisme hasta que funcione? —preguntó Bobby—. El resultado sería el mismo.

León levantó la vista. Tendría entre cuarenta y cincuenta años, pero era difícil saberlo. No parecía pertenecer a ninguna raza en especial; o, según la luz, parecía ser de alguna raza a la que nadie más perteneciera. Gran cantidad de huesos faciales hipertróficos y una melena negra,

ensortijada y sin brillo. Su club pirata, instalado en un sótano, constituía desde hacía más de dos años una parte de la vida de Bobby.

León fijó en Bobby su estúpida mirada desconcertante de pupilas gris nacarado con una pizca de verde traslúcido. Los ojos de León hacían pensar a Bobby en ostras y esmalte de uñas, dos cosas en las cuales no le gustaba pensar demasiado cuando de ojos se trataba. El color era como el que podía utilizarse para tapizar **los** taburetes de un bar.

—Te digo que no podrás arreglar esa mierda sólo con manosearla —añadió Bobby, molesto.

León sacudió la cabeza y volvió a su exploración. La gente pagaba por entrar en el lugar porque León pirateaba kino y simestim de las redes de cable y emitía muchas cosas a las que los de Barrytown normalmente no podían acceder de otra forma. En la trastienda se hacían negocios y se aceptaban «donaciones» para tomar un trago: en particular licor de Ohio puro cortado con una bebida de naranja sintética que León utilizaba en cantidades industriales.

—Eh, León, dime... —comenzó Bobby otra vez—, ¿has visto a Dos-por-Día por aquí últimamente?

Los horribles ojos volvieron a alzarse y contemplaron a Bobby durante un lapso demasiado prolongado para su gusto.

—No.

—¿Tal vez anoche?

—No.

—¿La noche anterior?

—No.

— Ah. De acuerdo. Gracias. —No tenía sentido seguir molestando a León. En realidad, había muchas razones por las cuales no convenía hacerlo. Bobby miró a su alrededor, a la amplia y oscura habitación, las unidades simestim y las pantallas de kino apagadas. El club estaba formado por una serie de habitaciones idénticas, en el sótano de un edificio semirresidencial ubicado en una zona de viviendas unipersonales salpicada de industrias ligeras. Buena aislación acústica: casi nunca podías oír la música desde afuera. Muchas noches había salido del Leon's, con la cabeza saturada de ruido y pastillas, a lo que parecía un mágico vacío de silencio; los oídos le vibraban todo el camino hasta casa mientras cruzaba El Gran Campo de Juego.

Ahora disponía de cerca de una hora antes de que los primeros Gothicks empezaran a llegar. Los traficantes, más que nada negros de los Proyectos o blancos de la ciudad o de algún otro suburbio, no aparecerían hasta que hubiese un lote de Gothicks con quienes poder hacer negocio. Nada era peor para la imagen de un traficante que quedarse sentado esperando, porque eso era sinónimo de inacción, y no había ningún traficante de los duros que se quedase en el Leon's tan sólo por el placer de quedarse allí. Todo mierda de salchicheros, en el Leon's: tipos que pasaban el fin de semana con sus consolas baratas, mirando kinos japoneses acerca de rompehielos...

Pero Dos-por-Día no era así, se dijo mientras subía las escaleras de hormigón. Dos-por-Día estaba en camino. Estaba alejándose de los Proyectos, de Barrytown, del Leon's. En camino a la Ciudad. A París, quizás, o a Chiba. La Ono-Sendai le golpeó la columna vertebral. Recordó que la cassette rompehielos de Dos-por-Día aún estaba adentro. No quería tener que explicarle eso a nadie. Pasó junto a un quiosco de periódicos. Un fax amarillo de la edición de Nueva York del *Asahi Shimbun* estaba siendo proyectado tras una ventana de plástico en la pared espejada, un gobierno que caía en África, cacharros rusos en Marte...

Era en esa hora del día en que podías ver las cosas con mucha claridad, ver cada pequeño detalle a lo lejos: el verde de los retoños que comenzaban a brotar en las negras ramas de los árboles incrustados en el hormigón; el destello de acero en la bota de una chica a cien metros de distancia; como mirar a través de una especie de agua que facilitaba la visión, a pesar de lo oscuro que ya estaba. Se volvió y contempló los Proyectos. Allí había pisos enteros que estaban siempre a oscuras; o bien abandonados o las ventanas cubiertas con algo. ¿Qué haría la gente en esos lugares? Se lo preguntaría a Dos-por-Día, tal vez... Verificó la hora en el reloj del quiosco de Coca Cola. Su madre ya habría regresado de Boston, a tiempo para ver uno de sus teleteatros preferidos. Un agujero nuevo en su cabeza. Estaba loca, de todos modos, no había ningún problema con el conector que

llevaba desde antes del nacimiento de Bobby, pero hacía años que venía quejándose de la estática y la resolución y del flujo de sangre sensorial, así que por fin había conseguido el crédito para ir a Boston a que le hicieran un recambio barato. El tipo de lugar donde ni siquiera te daban una cita para una operación. Sólo entrabas y ya te lo encajaban en la cabeza... La conocía, sí, cómo solía entrar con una botella envuelta bajo el brazo, y sin siquiera sacarse el abrigo cruzaba la habitación y conectaba con el Hitachi, perdiéndose en un teleteatro durante seis horas enteras. Sus ojos se volvían vidriosos y a veces, si era un episodio realmente bueno, hasta babeaba. Cada veinte minutos, más o menos, lograba recordar y se bebía un pequeño trago de la botella.

Siempre había sido así, desde que él tenía memoria, deslizándose gradualmente con profundidad cada vez mayor en su media docena de vidas sintéticas, fantasías secuenciales de simestim acerca de las que Bobby había oído hablar toda su vida. Aún tenía la tenebrosa sensación de que algunos de los personajes que ella mencionaba eran parientes suyos, ricos y hermosos parientes que quizás aparecieran un día si tan sólo él no fuera una criatura tan miserable. Tal vez, pensó ahora, de algún modo había sido cierto: había estado conectada a esa mierda durante todo el embarazo; dijo que así había sido, de modo que él, el feto Newmark, acurrucado allí adentro, había reverberado durante unas mil horas acompañando las cadencias de *Gente Importante y Atlanta*. Pero no le gustaba pensar en el hecho de estar acurrucado en el vientre de Marsha Newmark. Lo hacía sentirse sudoroso y un poco enfermo.

Marsha-mamá. Sólo en el último año había empezado Bobby a comprender el mundo lo bastante bien —según lo advertía ahora— como para preguntarse cómo lograba ella manejarse aún en la vida, con todo lo marginal que ésta había devenido, con su botella y los fantasmas electrónicos como única compañía. A veces, cuando ella estaba con un determinado humor y había bebido los tragos suficientes, intentaba contarle historias acerca de su padre. Desde los cuatro años él había sabido que no eran más que cuentos, porque cada vez los detalles variaban; aun así, durante años se había permitido un cierto placer al escucharlos.

Encontró una playa de maniobras a unas pocas calles al oeste del Leon's, separada de la acera por un depósito de desechos recién pintado de azul; la pintura nueva brillaba sobre el acero lleno de abolladuras. Sobre el espacio pendía un tubo de halógeno. Encontró un cómodo saliente de hormigón y se sentó, cuidando de no golpear la Ono-Sendai. A veces lo único que podías hacer era esperar. Ésa era una de las cosas que había aprendido de Dos-por-Día.

El depósito desbordaba con una variada mezcla de desperdicios industriales. En Barrytown también había fabricantes al filo de lo legal, integrantes de la «economía en las sombras» que tanto les gustaba a los de las noticias, pero Bobby nunca les prestaba atención. Negocios. Todo se reducía a negocios.

En torno al tubo de halógeno las polillas dibujaban retorcidas órbitas estroboscópicas. Bobby miró sin ver mientras tres niños, de a lo sumo diez años, escalaban por la pared azul del depósito ayudándose de una sucia cuerda blanca de nailon y un anclaje improvisado que posiblemente había pertenecido alguna vez a *un* perchero. Cuando el último de los niños llegó a la cima y penetró en la vorágine de desechos plásticos, la cuerda fue rápidamente izada. La basura empezó a crujir y hacer ruidos.

Igual que yo, pensó Bobby, yo solía hacer eso, llenar mi cuarto de cuanta basura extraña encontraba. Una vez la hermana de Ling Warren descubrió el brazo casi entero de alguien, envuelto en plástico verde y atado con cinta elástica.

Algunas veces Marsha-mamá tenía arranques de religiosidad que le duraban un par de horas: entraba en la habitación de Bobby, arrasaba con sus mejores basuras y pegaba algún horrible holograma autoadhesivo encima de su cama. Tal vez Jesús, tal vez Hubbard, tal vez la Virgen María; para ella no tenía mucha importancia cuando le daba por ahí. Aquello solía sacar a Bobby de quicio, hasta que un día fue lo bastante grande para entrar en la habitación del frente con un martillo de punta roma y alzarlo sobre el Hitachi: te vuelves a meter con mis cosas y mato a tus amigos, mamá, a todos. Ella nunca lo volvió a intentar. Pero los hologramas adhesivos terminaron por surtir un cierto efecto en Bobby, porque ahora sentía que la religión era algo que él había considerado para luego desecharlo. Básicamente, así lo veía él, había gente por ahí que necesitaba esa mierda, y

suponía que siempre la había habido, pero como él no era uno de ellos, no la precisaba.

Uno de los chicos del depósito apareció de golpe; con los ojos entrecerrados rastreó el área más cercana antes de volver a perderse de vista. Se oyó un sordo ruido metálico, como si algo rechinase. Unas pequeñas manos blancas alzaron un abollado bidón de metal y lo dejaron caer sobre el borde, atado al extremo de la cuerda de nailon. Buen botín, pensó Bobby; podrían llevarlo a un chatarrero y ganar algo. Depositaron el bidón sobre la acera, a eso de un metro de las botas de Bobby; al tocar el suelo el objeto se dio vuelta y Bobby pudo ver el símbolo de seis cuernos que representaba peligro biológico. —Mierda —dijo, recogiendo las piernas en un movimiento instintivo.

Un chico se deslizó por la cuerda y sostuvo el bidón. Los otros dos lo siguieron. Vio que eran más jóvenes de lo que él había pensado.

—Eh —dijo Bobby—, ¿no sabéis que eso puede ser peligroso? Os podría dar cáncer o algo así...

—Ve a lamerle el culo a un perro hasta que sangre —aconsejó el chico que había bajado primero, mientras soltaban la cuerda, la enrollaban y, arrastrando el bidón, desaparecían detrás del contenedor de desechos.

Esperó durante una hora y media. El tiempo suficiente: en el Leon's ya se estaría cocinando algo.

Por lo menos veinte Gothicks posaban en la sala principal, como un rebaño de bebés de dinosaurio; las crestas de pelo laqueado temblaban y saltaban. La mayoría se aproximaba al ideal de los Gothicks: altos, delgados, musculosos, pero con un leve signo de demacrada crispación: jóvenes atletas en las primeras etapas de la tuberculosis. La palidez cadavérica era obligatoria, y el cabello negro por definición. Bobby sabía que a los pocos que no eran capaces de deformar sus cuerpos para adaptarse al patrón de la subcultura convenía evitarlos; un Gothick bajo era peligroso; un Gothick gordo, homicida.

Ahora podía verlos presumir y brillar como si todos ellos fuesen una sola criatura, viscoso moho de cuarteado cuero oscuro y espolones de acero inoxidable. La mayoría de los rostros eran casi idénticos: modelados para adaptarse a cercanos arquetipos sacados de bancos de kino. Escogió un Dean particularmente bien estudiado cuyo pelo ondeaba como la cresta nupcial de una lagartija nocturna. —Hermano... —comenzó Bobby, que no estaba seguro de conocerlo.

—Mi querido amigo —respondió el Dean con languidez, tenía la mejilla izquierda hinchada por un bolo de resina—. El Conde, cariño —comentó a su chica—, el Conde Cero, la interrupción a cero. —Una mano larga y pálida con una cicatriz reciente en el dorso pellizcaba el culo de la muchacha a través de la falda de cuero.—Conde, esto es lo mío. —La chica Gothick observó a Bobby con tibio interés, pero sin indicio alguno de reconocimiento humano, como si estuviese contemplando el anuncio de un producto del que hubiera oído hablar, pero que no pensaba adquirir.

Bobby escrutó la multitud. Alguno que otro rostro inexpresivo, pero ninguno que conociese. Dos-por-Día no estaba. —Oye —dijo en tono de confidencia—, vosotros que sabéis cómo van las cosas, estoy buscando a un íntimo amigo, un amigo de negocios —ante aquello, el Gothick sabiamente meneó la cresta— que se llama Dos-por-Día... —Hizo una pausa. El Gothick permaneció inmutable, haciendo chasquear su resina. La chica parecía fastidiada, incómoda.—Negocia software —añadió Bobby, alzando las cejas—, negro.

—Dos-por-Día —dijo el Gothick—. Seguro. Dos-por-Día. ¿Verdad, cariño? —Su chica sacudió la cabeza y apartó la mirada.

— ¿Lo conoces?

—Seguro.

—¿Viene esta noche?

—No —dijo el Gothick, y sonrió sin querer decir nada.

Bobby abrió la boca, la cerró, se obligó a asentir. —Gracias, hermano.

—Cualquier cosa por mi querido amigo —dijo el Gothick.

Otra hora, igual a la anterior. Demasiado blanco, blanco Gothick pálido como la tiza. Los brillantes ojos vacíos de sus chicas, los tacones de sus botas como agujas de ébano. Procuró no entrar en el salón de simestim, donde León proyectaba una extraña cinta de la jungla que te conectaba y

desconectaba con diferentes animales, repleta de escenas de acción en los árboles, y que desorientó un tanto a Bobby. Ahora tenía el hambre suficiente como para sentirse algo desfasado, o quizás era la resaca de lo que fuera que le había sucedido antes; le costaba concentrarse y sus pensamientos parecían derivar en extrañas direcciones. Como quién por ejemplo, había trepado a aquellos árboles llenos de víboras para grabar un par de esas especies de ratas para el simestim.

Los Gothicks estaban todos dentro, sin excepción. Se retorcían y pataleaban y en general se los veía totalmente identificados con las ratas arbóreas. El nuevo éxito de León, decidió Bobby.

Justo a su izquierda, pero fuera del alcance del simestim, había dos chicas de los Proyectos; tenían una elegancia barroca que contrastaba con el monocromo de los Gothicks. Largos abrigos negros de vestir que dejaban entrever ceñidos chalecos rojos de brocado de seda, enormes camisas blancas cuyos faldones les llegaban toas allá de las rodillas. Sus oscuros rasgos estaban escondidos bajo pamelas de cuyas alas pendían fragmentos de oro antiguo: alfileres, dijes, dientes, relojes mecánicos. Bobby las miró de soslayo; su ropa decía que tenían dinero, pero que alguien haría que te arrepintieses si intentabas ir tras él. En una oportunidad Dos-por-Día había descendido de los Proyectos vestido con un traje de terciopelo azul hielo con hebillas de diamantes en las rodillas, corno si no hubiese tenido tiempo de cambiarse de ropa, pero Bobby se había comportado como si el traficante llevara su habitual traje de cuero, porque suponía que una actitud cosmopolita era de crucial importancia al hacer negocios.

Trató de imaginarse a sí mismo acercándose a ellas, y diciéndoles de un modo casual: Eh, señoras, ¿conocen ustedes a mi buen amigo el señor Dos-por-Día? Pero eran mayores que él, más altas, y sus movimientos tenían una dignidad que lo intimidaba. Sin duda no harían más que reírse y de algún modo eso era lo último que quería.

Lo que sí quería ahora, y desesperadamente, era comer algo. Tocó su ficha de crédito a través de la tela de sus vaqueros. No tenía más que cruzar la calle y comprarse un bocadillo... Entonces recordó por qué estaba allí, y no le pareció muy inteligente utilizar la ficha. Si lo habían marcado, tras su intento de invasión de una base, a esta altura ya tendrían el número de su ficha; si la usaba, cualquiera que estuviese buscándolo en el ciberespacio lo identificaría de inmediato y lo haría tan visible en la retícula de Barrytown como una baliza en un estadio de fútbol a oscuras. Tenía su dinero en efectivo, pero con eso no podía pagar comida. No era ilegal poseerlo, era sólo que nunca nadie lo utilizaba con fines legítimos. Tendría que encontrar a un Gothick que tuviese una ficha, comprar crédito por un Nuevo Yen, probablemente con un interés sanguinario, y después hacer que el Gothick le pagase la comida. ¿Y cómo mierda se suponía que iba a obtener cambio?

Tal vez sólo estás asustado, se dijo. No sabía de seguro que le estuviesen siguiendo los pasos, y la base que había intentado penetrar era legítima, o al menos eso suponía. Por eso Dos-por-Día le había dicho que no tenía que preocuparse por el hielo negro. ¿Quién pondría programas letales de retroalimentación alrededor de un lugar donde se alquilaba kino pomo blando? El plan consistía en sacar unas horas de kino digitalizado, cosas nuevas que aún no habían llegado al mercado negro. Nadie querría matarte por hacer algo así...

Pero alguien había intentado hacerlo. Y algo más había sucedido. Algo totalmente distinto. Salió del Leon's y volvió a subir las escaleras. Era mucho lo que desconocía acerca de la matriz, pero nunca había oído hablar de algo tan extraño... Circulaban historias de fantasmas, por supuesto algunos salchicheros juraban haber visto cosas en el ciberespacio, pero él los tomaba por wilsons que en el momento de conectar ya estaban volados; podías alucinar en la matriz con tanta facilidad como en cualquier otro sitio...

Tal vez fue eso lo que sucedió, pensó. La voz era sólo parte de la muerte, quedar liquidado, alguna locura que tu cerebro vomitaba para que te sintieras mejor, y algo había sucedido en la fuente, tal vez un apagón en su sector de la red, de modo que el hielo había perdido el control sobre su sistema nervioso.

Tal vez. Pero no lo sabía. No conocía el terreno. Su ignorancia había empezado a carcomerlo últimamente, porque le impedía efectuar los movimientos que necesitaba. Nunca antes había pensado mucho en ello, pero en realidad no sabía demasiado acerca de nada en particular. De hecho, hasta el momento en que había comenzado a hacer de salchichero pensaba que sabía todo lo

que necesitaba saber. Y así eran los Gothicks, y era por eso que se quedarían aquí y se quemarían con sus drogas, o serían liquidados por los Kasuals, y el proceso de desgaste produciría el porcentaje adecuado de sobrevivientes necesarios para constituir la siguiente ola reproductora de Barrytown, los que comprarían apartamentos, y todo volvería a empezar.

Bobby era como un niño que había sido criado junto a un océano al que consideraba tan normal como el cielo, pero ignorándolo todo acerca de corrientes, rutas marítimas, o los pormenores del clima. En la escuela había utilizado consolas, juguetes que te llevaban a través de los confines infinitos de un espacio que no era tal, la increíblemente compleja alucinación consensual de la humanidad, la matriz, el ciberespacio, donde los enormes núcleos de las corporaciones ardían como novas de neón, tan llenos de datos que te sobrevenía una sobrecarga sensorial si intentabas aprender algo más que un leve esbozo.

Pero desde que se iniciara como salchichero, había logrado una idea de lo poco que sabía acerca de cómo funcionaban las cosas, y no sólo en la matriz. Desbordaba y te salpicaba, y había empezado a preguntarse, a preguntarse y a pensar. Cómo funcionaba Barrytown, qué hacía que su madre siguiera adelante, por qué los Gothicks y los Kasuals invertían toda su energía tratando de eliminar a los otros. O por qué Dos-por-Día era negro y vivía en los Proyectos, y qué hacía que eso fuese distinto.

Mientras caminaba, seguía buscando al traficante. Rostros blancos. Más rostros blancos. Su estomago había empezado a hacer un poco de ruido; pensó en el paquete nuevo de chuletas de trigo en el refrigerador de su casa, freirías con un poco de soja y abrir una caja de galletas de krill...

Al pasar junto al quiosco de Coca Cola miró otra vez el reloj. Con seguridad Marsha ya estaba en casa, sumida en las laberínticas complejidades de *Gente Importante*, la vida de cuya protagonista femenina había compartido a través de un conector desde hacía casi veinte años. El fax del *Asahi Shimbun* seguía desplegándose tras su pequeña ventana, y se acercó a tiempo para ver el primer informe sobre el bombardeo del Bloque A, Nivel 3, Covina Concourse Courts, Barrytown, Nueva Jersey...

Luego pasó, terminó, y siguió una noticia acerca de las exequias del jefe de los Yakuza de Cleveland. Estrictamente tradicional. Todo el mundo con su paraguas negro.

Siempre había vivido en el 503 del Bloque A.

La cosa enorme, cerrándose, aplastando a Marsha Newmark y su Hitachi. Y por supuesto el destinatario era él.

—Ahí hay alguien que no se pierde detalle —se oyó decir.

—¡Eh! ¡Querido amigo! ¡Conde! ¿Estás volado, hermano? ¡Eh! ¿Adonde vas?

Los ojos de los dos Deans girando para seguirlo mientras se echaba a correr aterrorizado.

7. La explanada

Conroy dirigió el Fokker azul fuera de la erosionada cinta de la carretera de preguerra y redujo la velocidad. La larga cola de gallo de polvo pálido que los siguiera desde Needles comenzó a asentarse; el aliscafo se hundió en su inflada bolsa neumática a medida que se detenían.

—Ésta es la ubicación, Turner. — ¿Qué pasó aquí? — Una superficie rectangular de hormigón se extendía hasta irregulares paredes de desgastados ladrillos de ceniza.

—La crisis económica —dijo Conroy—. Antes de la guerra. Nunca la terminaron. Diez kilómetros hacia el oeste hay subdivisiones enteras; no son más que retículas pavimentadas, ni una sola casa, nada. —¿Por cuántos está compuesto el equipo? —Nueve, sin contarte a ti. Y los médicos. —¿Qué médicos?

—Los de la Hosaka. Maas se ocupa de biotecnologías, ¿verdad? No hay forma de saber qué le pueden haber hecho a nuestro muchacho. Así que la Hosaka ha armado una pequeña unidad de neurocirugía completa a cargo de tres especialistas. Dos de ellos pertenecen a la compañía, y el tercero es un coreano que conoce la medicina negra de atrás para adelante. La cápsula médica es aquella larga —señaló—, techada a medias.

—¿Cómo hicisteis para instalarla?

—La trajimos de Tucson dentro de un buque cisterna. Fingimos un desperfecto. La sacamos y la desplegamos. Nos dio mucho trabajo. Alrededor de tres minutos.

—¿Maas? —preguntó Turner.

—Claro. —Conroy apagó los motores.— Son riesgos del oficio —dijo en el abrupto silencio—. Tal vez se les escapó. Nuestro hombre en el buque cisterna se sentó allí y comenzó a echarle la bronca al despachante de Tucson por la radio CB, preguntándole cuánto tardarían en arreglar el maldito conmutador calórico. Supongo que fue eso lo que interceptaron. ¿Se te ocurre una mejor manera de hacerlo?

—No. Si es que el cliente quiere el aparato in situ. Pero ahora estamos sentados en pleno centro de su área de rastreo...

—Corazón —Conroy dio un bufido—, quizá sólo paramos para echar un polvo. Interrumpimos nuestro viaje a Tucson, ¿no es así? Es el lugar perfecto. La gente se detiene aquí para mear, ¿sabes? —Consultó su negro reloj Porsche. —Tengo que estar allí en una hora, regresaré a la costa en helicóptero.

—¿La plataforma?

—No. Tu maldito jet. Pensé que me encargaría de eso yo mismo.

—Bien.

—Yo optaría por un avión Dornier System de efecto terrestre. Lo haría esperar en la carretera hasta que viésemos a Mitchell acercarse. Podría estar aquí para cuando los médicos hubieran terminado con él; lo metemos a bordo y despegamos hacia la frontera de Sonora...

—A velocidad subsónica —dijo Turner—. Ni hablar. Ya mismo estás saliendo para California a comprarme ese jet acrobático. Nuestro muchacho va a salir de aquí en un caza polivalente apenas obsoleto.

— ¿Has pensado en algún piloto?

—En mí —dijo Turner, y se tocó el conector detrás de la oreja—. Es un sistema interactivo totalmente integrado. Ellos te venderán el software para hacer la interfase y yo no tendré más que conectarme.

—No sabía que supieras volar.

—Y no sé; pero no es necesaria demasiada práctica para ir hasta Ciudad de México.

—Sigues siendo el muchacho rebelde, ¿verdad, Turner? ¿Sabes que se rumorea que alguien te hizo volar el miembro, allá en Nueva Delhi? —Conroy giró bruscamente para encararlo, sonrisa limpia y fría.

Turner tomó el anorak de detrás del asiento y sacó el revólver y la caja de municiones. Estaba poniendo el anorak otra vez en su lugar cuando Conroy dijo: —Quédatelo. De noche hace un frío del diablo.

Turner se inclinó hacia el pestillo, y Conroy puso en marcha las turbinas. El aliscafo se elevó algunos centímetros, balanceándose ligeramente cuando Turner empujó la portezuela y salió. El disco blanco del sol y el aire como terciopelo caliente. Sacó sus gafas oscuras mexicanas del bolsillo de la camisa azul de trabajo y se las puso. Llevaba zapatillas marineras blancas y unos pantalones de combate tropicales. La caja de balas explosivas iba en uno de los bolsillos del pantalón. Mantuvo el revólver en la mano derecha y el anorak enrollado bajo el brazo izquierdo. —Dirígete hacia el edificio largo —dijo Conroy sobre el ruido de las turbinas—. Te están esperando.

Saltó al resplandor calcinante del mediodía del desierto al tiempo que Conroy volvía a poner el Fokker en marcha y lo llevaba hasta la autopista. Miró como se alejaba hacia el este: una imagen distorsionada por la reverberación del calor.

Por fin desapareció, no se oía ruido alguno, ningún movimiento. Se volvió, de frente a las ruinas. Algo pequeño y de color gris piedra saltó entre dos rocas.

A unos ochenta metros de la autopista se elevaban las irregulares paredes. La explanada intermedia había sido una vez un estacionamiento.

Cinco pasos hacia adelante y se detuvo. Oyó el mar, las suaves explosiones de la rompiente. El arma estaba en su mano, demasiado grande, demasiado real; el metal se calentaba al sol.

No hay mar, no hay mar, se dijo, no lo puedo oír. Siguió caminando..., las zapatillas le

resbalaban sobre trozos de antiguos ventanales, salpicados de botellas marrones y verdes hechas añicos. Había discos oxidados que habían sido tapas de botella, rectángulos aplanados que habían sido latas de aluminio. Los insectos zumbaban entre matas de arbustos resecos.

Terminado. Acabado. Este sitio. No había tiempo.

Se detuvo otra vez, estirándose hacia adelante, como si buscara algo que lo ayudase a dar nombre a la cosa que en él se elevaba. Algo hueco...

La explanada estaba dos veces muerta. El hotel de playa en México había vivido una vez, al menos por una temporada...

Más allá del estacionamiento, a la luz del sol, los ladrillos de ceniza, baratos y sin alma, esperando.

Los encontró agazapados en la estrecha franja de sombra que ofrecía un tramo de muro gris. Tres de ellos; olió el café antes de verlos; el pote de latón esmaltado se balanceaba en precario equilibrio sobre la pequeña hornilla. La intención era que lo oliese, por supuesto; lo estaban esperando. En caso contrario, habría encontrado las ruinas vacías, y entonces, de algún modo, muy silenciosa y casi naturalmente, habría muerto.

Dos hombres, una mujer; resquebrajadas, polvorientas botas lejanas, dril tan brillante de grasa que sin duda ya era impermeable. Los hombres tenían barba, su pelo desaliñado atado en moños descoloridos por el sol con cintas de cuero sin curtir; la mujer tenía la cabellera partida al medio y estirada hacia atrás despejando un rostro arrugado y quemado por el viento. Una antigua motocicleta BMW estaba apoyada en la pared, cromo picado y pintura deteriorada y manchada con aerosol de camuflaje gris y arena.

Soltó la empuñadura de la Smith & Wesson, dejándola oscilar alrededor de su dedo índice, de modo que el cañón apuntara hacia arriba.

—Turner —dijo uno de los hombres, poniéndose de pie, con un destello de metal barato en los dientes—. Sutcliffe. —El deje de un acento probablemente australiano.

—¿Equipo de punta? —Miró a los otros dos. —De punta —dijo Sutcliffe, y hurgó en su boca con pulgar e índice, hasta sacar una amarillenta prótesis revestida de metal. Sus dientes verdaderos eran blancos y parejos—. Sacaste a Chauvet de la IBM para llevárselo a la Mitsu —dijo—, y dicen que sacaste a Semenov de Tomsk.

— ¿Es una pregunta?

—Yo trabajaba en seguridad para la IBM de Marrakesh cuando volaste el hotel.

Los ojos de Turner encontraron los del hombre. Eran azules, serenos, muy brillantes. —¿Eso es un problema para ti?

—Para nada —respondió Sutcliffe—. Sólo quise decir que te he visto trabajar. —Volvió a colocarse la prótesis.— Lynch —dijo, apuntando con la cabeza al otro hombre— y Webber —señalando a la mujer.

—Hacedme un resumen —dijo Turner, y entró en el retazo de sombra. Se puso en cuclillas, con el arma todavía en la mano.

—Llegamos hace tres días —dijo Webber—, en dos motos. Hicimos que se rompiera el eje de una de ellas, en caso de que necesitáramos un pretexto para acampar aquí. Hay una pequeña población flotante, motociclistas gitanos y miembros de sectas. Lynch caminó seis kilómetros al este con un carrete de fibra óptica y pinchó un teléfono...

—¿Particular?

—Una cabina —dijo Lynch.

—Enviamos una señal de sondeo —dijo la mujer—. Si no hubiera funcionado, lo habrías sabido.

Turner asintió. —¿Tránsito de entrada?

—Nada. Es estrictamente para el gran momento, sea lo que fuere. —Alzó las cejas.

—Es una defección.

—Así parece —dijo Sutcliffe, acomodándose junto a Webber, de espaldas a la pared—. Aunque el tono general de la operación, hasta ahora, sugiere que no es muy probable que nosotros los contratados lleguemos a saber a quién vamos a extraer. ¿Cierto, señor Turner? ¿O lo podremos leer

en los fax?

Turner lo ignoró. —Sigue, Webber.

—Cuando nuestro asentamiento inicial quedó instalado, el resto del equipo se fue filtrando poco a poco. El último nos avisó de la llegada de los japoneses.

—Eso fue una torpeza —dijo Sutcliffe—, demasiado obvio.

—¿Crees que podría habernos dejado al descubierto? —preguntó Turner.

Sutcliffe se encogió de hombros. —Tal vez sí, tal vez no. Nos movimos bien rápido. Fue una suerte tener el techo para esconderlo.

—¿Y los pasajeros?

—Sólo aparecen de noche —dijo Webber—. Y saben que los mataremos si tratan de alejarse más de cinco metros del aparato.

Turner miró a Sutcliffe. —Órdenes de Conroy.

—Las órdenes de Conroy ya no cuentan —dijo Turner—. Pero ésa sí. ¿Cómo es esta gente? —Médicos —dijo Lynch—, médicos piratas. —¿Y el resto del equipo?

—Levantamos un cobertizo con lona mimética. Duermen por turnos. No hay agua suficiente, y no podemos arriesgarnos mucho al cocinar. — Sutcliffe tomó la cafetera. — Tenemos centinelas apostados y periódicamente verificamos la integridad del enlace terrestre. —Vertió café negro en un jarro de plástico que parecía masticado por un perro.— Así que ¿cuándo empezamos la función, señor Turner?

—Quiero ver vuestras reservas de médicos amaestrados. Quiero ver un puesto de comando. No habéis dicho nada acerca de un puesto comando. —Todo listo.

—Muy bien. Toma. —Turner le dio el revólver a Webber. — A ver si puedes encontrarme alguna funda para esto. Ahora quiero que Lynch me muestre a esos médicos.

—Creyó que serías tú —dijo Lynch, escalando una baja pendiente de cascotes. Turner lo seguía—. Tienes una gran reputación. —Lynch, más joven, lo observó detrás de un flequillo de pelo sucio y manchado de sol.

—Demasiado grande —le dijo Turner—. Cualquier reputación lo es. ¿Has trabajado con él antes? ¿En Marrakesh? —Lynch se metió de costado por una brecha abierta en el muro de ladrillos de ceniza; Turner lo siguió de cerca. Las plantas del desierto olían a alquitrán; picaban y se prendían si las rozabas. Por un vacío, un boquete rectangular concebido como ventana, Turner atisbo rosadas cimas de montañas; luego Lynch comenzó a correr bajando una cuesta de gravilla.

—Seguro que trabajé para él antes —dijo Lynch, deteniéndose al pie de la cuesta. Un cinturón de cuero de aspecto antiguo colgaba por debajo de sus caderas, su pesada hebilla era una calavera de plata bruñida con una cresta de romas puntas piramidales—. Marrakesh... Eso fue antes de mi época.

—¿Connie también, Lynch?

—¿De qué me hablas?

—Conroy. ¿Trabajaste antes para él? Al grano: ¿estás trabajando para él ahora? —Turner bajó deliberadamente despacio, sin dejar de hablar; el suelo de gravilla crujía y se deslizaba bajo sus pies impidiéndole andar de prisa. Pudo ver el pequeño y delicado flechero enfundado bajo la chaqueta de dril de Lynch.

Lynch se mordió los labios, inmóvil. —Ese es un contacto de Sut. Yo no lo conozco.

—Ése es el problema de Conroy, Lynch. No sabe delegar responsabilidades. Le gusta tener a uno de los suyos allí desde el principio, alguien que observe a los observadores. Siempre. ¿Eres tú, Lynch?

Lynch sacudió la cabeza, el menor movimiento posible requerido para comunicar la negación. Turner estaba lo bastante cerca como para oler su sudor por encima del perfume a alquitrán de las plantas del desierto.

—He visto a Conroy arruinar dos extracciones de ese modo —dijo Turner—. Lagartijas y vidrio roto, Lynch. ¿Tienes ganas de morir aquí? —Turner alzó el puño a la altura del rostro de Lynch y lentamente extendió el dedo índice, apuntando hacia arriba. — Estamos en su área de

reconocimiento. Si un topo de Conroy transmite la más mínima señal, sabrán que estamos aquí.

—Si es que no lo saben ya.

—Correcto.

—El hombre que buscas es Sut —dijo Lynch—, no yo, y no me parece que sea Webber. — Negras y partidas uñas se alzaron para rascar distraídamente su barba. — Ahora bien, ¿me has traído aquí sólo para esta pequeña charla, o aún quieres ver a nuestro lote de japoneses?

—Vamos a verlos.

Lynch. El topo era Lynch.

Una vez, en México, años atrás, Turner había alquilado un módulo de vacaciones portátil, de energía solar y construcción francesa; su estructura, de siete metros, era como una mosca sin alas esculpida en metal pulido, y sus ojos como dos semiesferas de plástico fotosensible. Se sentó tras ellos al tiempo que un vetusto bimotor de carga ruso recorría la costa con el módulo entre sus mandíbulas, casi rozando las copas de las palmeras más altas. Depositado en una remota playa de arena negra, Turner pasó tres días de confortable soledad en la estrecha cabina forrada de madera de teca, alimentándose de comidas congeladas recalentadas en el horno de microondas, y duchándose, frugal pero regularmente, con agua fría. Los paneles de células rectangulares pivotaban siguiendo el sol, y había aprendido a saber la hora según su posición.

La unidad de neurocirugía portátil de la Hosaka parecía una ciega versión de aquel módulo francés, tal vez dos metros más larga, y pintada de marrón mate. Secciones de perforados ángulos de acero que habían sido recientemente soldados a lo largo de la mitad inferior del casco, sustentaban primitivos amortiguadores para diez ruedas de bicicleta calzadas con gruesos neumáticos rojos.

—Están durmiendo —dijo Lynch—. Si alguno de ellos se mueve, esto comienza a temblar. Quitaremos las ruedas cuando llegue el momento; por ahora preferimos mantenerlos bajo control.

Turner caminó despacio rodeando la cápsula marrón, advirtiendo el negro y lustroso tubo de desagüe que iba hasta un pequeño depósito rectangular instalado cerca de allí.

—Anoche tuvimos que vaciarlo, Dios mío. —Lynch sacudió la cabeza. — Tienen comida y un poco de agua.

Turner acercó el oído al casco.

—Es insonorizado —dijo Lynch.

Turner alzó los ojos hacia el techo de metal. La unidad de cirugía estaba escondida por más de diez metros de herrumbrosa techumbre. Láminas de metal, a esa hora lo bastante calientes como para freír un huevo. Hizo un gesto de aprobación. Aquel rectángulo caliente constituiría un factor continuo en el rastreador infrarrojo de la Maas.

—Murciélagos —dijo Webber, al darle la Smith & Wesson enfundada en una bolsa hombrera de plástico negro. El crepúsculo estaba lleno de ruidos que parecían venir del interior, chillidos metálicos y crepitar de insectos, gritos de pájaros invisibles. Turner metió la bolsa con el arma en un bolsillo de su anorak—. Si quieres mear, sube por ahí, junto a ese mezquite. Pero ten cuidado con las espinas.

—¿De dónde eres?

—Nuevo México —respondió la mujer, el rostro como madera tallada en la luz del ocaso. Se volvió y comenzó a alejarse en dirección al ángulo de paredes que cobijaban las lonas. Turner pudo distinguir allí a Sutcliffe y a un joven negro. Comían en recipientes de aluminio. Ramírez, el jockey de consola, el socio de Jaylene Slide. Un muchacho de Los Ángeles.

Turner contempló la curva del cielo, infinita, el mapa de estrellas. Es extraño cómo desde aquí puede verse más grande, pensó, y en órbita es sólo un vacío amorfo, donde la noción de escala pierde todo significado. Y estaba seguro de que esa noche no podría dormir, y vería la Osa Mayor girar para él y sumergirse en el horizonte, arrastrando su cola consigo.

Una ola de náusea y dislocación lo golpeó cuando las imágenes del archivo de biosoft irrumpieron en su mente sin aviso previo.

8. París

Andrea vivía en el Quartier des Ternes, donde su viejo edificio, como los otros de la calle, esperaba ser limpiado por los infatigables restauradores de la ciudad. Más allá de la oscura entrada, la débil luz de una cinta fluorescente de la Fuji Electric brillaba sobre una deteriorada pared de pequeñas casillas de madera, algunas de las cuales aún conservaban intactas sus puertas con ranura. Marly sabía que en otro tiempo los carteros introducían a diario la correspondencia por esas ranuras; había algo de romántico en la idea, aunque las casillas, con sus amarillentas tarjetas que antaño anunciaran el oficio de moradores ahora desaparecidos, siempre la habían deprimido. Las paredes del vestíbulo estaban cubiertas de abultados lazos de cables y fibra óptica; cada hebra era una pesadilla potencial para algún infeliz electricista. Al fondo, pasando una puerta de polvoriento cristal granulado, había un patio ruinoso, los adoquines brillantes de humedad.

Cuando Marly entró en el edificio, el conserje estaba sentado en el patio sobre una caja blanca de plástico que una vez había contenido botellas de agua de Evian. Aceitaba con infinita paciencia cada uno de los eslabones de la cadena de una vieja bicicleta. Levantó la vista al oír que ella subía las escaleras, pero no demostró ningún interés especial.

Las escaleras eran de mármol, opaco y gastado tras generaciones de inquilinos. El apartamento de Andrea estaba en el cuarto piso. Dos habitaciones, cocina y baño. Marly había venido aquí después de cerrar la galería por última vez, cuando ya resultaba imposible dormir en el improvisado dormitorio que compartía con Alain: una pequeña habitación detrás del depósito. Ahora el edificio hacía que el abatimiento volviera a cernirse sobre ella, pero la ropa nueva que llevaba y el nítido repiqueteo de los tacos de sus botas sobre el mármol mantenía alejado el edificio. Llevaba puesto un amplio abrigo de cuero de un tono algo más claro que el de su bolso, una falda de lana, y una camisa de seda de París Isetan. Esa mañana se había hecho cortar el pelo en el Faubourg St. Honoré, por una birmana que utilizaba un lápiz de láser de Alemania Occidental; un corte costoso, sutil sin llegar a ser conservador.

Rozó la placa redonda atornillada al centro de la puerta de Andrea, y oyó que emitía un pitido suave mientras leía las circunvoluciones de las yemas de sus dedos. —Soy yo, Andrea —dijo al pequeño micrófono. Una serie de ruidos metálicos y golpecitos cuando su amiga quitó los cerrojos de la puerta.

Andrea estaba de pie, empapada, en su viejo y esponjoso albornoz. Estudió el nuevo aspecto de Marly y sonrió. —¿Conseguiste el trabajo, o has robado un banco? —Marly entró en el apartamento, besando la mejilla mojada de su amiga.— Ambas cosas, en cierto modo —respondió, y se echó a reír.

—Café —dijo Andrea—, prepara café. *Grandes crémes.* Debo enjuagarme el pelo. Y el tuyo está hermoso. —Entró en el cuarto de baño y Marly oyó el chorro de agua salpicando la porcelana.

—Te he traído un regalo —dijo Marly, pero Andrea no podía oírla. Fue a la cocina, encendió la hornalla con una anticuada pistola de chispas, y empezó a buscar el café en las abarrotadas repisas.

—Sí —estaba diciendo Andrea mientras miraba el holograma de la caja que Marly viera por primera vez en la reconstrucción de Virek del parque de Gaudí—. Lo entiendo. Es el tipo de cosa para ti. —Tocó una perilla y la ilusión del Braun desapareció de golpe. Más allá de la ventana de la habitación, unos flecos de cirrus arañaban el cielo. — Demasiado sombrío para mí, demasiado serio. Como las cosas que exponías en tu galería. Pero eso sólo puede querer decir que Herr Virek ha elegido bien; tú resolverás el enigma. Si yo fuera tú, considerando el salario, me tomaría un buen tiempo. —Andrea llevaba puesto el regalo de Marly, una lujosa camisa de vestir de hombre, de franela de Flandes gris. Era el tipo de cosa que más le gustaba, y su deleite era manifiesto. Resaltaba su pelo claro, y era casi del color de sus ojos.

—Es bastante horrible, ese Virek, creo... —Marly vaciló.

—Tal vez —dijo Andrea, bebiendo otro sorbo de café—. ¿Esperabas que alguien tan rico fuese un tipo simpático y normal?

—En un momento sentí que no era del todo humano. Lo sentí con mucha fuerza.

—Pero no lo es, Marly. Estabas hablando con una proyección, un efecto especial...

—De todos modos... —Hizo un gesto de impotencia, que de inmediato hizo que se sintiera disgustada consigo misma.

—De todos modos, es muy, muy rico, y te está pagando una gran cantidad de dinero para hacer algo que quizá sólo tú seas capaz de hacer. —Andrea sonrió y volvió a ajustar un puño color carbón elegantemente doblado.— Y no tienes muchas opciones, ¿verdad?

—Lo sé. Supongo que es por eso que me siento in cómoda.

—Bueno —dijo Andrea—, pensé que podría esperar un poco más para decírtelo, pero hay otra cosa que puede hacerte sentir un poco más incómoda. Si es que «incómoda» es la palabra.

—¿Qué?

—Consideré la posibilidad de no decírtelo, pero estoy segura de que él te alcanzará tarde o temprano. Supongo que puede oler el dinero.

Marly apoyó con cuidado su taza vacía entre el desorden de la mesita de caña.

—En ese sentido, él es muy agudo —dijo Andrea.

—¿Cuándo?

—Ayer. Comenzó, creo, más o menos una hora después de que te entrevistaras con Virek. Me llamó al trabajo. Le dejó un mensaje al conserje. Si desconectara el programa de filtrado —hizo un gesto señalando el teléfono—, pienso que llamaría en menos de media hora.

El recuerdo de los ojos del conserje, el ruidito metálico de la cadena de bicicleta.

—Según él, sólo quiere hablar —dijo Andrea—. Y tú, ¿quieres hablar con él, Marly?

—No —respondió, y su voz era la voz de una niña pequeña, alta y ridícula. Luego—: ¿Dejó un número?

Andrea suspiró mientras negaba lentamente con la cabeza, y entonces dijo: —Sí, claro que lo hizo.

9. En los Proyectos

La oscuridad estaba llena de dibujos color sangre que parecían panales. Todo estaba caliente. Y suave, además, mas que nada suave.

—Qué desastre —dijo uno de los ángeles con una voz lejana pero baja, profunda y muy clara.

—Debimos haberlo sacado del Leon's —dijo el otro ángel—. Arriba no les gustará esto.

—Debe de haber tenido algo en este bolsillo grande, ¿ves? Se lo tajearon, al sacarlo.

—No es todo lo que tajearon, hermana. Cristo. Aquí.

Los dibujos oscilaron cuando algo movió su cabeza. La palma de una mano fresca contra su mejilla.

—Que no te manche la camisa —dijo el primer ángel.

—Esto no le va a gustar a Dos-por-Día. ¿Por qué crees que le dio ese ataque y salió corriendo?

Lo molestaba, porque quería dormir. *Estaba* dormido, de acuerdo, pero de alguna manera los sueños de enchufe de Marsha manaban como sangre en su cabeza, de forma tal que caía dando tumbos entre secuencias inconexas de *Gente Importante.* La novela se emitía sin interrupción desde antes de su nacimiento; la trama era un gusano de mil cabezas que se enroscaba devorándose a sí mismo cada pocos meses, para luego generar nuevas cabezas hambrientas de tensión y arrojo.

Podía verlo retorcerse, todo él, como Marsha no lo vería jamás: una espiral extendida de ADN de la Senso/Red, ectoplasma barato y frágil enviado a innumerables soñadores hambrientos. Marsha, por ejemplo, recibía el POV de Michele Morgan Magnum, la protagonista femenina, la heredera de la corporación Magnum AG. Pero el episodio de hoy se apartaba de una forma extraña de los increíblemente complejos enredos románticos de Michele —que de todos modos Bobby nunca se había molestado en seguir—, e insistía en dar minuciosas descripciones socioarquitectónicas de las arcologías de mentráfico inspiradas por Soleri. Algunos de esos detalles parecían sospechosos, incluso para Bobby; dudaba, por ejemplo, de que existiesen niveles enteros dedicados a la venta de sofás de terciopelo afeitado color azul hielo, con hebillas de diamantes en las articulaciones, o de

que hubiera otros niveles, siempre a oscuras, y exclusivamente habitados por bebés famélicos. Esto último, le pareció recordar, constituía para Marsha artículo de fe; ella veía los Proyectos con horror supersticioso, como si fuesen una especie de imponente infierno vertical al que algún día podía ser obligada a ascender. Otros fragmentos del sueño de enchufe le recordaban el canal de Conocimiento que la Senso/Red transmitía gratis con cada suscripción de simestin; eran elaborados diagramas animados de la estructura interior de los Proyectos, y aburridas conferencias a cargo de voces en off sobre los estilos de vida de diversos tipos de residentes. Éstos, cuando pudo concentrarse en ellos, parecían aún menos creíbles que las fugaces imágenes de terciopelo azul hielo y funestos bebés arrastrándose en silencio por la oscuridad. Vio a una joven y feliz madre de familia cortar porciones de pizza con una inmensa cuchilla de agua en el rincón-cocina de un inmaculado apartamento de un ambiente. Una pared entera se abría a un estrecho balcón y a un rectángulo de cielo azul de historieta. La mujer era negra sin ser negra, le pareció a Bobby, como una versión muy, muy oscura y juvenilmente maternal de una de las muñecas porno de la unidad que tenía en su dormitorio. Y tenía, o así lo parecía, los mismos e idénticos pechos, pequeños pero perfectos, como de historieta. (En ese momento, para aumentar su opaca confusión, una voz demasiado elevada y muy poco parecida a las de la Senso/Red dijo: —Bueno, a *eso* le llamo yo una inconfundible señal de vida. Jackie . Si la prognosis todavía no está muy alta que digamos, por lo menos hay algo que sí lo está.) Y luego volvió a toda velocidad al lujoso universo de Michele Morgan Magnum, quien luchaba desesperadamente para prevenir la absorción de Magnum AG por parte del siniestro clan industrial Nakamura, cuya base de operaciones estaba en Shikoku, representado en este caso por (y aquí una complicación de la trama) el político-niño del Nuevo Soviet, Vasily Suslov, quien tenía un sorprendente parecido con los Gothicks del Leon's y se vestía como ellos.

El episodio parecía estar llegando a una especie de clímax —un antiguo BMW modificado a célula de combustible, acababa de ser bombardeado en la calle junto a los Covina Concourse Courts por unos helicópteros en miniatura de Alemania Occidental servopilotados; Michele Morgan Magnum estaba golpeando con su pistola Nambu bañada en níquel a su secretaria personal por haberla traicionado, y Suslov, a quien Bobby reconocía cada vez más, estaba por marcharse tranquilamente de la ciudad con una fabulosa guardaespaldas femenina que era japonesa pero que le recordaba mucho a otra de las chicas de su unidad holoporno cuando gritó.

Bobby nunca había oído a nadie gritar así, y la voz tenía algo que resultaba espantosamente familiar. Pero antes de que pudiese empezar a preocuparse por ello, los paneles rojos como sangre volvieron a aparecer flotando ante él, e hicieron que se perdiese el final de Gente Importante. De todos modos, pensó mientras el rojo se transformaba en negro, siempre estaría a tiempo de preguntarle a Marsha qué había pasado.

—Abre los ojos, viejo. Muy bien. ¿La luz está muy fuerte?

Lo estaba, pero no cambiaba nada. Blanco, blanco; recordaba su cabeza estallando a años de distancia, una inmaculada granada blanca en la fría oscuridad del desierto. Sus ojos estaban abiertos, pero no podía ver. Sólo blanco.

—Bueno, por lo general a un chico en tu estado lo dejo que duerma, pero los que me pagan por esto dicen que me apure, así que te despierto antes de tiempo. Te estás preguntando por qué no ves nada, ¿verdad? Sólo luz, es lo único que puedes ver, eso mismo. Se trata de un bloqueo neural. Bueno, entre nosotros, lo conseguí en una sex-shop, pero no hay razón por la cual no deba usarse en medicina si queremos. Y sí lo queremos, porque todavía te duele mucho, y de todos modos, te mantiene quieto mientras yo sigo adelante. —La voz era serena y metódica.— Bueno; tu gran problema fue la espalda, pero me encargué de eso con una grapadora, y algunos decímetros de garra. Puede que no sea una cirugía plástica, ¿entiendes?, pero los bombones encontrarán que estas cicatrices son muy interesantes. Lo que estoy haciendo ahora es limpiar ésta que tienes en el pecho; luego colocaré un poco de garra *allí y* ya estarás listo, sólo que durante unos días no podrás hacer ningún movimiento brusco o soltarás una grapa. Te he puesto un par de dennos, y te colocaré algunos más. Mientras tanto, conectaré tu sensorio a un circuito de audio y vídeo para que te acostumbres a estar aquí. No te preocupes por la sangre; es toda tuya pero ya no habrá más.

El blanco se coaguló en una nube gris; los objetos tomaban forma con la deliberada lentitud de una alucinación producida por la droga. Estaba aplastado contra un mullido cielo raso, mirando fijamente hacia abajo a un muñeco manchado de sangre que en vez de cabeza tenía una lámpara de cirugía azul verdosa que parecía brotarle de los hombros. Un negro con un manchado mono verde rociaba algo amarillo sobre un corte superficial que corría desde la parte superior del hueso pélvico del muñeco hasta justo debajo de su tetilla izquierda. Sabía que el hombre era negro porque llevaba el cráneo desnudo y afeitado, lustroso de transpiración; tenía las manos cubiertas por unos apretados guantes verdes y todo lo que Bobby veía de él era su refulgente cráneo. Había dermodiscos azules y rosados pegados a la piel a ambos lados del cuello del muñeco. Los bordes de la herida parecían haber sido pintados con algo que semejaba salsa de chocolate, y el aerosol amarillo hacía un ruido sibilante al escapar del pequeño tubo plateado.

Entonces Bobby se dio cuenta de lo que veía, y el universo se reveló provocándole náuseas. La lámpara pendía del techo, el cielo raso estaba cubierto de espejos, y el muñeco era él. Fue como si diera un salto atado a un largo cordón elástico, otra vez por los paneles rojos hasta la habitación del sueño donde la muchacha negra cortaba pizza para sus hijos. La cuchilla de agua no hacía sonido alguno, suciedad microscópica suspendida en un finísimo chorro de agua de alta velocidad. Bobby sabía que el objeto estaba ideado para cortar vidrio y metal, no para cortar pizza sacada del homo a microondas, y quería gritar a la chica porque tenía terror de que se rebanara el pulgar sin siquiera sentirlo.

Pero no podía gritar, no podía moverse ni hacer ruido alguno. Con gesto amoroso la chica cortó el último pedazo, puso la pizza ya troceada en una sencilla bandeja de cerámica blanca y se volvió hacia el rectángulo azul más allá del balcón, donde estaban sus niños... No, dijo Bobby en las profundidades de sí mismo, de *ninguna* manera. Porque las cosas que daban vueltas y se abalanzaban sobre ella no eran críos en planeadores, sino bebés, los monstruosos bebés del sueño de Marsha, y las alas desgarradas eran una maraña de huesos rosados, metal, tensas membranas remendadas de plástico de desecho... Les vio los dientes... —¡Eh, amigo! —exclamó el hombre de color—, te perdí durante un segundo. No mucho, ¿entiendes?, tan sólo un minuto neoyorquino tal vez... —Su mano, en los espejos encima de Bobby, tomó un carrete plano de plástico azul transparente de la pila de trapos ensangrentados junto a las costillas del muchacho. Delicadamente, con el pulgar y el índice, sacó una sección de algo que parecía plástico marrón en glóbulos. Diminutas puntas de luz destellaban en sus bordes y parecían temblar y cambiar de posición. —Garra —dijo, y con el pulgar de la otra mano apretó algún tipo de hoja cortante incorporada al carrete azul. Ahora el pedazo de material en glóbulos quedó liberado y comenzó a retorcerse—. Buena mierda —dijo el hombre, llevando el objeto al campo de visión de Bobby—. Nuevo. Lo que usan ahora en Chiba. —Era marrón, acéfalo, cada glóbulo un segmento de cuerpo, cada segmento bordeado por pálidas y brillantes piernas. Entonces, con un ademán de prestidigitador, movió sus muñecas enfundadas en los guantes verdes y apoyó el ciempiés sobre toda la longitud de la herida abierta y con suma delicadeza pellizcó el último segmento, el más cercano al rostro de Bobby. Al retirarse, el segmento llevó consigo un brillante hilo negro que cumpliera las funciones de sistema nervioso del objeto, y a medida que el hilo se separaba los pares de garra se cerraban, uno tras otro, cerrando la herida tan apretadamente como la cremallera de una chaqueta de cuero nueva.

—Bueno, ya ves —dijo el hombre de color limpiando lo que quedaba de la melaza marrón con una almohadilla húmeda—, no fue tan grave, ¿verdad?

Su entrada en el apartamento de Dos-por-Día no se pareció en nada a la forma en que tantas veces lo había imaginado. Para empezar, nunca se habría visto a sí mismo en una silla de ruedas de la que alguien se había apropiado en la maternidad del St. Mary's, cuyo nombre y número de serie estaban marcados a láser en el opaco cromo del brazo izquierdo. La mujer que empujaba la silla habría encajado perfectamente en una de sus fantasías; se llamaba Jackie , una de las dos chicas de los Proyectos que viera en el Leon's, y, según había entendido, uno de sus dos ángeles. La silla de ruedas se deslizaba en silencio por la rugosa moqueta gris del angosto vestíbulo del apartamento, pero los dijes de oro del sombrero de Jackie tintineaban alegremente mientras ella lo empujaba.

Y nunca había imaginado que la casa de Dos-por-Día fuese así de grande, ni que estuviese llena de árboles.

Pye, el doctor, que había tenido a bien explicarle que *no era* médico sino sólo alguien que «ocasionalmente daba una mano», se había acomodado en un rasgado taburete de bar en su improvisada sala de operaciones y, tras quitarse los ensangrentados guantes verdes y encender un cigarrillo mentolado, aconsejó solemnemente a Bobby que se lo tomase con mucha calma durante los próximos días. Minutos después Jackie y Rhea, el otro ángel, forcejearon con él para enfundarlo en un arrugado pijama que parecía salido de un kino de ninjas barato, lo depositaron en la silla de ruedas y salieron rumbo al núcleo central de ascensores en el corazón de la arcología. Gracias a tres dermos adicionales del depósito de drogas de Pye, uno de ellos cargado con dos mil unidades de un análogo de la endorfina, Bobby estaba alerta y no sentía dolor.

—¿Dónde estás mis cosas? —protestó mientras iba por un corredor que se había estrechado de un modo peligroso como consecuencia de las cañerías y conductos de fibra óptica instalados a lo largo de décadas—. ¿Dónde está mi ropa, y mi consola, y todo lo demás?

—Tu ropa, querido, está metida en una bolsa de plástico esperando que Pye la tire a la basura. Tuvo que quitártela a tijeretazos, y además no eran más que harapos sangrientos. Si la consola estaba en tu chaqueta yo diría que se la quedaron los muchachos que te molieron. Y al hacerlo casi te matan. Y *arruinaste* mi camisa Sally Stanley, mocoso. —El ángel Rhea no parecía demasiado amistosa.

—Ah —dijo Bobby, al doblar una esquina—, ya. Bueno, por casualidad, ¿encontrasteis un destornillador entre las cosas? ¿O una ficha de crédito?

—Ninguna ficha, nene. Pero si el destornillador es el que tiene los doscientos diez Nuevos metidos en el mango, es lo que cuesta mi camisa nueva...

Dos-por-Día no daba la impresión de estar demasiado contento de ver a Bobby. De hecho, casi parecía que no lo viera en absoluto. Su mirada pasaba de largo, directamente hacia Jackie y Rhea, y mostraba sus dientes en una sonrisa que era toda nervios y falta de sueño. Pusieron a Bobby tan cerca de él que pudo ver lo amarillas que tenía las órbitas, casi anaranjadas en el resplandor púrpura rosáceo de los tubos de luz que pendían del techo como colgados al azar. —¿Por qué tardasteis, putitas? —preguntó el traficante, pero no había ira en su voz, sólo agotamiento y algo más, algo que Bobby al principio no supo identificar.

—Pye —dijo Jackie , pasando con irreverencia junto a la silla de ruedas para tomar un paquete de cigarrillos chinos de la enorme plancha de madera que Dos-por-Día usaba de mesa—. Es un perfeccionista, el viejo Pye.

—Eso lo aprendió en la escuela de veterinaria —agregó Rhea, mirando a Bobby—, sólo que por lo general está demasiado ido; nadie lo dejaría operar ni a un perro...

—Bueno —dijo Dos-por-Día, deteniendo por fin sus ojos en Bobby—, saldrás de ésta. —Y su mirada era tan fría, tan cansada y clínica, tan distante del papel de vividor obsesivo y charlatán que Bobby había tomado por su verdadera personalidad, que sólo pudo mirar hacia abajo, y clavar la vista en la mesa.

De casi tres metros de largo y poco más de uno de ancho, estaba formada por maderos atados entre sí, más gruesos que los muslos de Bobby. Debió de haber permanecido en el agua durante algún tiempo, pensó: algunas partes conservaban aún la desteñida pátina plateada de la madera arrastrada por las olas, como un tronco junto al cual recordaba haber jugado mucho tiempo atrás en Atlantic City. Pero ya hacía mucho que la mesa no veía el agua, y su superficie era un denso mosaico de restos de velas, manchas de vino, marcas de esmalte negro con formas extrañas y oscuras quemaduras de cientos de cigarrillos. Estaba tan atiborrada de comida, basura y cachivaches que daba la impresión de que un vendedor ambulante hubiese comenzado a descargar sus mercancías y luego resuelto cenar. Había media docena de pizzas a medio comer, albóndigas de krill en salsa roja que retorcieron el estómago de Bobby, junto a pilas de software a punto de desmoronarse, vasos con restos de vino tinto repletos de cigarrillos apagados, una bandeja de poliestireno con ordenadas filas de canapés de apariencia rancia, latas de cerveza, abiertas y sin

abrir, una antigua daga de combate Gerber que yacía fuera de su funda sobre un bloque plano de mármol pulido, por lo menos tres pistolas, y tal vez dos docenas de enigmáticas piezas de equipo de consola, el tipo de equipo de cowboy que normalmente habría hecho agua la boca de Bobby.

Ahora su boca se hacía agua por un pedazo de pizza de krill fría, pero su hambre no era nada frente a su abrupta humillación al ver que a Dos-por-Día sencillamente no le importaba. No porque Bobby lo hubiese considerado un amigo suyo, sino porque se había hecho a la idea de que Dos-por-Día lo veía como *alguien*, alguien con talento e iniciativa y con la oportunidad de salir de Barrytown. Pero los ojos de Dos-por-Día le decían que él no era nadie en especial, y encima un wilson...

—Mira, viejo —dijo una voz, no la de Dos-por-Día, y Bobby levantó la mirada. Dos hombres más flanqueaban a Dos-por-Día en el ancho sofá de cromo y cuero; ambos eran negros. El que habló llevaba una especie de túnica gris y antiguas gafas de montura plástica. El marco era cuadrado y demasiado grande y parecía carecer de cristales. Los hombros del otro duplicaban en anchura a los de Dos-por-Día, pero tenía uno de esos discretos trajes negros de dos piezas que llevan los ejecutivos japoneses en los kinos. Sus inmaculados puños blancos franceses estaban cerrados con brillantes rectángulos de microcircuitos de oro—. Es una lástima que no podamos darte tiempo para descansar —dijo el primer hombre—, pero tenemos un serio problema. —Hizo una pausa, se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. — Necesitamos tu ayuda.

—Mierda —dijo Dos-por-Día. Se inclinó hacia adelante, sacó un cigarrillo chino de la caja de la mesa, lo encendió con una calavera de peltre opaco del tamaño de un limón grande, y luego tomó un vaso de vino. El hombre de las gafas extendió un delgado dedo moreno y tocó la muñeca de Dos-por-Día. Dos-por-Día dejó el vaso y se echó hacia atrás, el rostro estudiadamente inexpresivo.

El hombre sonrió. —Conde Cero —dijo—, nos dicen que ése es tu título.

—Así es —logró decir Bobby, aunque le salió como una especie de graznido.

—Necesitamos saber de la Virgen, Conde. —El hombre quedó esperando.

Bobby parpadeó.

— *Vyèj Mirak* —y volvió a ponerse las gafas—. Nuestra Señora, Virgen de los Milagros. Nosotros la conocemos —e hizo un gesto con la mano izquierda— como Ezili Freda.

Bobby tomó conciencia de que tenía la boca abierta, así que la cerró. Los tres rostros oscuros esperaban. Jackie y Rhea se habían ido, pero no las había visto salir. Entonces una especie de pánico se apoderó de él. Miró frenéticamente a su alrededor el extraño bosque de árboles enanos que los rodeaba. Los tubos luminosos se inclinaban en cualquier ángulo, en todas direcciones, como palillos púrpura rosáceos suspendidos en un espacio verde de hojas. No había paredes. No podías ver ni una pared. El sofá y la maltratada mesa reposaban en una especie de claro, sobre un suelo de crudo hormigón.

—Sabemos que ella se acercó a ti —dijo el hombre grande, cruzando las piernas cuidadosamente. Se ajustó el perfecto doblez del pantalón, y un gemelo de oro hizo guiños a Bobby—. Lo sabemos, ¿entiendes?

—Dos-por-Día me dice que fue tu primera incursión —dijo el otro hombre—. ¿Eso es verdad?

Bobby asintió.

—Entonces eres un elegido de Legba —dijo el hombre mientras se quitaba de nuevo los marcos vacíos—, por haber conocido a *Vyèj Mirak.* —Sonrió.

La boca de Bobby se abrió de nuevo.

—Legba —dijo el hombre—, amo de rutas y caminos, el loa de la comunicación...

Dos-por-Día aplastó su cigarrillo en la madera herida, y Bobby vio que le temblaba la mano.

10. Alain

Quedaron de acuerdo en encontrarse en la brasserie del quinto subnivel del complejo del Napoleón Court, bajo la pirámide de vidrio del Louvre. Era un lugar que ambos conocían, aunque no tuviera un significado especial para ninguno de ellos. Alain lo había sugerido, pero ella sospechaba que la elección había sido deliberada. Era terreno afectivo neutral; un emplazamiento familiar, y sin

embargo libre de recuerdos. Estaba decorado en un estilo principio de siglo: mostradores de granito, columnas negras de piso a techo, espejos de pared a pared y ese tipo de mobiliario propio de un restaurante italiano, en acero oscuro soldado, que podía haber pertenecido a cualquier década de los últimos cien años. Las mesas estaban cubiertas de lino gris con una fina raya negra, un diseño copiado y repetido en las tapas de los menús, las cajas de cerillas y los delantales de los camareros.

Ella llevaba el abrigo de cuero que había comprado en Bruselas, una blusa roja de lino y unos pantalones nuevos de algodón negro. Andrea había fingido no advertir el extremo cuidado con que Marly se había vestido para aquel encuentro, y después le había prestado un sencillo collar de perlas de una vuelta que destacaba a la perfección sobre la blusa roja.

Él había llegado temprano, advirtió ella al entrar, y ya sus cosas estaban desparramadas sobre la mesa. Llevaba su bufanda favorita, la que habían encontrado juntos en el Mercado de Pulgas el año anterior, y se veía, como de costumbre, desaliñado pero perfectamente cómodo. El deteriorado maletín de cuero había regurgitado su contenido sobre el pequeño cuadrado de granito pulido: cuadernos de espiral, un ejemplar aún no leído de la novela polémica del mes, Gauloise sin filtro, una caja de cerillas de madera, la agenda forrada en piel que ella le comprara en Browns.

—Pensé que tal vez no vendrías —dijo él sonriéndole.

—¿Qué te haría pensar eso? —preguntó, una contestación al azar, «patética», pensó, que enmascaraba el terror que ahora sentía, que por fin se permitía sentir, y que era miedo a una pérdida de personalidad, de voluntad y dirección, miedo a amarlo como aún lo amaba. Se sentó en la otra silla cuando llegaba el joven camarero, un muchacho español con delantal a rayas. Pidió agua de Vichy.

— ¿Nada más? — preguntó Alain. El camarero esperó.

—No, gracias.

—Hace semanas que estoy tratando de encontrarte —dijo él. Ella sabía que era mentira y sin embargo, como era su costumbre, se preguntó si él tenía conciencia de ello. Andrea sostenía que los hombres como Alain mentían con tal constancia y pasión que terminaban por perder un poco el sentido fundamental de la diferencia. Eran artistas por derecho propio, decía Andrea, abocados a reestructurar la realidad, y la Nueva Jerusalén era en efecto un buen lugar, libre de giros en descubierto y de indignados caseros y de la necesidad de encontrar a alguien que pagase la cuenta cada noche.

—No vi que estuvieras tratando de encontrarme cuando Gnass llegó con la policía —dijo Marly, esperando provocar al menos una mueca de vergüenza, pero el rostro juvenil permaneció tan sereno como siempre, bajo el limpio pelo castaño que solía peinarse hacia atrás con los dedos.

—Lo lamento —dijo él apagando su Gauloise. Porque había llegado a asociar con él el olor del tabaco negro francés, París le había parecido llena de olor a él, a su fantasma, su rastro—. Estaba seguro de que él nunca detectaría la... naturaleza de la obra. Debes entenderlo: una vez que reconocí lo mucho que necesitábamos el dinero, supe que debía actuar. Tú, yo lo sabía, eras demasiado idealista. De todos modos la galería habría cerrado. Si las cosas con Gnass hubiesen ido tal como esperábamos, ahora estaríamos del otro lado, y tú serías feliz. Feliz —repitió, sacando otro cigarrillo del paquete.

Ella sólo pudo mirarlo, sintiendo una especie de asombro y una nauseabunda repulsión por su deseo de creerle.

—Tú sabes —dijo él sacando una cerilla de la caja amarilla y roja—, ya he tenido problemas con la policía. Cuando era estudiante. Política, por supuesto. —Encendió la cerilla, dejó caer la caja y prendió el cigarrillo.

—Política —repitió ella, y de golpe sintió ganas de reír—. No sabía que hubiera un partido para gente como tú. No me puedo imaginar cómo podría llamarse.

—Marly —dijo él bajando la voz, como hacía siempre que quería indicar la intensidad de sus sentimientos—, tú sabes, tú tienes que saber, que yo lo hice por ti. Por nosotros, si quieres. Pero seguro que sabes, lo puedes *sentir,* Marly, que nunca te habría hecho daño de un modo deliberado ni te habría puesto en situaciones comprometidas. —No había en la pequeña mesa espacio para su bolso, así que lo sostuvo en su regazo; ahora era consciente de que sus uñas se enterraban en el

cuero suave y grueso.

—Nunca hacerme daño... —Era su propia voz, perdida y atónita, la voz de una niña, y de pronto quedó libre, libre de la necesidad, del deseo, libre del miedo, y todo cuanto sentía por el hermoso rostro del otro lado de la mesa era simple asco, y sólo pudo mirarlo fija mente; aquel extraño junto al que había dormido durante un año, en una diminuta habitación detrás de una muy pequeña galería en la Rué Mauconseil. El camarero colocó frente a ella el vaso de Vichy.

Él debió de tomar su silencio por un comienzo de aceptación, y la absoluta inexpresividad de su rostro por franqueza. —Lo que tú no entiendes —ésta, recordó ella, era una de sus líneas de entrada favoritas— es que los hombres como Gnass existen, en cierto sentido, para apoyar las artes. Para apoyarnos a *nosotros*, Marly. —Entonces sonrió, como si se estuviera burlando de sí mismo, una ufana y conspiradora sonrisa que ahora la aterraba. — Pienso, sin embargo, que debí haber supuesto que el hombre tendría el sentido común suficiente como para contratar a su propio experto en Cornell, aunque *mi* experto en Cornell, te lo aseguro, era de lejos el más erudito...

¿Cómo podía ella escapar? Ponte de pie, se dijo. Da media vuelta. Camina con calma hasta la entrada. Sal por la puerta. Afuera, al discreto brillo de la Napoleón Court, donde el mármol lustrado pavimentaba la Rué du Champ Fleuri, una calle del siglo catorce supuesta mente reservada a la prostitución. Cualquier cosa, cualquier cosa, sólo vete, sólo márchate, ahora, y apártate, lejos de él, caminando a ciegas, para perderse en el París de guía turística que había conocido en sus primeras visitas.

—Pero ahora —continuó él— puedes darte cuenta de que las cosas han salido bien. Eso pasa a menudo, ¿verdad? —De nuevo la sonrisa, pero esta vez de muchacho, algo anhelante, y de algún modo espantoso, más íntima.— Perdimos la galería, pero tú has encontrado un empleo, Marly. Tienes un trabajo que cumplir, interesante, y yo tengo los contactos que vas a necesitar, Marly. Conozco a la gente que te hará falta conocer para dar con tu artista.

—¿Mi artista? —preguntó mientras trataba de ocultar su repentina ofuscación con un sorbo de Vichy.

Él abrió su maltrecho maletín y sacó algo plano, un sencillo holograma de reflexión. Ella lo tomó, agradecida de tener algo que hacer con las manos, y vio que era una toma informal de la caja que había visto en la reconstrucción que hiciera Virek de Barcelona. Alguien la sostenía, mostrándola. Las manos de un hombre que no era Alain, y en una de ellas un pesado anillo de metal oscuro. No se distinguía el fondo. Sólo la caja, y las manos.

—Alain —dijo ella—, ¿de dónde sacaste esto? —Levantando la vista se encontró con unos brillantes ojos castaños, una expresión de triunfo infantil y terrible.

—Alguien va a tener que pagar muchísimo por averiguarlo. —Apagó su cigarrillo y se puso de pie.— Con permiso. —Se alejó en dirección a los lavabos. Cuando desapareció, tras espejos y pilares de acero negro, ella dejó caer el holograma, se inclinó sobre la mesa y abrió el maletín. No había nada, sólo una cinta elástica azul y unas hebras de tabaco.

—¿Puedo traerle otra cosa? ¿Más Vichy, tal vez? —El camarero estaba junto a ella.

Lo miró experimentando una súbita sensación de familiaridad. El rostro estilizado y moreno...

—Lleva una unidad de transmisión —dijo el camarero—. También está armado. Yo soy el botones de Bruselas. Déle lo que pida. Recuerde que el dinero no significa nada para usted. — Recogió el vaso y lo puso sobre la bandeja. — Y lo más probable es que a él lo destruya.

Alain sonreía cuando regresó. —Bien, querida —dijo tomando sus cigarrillos—, ahora sí podemos negociar.

Marly le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza.

11. En posición

Finalmente se permitió tres horas de sueño, en el bunker sin ventanas donde el equipo de punta estableciera el puesto de comando. Había conocido al resto del equipo. Ramírez era menudo, nervioso, a cada momento solicitado por su habilidad como jockey de consola; dependían de él, junto con Jaylene Slide en la plataforma marina, para monitorear el ciberespacio alrededor del

sector de retícula que contenía los bancos de datos protegidos por el hielo de los Biolaboratorios Maas; si la Maas advertía su presencia, a último momento él podría estar en condiciones de dar un aviso. También se encargaba de pasar la información médica de la unidad de cirugía a la plataforma, un procedimiento necesariamente complejo si querían hacerlo sin que la Maas se enterase. La línea de transmisión iba hasta una cabina telefónica perdida en el medio de la nada. Más allá de la cabina, él y Jaylene estaban librados a su suerte en la matriz. Si cometían un error la Maas podría hacerles un retroseguimiento e identificarlos con precisión. También estaba Nathan, el técnico de reparaciones, cuya verdadera tarea consistía en velar por el equipo del bunker. Si alguna parte del sistema se estropeaba había al menos una probabilidad de que él la reparase. Nathan pertenecía a la especie que había producido a Oakey y a mil más con quienes Turner había trabajado a lo largo de los años, técnicos independientes que gustaban de ganar dinero corriendo peligro y que habían demostrado poder mantener la boca cerrada. Los otros —Compton Teddy, Costa y Davis— eran sólo costosos refuerzos mercenarios, el tipo de hombre que se alquilaba para ese tipo de trabajos. Pensando en ellos había tenido especial cuidado en interrogar a Sutcliffe acerca de los arreglos para la evacuación. Él había explicado dónde entrarían los helicópteros, el orden de recogida, y exactamente cómo y cuándo recibirían su paga.

Después les había dicho que lo dejasen solo en el bunker, y había ordenado a Webber que lo despertara al cabo de tres horas.

El lugar había sido una estación de bombeo o alguna especie de nexo de redes de tendido eléctrico. Los muñones de tubería plástica que emergían de las paredes podían haber sido líneas de conexión o de desagüe; la habitación no proporcionaba evidencia de que alguno de ellos hubiese estado conectado a nada. El techo, una única losa de hormigón, era demasiado bajo como para que pudiese andar erguido, y había un olor seco y polvoriento que no era del todo desagradable. El equipo había barrido el lugar antes de traer las mesas y los aparatos, pero aún quedaban en el suelo algunas amarillentas hojas de papel de diario que se deshacían al tocarlas. Distinguió palabras, a veces una frase entera.

Las mesas plegables de metal habían sido puestas contra una pared, formando una L; cada brazo soportaba una batería de equipos de comunicaciones de extraordinaria sofisticación. Lo mejor, pensó, que la Hosaka había podido conseguir.

Caminó junto a las mesas encorvado, tocando con extrema suavidad cada consola, cada caja negra. Había un receptor-transmisor militar de banda lateral modificado para transmisión de chorros. Ése sería su enlace en caso de que Ramírez y Jaylene tuviesen problemas con la transferencia de datos. Los chorros eran elaboradas ficciones técnicas pregrabadas, codificadas por los criptógrafos de la Hosaka. El contenido de cada chorro, aisladamente, no tenía sentido alguno, pero la secuencia en que se transmitieran formaría mensajes sencillos. La secuencia B/C/A informaría a la Hosaka de la llegada de Mitchell; F/D indicaría su partida del lugar, mientras que F/G señalaría su muerte y la consiguiente clausura de la operación. Turner tocó de nuevo el equipo de banda lateral; frunció el ceño. No lo satisfacía el modo en que Sutcliffe había dispuesto aquello. Si la extracción era descubierta era poco probable que pudieran salir, ni mucho menos salir limpios, y Webber le había informado discretamente que, en caso de haber problemas, se le había ordenado utilizar un cohete antitanque manual contra los médicos en su unidad miniatura de cirugía. —Ellos lo saben — dijo-. Y puedes apostar que cobran bien por eso.

Los demás dependían de los helicópteros, cuya base estaba en Tucson. Turner asumió que la Maas, de recibir una alerta, los liquidaría sin problemas al llegar. Cuando planteó su objeción a Sutcliffe el australiano sólo se encogió de hombros: -No es la forma en que yo lo armaría en condiciones ideales, amigo, pero a todos nos trajeron sin damos mucho tiempo, ¿no?

Junto al receptor-transmisor había un sofisticado biomonitor Sony conectado directamente a la cápsula de cirugía y cargado con el historial médico grabado en el dossier biosoft de Mitchell. Los médicos, llegado el momento, registrarían el historial del defector; simultáneamente, los procedimientos que llevaran a cabo en la cápsula serían retroalimentados a la Sony y verificados, listos para que Ramírez les aplicara el hielo y los enviara al ciberespacio, donde Jaylene Slide estaría a la espera desde su sitio en la plataforma petrolera. Si no había fallos, la actualización

médica estaría esperando en el complejo de Ciudad de México de la Hosaka cuando Turner llevara a Mitchell en el jet. Turner nunca había visto algo como el Sony, pero supuso que el holandés tendría algo muy similar en su clínica de Singapur. Al recordarlo se llevó la mano al pecho desnudo donde, inconscientemente, trazó la desaparecida línea de una cicatriz de injerto.

La segunda mesa sustentaba el equipo de ciberespacio. La consola era idéntica a la que él había visto en la plataforma petrolera, un prototipo Maas-Neotek. La configuración del tablero era estándar, pero Conroy había dicho que estaba armado a partir de biochips nuevos. Sobre la consola había un mazacote de plástico explosivo color rosa pálido del tamaño de un puño; alguien, quizá Ramírez, había marcado con el pulgar cavidades gemelas similares a ojos y una tosca curva de sonrisa de idiota. Dos hilos conductores, uno azul, el otro amarillo, corrían desde la rosada frente de la cara hasta uno de los negros tubos abiertos que emergían de la pared detrás de la consola. Otra de las tareas de Webber si el lugar corría peligro de abordaje. Turner miró los cables con expresión preocupada; una carga de esas dimensiones, en aquel reducido y cerrado espacio, garantizaba la muerte para todos los ocupantes del bunker.

Con los hombros doloridos, rozando el áspero hormigón del techo con la cabeza, prosiguió su inspección. El resto de la mesa estaba ocupado por los periféricos de la consola, una serie de cajas negras emplazadas con obsesiva precisión. Sospechaba que cada unidad estaba a una distancia específica de su vecina, formando una hilera perfecta. El mismo Ramírez las había colocado así, y Turner estaba seguro de que si tocaba una, si la movía aunque más no fuera un milímetro, el jockey se daría cuenta. Había observado el mismo toque neurótico en otros operadores de consola y no le decía nada acerca de Ramírez. Había visto a otros jockeys cuya actitud era la inversa; enmarañaban deliberadamente su equipo en un nido de ratas de cables y conductos, tenían pánico del orden y forraban sus consolas con calcomanías de dados y calaveras infernales. No había modo de saber, pensó; o bien Ramírez era bueno, o tal vez pronto estarían todos muertos.

Al otro extremo de la mesa había cinco receptores-transmisores de auricular Telefunken con micrófonos adhesivos, aún sellados en envases de burbuja individuales. Durante la fase crucial de la defección, que Turner suponía comprendida entre veinte minutos antes y veinte minutos después de la llegada de Mitchell, él, Ramírez, Sutcliffe, Webber y Lynch estarían enlazados, aunque el uso de los aparatos debía mantenerse en un mínimo absoluto. Detrás de los Telefunken había un envase plástico sin marcas que contenía veinte calentadores de manos catalíticos de fabricación sueca, lisos y planos rectángulos de acero inoxidable, cada uno en su propia bolsa de cordel, de franela rojo Navidad. —Eres un hijo de puta inteligente —dijo al envase—. Ésa podría habérseme ocurrido a mí...

Durmió en una colchoneta de espuma sobre el suelo del puesto de comando, usando el anorak como cobertor. Conroy había tenido razón con respecto a la noche del desierto, pero el hormigón parecía almacenar el calor *del* día. No se quitó los pantalones militares ni los zapatos; Webber le había aconsejado que sacudiera los zapatos y la ropa cada vez que se vistiera. —Escorpiones —dijo ella—. Les gusta el sudor, cualquier tipo de humedad. —Antes de acostarse sacó la Smith & Wesson de la funda de nailon, apoyándola cuidadosamente junto a la colchoneta. Dejó encendidos dos faroles de batería y cerró los ojos.

Y se deslizó dentro de un mar de sueño poco pro fundo, imágenes que pasaban a su lado, fragmentos del dossier de Mitchell mezclándose con escenas de su propia vida. Él y Mitchell conduciendo un autobús a través de una cascada de cristal templado, entrando en el vestíbulo de un hotel en Marrakesh. El científico daba gritos de alegría al tiempo que pulsaba el botón que detonaba las dos docenas de cajas de CN selladas a los costados del vehículo, y Oakey también estaba ahí, ofreciéndole whisky, y cocaína peruana, amarilla, sobre un espejo redondo con bordes de plástico que había visto por última vez en el bolso de Allison. Creyó ver a Allison en alguna parte, por las ventanas del autobús, ahogándose en las nubes de gas, e intentó decírselo a Oakey, trató de señalarla, pero el vidrio estaba cubierto por hologramas mexicanos de santos, postales de la Virgen, y Oakey sostenía algo redondo y liso, un globo de cristal rosado, y vio una araña agazapada en el centro, una araña de mercurio, pero Mitchell se reía, los dientes llenos de sangre, y extendía su

mano abierta ofreciendo a Turner el biosoft gris. Turner vio que el dossier era un cerebro, rosado grisáceo bajo una membrana húmeda y transparente, latiendo suavemente en la mano de Mitchell; y entonces cayó rodando por algún submarino abismo del sueño y se acomodó tranquilamente en una noche sin estrellas.

Webber lo despertó, sus duros rasgos enmarcados en el vano cuadrado, los hombros cubiertos por la pesada manta militar que cubría la entrada

—Pasaron tus tres horas. Los médicos ya están despiertos, si quieres hablar con ellos. —Se retiró, el rechinar de sus botas sobre la grava. Los médicos de la Hosaka esperaban junto a la unidad autocontenida de neurocirugía. Bajo el amanecer del desierto parecía que acabaran de salir de alguna especie de transmisor de materia, con su informal vestimenta Ginza, arrugada a la moda. Uno de los hombres estaba envuelto en un chaleco tejido a mano que le quedaba demasiado grande, el tipo de chaleco con cinturón que Turner había visto llevar a los turistas en Ciudad de México. Los otros dos vestían lujosos anoraks de esquí contra el frío del desierto. Los hombres eran una cabeza más bajos que la coreana, una estilizada mujer de rasgos fuertes y arcaicos y una cresta de pelo rojizo que hizo pensar a Turner en aves de rapiña. Conroy había comentado que los dos japoneses eran hombres de la Hosaka, y Turner pudo advertirlo con facilidad; sólo la mujer tenía la actitud, la pose que correspondía al mundo de Turner, y ella era una delincuente, una practicante de la medicina negra. Se sentiría a gusto con el holandés, pensó él.

—Yo soy Turner —dijo—. Estoy a cargo de todo esto.

—Usted no necesita saber nuestros nombres —dijo la mujer, al tiempo que los dos hombres de la Hosaka se inclinaban automáticamente. Intercambiaron miradas, miraron a Turner, luego volvieron a mirar a la coreana.

—No —dijo Turner—, no es necesario.

—¿Por qué se nos sigue negando el acceso al historial médico del paciente? —preguntó la coreana.

—Seguridad —dijo Turner; la respuesta fue casi un reflejo inconsciente. De hecho, no encontraba ninguna razón para impedirles que estudiaran los archivos de Mitchell.

La mujer se encogió de hombros, dio media vuelta, el rostro escondido por el cuello levantado de su chaqueta aislante.

—¿Le gustaría inspeccionar la unidad de cirugía? —preguntó el hombre del chaleco abultado; el rostro cortés, alerta, era una perfecta máscara empresarial.

—No —dijo Turner—. Los trasladaremos a la base veinte minutos antes de la llegada de Mitchell. Quitaremos las ruedas, nivelaremos las cápsulas con criques. El conducto de desagüe será desconectado. Quiero que todo esté listo para funcionar cinco minutos después de haberlos bajado.

—No habrá ningún problema —dijo el otro hombre sonriendo.

—Ahora quiero que me digan qué estarán haciendo allí dentro, qué le harán, y qué efectos puede tener sobre él.

—¿No lo *sabe* usted? —preguntó la mujer, con aspereza, volviéndose para encararlo.

—Dije que quiero que ustedes me lo digan —respondió Turner.

—Realizaremos una exploración inmediata para implantes letales —dijo el hombre del chaleco.

—¿Cargas en la corteza? ¿Ese tipo de cosas?

—Dudo —dijo el otro hombre— de que encontremos algo tan basto; pero sí haremos un rastreo de todo el espectro de dispositivos letales. Al mismo tiempo haremos un análisis de sangre completo. Tenemos entendido que sus jefes actuales trabajan con sistemas químicos sumamente sofisticados. Es posible que el mayor peligro esté en esa dirección...

—Actualmente está muy de moda equipar a los altos ejecutivos con bombas modificadas de insulina subcutáneas —intervino su colega—. El sistema del individuo puede ser llevado a una dependencia artificial de ciertas enzimas análogas sintéticas. A menos que el implante subcutáneo sea recargado a intervalos regulares, la separación de la fuente, la compañía, puede provocar un trauma.

—Estamos preparados para enfrentarnos a eso también —dijo el otro.

—Ninguno de ustedes está ni siquiera remotamente preparado para enfrentarse a lo que yo sospecho que encontraremos —dijo la coreana, con voz tan fría como el viento que ahora soplaba del este. Turner oyó silbar la arena sobre la oxidada lámina de metal que los cubría.

—Usted —le dijo Turner—, venga conmigo. —Entonces se volvió, sin mirar hacia atrás, y se alejó. Era probable que ella no obedeciese su orden, en cuyo caso él perdería autoridad frente a los otros dos, pero parecía lo correcto. A diez metros de la cápsula de cirugía, se detuvo. Escuchó los pasos de ella sobre la grava. —¿Qué es lo que sabe? —preguntó sin volverse. —Tal vez no más que usted —dijo la mujer—, tal vez más.

—Más que sus colegas, obviamente. —Son hombres capaces en extremo. También son... sirvientes.

—Y usted no lo es.

—Tú tampoco, mercenario. Fui contratada en la mejor clínica pirata de Chiba. Se me dio una gran cantidad de material de estudio para que preparase mi encuentro con este ilustre paciente. Las clínicas negras de Chiba son lo último en medicina; ni siquiera la Hosaka podría saber que mi nivel en la medicina negra me permitiría adivinar lo que su detector lleva en la cabeza. La calle siempre procura usar las cosas como mejor le sirvan, señor Turner. Ya he sido contratada varias veces para intentar la extracción de estos nuevos implantes.

Una cierta cantidad de biocircuitos avanzados de la Maas se ha infiltrado en el mercado. Estos intentos de implantación son un paso lógico. Sospecho que la Maas permite deliberadamente esas filtraciones.

—Entonces explíquemelo.

—No creo que pueda —dijo ella, y había un extraño deje de resignación en su voz—. Le he dicho que lo he visto. No le he dicho que lo haya entendido. —Las puntas de sus dedos rozaron inesperadamente la piel junto al conector craneal de Turnen — Esto, comparado con los implantes de biochips, es como una pata de palo frente a una prótesis mioeléctrica.

—Pero, ¿correrá peligro su vida, en este caso?

—Oh, no —dijo ella, retirando la mano—, no la de //... —Y entonces la escuchó caminar arrastrando los pies, de regreso a la unidad de cirugía.

Conroy envió a un mensajero con el paquete de software que permitiría a Turner pilotar el jet en que llevaría a Mitchell al complejo de la Hosaka en Ciudad de México. El mensajero era un hombre de ojos salvajes y piel ennegrecida por el sol al que Lynch llamó Harry, una atlética aparición que llegó pedaleando desde Tucson, en una bicicleta llena de costras de arena con gastadas cubiertas y un manillar envuelto con tiras de amarillento cuero sin curtir. Lynch condujo a Harry por el estacionamiento. Harry estaba cantando, un extraño sonido en el obligado silencio del lugar, y su canción, si a eso se podía llamar canción, sonaba como cuando alguien sintoniza al azar una radio defectuosa, recorriendo millas de medianoche en el dial, captando gritos de gospel y fragmentos de veinte años de pop internacional. Harry llevaba la bicicleta colgada de un hombro quemado y huesudo.

—Harry te ha traído algo de Tucson —dijo Lynch.

—¿Os conocéis? —preguntó Turner mirando directamente a Lynch—. ¿Tenéis algún amigo común?

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Lynch.

Turner sostuvo su mirada.

—Sabes su nombre.

—Fue él quien me dijo su maldito nombre, Turner.

—Me llamo Harry —dijo el hombre quemado. Dejó caer la bicicleta sobre una mata de arbustos.

Su vacua sonrisa dejó al descubierto unos dientes irregularmente implantados. Sobre el pecho desnudo, cubierto por una película de polvo y sudor, llevaba colgados lazos de finas cadenas de metal, tiras de cuero, fragmentos de cuernos y pieles de animales, cartuchos de bala, monedas de cobre gastadas hasta perder el relieve, y una pequeña bolsa de cuero suave *y* marrón.

Turner miró el conjunto de objetos que pendían sobre el escuálido pecho y extendió la mano,

tocando un pedazo de cartílago torcido que colgaba de un cordel trenzado. —¿Qué diablos es esto, Harry?

—Es un pito de mapache —dijo Harry—. Los mapaches tienen un hueso articulado en el pito. No mucha gente lo sabe.

—¿Habías conocido antes a mi amigo Lynch, Harry?

Harry parpadeó.

—Sabía la contraseña —dijo Lynch—. Hay una jerarquía de urgencias. Él conocía a los responsables. Me dio su nombre. ¿Me necesitas aquí o puedo volver a mi trabajo?

—Vete —dijo Turner.

Cuando Lynch se hubo alejado lo suficiente, Harry comenzó a manipular las tiras que sellaban la bolsa de cuero. —No deberías ser duro con él —dijo—. Es muy bueno, de verdad. De hecho, no lo vi hasta que me apuntó al cuello con el flechero. —Abrió la bolsa y metió la mano con cuidado.

—Dile a Conroy que lo tengo marcado.

—Perdona —dijo Harry, sacando de la bolsa una hoja amarilla de cuaderno doblada—. ¿A quién tienes marcado? —Se la dio a Turner; dentro había algo.

—A Lynch. Es el topo de Conroy aquí. Díselo. —Desplegó el papel y sacó el grueso microsoft militar. Había una nota en mayúsculas azules: BUENA SUERTE, IMBÉCIL NOS VEMOS EN EL D.F.

—¿De verdad quieres que le diga eso?

— Díselo.

—Tú mandas.

—Y bien que lo sabes —dijo Turner, arrugando el papel y metiéndolo en la axila izquierda de Harry. Harry sonrió de forma dulce e inocente, y la inteligencia que había dejado entrever desapareció otra vez, como un animal acuático atontado por el sol, sumergiéndose sin esfuerzo en un calmo mar de estulticia. Turner lo miró a los ojos, ópalo amarillo y agrietado, y no vio en ellos más que el sol y la autopista. Una mano a la que le faltaban articulaciones se alzó para rascar distraídamente una barba de varios días—. Bueno —dijo Turner. Harry se volvió, levantó su bicicleta de la mata de arbustos, se la colgó al hombro con un gruñido y empezó a cruzar el abandonado estacionamiento. Sus pantalones cortos color caqui, demasiado grandes y hechos jirones, se agitaron con el viento, y su colección de cadenas tintineaba suavemente.

Sutcliffe silbó desde una elevación veinte metros más allá, sosteniendo en alto un rollo de cinta anaranjada de agrimensura. Era hora de comenzar con el trazado de la pista de aterrizaje de Mitchell. Tendrían que trabajar rápido, antes de que el sol estuviese demasiado alto; de todos modos iba a hacer calor.

—Bueno —dijo Webber—, llegará por el aire. —Escupió un jugo marrón sobre un cacto amarillento. Su mejilla estaba inflada con tabaco de Copenhague.

—Correcto —dijo Turner. Se sentó junto a ella sobre un saliente de pizarra oscura. Observaban a Lynch y a Nathan, quienes limpiaban la pista que él y Sutcliffe habían marcado con la cinta anaranjada. La cinta delimitaba un rectángulo de cuatro metros de ancho por veinte de largo. Lynch llevó un oxidado segmento de perfil doble T hasta la cinta y lo arrojó al otro lado. Algo se deslizó entre las matas cuando el perfil sonó contra el hormigón.

—Pueden ver esa cinta, si quieren —dijo Webber mientras se secaba los labios con el dorso de la mano—. Si quieren pueden leer los titulares de tu facsímil matutino.

—Lo sé —dijo Turner—, pero si todavía ignoran que estamos aquí no creo que lo hagan. Y no puede verse desde la autopista. —Se ajustó la gorra negra de nailon que le había dado Ramírez, tirando de la visera hasta que ésta tocó sus gafas de sol—. De todos modos, sólo moveremos las cosas pesadas, las cosas que podrían arrancar una pierna. Desde el espacio no parecerá nada en especial.

—No —asintió Webber, un marcado rostro impávido bajo las gafas de sol. Desde donde estaba, Turner podía oler su sudor intenso y animal.

—¿Qué diablos haces, Webber, cuando no estás haciendo esto? —La miró.

—Tal vez mucho más de lo que haces tú —dijo ella—. Parte del tiempo la dedico a criar perros. —Sacó un cuchillo de una de sus botas y se puso a afilarlo contra la suela raspándolo suavemente

en cada pasada, como un barbero mexicano sacando filo a su navaja de afeitar.— Y pesco. Truchas.

—¿Tienes a alguien en Nuevo México?

—Tal vez más que tú —respondió con parquedad—. Supongo que los tipos como tú y Sutcliffe no sois de ningún sitio. Aquí es donde vivís, ¿no es así, Turner? En el lugar del trabajo, hoy, el día en que tu chico sale. ¿Verdad? —Probó la hoja del cuchillo en la yema del pulgar antes de volver a meterlo en su funda.

—¿Pero tienes a alguien? ¿Hay un hombre esperándote?

—Una mujer, ya que quieres saberlo —dijo ella—. ¿Sabes algo acerca de la cría de perros?

—No —dijo él.

—Ya me parecía. —Lo miró a contraluz.— Tenemos una niña, también. Nuestra. Ella fue la madre.

—¿Fisión de ADN?

Ella asintió.

—Eso es caro —dijo él.

—Lo sabes; no estaría aquí si no tuviésemos que pagarlo. Pero es hermosa.

—¿Tu mujer?

—Nuestra hija.

12. Café Blanc

Cuando se iba del Louvre tuvo la impresión de que una estructura articulada se movía para adaptarse a su itinerario a través de la ciudad. El camarero no seria si no una parte del objeto, un miembro, una sonda delicada, una cilia. El conjunto debería de ser más grande, mucho más grande. ¿Cómo pudo haber imaginado que sería posible vivir, moverse, en el terreno artificial de la riqueza de Virek sin sufrir una distorsión? Virek la había recogido, en medio de su infortunio, y la había hecho girar a través de las monstruosas e invisibles tensiones de su dinero, y ella había cambiado. Por supuesto, pensó, por supuesto: está constantemente a mi alrededor, atento e invisible, el vasto y sutil mecanismo de la vigilancia de Herr Virek. Se encontró de pronto frente a la terraza del Blanc. Parecía un sitio tan bueno como cualquier otro. Un mes antes lo habría evitado: en aquel lugar había pasado demasiadas tardes con Alain. Ahora, sintiéndose por fin liberada, decidió comenzar el proceso de redescubrir su propio París eligiendo una mesa en el Blanc. Eligió una cercana a un tabique lateral. Pidió un coñac al camarero y se estremeció mirando el fluir del tráfico de París, un río perpetuo de vidrio y acero, mientras que a su alrededor, en otras mesas, desconocidos comían y sonreían, bebían y discutían, se decían amargos adioses o juraban íntimas fidelidades a los sentimientos de una tarde.

Pero —y sonrió— ella era parte de todo aquello. Algo en ella despertaba de un largo y apagado sueño, volvía a la luz en el instante en que abrió del todo los ojos a la maldad de Alain y a su propia necesidad desesperada de seguir amándolo. De algún modo la mezquindad de sus mentiras había roto las cadenas de su depresión. No veía en ello nada lógico, porque era consciente, en alguna parte de su ser y mucho antes del asunto con Gnass, de lo que Alain hacía en la vida, y aquello no había significado ningún cambio en su amor. Sin embargo, frente a este nuevo sentimiento, buscaba un sentido lógico. Era suficiente estar allí, viva, frente a una mesa en la terraza del Blanc, imaginando a su alrededor la intrincada maquinaria que ahora sabía que Virek había desplegado.

Ironías, pensó al ver que el joven camarero de la Napoleón Court se acercaba a la terraza. Llevaba puestos los pantalones negros de trabajo, pero el delantal blanco había sido reemplazado por una chaquetilla deportiva azul. Una franja de pelo lacio y negro le cruzaba la frente. Se aproximó sonriendo, confiado, seguro de que ella no intentaría escapar. En ese instante una parte de ella deseó ansiosamente echar a correr, pero supo que no lo haría. Qué burla, se dijo, ahora que me deleito en el descubrimiento de que no soy una esponja de penas sino otro animal falible en el laberinto de piedra de esta ciudad, vengo a saber que estoy en el punto de mira de un vasto dispositivo potenciado por un oscuro deseo.

—Me llamo Paco —dijo él, apartando de la mesa la silla blanca de hierro frente a la suya.

—Tú eras el chico, el muchacho, en el parque...

—Hace mucho tiempo, sí. —Se sentó.— Señor ha preservado la imagen de mi infancia.

—He estado pensando en tu... Señor. —No lo miraba a él, sino a los coches que pasaban, refrescándose los ojos en el flujo de tráfico, en los colores de fibra de carbono y acero pintado. —Un hombre como Virek es incapaz de despojarse de su riqueza. Su dinero tiene una vida propia. Quién sabe si una voluntad propia. Fue lo que dio a entender cuando nos encontramos.

—Es usted una filósofa.

—Soy una herramienta, Paco. Soy la pieza más reciente de una máquina muy vieja que está en manos de un hombre muy viejo que desea penetrar en algo y hasta el momento ha fracasado. Tu jefe escarba entre mil herramientas y por alguna razón me escoge a mí...

—¡También es poeta!

Marly se echó a reír apartando los ojos del tráfico; él sonreía, la boca enmarcada entre profundos surcos verticales. —Mientras caminaba hacia aquí imaginé una estructura, una máquina tan grande que no alcanzo a abarcarla con la vista. Una máquina que me rodea, anticipándose a cada uno de mis pasos.

—¿Y acaso es también una egotista?

—¿Lo soy?

—Tal vez no. En efecto, usted es observada. Efectuamos una vigilancia, y es bueno que actuemos de ese modo. A su amigo, el de la brasserie, también a él lo vigilamos. Lamentablemente, no hemos podido determinar dónde obtuvo el holograma que le enseñó. Es probable que ya lo tuviera cuando comenzó a telefonear a su amiga. Alguien se puso en contacto con él, ¿me comprende? Alguien lo ha puesto en su camino. ¿No le parece que esto es de lo más curioso? ¿No despierta a la filósofa que hay en usted?

—Sí, supongo que sí. Seguí el consejo que me diste en la brasserie, y acepté el precio que él dio.

—Entonces él lo duplicará —dijo Paco sonriendo.

—Cosa que para mí no significa nada, como tú has señalado. Quedó en ponerse en contacto conmigo mañana. Supongo que podrás encargarte de la entrega del dinero. Lo pidió en efectivo.

—Efectivo —entornó los ojos—. ¡Qué arriesgado! Pero sí, puedo hacerlo. Y también conozco los detalles. Estuvimos monitoreando la conversación. No fue difícil, ya que tuvo la amabilidad de transmitirla él mismo con un micrófono miniatura. Estábamos ansiosos por saber a quién estaba destinada esa transmisión, pero dudamos de que él mismo lo sepa.

—La verdad es que no es su estilo —dijo ella frunciendo el ceño— el haberse levantado interrumpiendo la conversación de esa forma, antes de plantear su de manda. Hace alarde de tener olfato para los momentos dramáticos.

—No había opción —dijo Paco—. Nos encargamos de que creyese que fallaba la fuente de energía del micrófono. Entonces tuvo que ir al *hommes.* Dijo cosas muy feas acerca de usted cuando estaba solo en el cubículo.

Ella señaló su vaso vacío cuando pasó un camarero. —Todavía me resulta difícil ver cuál es mi función en todo esto, mi valor. Para Virek, quiero decir.

—A mí no me lo pregunte. Aquí la filósofa es usted. Yo no hago más que ejecutar las órdenes de Señor de la mejor manera posible.

—¿Quieres un coñac, Paco? ¿O quizás un café?

—Los franceses —dijo él muy convencido— no saben nada de café.

13. Con las dos manos

—Quizá podrías explicármelo de nuevo —dijo Bobby mientras engullía un bocado de arroz con huevos—. Ya has dicho que no es una religión.

Beauvoir se quitó las gafas y examinó una de las patillas. —No fue eso lo que dije. Dije que no tenías que preocuparte por eso, nada más; sea una religión o no. Es una *estructura y* basta. Nos permite conversar sobre algunas cosas que están pasando; de lo contrario podríamos no tener palabras para eso, conceptos...

—Pero tú hablas como si esos, ¿cómo se llaman?, *lows*, fueran...

—Loa — corrigió Beauvoir, dejando las gafas en la mesa. Respiró hondo, sacó uno de los cigarrillos chinos del paquete de Dos-por-Día, y lo encendió con la calavera de peltre—. Se dice igual en plural que en singular. —Inhaló con fuerza y sopló hilos de humo gemelos por sus dilatadas fosas nasales.— Cuando piensas en religión, ¿en qué piensas, exactamente?

—Bueno, la hermana de mi madre es de la Iglesia de Cristo Científico, bien ortodoxa, ¿sabes? Y hay una mujer que vive en mi edificio, una católica. Mi madre —hizo una pausa, ya sin sentirle el gusto a la comida— solía poner hologramas en mi cuarto, a veces, Jesucristo o Hubbard o algún otro. Supongo que pienso en eso.

—El vudú no es así —dijo Beauvoir—. No tiene que ver con nociones de salvación y trascendencia. De lo que se trata es de *hacer* cosas. ¿Entiendes? En nuestro sistema, hay *muchos* dioses, espíritus. Son parte de una gran familia, con todas las virtudes, y todos los vicios también. Existe una tradición ritual de manifestación colectiva, ¿ves? El vudú dice que Dios existe, claro, Gran Met, pero Él es grande, demasiado grande, y está demasiado lejos para preocuparse si es tas sin un céntimo o si no consigues mujeres. Vamos, muchacho, ya sabes cómo funciona esto, es religión *callejera*, que nació en el lugar más pobre hace un millón de años. El vudú es como la calle: si un matón liquida a tu hermana, tú no vas a instalarte en la puerta de los Yakuza, ¿verdad? De ninguna manera. Lo que sí haces es ir en busca de alguien que pueda *encargarse* del asunto. ¿No es así?

Bobby asintió masticando con aire pensativo. Otro dermo y dos vasos de vino tinto habían ayudado mucho; el otro hombre había llevado a Dos-por-Día a dar un paseo por los árboles y las varillas fluorescentes, dejando a Bobby con Beauvoir. Luego había aparecido Jackie , muy contenta, con un gran cuenco de arroz con huevos que no sabía nada mal y, al ponerlo sobre la mesa, frente a él, le había apoyado una de las tetas en el hombro.

—Así que —dijo Beauvoir— nos ocupamos de que las cosas se hagan. Nos ocupamos de sistemas, si lo prefieres así. Y tú también, o por lo menos eso quieres, porque de lo contrario no serías un vaquero y no tendrías un título, ¿no es así? —Dejó caer lo que quedaba del cigarrillo en un sucio vaso lleno hasta la mitad de vino tinto. — Parece que Dos-por-Día estaba a punto de meterse en algo gordo; algo iba a reventar.

—¿Qué iba a reventar? —preguntó Bobby, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Tú —dijo Beauvoir, frunciendo el ceño—. Pero nada de eso es por tu culpa. Aunque Dos-por-Día así lo quiera presentar.

—¿Sí? Ahora parece muy tenso. Y muy hijo de puta, también.

—Exacto. Eso mismo. Tenso. Cagado de miedo, más bien.

—¿Y por qué?

— Bueno, verás, las cosas con Dos-por-Día no son lo que parecen. Quiero decir, sí, de hecho se encarga del tipo de asuntos que tú sabes, trafica software pirata con los inocentes, perdón —y sonrió—, de Barrytown, pero su meta principal, quiero decir, su verdadera ambición, ya me entiendes, es otra. —Beauvoir tomó un mustio canapé, lo examinó con manifiesta desconfianza y lo arrojó por encima de la mesa hacia los árboles. — Su asunto es servir de intermediario para un par de oungans del Sprawl, de los grandes.

Bobby asintió sin comprender.

—Vaqueros de ciudad, de los que trabajan con las dos manos.

—No entiendo nada.

—Se trata de una secta profesional, si así quieres llamarlo. Si no, sólo imagina un par de vaqueros de primera, vaqueros de consola, entre otras cosas, que se encargan de hacer cosas para otra gente. «Trabajar con las dos manos» es una expresión que usamos, más o menos quiere decir que trabajan en los dos extremos. Blanco y negro, ¿me entiendes?

Bobby tragó saliva y sacudió la cabeza.

—Hechiceros —dijo Beauvoir—. No importa. Tipos malos, mucho dinero, eso es todo lo que tienes que saber. Dos-por-Día actúa como esbirro de esta gente. A veces encuentra algo que les puede interesar, se encarga de que llegue hasta ellos y más tarde recibe algún favor. Quizá reciba

unos cuantos favores de más, y entonces ellos le hacen llegar algo a él. No es precisamente lo mismo, ¿me sigues? Digamos que ellos están en posesión de un chisme que, según ellos, tiene potencial, pero les asusta. Estos tipos tienden a ser más bien conservadores, ¿comprendes? ¿No? Bueno, ya aprenderás.

Bobby asintió con la cabeza.

—La clase de software que alguien como tú le alquilaría a Dos-por-Día no vale nada. Quiero decir, *Junciana,* pero no es nada de lo que alguien importante se ocuparía. Has visto muchos kinos de vaqueros, ¿verdad? Bueno, las cosas que inventan para esas historias no son nada comparadas con el tipo de mierda a la que puede enfrentarse un operador de los verdaderamente grandes. En particular cuando se trata de rompehielos. Los rompehielos pesados son un poco difíciles de manejar, hasta para los chicos grandes. ¿Sabes por qué? Porque el hielo, todo lo que es duro de verdad, los muros que rodean todas las principales fuentes de datos en la matriz, siempre es producto de una IA, una inteligencia artificial. No hay nada capaz de tejer tan rápido un buen hielo, y constantemente alterarlo y actualizarlo. Así que cuando un rompehielos poderoso de verdad aparece en el mercado negro, ya están en juego un par de factores de mucho riesgo. Como, para empezar, ¿de dónde salió el producto? Nueve de cada diez veces sale de una IA, y las IA están permanentemente vigiladas, más que nada por los de Turing, para asegurarse de que no se hagan demasiado listas. Así que tal ve/ termines con la maquinaria de Turing a tus talones, porque tal vez una IA en algún lado quiere aumentar su flujo de caja privado. Algunas IA gozan de ciudadanía, ¿sabes? Otra cosa de la que debes cuidarte es que tal vez sea un rompehielos *militar, y* ésos son de los peligrosos también, o quizás haya salido del brazo de espionaje industrial de algún zaibatsu, y tampoco querrás meterte con eso. ¿Estás entendiendo toda esta mierda, Bobby?

Bobby asintió. Se sentía como si hubiese esperado toda su vida para escuchar a Beauvoir explicar los mecanismos de un mundo cuya existencia sólo había adivinado.

—De todos modos, un rompehielos que corte de verdad vale mega, quiero decir *beaucoup.* Así que tal vez tú eres el grande en el mercado, alguien te ofrece una cosa de éstas, y tú no quieres decirles que se vayan a paseo de buenas a primeras. Así que la aceptas. La aceptas muy discretamente, pero no la *corres,* no. ¿Qué haces con ella? La llevas a tu casa, haces que tu técnico la arregle para que no parezca algo fuera de lo común. Por ejemplo, haces que la coloquen en un formato como éste —y tocó una pila de software que tenía enfrente—, y se la llevas a tu aprendiz, que te debe unos cuantos favores, como de costumbre...

—Espera un poco —dijo Bobby—. Creo que no me gusta...

—Muy bien. Eso significa que te estás volviendo listo, o por lo menos más listo. Porque eso fue lo que hicieron. Ellos se la trajeron a tu amable distribuidor de software, el señor Dos-por-Día, y le contaron su problema. «Campeón», le dicen, «queremos verificar esta mierda, correrla en prueba, pero no lo vamos a hacer nosotros. Está en tus manos, muchacho.» Así que, tal como son las cosas, ¿qué va a hacer Dos-por-Día con eso? ¿La va a conectar él? De ninguna manera. No hace más que repetir la mala jugada que los chicos grandes le hicieron a él, sólo que ni se va a preocupar de decírselo al tipo a quien se la va a hacer. Lo que hace es elegir una base en el Medio Oeste que está llena de programas de evasión de impuestos y tablas de flujo de lavado de yens de algún burdel de Kansas City, y cualquiera que tenga un mínimo de experiencia sabe que la maldita cosa está hasta el tope de hielo, hielo negro, programas de retroalimentación absolutamente letales. No existe un vaquero en el Sprawl que se meta con esa base: en primer lugar, porque está copada de defensas; segundo, porque lo que tiene adentro no le sirve a nadie más que a la autoridad fiscal, y lo más probable es que ya esté al tanto de los hábitos del dueño del programa.

—Eh —dijo Bobby—, deja que lo entienda...

—¡Estoy haciendo que lo entiendas, muchachito blanco! Él escogió esa base, luego revisó su lista de salchicheros, punks ambiciosos de Barrytown, wilsons lo bastante tontos como para correr un programa que nunca habían visto antes contra una base que un bromista como Dos-por-Día había preparado para ellos, y les dijo que sería una tarea fácil. ¿Y a quién escoge? Escoge a alguien nuevo en el oficio, no, alguien que ni si quiera sabe dónde vive él, que ni siquiera tiene su número, y dice, toma, amigo, llévate esto a casa y gana un poco de dinero. Si sacas algo bueno, yo te lo

pongo en el mercado. —Beauvoir tenía los ojos muy abiertos; no estaba sonriendo. — ¿Te suena a alguien conocido, muchacho, o tal vez procuras no andar con perdedores?

—¿Quieres decir que él sabía que me iban a matar si invadía esa base?

—No, Bobby, pero sabía que era una posibilidad si el paquete no funcionaba. Lo que en realidad quería era observar tu intento. Cosa que ni siquiera se molestó en hacer por sí mismo; se lo encargó a un par de vaqueros. Podía haber funcionado de dos o tres formas. Por ejemplo, si el rompehielos hubiera hecho lo suyo con el hielo negro, habrías entrado, encontrado una cantidad de cifras que para ti no significarían nada, y habrías vuelto a salir, quizás sin dejar rastro. Bueno, habrías regresado al Leon's y le habrías dicho a Dos-por-Día que había señalado los datos equivocados. Oh, te aseguro que te habría pedido mil disculpas, y tú habrías obtenido un nuevo objetivo y un nuevo rompehielos, y él habría llevado el primero de regreso al Sprawl, diciendo que parecía estar bien. Mientras tanto, te habría seguido la pista, sólo para monitorear tu estado de salud y para asegurarse de que nadie viniera a buscar el rompehielos que tal vez supieran que habías utilizado. Otra cosa que podría haber sucedido, como casi sucedió, era que el rompehielos tuviese algo extraño; el hielo podía haberte liquidado, y uno de esos vaqueros habría tenido que colarse en casa de tu mamá y recuperar el software antes de que encontraran tu cadáver.

—No sé, Beauvoir, eso es endiabladamente difícil de...

—Difícil una mierda. La *vida* es difícil. Quiero decir, estamos hablando de *negocios,* ¿sabes? — Beauvoir lo contempló con cierta severidad; tenía los marcos de plástico casi en la punta de la estrecha nariz. Su piel era más clara que la de Dos-por-Día o la del otro hombre, color café con un poco de blanqueador, la frente alta y lisa bajo una mota negra cortada al ras. Parecía delgado dentro del albornoz gris de piel de tiburón y, de hecho, Bobby no lo encontraba en absoluto amenazador. — Pero nuestro problema, la razón por la que estamos aquí, la razón por la que tú estás aquí, es llegar a entender lo que sí ocurrió. Y eso es otra cosa.

—¿Quieres decir que me embaucó, que Dos-por-Día me engañó para que me liquidaran? — Bobby estaba aún en la silla de ruedas de la maternidad de St. Mary's, aunque sentía que ya no la necesitaba.— ¿Y ahora está con la soga al cuello con estos tipos, esos duros del Sprawl?

—Ahora lo has entendido.

—Y por eso actuaba así, como si nada le importase, como si me odiara, ¿no es cierto? ¿Y ahora está muy asustado?

Beauvoir asintió.

—Y —dijo Bobby, comprendiendo de pronto qué era lo que realmente preocupaba a Dos-por-Día, y por qué estaba asustado— ¡es porque me atacaron en el Gran Campo de Juego y los Lobes de mierda me robaron la consola con el software dentro! —Se inclinó hacia adelante, excitado por haber armado el rompecabezas.— Y esos tipos parece que lo van a liquidar, o algo así, a menos que él recupere el software, ¿verdad?

—Se nota que ves mucho kino —dijo Beauvoir—, pero de hecho es más o menos como tú dices.

—Muy bien. —Bobby se acomodó en la silla de ruedas y apoyó los pies descalzos en el borde de la mesa. — Bueno, Beauvoir, ¿quiénes *son* esos tipos? ¿Cómo los llamaste, jungans? ¿Hechiceros, dijiste? ¿Qué mierda significa eso?

—Bueno, Bobby —dijo Beauvoir—, yo soy uno de ellos, y el tipo grande, puedes llamarlo Lucas, es el otro.

—Probablemente hayas visto uno de éstos antes —dijo Beauvoir mientras el hombre a quien él llamaba Lucas depositaba el tanque de proyección sobre la mesa tras despejar metódicamente un espacio.

—En el colegio —dijo Bobby.

— ¿Fuiste al colegio, muchacho? —espetó Dos-por-Día—. ¿Por qué mierda no te quedaste allí? —Había estado fumando un cigarrillo tras otro desde su regreso con Lucas, y parecía en peor forma que antes.

—Cállate, Dos-por-Día —dijo Beauvoir—. No te vendría mal un poco de educación.

—Usaban uno para enseñamos el modo en que debíamos manejarnos en la matriz, cómo acceder

a material de la biblioteca de impresos, y eso...

—Muy bien —dijo Lucas, enderezándose y sacudiéndose un polvo imaginario de las grandes y rosadas palmas de sus manos—, ¿alguna vez lo utilizaste para eso, para acceder a libros impresos? —Se había quitado la chaqueta de su inmaculado traje negro; su impecable camisa blanca estaba atravesada por un par de delgados tirantes marrones, y había aflojado el nudo de su corbata negra.

—No leo muy bien —dijo Bobby—. Quiero decir, puedo hacerlo, pero me cuesta. Pero, sí, lo hice. Miré algunos libros muy viejos acerca de la matriz y ese tipo de cosas.

—Me lo imaginaba —dijo Lucas al mismo tiempo que conectaba un pequeño teclado a la consola que conformaba la base del tanque—. Cuenta a cero. *Interrupción de cuenta a cero.* Vieja jerga de programadores. —Pasó el teclado a Beauvoir, quien comenzó a introducir órdenes.

Complejas figuras geométricas empezaron a aparecer en el tanque, alineadas con los planos casi invisibles de una trama tridimensional. Bobby notó que Beauvoir bosquejaba las coordenadas de Barrytown en el ciberespacio. —Diremos que tú eres esta pirámide azul, Bobby. Aquí estás. —Una pirámide azul comenzó a pulsar suavemente en el centro mismo del tanque. — Ahora te mostraremos lo que vieron los vaqueros de Dos-por-Día que te vigilaban. De ahora en adelante estarás viendo una grabación. —Una línea de puntos de luz azul surgió de la pirámide siguiendo una de las líneas de la retícula. Bobby miró, se vio a sí mismo solo en la sala de estar de su madre, la Ono-Sendai en su regazo, las cortinas corridas, sus dedos moviéndose sobre el teclado.

—Rompehielos en camino —dijo Beauvoir. La línea de puntos azules alcanzó la pared del tanque. Beauvoir tocó el teclado y las coordenadas cambiaron. Un nuevo conjunto de formas geométricas reemplazó la disposición original.

Bobby reconoció el agrupamiento de rectángulos anaranjados en el centro de la retícula. —Ése —dijo.

La línea azul progresaba desde el borde del tanque, dirigida hacia la base anaranjada. Tenues planos de anaranjado fantasmal palpitaron en torno a los rectángulos, moviéndose y destellando a medida que la línea se acercaba.

—Puedes advertir que ahí hay algo que está mal —dijo Lucas—. Es el hielo de ellos; ya te había detectado. Te atacó antes de que pudieras fijar tu posición.

En cuanto la línea de puntos azules tocó el cambiante plano anaranjado, fue rodeada por un cilindro traslúcido anaranjado de diámetro ligeramente mayor. El tubo comenzó a alargarse, retrocediendo sobre la línea, hasta que alcanzó la pared del tanque...

— Mientras tanto —dijo Beauvoir—, en Barrytown... —Tocó de nuevo el teclado y la pirámide azul de Bobby apareció en el centro. Bobby vio cómo el tubo anaranjado emergía de la pared del tanque de proyección, seguía la línea azul y se aproximaba lentamente a la pirámide. — Bueno, en este punto se suponía que quedarías bien frito, vaquero. —El tubo alcanzó la pirámide; surgieron de pronto unos planos anaranjados y triangulares que la encerraron. Beauvoir congeló la proyección.

—Bien —dijo Lucas—, cuando los ayudantes de Dos-por-Día, que en definitiva son un par de duros y experimentados jockeys de consola, vieron lo que estás a punto de ver, muchacho, llegaron a la conclusión de que su teclado estaba listo para el desguace. Como son profesionales tenían un teclado de repuesto. Lo pusieron en línea y vieron lo mismo. Fue entonces cuando decidieron telefonear a su patrón, el señor Dos-por-Día, quien, como podemos ver por este desorden, estaba por dar una fiesta...

—¡Eh! —exclamó Dos-por-Día con voz quebrada por la histeria—, ya te lo *dije.* Tenía aquí unos clientes a los que debía atender. Yo pagué a esos muchachos para que vigilaran, y estaban vigilando, y me telefonearon. Yo te llamé por teléfono. Al fin y al cabo, ¿qué mierda *quieres?*

—Lo que nos pertenece —respondió Beauvoir con suavidad—. Ahora mira esto, muy de cerca. Esta putada es lo que nosotros llamamos un fenómeno anómalo, en serio... —Tocó de nuevo el teclado, poniendo en marcha la grabación.

Del fondo del tanque surgieron flores líquidas de color blanco lechoso; Bobby, inclinándose hacia adelante, vio que parecían estar formadas por miles de esferas o burbujas diminutas que se alinearon exactamente con la retícula cúbica coagulándose en una densa estructura asimétrica de cabeza voluminosa, un objeto parecido a un hongo rectilíneo. Las superficies, las facetas, eran

blancas y perfectamente lisas. La imagen del tanque no era más larga que la mano abierta de Bobby, pero para cualquiera que estuviese conectado a una consola habría sido enorme. El objeto desplegó un par de cuernos; éstos se alargaron, se curvaron, se convirtieron en pinzas que se abrieron en arco para abrazar la pirámide. Vio las puntas hundirse suavemente en los palpitantes planos anaranjados del hilo enemigo.

—Ella preguntó: «¿Qué estás haciendo?» —se oyó decir a sí mismo—. Quería saber por qué estaban haciendo eso, haciéndomelo a mí, matándome...

—Ah —dijo Beauvoir con voz queda—, ahora estamos llegando a algo.

No sabía adonde estaban yendo, pero se alegraba de haber salido de aquella silla. Beauvoir se inclinó para esquivar una lámpara fluorescente que pendía de un par de cables en espiral; Bobby lo seguía, casi resbalando en un charco de agua cubierta por una película verde. Fuera del claro donde Dos-por-Día tenía su sala de estar, el aire parecía más denso. Había un olor a invernadero, a humedad y a cosas que crecían. —De modo que así fue —dijo Beauvoir—, Dos-por-Día envió a algunos de sus amigos a los Covina Concourse Courts, pero tú ya te habías ido. También tu consola se había ido.

—Entonces —dijo Bobby—, no veo que sea precisa mente culpa de él. Quiero decir, si yo no hubiese ido al Leon's, y yo estaba buscando a Dos-por-Día, incluso tratando de llegar hasta aquí, él me habría encontrado, ¿verdad? —Beauvoir se detuvo para admirar una planta de cáñamo indio, floreciente y de abundante follaje, extendiendo un delgado y moreno dedo para acariciar suavemente las flores pálidas y sin color.

—Cierto —dijo—, pero esto es un asunto de *negocios.* Él debería haber asignado a alguien para que vigilase tu casa durante toda la ejecución del programa, asegurándose de que ni tú ni el software tomaran rumbos no programados.

—Bueno, mandó a Rhea y a Jackie al Leon's, porque yo las vi allí. —Bobby se llevó la mano al cuello de su pijama negro y rascó la herida sellada que le cruzaba el pecho y el vientre. Entonces recordó el objeto parecido a un ciempiés que Pye había utilizado como sutura, y rápidamente retiró la mano. Picaba, una línea recta de escozor, pero no quería tocarla.

—No, Jackie y Rhea son nuestras. Jackie es una mambo, una sacerdotisa, el caballo de Dambala. —Beauvoir continuó su camino, siguiendo lo que Bobby supuso debía de ser un sendero a través de la abigarrada selva de hidropónicos, aunque parecía avanzar sin rumbo determinado. Algunos de los arbustos más grandes estaban plantados en bolsas de basura de plástico verde llenas de humus negro. Muchas de éstas habían reventado, y pálidas raíces buscaban el fresco alimento en las sombras que dejaban las luces de neón, donde el tiempo y la progresiva caída de las hojas habían conspirado para producir una delgada capa de abono. Bobby llevaba un par de zapatillas de nailon negro que Jackie le consiguiera, pero ya había tierra húmeda entre los dedos de sus pies.

—¿Un caballo? —preguntó a Beauvoir, esquivando algo espinoso que sugería una palmera vuelta del revés.

—Dambala es su jinete, Dambala Wedo, la víbora. Otras veces, ella es el caballo de Aida Wedo, su esposa.

Bobby decidió cambiar de tema. —¿Cómo es que Dos-por-Día tiene un apartamento tan enorme? ¿Para qué sirven todos estos árboles y eso? —Sabía que cuando Jackie y Rhea lo empujaban en la silla de ruedas habían cruzado un umbral, pero desde entonces no había visto otra pared. Sabía también que la arcología ocupaba un número *x* de hectáreas, de forma que sí era posible que la casa de Dos-por-Día fuese muy grande; pero parecía muy poco probable que un traficante de software, incluso uno muy hábil, pudiese pagar por tanto espacio. *Nadie* podía pagar tanto espacio, y, *¿por* qué querría alguien vivir en una selva hidropónica llena de goteras?

El último dermo estaba perdiendo su efecto, y la espalda y el pecho empezaban a arderle.

—Árboles de ficus, árboles de mapou... Todo este nivel de los Proyectos es un *lieu saint,* un lugar santo. —Beauvoir dio a Bobby un golpecito en el hombro y señaló unos retorcidos cordeles bicolores que colgaban de un árbol cercano. — Los árboles están consagrados a diferentes loa. Aquél es para Ougou, Ougou Feray, dios de la guerra. Hay muchas otras cosas que se cultivan aquí,

hierbas que los curanderos necesitan, y otras que sólo son para diversión. Pero esto no pertenece a Dos-por-Día; esto es comunitario.

—¿Quieres decir que todos los habitantes de los Proyectos se dedican a esto? ¿A todos les gusta el vudú y esas cosas? —Era peor que las más oscuras fantasías de Marsha.

—No, hombre —y Beauvoir se echó a reír—. Hay una *mezquita* en lo alto, y diez o veinte mil bautistas esparcidos por el edificio, algunas iglesias de Cristo Cientí... Lo de siempre. Con todo —sonrió—, *nosotros* somos los que por tradición *hacemos* las cosas... Pero cómo empezó todo esto, este nivel, eso se remonta muy atrás. La gente que diseñó estos sitios, hace tal vez ochenta, cien años, se habían propuesto que fueran lo más autosuficientes posible: que produjesen alimentos, que se calentaran por sí mismos, que generaran energía, lo que fuese. Éste, si perforas lo bastante, está emplazado sobre una gran cantidad de agua geotérmica. Allá abajo está caliente de verdad, pero no tanto como para hacer andar un motor, así que no les proporcionaría la energía necesaria. Buscaron energía, en la azotea, con unos cien rotores Darrieus, de ésos a los que llaman batidoras de huevos. Instalaron una fábrica de viento, ¿entiendes? Hoy en día obtienen la mayoría de sus vatios de la Autoridad de Fisión, como todo el mundo.

Pero el agua geotérmica la bombean hasta un conmutador de calor. Es demasiado salada para beber, así que el conmutador no hace más que calentar el agua corriente normal de Nueva Jersey, que de todos modos hay muy poca gente a quien le guste...

Por fin se acercaban a una especie de muro. Bobby miró hacia atrás. Los charcos del barroso suelo de hormigón reflejaban las ramas de los árboles enanos cuyas pálidas y desnudas raíces se arrastraban hasta improvisadas cubas de fluido hidropónico.

—Entonces lo bombean dentro de los estanques de camarones, y crían muchos. El camarón crece muy rápido en el agua tibia. Después lo envían por canalizaciones abiertas en el hormigón, hasta aquí, para mantener este lugar caliente. Para eso era este nivel, para cultivar amaranto hidropónico, lechuga, cosas así. Luego lo bombean hasta los tanques de barbos donde las algas se comen la mierda de los camarones. Los barbos se comen las algas, y todo vuelve a empezar. O en todo caso la idea era ésa. Supongo que nadie se imaginó que alguien subiría al techo a tirar abajo los rotores Darrieus para levantar la mezquita, y tampoco se imaginaron otro montón de cambios. Así que terminamos con esto. Pero aún puedes conseguir unos camarones excelentes en los Proyectos... Y barbos, también.

Habían llegado a la pared. Estaba hecha de vidrio y cubierta por gruesas gotas de condensación. Pocos centímetros más allá había otra pared hecha de lo que parecía ser herrumbroso acero laminado. Beauvoir sacó una especie de llave de un bolsillo de su albornoz de piel de tiburón y la introdujo en un orificio abierto en un desnudo perfil de aleación que dividía una ventana en dos. En algún sitio cercano un motor se puso en marcha gimiendo. La gran persiana de acero rotó hacia arriba y hacia afuera, moviéndose espasmódicamente para revelar un panorama que Bobby había a menudo imaginado.

Debían de estar cerca del techo, en lo más alto de los Proyectos, porque el Gran Campo de Juego se había reducido a un punto que podía taparse con las dos manos. Los edificios de Barrytown parecían hongos grisáceos extendiéndose hasta el horizonte. Era casi de noche, y Bobby podía distinguir un resplandor rosado, más allá de la última fila de bloques de apartamentos.

—Aquello es el Sprawl, ¿verdad? Allá, eso rosado.

—Correcto, pero cuanto más te acercas, menos bonito se ve. ¿Te gustaría ir allí, Bobby? ¿El Conde Cero está listo para el Sprawl?

— Sí —dijo Bobby, las manos apoyadas contra el transpirado cristal—, no tienes idea... —El dermo había perdido todo su efecto, y la espalda y el pecho le dolían endemoniadamente.

14. Vuelo nocturno

Al llegar la noche Turner recuperó el estado.

Le pareció que hacía mucho tiempo que no estaba así, pero cuando empezó fue como si nunca hubiera dejado de estarlo. Era aquel flujo sincrorreticular sobrehumano del cual los estimulantes no

suministraban más que una aproximación. Sólo podría aprovecharlo en el lugar en que se produjera una defección de importancia, una en la que él estuviese al mando, y sólo en las últimas horas previas a que sucediera.

Pero hacía ya mucho tiempo; en Nueva Delhi había estado considerando posibles rutas de escape para un ejecutivo que no estaba para nada seguro de que lo que quería fuese la reubicación. De haberse encontrado en el estado, aquella noche en Chandni Chauk tal vez habría podido esquivar el objeto. O tal vez no, pero el estado le habría dicho que lo intentara.

Ahora el estado le permitía ponderar el conjunto de factores a los que habría de enfrentarse en el lugar de la operación, sopesando problemas pequeños enfrentados a otros individuales y mayores. Hasta el momento abundaban los pequeños, y ninguno de ellos era realmente engorroso. Lynch y Webber comenzaban a exasperarse el uno al otro, por lo que decidió mantenerlos separados. Su convicción de que Lynch era el topo de Conroy, instintiva desde el comienzo, era ahora más fuerte. En el estado los instintos se agudizaban; las cosas tomaban un cariz supersticioso. Nathan tenía problemas con los calentadores de mano suecos; eran mecánicos y cualquier cosa que no fuese un circuito electrónico lo dejaba perplejo. Turner puso a Lynch a trabajar en los calentadores, cargándolos y probándolos, y dejó que Nathan los llevase afuera, de dos en dos, para enterrarlos a intervalos de un metro a lo largo de las dos líneas de cinta anaranjada.

El microsoft que Conroy había enviado llenó su cabeza con un universo de factores que cambiaban constantemente: velocidad del viento, altitud, posición, ángulo de ataque, orientaciones, fuerzas gravitatorias. La información relativa a la entrega de armas del avión era una letanía subliminal continua de designadores de objetivos, líneas de caída de bombas, círculos de rastreo, claves de alcance y disparo, cálculo de municiones. Conroy había marcado el microsoft con un sencillo mensaje que reseñaba la hora de llegada del avión y confirmaba las disposiciones de espacio para un solo pasajero.

Se preguntaba qué estaría haciendo Mitchell, qué sentiría. Las instalaciones de los Biolaboratorios Maas en Norteamérica estaban excavadas en el seno de una abrupta meseta. El archivo del biosoft había mostrado a Turner la imagen de la meseta interrumpida por luminosas ventanas nocturnas; cabalgaba sobre los brazos levantados de un mar de saguaros como la sala de máquinas de una nave gigantesca. Para Mitchell había sido prisión y fortaleza, su hogar durante nueve años. En algún punto cercano al núcleo había perfeccionado las técnicas de hibridoma que habían escapado a otros investigadores durante casi un siglo; trabajando con células cancerosas humanas y un modelo prácticamente olvidado de síntesis de ADN, había producido las inmortales células híbridas que constituían las herramientas básicas para la producción de la nueva tecnología, diminutas fábricas bioquímicas que reproducían hasta el infinito las moléculas artificiales cuyo enlace e incorporación formaría los biochips. En algún lugar de la arcología, Mitchell estaría pasando sus últimas horas como investigador estrella de la Maas.

Turner trató de imaginar a Mitchell llevando un tipo de vida muy diferente tras su defección a la Hosaka, pero le resultó difícil. ¿Sería acaso una arcología de investigación en Arizona distinta a otra en Honshu?

En ocasiones, durante ese largo día, los recuerdos codificados de Mitchell asaltaban a Turner llenándolo de un extraño pavor que no parecía estar relacionado con la operación que tenía entre manos.

Era lo íntimo del asunto lo que aún lo perturbaba, y tal vez la sensación de temor radicara en eso. Ciertos fragmentos parecían poseer un poder emocional completamente desproporcionado con respecto a su contenido. ¿A qué se debía que el recuerdo de un anónimo vestíbulo de una descuidada residencia de estudiantes de posgrado en Cambridge lo llenara de un sentimiento de culpa y autoaborrecimiento? Otras imágenes, que por lógica deberían haber conllevado una cierta carga emocional, estaban desprovistas de afectividad: Mitchell jugando sobre la alfombra con su hija recién nacida en una casa alquilada en Ginebra, la niña riendo, tirando de su mano. Nada. La vida del hombre, desde la perspectiva de Turner, parecía señalada por una especie de inevitabilidad; él era brillante, de una brillantez que había sido detectada muy pronto, altamente motivado, hábil

para la blanda pero cruel manipulación requerida a cualquier individuo que aspirara * convertirse en un científico investigador de primer grado. Si había alguien destinado a subir por las jerarquías empresariales de un laboratorio, concluyó Turner, ese alguien era Mitchell.

El mismo Turner era incapaz de integrarse al mundo intensamente tribal de los hombres de los zaibatsu, los condenados a perpetuidad. El era un espectador permanente, un factor a la deriva en los mares secretos de las políticas interempresariales. Ningún hombre de la compañía habría sido capaz de llevar a cabo las iniciativas que Turner se veía obligado a tomar en el transcurso de una extracción. Ningún hombre de la compañía era capaz de desplegar la habilidad profesionalmente espontánea de Turner de realinear sus lealtades para adecuarse a un cambio de empleador. Ni, quizás, de su inflexible compromiso una vez acordado un con trato. Había empezado a trabajar en el ramo de la seguridad de manera casi casual en los últimos años de su adolescencia, cuando el sombrío estancamiento de la posguerra comenzaba a ceder ante el ímpetu de las nuevas tecnologías. Le había ido bien en su profesión, aun tomando en cuenta su falta general de ambiciones. Tenía una pose tensa y musculosa que impresionaba a los clientes de su jefe; y era listo, muy listo. La ropa le sentaba bien. Se daba maña con la tecnología.

Conroy lo había encontrado en México, donde el jefe de Turner había sido contratado para proporcionar la infraestructura de seguridad a un equipo de la Senso/Red que estaba grabando una serie de episodios de treinta minutos para un folletín de aventuras en la selva. Cuando llegó Conroy, Turner estaba terminando los arreglos. Había establecido un vínculo entre la Senso/Red y el gobierno local, sobornado al jefe de policía de la ciudad, analizado el sistema de seguridad del hotel, conocido a los guías y chóferes locales y verificado exhaustivamente sus pasados, dispuesto un sistema digital de protección por voz en los transmisores del equipo de simestim, establecido un equipo de gestión de crisis, e instalado sensores sísmicos alrededor del conjunto de suites de la Senso/Red.

Entró en el bar del hotel, una extensión del vestíbulo que parecía un jardín selvático, y se sentó, solo, a una de las mesas de vidrio. Un hombre pálido de rasgos angulosos, con un mechón de pelo blanco desteñido sobre su frente alta, atravesó el bar, un vaso en cada mano. Vestía una camisa militar cuidadosamente planchada, pantalones téjanos y sandalias de cuero.

—Tú eres el que se encarga de la seguridad de los muchachos del simestim —dijo el hombre pálido apoyando uno de los vasos sobre la mesa de Turner—. Me k> ha dicho Alfredo. —Alfredo era uno de los camareros que atendía el bar del hotel. Turner alzó la vista y miró al hombre, que parecía estar sobrio y disponer de toda la seguridad del mundo.

—No creo que nos hayan presentado —replicó Turner sin hacer el menor gesto de aceptar la bebida que el otro le ofrecía.

—No importa —dijo Conroy tomando asiento—; jugamos al mismo juego. —Se acomodó en la silla.

Turner fijó sus ojos en él. Tenía la presencia física de un guardaespaldas, algo inquieto y alerta que podía leerse en las líneas de su cuerpo, y pocos extraños violarían su espacio privado de una manera tan informal.

—¿Sabes? —dijo el hombre, con el mismo tono que utilizaría para comentar la mala campaña de un equipo en un campeonato cualquiera—, esos sísmicos que utilizas no son precisamente lo mejor. He conocido gente que podría entrar allá, comerse a tus chicos como desayuno, apilar los huesos en la bañera y salir caminando tan tranquila. Los sísmicos indicarían que nada había pasado. —Bebió un sorbo de su trago.— Pero te mereces una A por el esfuerzo. Sabes cumplir con una tarea.

La frase «apilar los huesos en la bañera» fue suficiente. Turner decidió enfrentar al hombre.

—Mira, Turner, aquí está tu protagonista femenina. —El hombre sonrió mirando a Jane Hamilton, quien devolvió la sonrisa, sus grandes ojos azules límpidos y perfectos, cada iris bordeado por los diminutos caracteres del logotipo de la Zeiss Ikon. Turner quedó congelado, presa de una indecisión que duró menos de un segundo. La estrella estaba cerca, demasiado cerca, y el hombre pálido se estaba poniendo de pie...

—Ha sido un placer conocerte, Turner —dijo éste—. En algún momento volveremos a vemos. Sigue mi consejo con respecto al equipo sísmico: respáldalos con un perímetro de alarmas. —Luego

se volvió y se marchó, los músculos moviéndose con soltura bajo la almidonada tela de su camisa marrón.

—Eso es muy bonito, Turner —dijo Hamilton, ocupando la silla del extraño.

— ¿Sí? —Turner observó cómo el hombre se perdía en la confusión del abarrotado vestíbulo, entre turistas de rosadas carnes.

—Parece que nunca hablaras con la gente. Es como si siempre estuvieses controlándolos, preparando un informe. Me gusta observarte cuando haces amistades, para variar un poco.

Turner la miró. Con sus veinte años, cuatro menos que él, ganaba en una semana nueve veces el sueldo anual de Turner. Era rubia, llevaba el pelo muy corto por exigencias de la serie y parecía que lámparas de sol la iluminasen desde dentro. Sus ojos azules eran instrumentos ópticos de una perfección inhumana creados en un laboratorio japonés. Ella era a la vez actriz y cámara; los ojos valían varios millones de Nuevos Yens, y en la jerarquía de estrellas de la Senso/Red apenas si le correspondía un lugar.

Esperó a que ella bebiera un par de tragos y luego la acompañó hasta el conjunto de suites donde se alojaba.

—¿No te gustaría entrar a beber otra copa, Turner?

—No —dijo él. Era la segunda noche que ella se lo ofrecía, y presintió que sería la última—. Tengo que verificar el equipo sísmico.

Más tarde, esa misma noche, llamó por teléfono al número de Nueva York de una empresa de Ciudad de México que podría proporcionarle alarmas para el perímetro del conjunto de suites.

Pero una semana después, Jane y otros tres, la mitad del equipo de actores de la serie, habían muerto.

—Estamos listos para mover a los médicos —dijo Webber. Turner vio que llevaba puestos guantes de cuero sin dedos. Había cambiado sus gafas de sol por lentes de tiro de cristal transparentes, y tenía una pistola colgada al cinto. — Sutcliffe está monitoreando el perímetro con los controles remotos. Necesitaremos a todos los demás para poder arrastrar la mierda ésa por la vegetación.

—¿Me necesitáis?

—Ramírez dice que no puede hacer nada que lo canse demasiado, justo antes de conectar. Yo creo que no es más que un perezoso mariquita de Los Ángeles.

—No —dijo Turner abandonando su asiento sobre el borde de roca—, tiene razón. Si su muñeca se torciese, estaríamos jodidos. Incluso algo tan íntimo que ni él lo sintiera podría afectar su velocidad... Webber se encogió de hombros. —Sí... Bueno, regresó al bunker, se lavó las manos en la poca agua que nos queda y se puso a tararear algo, así que no deberíamos tener problemas.

Cuando llegaron a la unidad de cirugía, Turner contó automáticamente el número de personas que había allí. Siete. Ramírez estaba en el bunker; Sutcliffe estaba en alguna parte del laberinto de ladrillos de ceniza, monitoreando los instrumentos de vigilancia de mando a distancia. Lynch tenía un láser Steiner-Optic colgado del hombro derecho, un modelo compacto con una caja plegable de esqueleto de aleación y baterías integradas que conformaban una gruesa empuña dura bajo la armadura de titanio que hacía las veces de cañón. Nathan llevaba puesto un mono negro y unas botas negras de paracaidista cubiertas de polvo; bajo su mentón pendían los bulbosos lentes de piloto de un equipo de amplificación de imagen. Turner se quitó las gafas mexicanas, las guardó en el bolsillo del pecho de su camisa de trabajo azul, y cerró la solapa.

— ¿Cómo va todo, Teddy? —preguntó a un robusto hombre de un metro ochenta de altura y pelo marrón cortado al ras.

—Muy bien —respondió Teddy con una sonrisa llena de dientes.

Turner observó a los otros tres miembros del equipo, luego dirigió un saludo a cada uno de ellos: Compton, Costa, Davis.

—Se acerca el momento, ¿eh? —preguntó Costa. Tenía un rostro redondo y húmedo y una barba fina y cuidadosamente recortada. Al igual que Nathan y los demás, vestía de negro.

—Está muy cerca —dijo Turner—. Por ahora, todo va bien.

Costa asintió.

—Estamos aproximadamente a treinta minutos de la llegada —anunció Turner.

—Nathan, Davis —dijo Webber—, desconectad la tubería de desagüe. —Dio a Turner uno de los auriculares receptores-transmisores Telefunken. Ya lo había sacado de su envase sellado. Ella retiró la protección del micrófono autoadhesivo y lo colocó sobre su cuello bronceado.

Nathan y Davis se movían en las sombras detrás del módulo. Turner oyó a Davis maldecir en voz baja.

—¡Mierda! —exclamó Nathan—. No hay tapa para el extremo de la tubería. —Los demás rieron.

—Déjalo —indicó Webber—. A trabajar con las ruedas. Lynch y Compton, desplegad los criques.

Lynch sacó de su cinturón un engranaje dinamométrico con forma de pistola y se metió bajo la unidad de cirugía. Ahora ésta se balanceaba y podía oírse el suave crujido de la suspensión: los médicos se movían dentro del módulo. Turner oyó un gemido breve y agudo producido por alguna pieza de la maquinaria interna, y luego el parloteo del engranaje de Lynch a medida que éste disponía los criques.

Turner se puso el auricular y colocó el micrófono junto a su laringe. —¿Sutcliffe? Verificación.

—Todo bien —dijo el australiano con una voz diminuta que parecía venirle de la base del cráneo.

—¿Ramírez?

—Perfecto...

Ocho minutos. Estaban empujando el módulo sobre sus seis gordos neumáticos. Turner y Nathan empujaban el par delantero, dirigiendo; Nathan tenía puestas la gafas de piloto. Mitchell salía de una noche de luna nueva. El módulo era pesado, absurdamente pesado, y prácticamente imposible de dirigir. —Como balancear un camión sobre un par de carritos de supermercado —dijo Nathan para sí. La espalda de Turner estaba dándole problemas. Después de Nueva Delhi nunca había quedado del todo bien.

—Esperad —dijo Webber desde su posición en la tercera rueda de la izquierda—. Estoy atascada con una maldita piedra...

Turner soltó su rueda y se enderezó. Aquella noche los murciélagos habían salido en masa, y titilaban contra el cuenco de luz estelar del desierto. Había murcié lagos en México, en la selva, murciélagos de la fruta que pendían sobre el conjunto de suites donde dormía el equipo de la Senso/Red. Turner había subido a esos árboles y había enlazado tensos segmentos de monofilamento molecular entre las ramas, metros de diminutas hojas casi invisibles que esperaban a un intruso desprevenido. Pero Jane y los otros habían muerto de todos modos, habían volado en una explosión en las montañas cercanas a Acapulco. Problemas con el sindicato, dijo alguien más tarde, pero en realidad nada pudo comprobarse, más que el hecho de la rudimentaria carga claymore, su ubicación y el lugar desde donde había sido detonada. Turner había subido la colina. Tenía la ropa cubierta de sangre, y había visto el nido de vegetación aplastada donde los asesinos habían esperado, el interruptor de cuchilla y la corroída batería de automóvil. Encontró colillas de cigarrillos liados a mano y la tapa de una botella de cerveza de Bohemia, brillante y nueva.

La serie tuvo que ser suspendida, y el equipo de gestión de crisis hizo la labor de rescate, ocupándose de re tirar los cuerpos y de la repatriación de los supervivientes del elenco y del equipo técnico. Turner salió en el último avión, y, después de ocho whiskys en la sala del aeropuerto de Acapulco, había errado a ciegas hasta llegar al área central de reservas, donde encontró a un hombre llamado Buschel, un técnico ejecutivo del complejo de la Senso/Red en Los Angeles. Buschel estaba pálido bajo su bronceado californiano, su traje ilusionista rígido por el sudor. Llevaba un maletín de aluminio liso, como los que se usan para equipos de fotografía, con los flancos opacos por la condensación. Turner miró al hombre, miró el transpirado maletín, con sus calcomanías de advertencia blancas y rojas, y largas etiquetas explicando las precauciones requeridas para el transporte de materiales en almacenamiento criogénico.

— ¡Dios mío! —dijo Buschel, al verlo—. Turner. Lo siento, hombre. Llegué esta mañana. Un

asunto asqueroso. —Sacó un pañuelo empapado del bolsillo de su chaqueta y se limpió la cara.— Un asunto feo. Nunca había tenido que encargarme de algo así, antes...

—¿Qué hay en el maletín, Buschel? —Ahora estaba mucho más cerca, aunque no recordaba haberse acercado. Podía ver los poros en el bronceado rostro de Buschel.

—¿Te sientes bien? —Buschel dio un paso atrás.— Tienes muy mal aspecto.

—¿Qué hay en el maletín, Buschel? —Traje ilusionista, estrujado entre sus dedos, nudillos blancos y temblorosos.

—Maldita sea, Turner. —El hombre se zafó, empuñando con ambas manos el asa del maletín. — No sufrieron ningún daño. Sólo una quemadura menor en una de las córneas. *Pertenecen a la Red. Estaba en el contrato de ella, Turner.*

Y Turner se volvió, las entrañas contraídas alrededor de ocho vasos de escocés puro, y contuvo la náusea como lo había estado haciendo durante nueve años, hasta que al escapar del holandés todo el recuerdo cayó sobre él, lo aplastó, en Londres, en Heathrow; entonces se inclinó hacia adelante y vomitó en una papelera de plástico azul.

—Vamos, Turner —dijo Webber—, empuja tú también. Enséñanos cómo se hace. —El módulo comenzó a avanzar entre el olor a alquitrán de las plantas del desierto.

— ¡Listos por aquí! — anunció Ramírez con voz remota y serena.

Turner tocó el micrófono que llevaba en la garganta. —Te estoy enviando visitas. —Quitó el dedo del micrófono. — Nathan, ya es hora. Tú y Davis, regresad al bunker.

Davis estaba a cargo del equipo de chorros, su único enlace fuera de la matriz con la Hosaka. Nathan era el rey del bricolage. Lynch hacía rodar la última de las ruedas de bicicleta hacia los matorrales detrás del estacionamiento. Webber y Compton estaban arrodillados junto al módulo, sujetando la línea que enlazaba a los médicos de la Hosaka con el biomonitor Sony del puesto de comando. Sin las ruedas y nivelada como estaba sobre cuatro criques, la unidad portátil de neurocirugía le recordó a Turner el módulo de vacaciones francés. Aquél había sido un viaje muy posterior, cuatro años después de que Conroy lo reclutase en Los Ángeles.

—¿Cómo va eso? —preguntó Sutcliffe, por el enlace.

—Bien —respondió Turner, tocando el micrófono.

—Se está solo, aquí —comentó Sutcliffe.

—Compton —dijo Turner—, Sutcliffe necesita que lo ayudes a cubrir el perímetro. Tú también, Lynch.

—Qué lástima —observó Lynch desde la oscuridad—. Esperaba un poco de acción.

Turner tenía la mano apoyada sobre el mango de la Smith & Wesson enfundada, bajo la solapa abierta del anorak. —Bueno, Lynch. —Si Lynch había sido plantado por Connie, querría estar ahí. O en el bunker.

—Mierda —dijo Lynch—. Allá fuera no hay nadie, y tú lo sabes. Si no quieres que esté aquí, entraré a mirar a Ramírez...

—De acuerdo —dijo Turner, y sacó el arma, apretando el interruptor que activaba el proyector de xenón. El destello de la primera salva, brillante como el mediodía, encontró un retorcido saguaro, las agujas eran como flecos de piel gris bajo la despiadada luz. La segunda salva iluminó la calavera erizada de puntas del cinturón de Lynch enmarcándola en un círculo de borde perfecto. Fue imposible distinguir el sonido del disparo del de la bala detonando con el impacto: olas de choque abriéndose en invisibles anillos cada vez más amplios que se perdían como truenos en la tierra oscura y llana.

En los primeros segundos posteriores no se oyó sonido alguno; hasta los murciélagos y los insectos enmudecieron, esperando. Webber se había arrojado de bruces al suelo y, de algún modo, él percibió su presencia, supo que habría sacado su arma, sosteniéndola con absoluta firmeza entre aquellas manos hábiles y bronceadas. No tenía idea de dónde estaba Compton. Entonces le llegó la voz de Sutcliffe, rechinando desde el fondo del cerebro: —Turner. ¿Qué fue eso?

La luz de las estrellas alcanzaba para distinguir a Webber. Estaba sentada en posición erguida, el arma en las manos, lista, los codos apoyados sobre las rodillas.

—Era el contacto de Conroy —dijo Turner bajando la Smith & Wesson.

—Por Dios —dijo ella—. Yo soy el contacto de Conroy.

—Tenía línea hacia el exterior. Lo he visto antes.

Ella tuvo que repetirlo.

La voz de Sutcliffe en su cabeza, y luego Ramírez: —Tenemos tu transporte. A ochenta pasos y acercándose... Todo lo demás se ve bien. Jaylene dice que hay un dirigible a veinte pasos hacia el sud-sudoeste, un carguero sin tripulación, y en horario. Nada más. ¿Qué mierda está gritando Sut? Nathan dice que ha oído un disparo. —Ramírez estaba en conexión, la mayor parte de su sensorio acaparado por la entrada de la consola del Maas-Neotek. — Nathan está listo para el primer chorro...

Ahora Turner podía escuchar el jet bajando, frenando para el aterrizaje en la autopista. Webber se había levantado y caminaba hacia él, pistola en mano. Sutcliffe hacía la misma pregunta, una y otra vez.

Alzó la mano y tocó el micrófono. —Lynch. Está muerto. El jet está aquí. Ahora sí.

Y entonces el jet apareció sobre ellos, una sombra negra, increíblemente baja, entrando sin luces. Se vio un destello de retropropulsores cuando el artefacto ejecutó un aterrizaje que habría matado a un piloto humano, y luego, un extraño crujido al tiempo que reajustó su estructura articulada de fibra de carbono. Turner pudo distinguir el resplandor verde del instrumental reflejado en la curva del toldo de plástico.

—La jodiste —dijo Webber.

Detrás de ella, la escotilla en el costado del módulo de cirugía se abrió de golpe, enmarcando una figura con mascarilla de cirujano y un traje anticontaminación de papel verde. La luz que provenía del interior era blanco azulada, brillante; proyectaba la sombra distorsionada de un médico de uniforme a través de la fina nube de polvo que flotaba sobre el estacionamiento tras el aterrizaje del jet. —¡Ciérrala! —gritó Webber—. ¡Todavía no!

Cuando la puerta giró sobre sí misma, ahogando la luz, ambos oyeron el motor del ultraligero. Después del rugir del jet no parecía más que el zumbido de una libélula, un ruido constante que tartamudeó desvaneciéndose mientras escuchaban. —No tiene combustible —dijo Webber—. Pero está cerca.

—Está aquí —dijo Turner apretando su micrófono—. Primer chorro.

El pequeño planeador pasó junto a ellos, una oscura delta contra las estrellas. Podían oír algo que batía al viento en la estela de su silencioso pasaje; tal vez los pantalones de Mitchell. Estás allí, pensó Turner, solo, con la ropa más abrigada que tienes, con un par de gafas infrarrojas que diseñaste tú mismo, y estás buscando un par de líneas punteadas que han marcado para ti con calentadores de mano. —Estás loco —dijo mientras su corazón se llenaba de una extraña admiración—; de veras querías salir.

Entonces, con una festiva detonación, se produjo el primer destello y el fulgor del magnesio inició su suave y blanco descenso en paracaídas hasta el suelo del desierto. Casi de inmediato se produjeron dos más, y luego el largo repiqueteo de armas automáticas desde el extremo oeste de la explanada. Con el rabillo del ojo notó que Webber se dirigía dando tumbos en dirección al bunker, pero su mirada estaba fija en el ultraligero que giraba sin control, en sus alegres alas de tela anaranjada y azul, y en la figura de gafas encorvada en la estructura abierta de metal sobre el frágil trípode del tren de aterrizaje.

Mitchell.

El estacionamiento estaba iluminado como un campo de fútbol, bajo el resplandor de las bengalas. El ultraligero se inclinó para virar con una gracia tan indolente que Turner estuvo a punto de lanzar un grito. Una blanca línea de proyectiles rastreadores salió disparada desde más allá del perímetro del campamento. Erraron.

Traerlo a tierra. Traerlo a tierra. Corría saltando sobre arbustos que le arañaban los tobillos, el borde del anorak.

Los fogonazos. La luz. Ahora Mitchell no podía usar las gafas, no podía ver el brillo infrarrojo de los cálenla dores de mano. Estaba aterrizando lejos de la pista. La rueda de la nariz del avión se

enganchó en algo y el ultraligero dio una vuelta entera, desplomándose, mariposa desgarrada, y quedó inmóvil en su propia nube de polvo blanco.

El destello de la explosión pareció alcanzarlo un instante antes que el sonido, arrojando su sombra hacia adelante sobre la pálida vegetación. La onda expansiva lo levantó y lo dejó caer, y, mientras caía, vio el módulo de cirugía destrozado en medio de una bola de llamas anaranjadas; comprendió entonces que Webber había utilizado su coche antitanque. Volvió a levantarse y comenzó a correr, pistola en mano.

Llegó a lo que quedaba del ultraligero de Mitchell al tiempo que el primer fogonazo se extinguía. Otra bengala surgió de la nada y floreció en la oscuridad. Ahora el sonido de los disparos era continuo. Se arrastró sobre una plancha de metal oxidada y encontró la inerme figura del piloto, cabeza y cara escondidas bajo un improvisado casco y unas gafas de aspecto rudimentario sujetas por tiras negras de cinta aislante. Las retorcidas extremidades estaban acolchadas con capas de ropa oscura. Turner observó sus propias manos que agarraban la cinta, tiraban de las gafas infrarrojas; sus manos eran dos criaturas distantes, pálidos seres submarinos que vivían una vida autónoma en las profundidades de alguna impensable fosa del Pacífico, y observó cómo desgarraban frenéticamente cinta, gafas, casco.

Hasta que salió todo, y los largos cabellos marrones, mojados por el sudor, cayeron sobre el pálido rostro de la muchacha, extendiendo el delgado hilo de sangre oscura que salía de una fosa nasal; sus ojos se abrieron, revelando órbitas en blanco, y él la extendió como pudo sobre una camilla de bomberos, haciéndola girar en lo que esperaba fuese la dirección del jet.

Sintió la segunda explosión a través de las suelas de sus zapatillas, y vio la sonrisa idiota en el mazacote de plástico posado sobre la consola de ciberespacio de Ramírez. No hubo destello; sólo sonido y el aguijonazo del choque a través del hormigón del estacionamiento.

Y entonces llegó a la cabina, sintiendo el olor a automóvil nuevo de los monómeros de cadena larga, el aroma familiar de la nueva tecnología, con la chica delante de él, una muñeca sin gracia desparramada en el abrazo de la red de gravedad por la que Conroy había pagado a un traficante de armas de San Diego para que la instalase detrás de la cabina del piloto. El avión se estremecía como una cosa viva, y, al mismo tiempo que se metía más profundamente en su red, Turner manoteó buscando el cable de interfase, lo encontró, arrancó el microsoft de su conector, e insertó la terminal del cable.

El conocimiento lo iluminó como un juego de videogalería, y fue impulsado hacia adelante por la aerodinámica del jet, sintiendo cómo la flexible estructura aérea se recomponía para el despegue al tiempo que la cubierta gemía sobre sus servos. La red de gravedad se infló alrededor de él, atrapando sus brazos y piernas; la pistola seguía en su mano. —Despega, hijo de puta. —Pero el jet ya lo sabía, y la fuerza de la aceleración lo aplastó en la oscuridad.

*

—Perdiste el conocimiento —dijo el avión. Su voz de chip se parecía a la de Conroy.

—¿Cuánto tiempo?

—Treinta y ocho segundos.

—¿Dónde estamos?

—Sobre Nagos. —El tablero superior se iluminó, una docena de figuras en constante alteración bajo un mapa simplificado de la frontera Arizona-Sonora.

El cielo se hizo blanco.

—¿Qué fue eso? —preguntó Turner.

Silencio.

—¿Qué fue eso?

—Los sensores indican una explosión. La magnitud sugiere una ojiva nuclear táctica, pero no hubo pulso electromagnético. El epicentro corresponde a nuestro punto de salida.

El resplandor blanco se desvaneció hasta desaparecer.

—Cancela el rumbo —ordenó Turner.

—Cancelado. Nuevo rumbo, por favor.

—Buena pregunta. —No podía volver la cabeza para mirar a la chica detrás de él. Se preguntó si ya estaría muerta.

15. Caja

Marly soñó con Alain, crepúsculo en un campo de flores silvestres. Él le sujetaba delicadamente la cabeza, luego la acariciaba e inclinaba su cuello. Permanecía inmóvil, pero sabía lo que él estaba haciendo. La cubrió de besos. Le quitó el dinero y las llaves de la habitación. Ahora veía estrellas enormes, fijas sobre los campos iluminados, y aún podía sentir sus manos en el cuello.

Despertó a la mañana perfumada de café y vio los cuadrados de luz de sol extendidos sobre los libros de la mesa de Andrea, escuchó el sonido tranquilizador de la tos matinal de Andrea cuando ésta encendía el primer cigarrillo en la hornilla frontal de la cocina. Se deshizo de los oscuros colores de su sueño y se incorporó en el sofá de Andrea, abrigándose las piernas con el edredón rojo. Después de lo de Gnass, la policía y los periodistas, nunca había vuelto a soñar con él. Y si lo había hecho, pensaba, de alguna manera había censurado esos sueños, los había borrado antes de despertar. Tembló, aunque aquélla era una mañana bastante calurosa, y fue al baño. No quería más sueños de Alain.

—Paco me dijo que Alain estaba armado cuando nos vimos —dijo cuando Andrea le alcanzó la taza de café de metal azul.

—¿Alain armado? —Andrea dividió la omelette y puso la mitad en el plato de Marly. — Qué idea más extravagante. Sería como..., como armar a un pingüino. —Ambas rieron.— Alain no sería capaz —dijo Andrea—. Se volaría el pie en medio de una apasionada declaración sobre el estado del arte y el monto de la factura de la cena. Alain es una mierda, pero eso no es noticia. Si yo estuviera en tu lugar, me preocuparía más por ese Paco. ¿Qué razones tienes para creer que trabaja para Virek? —Se llevó un trozo de omelette a la boca y tomó el salero.

—Lo vi. Estaba allí, en la reconstrucción de Virek.

—Viste algo, y no era más que la imagen de un niño que se parecía a este hombre.

Marly observó a Andrea comer su mitad de la omelette, dejando que la suya se enfriara en el plato. ¿Cómo podría explicar lo que había sentido al salir del Louvre? Esa certeza de que ahora algo la rodeaba, la vigilaba con serena precisión convirtiéndola en el foco de al menos una parte del imperio de Virek. —Es un hombre muy rico —comenzó.

—¿Virek? —Andrea apoyó el cuchillo y el tenedor en el plato y tomó un sorbo de café. — Ya lo creo. Si has de creer a los periodistas, es el individuo más rico, y punto. Tan rico como un zaibatsu. Pero el problema es ése, en realidad: *¿es* él un individuo en el sentido en que tú o yo lo somos? No. ¿No vas a comer eso?

Marly empezó a cortar y llevarse a la boca mecánica mente trozos de la omelette ya fría, mientras Andrea continuaba: —Deberías echarle un vistazo al manuscrito que tenemos entre manos este mes.

Masticando, Marly alzó las cejas en gesto interrogativo.

—Es una historia de los clanes industriales de alta órbita. Lo hizo un tipo de la universidad de Niza. Hasta tu Virek figura, ahora que lo pienso; está citado como ejemplo opuesto, o más bien como una clase de evolución paralela. Este tipo de Niza está interesado en la paradoja de la riqueza individual en una era de corporaciones, en el porqué de su mera existencia. La de la gran riqueza, quiero decir. Ve a los clanes de alta órbita, gente como los Tessier-Ashpool, como una variante muy tardía de los esquemas tradicionales de la aristocracia, tardía porque el modelo empresarial no deja sitio para la aristocracia. —Dejó la taza en su platillo y lo llevó al fregadero. — En realidad, ahora que he empezado a describirlo, no es tan interesante. Hay una enorme cantidad de prosa acerca del Hombre Masificado. Con mayúsculas: Hombre Masificado. Le encantan las mayúsculas. No es un gran estilista. —Abrió los grifos y el agua salió silbando por la unidad de filtrado.

—¿Pero qué es lo que dice acerca de Virek?

—Dice, si mal no lo recuerdo, y no estoy del todo segura de que así sea, que Virek es una rareza aún mayor que los clanes industriales en órbita. Los clanes son transgeneracionales, y en general

hay bastante tecnología médica involucrada: criogénesis, manipulación genética, distintas formas de combatir el envejecimiento. La muerte de determinado miembro de un clan, incluso la de un miembro fundador, en general no tendría por qué llevar al clan, en tanto que entidad de negocios, a una situación de crisis. Siempre hay alguien que ocupe el sitio, alguien a la espera. Sin embargo, la diferencia entre un clan y una empresa es que uno no tiene por qué casarse literalmente con ella.

—Pero firman contratos de obligación...

Andrea se encogió de hombros. —Eso es como un alquiler. No es lo mismo. Es seguridad laboral, en realidad. Pero cuando tu Herr Virek muera, cuando ya no quede lugar para agrandar su tanque de cultivo, o lo que sea, sus intereses empresariales quedarán sin punto focal lógico. En ese momento, así lo ve nuestro hombre en Niza, veremos a Virek y Compañía ya sea fragmentarse o mutar; esto último nos llevaría a una Compañía Algo y a una verdadera multinacional, un hogar más para el Hombre Masificado con mayúsculas. —Fregó el plato, lo enjuagó, lo secó y lo puso a escurrir junto al fregadero. — Dice que en algún sentido es una lástima, porque son muy pocos los que llegan a ver tan siquiera el extremo.

—¿Qué extremo?

—El extremo de la multitud. Estamos perdidas en el medio, tú y yo. O yo todavía lo estoy, en cualquier caso. —Cruzó la cocina y puso las manos sobre los hombros de Marly. — Debes cuidarte. Una parte de ti ya es mucho más feliz, pero ahora me doy cuenta de que yo podría haberme encargado de eso, sencillamente organizándote un almuerzo con el cerdo de tu ex amante. Del resto no estoy segura... Creo que la teoría de nuestro amigo académico queda invalidada por el hecho obvio de que Virek y su especie ya están muy lejos de ser humanos... —Entonces besó a Marly en la mejilla y se marchó a su trabajo como editora asistente en el arcaico, pero de moda, negocio de la edición de libros.

Pasó la mañana en lo de Andrea, mirando en el Braun los hologramas de las siete cajas. Cada pieza era extraordinaria, pero no podía dejar de volver una y otra vez a la caja que Virek le mostrara al principio. Si tuviese el original conmigo, pensó, quitase el vidrio y, una a una, todas las piezas de adentro, ¿qué quedaría? Cosas inútiles, un espacio enmarcado, quizás un olor a polvo.

Se estiró en el sofá, con el Braun apoyado en el estómago, y miró fijamente al interior de la caja. Dolía. Le parecía que la construcción evocaba algo con toda exactitud, pero era un sentimiento que carecía de nombre. Deslizó las manos sobre la brillante ilusión, recorriendo la superficie del estriado hueso de ave. Estaba segura de que ya Virek habría encomendado a un ornitólogo la tarea de identificar el pájaro de cuya ala procedía aquel hueso. Y sería posible fechar cada objeto con toda precisión, supuso. Cada etiqueta de holoficha albergaba también un detallado informe sobre el origen conocido de cada una de las piezas; pero algo en ella le había hecho evitar estos últimos. A veces era mejor acercarse al misterio del arte del mismo modo en que se acerca un niño. El niño ve cosas que son demasiado evidentes, demasiado obvias para el ojo entrenado.

Dejó el Braun sobre la mesa baja junto al sofá y fue al teléfono con la intención de verificar la hora. Debía encontrarse con Paco a la una para hablar de la mecánica del pago a Alain. Alain le había dicho que la llamaría al teléfono de Andrea a las tres. Cuando tecleaba el número del servicio horario una recopilación automática de noticias vía satélite apareció en la pantalla: un módulo de la JAL se había desintegrado sobre el océano Indico durante su reingreso en la atmósfera; investigadores del Eje Metropolitano Boston-Atlanta habían sido convocados para examinar el lugar donde se produjera una brutal y aparentemente absurda explosión en un anónimo suburbio residencial de Nueva Jersey; milicianos supervisaban la evacuación del cuadrante sur de Nueva Bonn tras el descubrimiento, por unos obreros de la construcción, de dos cohetes del tiempo de la guerra que no habían detonado y que se suponía estaban equipados con armas biológicas; fuentes oficiales en Arizona rechazaban la acusación cursada por México ante la detonación de un dispositivo atómico o nuclear de pequeña escala cerca de la frontera de Sonora... Entonces, el resumen noticioso inició una repetición, y el simulacro del módulo reprodujo otra vez su fuego de muerte. Marly sacudió la cabeza, al tiempo que pulsaba el botón. Era mediodía.

El verano había llegado, el cielo caliente *y* azul sobre París, y ella sonrió al sentir el olor a buen pan

y tabaco negro. Ahora, mientras caminaba desde el metro hasta la dirección que Paco le había dado, la sensación de ser observada había disminuido. Faubourg Saint Honoré. La dirección le parecía vagamente conocida. Una galería de arte, pensó.

Sí. La Roberts. El propietario era un americano que dirigía también tres galerías en Nueva York. Cara, pero ya no del todo chic. Paco esperaba bajo un enorme panel sobre el que había, cubiertas por una gruesa e irregular capa de barniz, cientos de fotografías cuadradas y pequeñas del tipo que se obtenían con unas máquinas muy antiguas que se encontraban en las estaciones de tren y en las terminales de autobús. Todas parecían corresponder a mujeres jóvenes. De inmediato Marly apuntó el nombre del artista y el título de la obra: *Leednos el Libro de los Nombres de los Muertos.*

—Supongo que usted entiende este tipo de cosa —dijo el español, taciturno. Vestía un traje azul, aparentemente muy caro, estilo hombre de negocios parisiense, una camisa blanca de seda y una corbata *muy* inglesa que tal vez fuese de Charvet. Ahora no tenía en absoluto el aspecto de un camarero. Llevaba colgado al hombro un bolso italiano de caucho ribeteado en negro.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Los nombres de los muertos —y movió la cabeza en dirección al panel—. Usted vendía este tipo de cosas.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—A veces tengo la sensación de que esto, esta *cultura,* es una farsa completa. Un engaño. Toda mi vida he servido a Señor, de una forma u otra, ¿entiende? Y mi trabajo no ha estado exento de satisfacciones, momentos de triunfo. Pero nunca, desde que me metió en estos asuntos de arte, he sentido satisfacción alguna. Él es la riqueza en persona. El mundo está lleno de objetos de gran belleza. Y sin embargo Señor persigue... —Se encogió de hombros.

—Entonces sabes lo que te gusta. —Le sonrió. — ¿Por qué escogiste esta galería para nuestro encuentro?

—El agente de Señor compró una de las cajas aquí. ¿No ha leído los informes que le proporcionamos en Bruselas?

—No —dijo ella—. Podría interferir con mi intuición. Herr Virek paga mi intuición.

Paco alzó las cejas. —Le presentaré a Picard, el gerente. Tal vez él pueda hacer algo por esa intuición suya.

La condujo por la sala, cruzaron un portal. Un canoso y fornido francés con un arrugado traje de pana hablaba por teléfono. En la pantalla del aparato Marly vio columnas de letras y cifras. Las cotizaciones del día en el mercado de Nueva York.

—Ah —dijo el hombre—, Estévez. Discúlpeme. Es sólo un momento. —Sonrió como pidiendo disculpas y regresó a su conversación. Marly estudió las cotizaciones. Pollock había vuelto a bajar. Aquél, suponía ella, era el aspecto del arte que más le costaba entender. Picard, si es que así se llamaba, hablaba con un corredor de Nueva York, estaba concertando la compra de una determinada cantidad de «puntos» de la obra de un determinado artista. Un «punto» podía definirse de cualquier cantidad de maneras, según el medio involucrado, pero lo que era casi seguro era que Picard no vería nunca las obras que estaba comprando. Si el artista gozaba de la suficiente reputación, los origina les serían con toda probabilidad guardados en alguna bóveda donde nadie los llegase a ver. Días o años después, Picard podría tomar aquel mismo teléfono y ordenarle al corredor que vendiera.

La galería de Marly había vendido originales. Se ganaba relativamente poco, pero el negocio tenía una cierta atracción visceral. Y, por supuesto, siempre cabía la posibilidad de que uno resultase afortunado. Estaba convencida de que había tenido mucha suerte cuando Alain se las arregló para que el Cornell falsificado surgiese como un maravilloso y accidental descubrimiento. Cornell tenía su sitio en la cartera del corredor, y sus «puntos» se cotizaban muy alto.

—Picard —dijo Paco, como si se dirigiese a un sirviente —, ella es Marly Krushkhova. Señor la ha involucrado en el asunto de las cajas anónimas. Tal vez quiera hacerle algunas preguntas.

—Encantado —dijo Picard dirigiéndole una cálida sonrisa, pero a ella le pareció detectar una cierta vacilación en sus ojos castaños. Era muy posible que él estuviese tratando de relacionar su nombre con algún escándalo relativamente reciente.

—Tengo entendido que fue su galería la que gestionó la transacción, ¿verdad?

—Sí —dijo Picard—. Habíamos expuesto la obra en nuestras salas de Nueva York y atrajo una cantidad de ofertas. Sin embargo, decidimos ponerla a subasta en París —se mostraba radiante—, y su jefe ha hecho que nuestra decisión valiese la pena. ¿Cómo está Herr Virek, Estévez? Hace varias semanas que no lo vemos...

Marly dirigió una rápida mirada a Paco, pero su rostro oscuro permaneció totalmente impasible.

—Yo diría que Señor está muy bien.

—Excelente —dijo Picard, tal vez con demasiado entusiasmo. Se volvió hacia Marly—. Un hombre maravilloso. Una leyenda. Un gran mecenas. Y un gran erudito también.

A Marly le pareció que Paco suspiraba.

— ¿Podría decirme, por favor, dónde consiguió la obra su sucursal de Nueva York?

Picard pareció asombrado. Miró a Paco, luego a Marly otra vez. — ¿No lo sabe usted? ¿Ellos no se lo han dicho?

—¿Podría decírmelo usted, por favor?

—No —dijo Picard—. Lo siento, pero no puedo. Verá, es que nosotros no lo sabemos.

Marly lo miró fijamente. —Le ruego que me disculpe, pero me cuesta entender cómo puede ser posible...

—Ella no ha leído el informe. Dígaselo, Picard. A su intuición le conviene oírlo por boca de usted.

Picard dirigió a Paco una extraña mirada, y luego recuperó la compostura. —Desde luego —dijo—. Será un placer...

—¿Crees que sea verdad? —preguntó a Paco cuando salían al Faubourg Saint Honoré y al sol del verano. La multitud estaba invadida de turistas japoneses.

—Yo mismo fui al Sprawl —dijo Paco— y entrevisté a todos los implicados. Roberts no dejó constancia de la compra, aunque de ordinario no era más discreto que sus colegas.

—¿Y su muerte fue accidental?

Paco se puso unas gafas Porsche espejadas. —Tan accidental como ese tipo de muerte puede serlo —dijo—. No tenemos forma de saber cuándo ni cómo consiguió esa pieza. Nosotros la ubicamos aquí hace ocho meses, y todos nuestros intentos por seguir su trayectoria terminan en Roberts, y hace un año que Roberts está muerto. Picard pasó por alto decirle que casi pierden la pieza. Roberts la tenía en su casa de campo, junto a muchas otras cosas que sus supervivientes consideraron como meras curiosidades. Todo el lote estuvo a punto de ser subastado. A veces lamento que no haya sido así.

—Esas otras cosas —dijo Marly—, ¿qué son?

Paco sonrió. —¿Acaso cree que no las hemos estudiado, una por una? Lo hicimos. Eran —y frunció el ceño— una serie de ejemplos anodinos de arte popular contemporáneo...

—¿Se le conocía a Roberts algún interés por ese tipo de cosas?

—No —dijo él—, pero sabemos que casi un año antes de su muerte había hecho una solicitud de ingreso como miembro del Instituto de Arte Bruto, aquí en París, y se las arregló para convertirse en patrocinador de la Colección Aeschmann, de Hamburgo.

Marly asintió. La Colección Aeschmann estaba restringida a obras de psicóticos.

—Estamos razonablemente seguros —prosiguió Paco, tomándola del brazo y llevándola por una calle lateral— de que no hizo intento alguno de utilizar los recursos de ninguna de las dos instituciones, a menos que se haya valido de un intermediario, y consideramos que eso es poco probable. Señor, por supuesto, contrató a varias docenas de eruditos que revisaron con suma minuciosidad los registros de los dos cuerpos. Pero fue en vano...

—Dime —dijo Marly—, por qué Picard supuso que recientemente había visto a Herr Virek. ¿Cómo es posible?

—Señor es rico. Señor disfruta de cualquier cantidad de medios para manifestarse.

Ahora la llevó a un lugar que parecía un vasto cobertizo cromado, refulgente de espejos, botellas y juegos de galería. Los espejos mentían acerca de la profundidad del lugar; al fondo ella podía ver

la acera reflejada, las piernas de los peatones, el destello del sol en la capota de un coche. Paco saludó con la cabeza a un hombre de aspecto letárgico que estaba detrás de la barra y tomándola de la mano la llevó a través del atestado mar de mesas redondas de plástico.

—Puede recibir aquí la llamada de Alain —dijo Paco—. Hemos arreglado para que sea transmitida desde el apartamento de su amiga. —Sacó una silla para ella, una muestra automática de cortesía profesional que hizo que Marly se preguntara si de hecho él no había sido camarero en algún momento, y puso su bolso sobre la mesa.

—Pero él podrá ver que no estoy en casa —dijo ella—. Si dejo la imagen en blanco sospechará algo.

—Pero no se dará cuenta. Hemos generado una imagen digital de su rostro y del fondo necesario. La conectaremos a la imagen de este teléfono. —Sacó una elegante unidad modular del bolso y la colocó frente a ella. Una pantalla de policarbono, delgada como una hoja de papel, se desplegó silenciosamente de la parte superior de la unidad y de inmediato quedó rígida. Una vez ella había visto venir al mundo a una mariposa y había observado la transformación de las alas al secarse.

—¿Cómo se hace eso? —preguntó, tocando la pantalla. Parecía de acero delgado.

—Una de las nuevas variantes de la fibra de carbono —dijo Paco—, uno de los productos Maas...

El teléfono ronroneó discretamente. Él lo ubicó con más cuidado frente a ella, se puso de pie al otro lado de la mesa, y dijo: —Su llamada. ¡Recuerde, usted está en casa! —Se inclinó hacia adelante y tocó un interruptor revestido de titanio.

El rostro y los hombros de Alain llenaron la pequeña pantalla. La imagen tenía el aspecto borroso y mal iluminado de una cabina pública.

—Buenas tardes, querida —dijo.

—Hola, Alain.

—¿Cómo estás, Marly? Confío en que tendrás el dinero del que hablamos. —Ella vio que él llevaba una chaqueta oscura de la cual no llegaba a distinguir ningún detalle. — A tu compañera de apartamento no le vendría nada mal una lección de limpieza —dijo, mientras parecía estar mirando por encima del hombro de ella.

—Tú nunca has limpiado una habitación en tu vida —observó Marly.

Alain se encogió de hombros, sonriendo. —Cada uno tiene sus talentos —dijo—. ¿Tienes mi dinero, Marly?

Ella miró a Paco, quien asintió. —Sí, desde luego.

—Eso es maravilloso, Marly. Maravilloso. Sólo queda una pequeña dificultad. —Aún sonreía.

—¿Cuál es?

—Mis informadores han doblado su precio. En consecuencia, ahora yo debo doblar el mío.

Paco hizo un gesto afirmativo. También él estaba sonriendo.

—Muy bien. Tendré que consultarlo, por supuesto... —Ahora él la enfermaba. Quería cortar la comunicación.

—Y ellos, por supuesto, estarán de acuerdo.

— ¿Dónde nos encontraremos, entonces?

—Volveré a llamarte. A las cinco —dijo él. Su imagen se redujo a un punto verde azulado, y en seguida también éste desapareció.

—Se ve cansada —dijo Paco mientras desarmaba la pantalla y guardaba el teléfono en su bolso—. Cuando habla con él parece más vieja.

—¿De verdad? —Por alguna razón, en ese momento vio el panel de la Roberts, todas aquellas caras, *Leednos el Libro de los Nombres de los Muertos.* Todas las Marlys, pensó, todas las jóvenes que había sido a través de la larga temporada de su juventud.

16. Legba

—Eh, mocoso —Rhea le dio un golpe no demasiado suave en las costillas. — Saca tu culo de la cama.

Se levantó forcejeando con el cobertor, con figuras a medio formar de enemigos desconocidos. Con los asesinos de su madre. Estaba en una habitación que no conocía, una habitación que podría haber estado no importa dónde, muchos espejos con marcos de plástico dorados. Papel escarlata en las paredes. Había visto a los Gothicks decorar así sus habitaciones, cuando podían pagárselo, pero también había visto a sus padres arreglar apartamentos enteros en el mismo estilo. Rhea arrojó un atado de ropa sobre el colchón de es puma y hundió las manos en los bolsillos de una chaqueta de cuero negro.

Los cuadros rosas y negros del cobertor estaban arrebujados en torno a su cintura. Miró hacia abajo y vio el fragmentado ciempiés sumergido en un surco del ancho de un dedo en la rosada piel de la cicatriz. Beauvoir había dicho que eso aceleraba la cura. Tocó el tejido nuevo y brilloso con un dedo vacilante: lo encontró blando pero soportable. Miró a Rhea. —Pon tu culo *aquí,* si quieres —dijo haciendo un gesto con los dedos.

Se miraron a los ojos durante algunos segundos por encima del dedo alzado de Bobby. Luego ella rió.

—Muy bien —dijo—. Tú ganas. Te dejaré tranquilo. Pero recoge esa ropa y póntela. Debe de haber algo que te vaya bien. Está por venir Lucas para llevarte con él, y a Lucas no le gusta que lo hagan esperar.

—¿No? A mí me parece un tipo bastante tranquilo. —Empezó a rebuscar entre la pila de ropa, descartando una camisa negra y dorada con un llamativo estampado desteñido por el uso, una pieza de satén rojo con un ribete en imitación cuero blanco a lo largo de las mangas, una especie de leotardo negro con placas de un material traslúcido... —Eh —dijo—, ¿de dónde sacaste esto? No puedo ponerme una mierda así...

—Son de mi hermanito —dijo Rhea—. Del año pasado, y más vale que te vistas antes de que llegue Lucas. ¡Eso es mío! —exclamó arrebatándole el leotardo, como si estuviese a punto de robárselo.

Se puso la camisa negra y dorada y cerró torpemente los convexos broches en imitación perla negra. Encontró un par de téjanos negros, pero resultaron ser abolsados, con demasiadas pinzas y sin bolsillo alguno. —¿No tienes más pantalones que éstos?

—Jesús —dijo ella—. Yo vi la ropa que Pye te quitó a tijeretazos, chico. A nadie se le ocurriría pensar que eres modelo de pasarela. Sólo vístete, ¿eh? No quiero tener problemas con Lucas. Puede que contigo sea muy suave, pero eso sólo quiere decir que tú tienes algo que él quiere lo bastante como para tomarse la molestia. Yo no tengo nada así, puedes estar seguro, así que en mi caso Lucas no tiene por qué cuidarse.

Bobby se puso de pie, inseguro, buscó la cremallera de los téjanos negros. —No hay cremallera —dijo mirando a Rhea.

—Botones. Están ahí, en algún lado. Es parte del *estilo,* ¿sabes?

Bobby encontró los botones. Era un asunto complicado y se preguntó qué pasaría si de pronto le entraran ganas de mear. Vio las sandalias de nailon negro junto al lecho y se las calzó. —¿Y Jackie ? —preguntó yendo hasta un sitio donde pudiera contemplarse en los espejos de marcos dorados—. ¿Lucas se toma molestias con ella? —Miró en el espejo, y vio que algo cruzó la mirada de Rhea.

—¿Qué significa eso?

—Beauvoir... Él me dijo que ella era un caballo...

—Cierra el pico —dijo ella, con voz baja y urgente—. Si Beauvoir quiere mencionarte una cosa así, es su problema. Pero en cualquier caso, es algo de lo que no se habla, ¿entiendes? Hay cosas tan malas que podrías preferir estar otra vez allá afuera, y que estuvieran abriéndote el culo a cuchilladas.

Él miró los ojos de Rhea reflejados en el espejo, ojos oscuros ensombrecidos por el ala de su sombrero de fieltro. Parecían tener un poco más de blanco que antes.

—Bueno —dijo después de una pausa, luego añadió—: Gracias. —Jugueteó con el cuello de la camisa, subiéndolo en la parte de atrás, volviéndolo a bajar, probándoselo de distintas formas.

—¿Sabes? —observó Rhea inclinando la cabeza—, vestido no te ves tan mal. Excepto que tus ojos son como dos agujeros hechos al mear en la nieve...

—Lucas —dijo Bobby cuando estaban en el ascensor—, ¿sabes quién liquidó a mi madre? —No era una pregunta que tuviera la intención de hacer, pero de alguna forma había brotado, como una burbuja de gas en una ciénaga.

Lucas lo miró con una expresión benigna, en el rostro largo, liso y negro. Llevaba un traje oscuro, de corte impecable, que parecía recién planchado. Empuñaba un sólido bastón de madera lustrada, con vetas negras y rojas, rematado en una bola de bronce pulido. Estrías de bronce del largo de un dedo corrían desde la bola engastadas en el mango del bastón. —No, no lo sabemos. —Sus labios formaban una línea derecha y muy seria.— Eso es algo que nos gustaría mucho saber...

Bobby se estremeció. El ascensor lo hacía sentir incómodo. Era del tamaño de un autobús pequeño, y, aunque no estaba lleno de gente, él era el único blanco. Bajo la luz fluorescente, notó, mientras sus ojos recorrían el interior del aparato, los negros no parecían medio muertos, como los blancos.

Tres veces, en el transcurso de su trayecto, el ascensor se detuvo en algún piso y permaneció allí cerca de quince minutos. La primera vez Bobby dirigió a Lucas un gesto interrogativo. «Algo en el hueco», había dicho Lucas. «¿Qué?» «Otro ascensor.» Los ascensores estaban ubicados en el corazón de la arcología, los huecos cubiertos de cañerías de suministro de agua, líneas de desagüe, enormes redes de cables eléctricos y tuberías aisladas que Bobby supuso formarían parte del sistema geotérmico que describiera Beauvoir. Se podía ver todo cada vez que las puertas se abrían; todo quedaba expuesto, crudo, como si la gente que había construido aquello hubiese querido poder ver exactamente cómo funcionaba todo y el lugar en que iba cada cosa. Todas las superficies visibles estaban recubiertas por una enmarañada red de graffiti, tan densa y abigarrada que era prácticamente imposible descifrar mensajes o símbolos de ninguna especie.

—Nunca has estado aquí antes, ¿verdad, Bobby?— preguntó Lucas cuando las puertas volvieron a cerrarse bruscamente y empezaron a descender otra vez—. Qué lástima —continuó—. Comprensible, por Arto, aunque no deja de ser un poco lamentable. Dos-por-Día me ha dicho que no tienes demasiadas ganas de permanecer en Barrytown. ¿Es cierto eso?

—Ya lo creo —asintió Bobby.

—Supongo que eso también es comprensible. Tengo la impresión de que eres un joven con bastante imaginación e iniciativa. ¿Estarías de acuerdo? —Lucas hizo rodar la brillante cabeza de bronce del bastón sobre la rosada palma de su mano y mantuvo la mirada fija en Bobby.

—Supongo que sí. No soporto este lugar. Últimamente es como si me estuviese dando cuenta de que, bueno, nunca *pasa* nada, ¿sabes? Quiero decir, sí pasan cosas, pero siempre es lo mismo, una y otra maldita vez, como si fuera una reposición, todos los veranos son iguales al anterior... —Su voz se fue perdiendo; no estaba seguro de lo que Lucas pensaría de él.

—Sí —dijo Lucas—. Conozco esa sensación. Puede ser un poco más acertada en Barrytown que en algunos otros sitios, pero puedes sentir lo mismo, con la misma facilidad, en Nueva York o en Tokyo.

No puede ser cierto, pensó Bobby, pero de todos modos asintió con la cabeza, con la advertencia de Rhea en la mente. Lucas parecía igual de inofensivo que Beauvoir, pero su solo tamaño bastaba para prevenir a cualquiera. Y Bobby estaba desarrollando una nueva teoría de comportamiento: aún no había pensado en todos los detalles, pero una parte de su teoría estaba vinculada con la idea de que las personas que eran genuinamente peligrosas podían no necesitar en absoluto demostrarlo, y que la capacidad de disimular una amenaza las hacía aún más peligrosas. Esta idea se oponía frontalmente a la regla vigente en el Gran Campo de Juego, donde los chicos que en realidad no tenían poder alguno hacían todo lo posible por anunciar al mundo su ferocidad de tachas de cromo. Lo que tal vez les hacía algún bien, por lo menos en términos de lo que pasara en el barrio. Pero era muy claro que Lucas no tenía nada que ver con ningún barrio.

—Veo que dudas de ello —dijo Lucas—. Bueno, con toda seguridad te darás cuenta en su momento, pero aún falta un poco. En la forma en que tu vida está desarrollándose ahora las cosas deberían seguir resultándote nuevas y emocionantes por un buen tiempo.

Las puertas del ascensor se abrieron temblando, y Lucas avanzó, empujando a Bobby delante de él como si se tratara de un niño. Salieron a un vestíbulo embaldosado que parecía extenderse hacia

el infinito, pasando junto a quioscos y puestos cubiertos por telas y gente acuclillada junto a mantas sobre las que había diversos objetos expuestos. —Pero no debemos perder tiempo —advirtió Lucas, dando a Bobby un empujoncito muy suave con una de sus grandes manos cuando éste se detuvo frente a una desordenada pila de software—. Está usted en camino del Sprawl, señor mío, y viajará usted de una manera que corresponde a un conde.

—¿Cómo?

—En una limusina.

El automóvil de Lucas era una increíble extensión de carrocería negra con destellos dorados y bronce reluciente, salpicado con una colección de barrocos accesorios cuyo propósito Bobby sólo pudo imaginar. Uno de ellos era una antena de plato, concluyó, pero parecía más una de esas ruedas calendario azteca. Una vez adentro Lucas dejó que la amplia puerta se cerrara tras él con un ruido suave y compacto. Los vidrios eran tan oscuros que afuera parecía de noche, una noche bulliciosa en la que la muchedumbre de los Proyectos se ocupaba de sus asuntos de mediodía. El interior del vehículo era un único y espacioso compartimiento tapizado con una moqueta de colores vivos y cubiertos de cojines de piel clara, aunque no parecía haber nada diseñado específicamente para sentarse. Tampoco había volante; el tablero era una acolchada superficie de cuero a la que no interrumpía control alguno. Bobby miró a Lucas, que se aflojaba el nudo de su corbata negra. —¿Cómo se conduce?

—Siéntate en algún sitio. Esto se conduce así: Ahmed, llévanos a Nueva York, al centro este.

El coche se deslizó suavemente, alejándose del bordillo al tiempo que Bobby se arrodillaba de golpe sobre una blanda pila de alfombras.

—La comida estará servida en treinta minutos, señor, a menos que desee comer algo antes —dijo una voz. Era cálida, melodiosa, y no parecía provenir de ningún sitio en particular.

Lucas soltó una carcajada. —Sí que los sabían hacer bien en Damasco.

— ¿Dónde?

—En Damasco —dijo Lucas mientras se desabotonaba el abrigo y se acomodaba en un nicho de pálidos cojines—. Éste es un Rolls. De los antiguos. Los árabes construyeron buenos coches, mientras les duró el dinero.

—Lucas —dijo Bobby con la boca llena de pollo frito frío—, ¿por qué estamos tardando hora y media en llegar a Nueva York? No vamos precisamente arrastrándonos...

—Porque —dijo Lucas, haciendo una pausa para otro sorbo de vino blanco— ése es el tiempo que estamos empleando en llegar. Ahmed viene con todas las opciones de fábrica, incluyendo un sistema de contravigilancia de primera clase. En carretera, rodando, Ahmed proporciona un considerable grado de privacidad; mayor que el que yo estaría dispuesto a pagar en Nueva York. Ahmed, ¿tienes la impresión de que alguien está tratando de meterse con nosotros, escuchar o algo?

—No, señor —dijo la voz—. Hace ocho minutos nuestro panel de identificación fue examinado con infrarrojos por un helicóptero de la unidad de tácticas. El número del helicóptero era MH-guión-3-guión-848, pilotado por el cabo Roberto...

—Ya está bien —dijo Lucas — . No te preocupes. ¿Lo ves? Ahmed obtuvo más de esos tácticos de lo que ellos obtuvieron de nosotros. —Se secó las manos con una gruesa servilleta de tela y extrajo un mondadientes de oro del bolsillo de su chaqueta.

—Lucas —dijo Bobby, mientras Lucas se hurgaba delicadamente los intersticios de sus dientes grandes y cuadrados—, ¿qué pasaría si, supongamos, yo te pidiera que me llevases a Times Square y me dejaras salir?

—Ah —dijo Lucas, bajando el mondadientes—, la hectárea más sonada de la ciudad. ¿Cuál es el problema, Bobby? ¿Drogas?

—Bueno, no, pero me preguntaba...

— ¿Te preguntabas? ¿Quieres ir a Times Square?

—No, fue el primer sitio que me vino a la cabeza. Lo que quiero decir es, supongo, ¿me dejarías salir?

—No —dijo Lucas sin vueltas—. Pero no debes considerarte un prisionero, sino más bien un

huésped. Un huésped *muy valioso.*

Bobby esbozó una lánguida sonrisa. —Ah, ya. Lo que le dicen custodia de protección, supongo.

—Correcto —dijo Lucas, volviendo a sacar el mondadientes a escena—. Y ya que estamos aquí, protegidos por el buen Ahmed, es hora de que hablemos. El hermano Beauvoir ya te ha dicho algo acerca de nosotros, creo. ¿Qué opinas tú, Bobby, de lo que te ha dicho?

—Bueno —respondió Bobby—, es muy interesante, pero no estoy seguro de entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Pues, no sé, eso del vudú...

Lucas alzó las cejas.

—Eso es asunto tuyo, lo que quieras comprar, es decir, *creer*, ¿de acuerdo? Pero Beauvoir empieza ha blando de negocios en una jerga técnica que nunca antes he oído, y en seguida está hablando de mambos y fantasmas y serpientes y, y...

—¿Y qué?

—Y caballos —dijo Bobby, con un nudo en la garganta.

—Bobby, ¿sabes lo que es una metáfora?

—¿Un componente? ¿Como un condensador?

—No. Olvida lo de la metáfora. Cuando Beauvoir o yo te hablamos sobre los loa y sus caballos, como llamamos a esos pocos que los loa escogen como montura, debes pensar que estamos hablando dos idiomas a la vez. Uno de ellos ya lo entiendes. Es el lenguaje de la jerga técnica, como tú la llamas. Puede que usemos palabras distintas, pero estamos hablando técnico. Es posible que llamemos Ougou Feray a algo que tu llamas rompehielos, ¿entiendes? Pero al mismo tiempo, con las mismas palabras, estamos hablando de otras cosas, y *eso* sí que no lo entiendes. No necesitas entenderlo. —Guardó el mondadientes.

Bobby respiró hondo. —Beauvoir dijo que Jackie es el caballo de una víbora, una víbora que se llama Dambala. ¿Me lo puedes traducir en jerga técnica?

—Por supuesto. Imagina que Jackie es una consola, Bobby, una consola de ciberespacio, una consola muy atractiva de bonitas piernas. —Lucas sonrió y Bobby se sonrojó. — Imagina que Dambala, a quien algunos llaman la víbora, es un programa. Digamos, un rompehielos. Dambala es conectada a la consola Jackie , y Jackie corta el hielo. Eso es todo.

—Bueno —dijo Bobby, entendiendo—, entonces, ¿qué es la matriz? Si Jackie es una consola, y Dambala es un programa, ¿qué es el ciberespacio?

—El mundo —dijo Lucas.

—Será mejor que a partir de aquí continuemos a pie —dijo Lucas.

El Rolls se detuvo silenciosamente; Lucas se puso de pie abotonándose la chaqueta. —Ahmed llama demasiado la atención. —Tomó su bastón y la puerta se abrió con un sonido seco.

Bobby salió detrás de él, al inconfundible y característico olor del Sprawl, una rica amalgama de rancias exhalaciones de tren subterráneo, antiguo hollín, y fragancia carcinógena de plástico nuevo, todo ello aderezado con una pizca de carbono de combustibles fósiles ilícitos. En lo alto, en la brillantez reflejada de luces de arco, una de las inconclusas cúpulas de Fuller ocultaba dos tercios del crepuscular cielo color salmón con su serrado borde como un panal gris y roto. La irregular trama de cúpulas del Sprawl tendía a generar microclimas inintencionados; había áreas de algunas manzanas urbanas donde una fina y constante llovizna de condensación caía de las formas geodésicas manchadas de hollín, y secciones en lo alto de las cúpulas que eran famosas por sus despliegues de descarga estática, un modo de iluminación particularmente urbano. Soplaba un fuerte viento mientras Bobby seguía a Lucas por la calle, ráfagas cálidas y sucias que probablemente tuvieran algo que ver con cambios de presión en el sistema de trenes subterráneos, que abarcaba el Sprawl en su totalidad.

—Recuerda lo que te he dicho —dijo Lucas con los ojos entrecerrados por el polvo—. Este hombre es mucho más de lo que parece ser. Aun si no fuera nada más que lo que parece, le deberías un grado de respeto. Si quieres llegar a ser vaquero, estás por conocer a una luminaria del ramo.

—Bueno. —De un saltito envió una grisácea tira de papel de impresión que intentó enroscarse en

su tobillo. — Así que él es el que os vendió a ti y a Beauvoir el...

— ¡Aja! ¡No! Recuerda lo que te he dicho. Hablar en medio de la calle es como anunciar lo que digas en una cartelera pública...

Bobby hizo una mueca, pero luego asintió con la cabeza. Mierda. No paraba de meter la pata. Aquí estaba, con un operador de los grandes, metido hasta el cuello en un increíble asunto, y no dejaba de actuar como un wilson. Operador. Ésa era la etiqueta para Lucas, y también para Beauvoir y eso del vudú era sólo una especie de juego que seguían con la gente, concluyó. En el Rolls, Lucas se había explayado en una larga y extraña historia sobre Legba, que, según él, era el loa de la comunicación, «el amo de calles y caminos», diciendo que el hombre a quien iba a conocer era un favorito de Legba. Cuando Bobby preguntó si el hombre era otro oungan, Lucas dijo que no; dijo que el hombre había caminado toda su vida junto a Legba, tan cerca que nunca se había percatado de la presencia del loa, como si éste fuese una parte de él, su sombra. Y éste era el hombre, había dicho Lucas, que les había vendido el software que Dos-por-Día alquilara a Bobby...

Lucas dobló en una esquina y se detuvo, con Bobby a sus espaldas. Estaban frente a la ennegrecida fachada de una casa cuyas ventanas habían sido selladas hacía décadas con láminas de acero acanalado. Parte de la planta baja había sido en alguna época una especie de tienda, los rajados escaparates opacos por la suciedad. La puerta, entre las ventanas ciegas, había sido reforzada con el mismo acero que sellaba las ventanas de las plantas superiores, y Bobby creyó poder distinguir algún tipo de cartel tras la ventana a su izquierda, letras de neón desechadas, inclinadas diagonalmente en la oscuridad. Lucas permaneció de pie allí, frente a la puerta, sin expresión en el rostro, con la punta de su bastón apoyada estudiadamente en la acera, las grandes manos una sobre la otra sobre la bola de bronce. —Lo primero que se aprende —dijo como quien recita un proverbio—, es que siempre hay que esperar...

Bobby creyó oír algo que rascaba detrás de la puerta, y luego se oyó un ruido como de cadenas. —Increíble —dijo Lucas—, casi como si nos estuviese esperando.

La puerta giró diez centímetros sobre sus bien aceitados goznes y pareció quedar frenada por algo. Un ojo los estudió, sin parpadear, suspendido en aquella grieta de polvo y penumbras; al principio Bobby pensó que debía ser el ojo de un animal grande: el iris de un extraño tono entre amarillo y marrón, la córnea salpicada de rojo y el párpado inferior abriéndose más rojo aún. —El hombre del hudú —dijo el rostro invisible al que pertenecía el ojo—, el hombre del hudú y un montoncito de mierda. Cristo... —Se oyó un ruido espantoso y borboteante, como si una añosa flema estuviese siendo traída desde profundidades insondables, y a continuación el hombre escupió.— Bueno, muévete, Lucas. —Se produjo otro ruido chirriante y la puerta se abrió en la oscuridad. — Soy un hombre ocupado... —Esto último lo dijo ya a un metro de distancia, mientras se alejaba, como si el dueño del ojo estuviese escapando de la luz que se introducía por la puerta abierta.

Lucas entró, y Bobby detrás de él mientras sentía cómo la puerta se cerraba a sus espaldas. La repentina oscuridad hizo que se le erizaran los pelos de los antebrazos. Vasta, densa y de algún modo inteligente, la oscuridad parecía tener vida.

Entonces llameó una cerilla y algo parecido a una lámpara de acetileno silbó hasta que se encendió el gas. Bobby no pudo más que entrever el rostro más allá de la lámpara, donde el ojo inyectado en sangre esperaba con su compañero en lo que Bobby hubiese preferido creer que era alguna especie de máscara.

—No creo que nos estuvieras esperando, ¿verdad, Finlandés? —preguntó Lucas.

—Ya que lo quieres saber —dijo la cara, revelando dientes planos, grandes y amarillentos—, iba a buscar algo de comer. —A Bobby le parecía que el hombre debía de ser capaz de sobrevivir comiendo únicamente alfombras podridas, o excavando pacientemente la pulpa de madera marrón de los libros que, hinchados por la humedad, se alineaban a la altura del hombro a cada lado del túnel en que se hallaban. — ¿Quién es este mierdín, Lucas?

—Verás, Finlandés, Beauvoir y yo estamos experimentando dificultades con algo que de buena fe adquirimos a través de ti. —Lucas alzó el bastón y empujó delicadamente una amenazadora cornisa de desmigajados libros de bolsillo.

— ¿De veras? —El Finlandés torció los labios con burlona consternación. — No jodas con esas primeras ediciones, Lucas. Si las haces caer las pagas.

Lucas alejó el bastón. El lustroso casquillo destelló al fulgor de la lámpara.

—Así que —dijo el Finlandés— tienes problemas. Es curioso, Lucas. Es algo jodidamente curioso. —Tenía las mejillas grisáceas, surcadas por tres arrugas diagonales. — También yo tengo problemas; tres. No los tenía esta mañana. Supongo que así es la vida, a veces. —Dejó la lámpara sobre un arruinado archivador de acero y sacó un torcido cigarrillo sin filtro de un bolsillo lateral de lo que otrora podía haber sido una chaqueta de paño.— Mis tres problemas están arriba. Tal vez quieras darles un vistazo... —Encendió una cerilla de madera en la base de la lámpara y la acercó a su cigarrillo. El humo punzante del tabaco negro cubano se concentró en el aire que los separaba.

—Tú sabes —dijo el Finlandés, pasando por encima del primero de los cadáveres—, que ya llevo mucho tiempo en este local. Todo el mundo me conoce. Saben que estoy aquí. El que compra al Finlandés sabe a quién está comprando. Y yo respondo por mi producto, siempre...

Bobby contemplaba el rostro boca arriba del hombre muerto, miraba sus ojos ya opacos. Había algo extraño en la forma del torso, extraño por *el* modo en que yacía con su ropa negra. Rostro japonés, sin expresión, ojos muertos...

—Y en todo este tiempo —prosiguió el Finlandés—, ¿sabes cuántos han sido lo bastante tontos como para intentar meterse aquí y matarme? ¡Ni uno! Ni Uno, hasta esta mañana, y ya llevo *tres.* Bueno —y dirigió a Bobby una mirada hostil—, eso sin contar al extraño montoncito de mierda, supongo, pero... —Se encogió de hombros.

—Se ve como desproporcionado —comentó Bobby mirando todavía el primer cadáver.

—Es porque tiene comida de perro dentro —respon dio el Finlandés con malicia—. Toda revuelta.

—El Finlandés colecciona armas exóticas —dijo Lucas mientras tocaba con la punta del bastón la muñeca de un segundo cuerpo—. ¿Los has explorado para implantes, Finlandés?

—Sí. Un fastidio. Tuve que bajarlos al cuarto trasero. No tenían nada que no se esperase. Son sólo un equipo de matones. —Chasqueó la lengua.— ¿Por qué querrá alguien matarme *a mí?*

—Tal vez les hayas vendido un producto muy costoso que no funcionó —sugirió Lucas.

—Espero que no estés diciendo que *tú* los mandaste, Lucas —dijo el Finlandés con voz queda—, a menos que quieras verme hacer el truco de la comida de perro.

—¿Acaso he dicho que nos hayas vendido algo que no funciona?

—«Experimentando dificultades», dijiste. ¿Qué más me habéis comprado últimamente?

—Lo siento, Finlandés, pero éstos no son nuestros. Además, tú lo sabes.

—Sí, supongo que sí. ¿Entonces qué mierda habéis venido a hacer aquí, Lucas? Ya sabes que eso que compraste no estaba cubierto por las garantías de costumbre.

—¿Sabéis? —dijo el Finlandés después de haber escuchado el relato de la abortada ascensión de Bobby al ciberespacio—, allí pasan cosas jodidas. —Sacudió con lentitud su cabeza estrecha y extrañamente alarga da. — No solía ser así. —Miró a Lucas. — Vosotros lo sabéis, ¿verdad?

Estaban sentados alrededor de una mesa cuadrada y blanca en una habitación blanca de la planta baja, de tras del antiguo local de la tienda, que estaba atiborrada de basura. El suelo era de gastadas baldosas de hospital, con un diseño antideslizante en relieve, y las paredes eran amplias superficies de plástico blanco que ocultaban densas capas de circuitos antiespionaje. Comparado con el local de la tienda, la habitación blanca parecía quirúrgicamente limpia. Varios trípodes de metal de aleación, erizados de sensores y equipos de chequeo, estaban dispuestos en torno a la mesa como si fueran esculturas abstractas.

—¿Si sabemos qué? —preguntó Bobby. Cada vez que repetía su historia se sentía menos wilson. Importante. Lo hacía sentirse importante.

—Tú no, mierdín —dijo el Finlandés con voz fatigada—. Él. El gran hombre del hudú. Él sabe. Sabe que no es lo mismo... No lo ha sido, desde hace mucho tiempo. Llevo toda mi vida en el negocio. Hace años. Desde antes de la guerra, antes de que existiese ninguna matriz, o en todo caso antes de que la gente supiera que había una. —Ahora miraba a Bobby. — Tengo un par de zapatos

que tienen más años que tú; entonces, ¿qué mierda debo suponer que tú sabes? Hay vaqueros desde que hay computadoras. Construyeron las primeras computadoras para romper hielo alemán, ¿correcto? Decodificadores. Así que había hielo antes de que hubiese computadoras, si así lo prefieres. —Encendió su decimoquinto cigarrillo de la noche, y el humo comenzó a llenar la habitación blanca.

—Lucas sabe, sí, Lucas sabe. En los últimos siete, ocho años, han pasado cosas raras allá, en el circuito de los vaqueros de consola. Los nuevos jockeys *hacen pactos con las cosas,* ¿no es así, Lucas? Sí. Si lo sabré yo; siguen necesitando el hardware y el software, y todavía necesitan ser más rápidos que culebras sobre el hielo; pero todos ellos, todos los que de verdad saben cortarlo, tienen *aliados,* ¿no es así, Lucas?

Lucas sacó del bolsillo el mondadientes de oro y atacó una muela posterior, con expresión sería.

—Tronos y dominios —dijo el Finlandés crípticamente—. Sí, allá hay cosas. Fantasmas, voces. ¿Por qué no? En el mar había sirenas, toda esa historia, y nosotros teníamos un mar de silicón, ¿entiendes? Claro, no era más que una alucinación hecha a la medida que todos estuvimos de acuerdo en tener: el ciberespacio; pero cualquiera que conecte ahora, *tiene* que saber que es un universo entero. Y cada año hay más cosas ahí dentro, es como si...

—Para nosotros —lo interrumpió Lucas — , el *mundo* siempre ha funcionado así.

—En efecto —dijo el Finlandés—, por eso vosotros pudisteis conectar directamente, decirle a la gente que las cosas con las que hacíais pactos eran vuestros propios dioses de la selva...

—Jinetes Divinos...

—Seguro. Tal vez vosotros lo creáis. Pero yo soy lo bastante viejo como para recordar los tiempos en que no era así. Hace diez años, si entrabas en el Gentleman Loser y tratabas de decirle a cualquiera de los grandes que habías hablado con fantasmas en la matriz, habrían pensado que eras un loco.

—Un wilson —apuntó Bobby, sintiéndose excluido y ya no tan importante.

El Finlandés lo miró, sin expresión. —¿Un qué?

—Un wilson. Uno que quedó jodido. Es jerga de sal chichero, supongo... —Volví a meter la pata. Mierda.

El Finlandés le dirigió una mirada muy extraña. —Vaya, así que ése es el término que utilizáis, ¿eh? Cristo. Yo *conozco* al tipo ése...

—¿A quién?

—Bodine Wilson —contestó—. El primer tipo que yo haya conocido que terminó siendo una expresión.

—¿Era estúpido? —preguntó Bobby, arrepintiéndose de inmediato.

—¿Estúpido? Mierda, no, listo como el demonio. —El Finlandés apagó su cigarrillo en un rajado cenicero de cerámica que decía Campari. — Sólo que quedó jodido del todo, nada más que eso. Una vez trabajó con el Dixie Flatline... —Los ojos amarillos e inyectados en sangre se hicieron lejanos.

—Finlandés —dijo Lucas—, ¿dónde conseguiste ese rompehielos que nos vendiste?

El Finlandés lo observó con frialdad. —Cuarenta años en el negocio, Lucas. ¿Sabes cuántas veces me han hecho esa pregunta? ¿Sabes cuántas veces habría muerto si la hubiera contestado?

Lucas asintió con la cabeza. —Entiendo lo que quieres decir. Pero, a la vez, quiero decirte algo a ti. S —Apuntó al Finlandés con el mondadientes, como si se tratase de una daga de juguete. — La verdadera razón por la que estás dispuesto a quedarte sentado aquí a perder el tiempo es que crees que esos tres fiambres en la planta alta tienen algo que ver con el rompehielos que nos vendiste. Y te pusiste en guardia y prestaste especial atención cuando Bobby te contó que el edificio de apartamentos de su madre había sido volado, ¿verdad?

El Finlandés mostró los dientes. —Tal vez.

—Alguien te tiene en su lista, Finlandés. Esos tres ninjas muertos de arriba le costaron mucho dinero a alguien. Al ver que no regresan, alguien se sentirá más determinado aún, Finlandés.

Los enrojecidos ojos amarillos parpadearon. — Todos ellos estaban equipados —dijo—, listos para un golpe, pero uno de ellos tenía algunas otras cosas. Cosas para hacer preguntas. —Sus dedos manchados de nicotina, del color de alas de cucaracha, se alzaron para dar un lento masaje a su

labio superior. — Me lo dio Wigan Ludgate —dijo—. El Wig.

—Nunca oí hablar de él —dijo Lucas.

— Un loco de remate —dijo el Finlandés—. Antes era vaquero.

Lo que pasó, según el relato del Finlandés, —que para Bobby rué infinitamente fascinante, mejor aún que es cuchar a Beauvoir *y* a Lucas—, fue que Wigan Ludgate había pasado cinco años como jockey de primera, una trayectoria respetable para un vaquero de ciberespacio. Después de cinco años, suele pasar que un vaquero o bien se haga rico o se encuentre con el cerebro anulado, o si no financiando una cuadrilla de vaqueros más jóvenes, dedicado exclusivamente al aspecto gerencial. El Wig, en su primera etapa de juventud y gloria, había arremetido una y otra vez contra los sectores poco ocupados de la matriz que representaban las áreas geográficas conocidas anteriormente con el nombre de Tercer Mundo.

El silicón no se gasta; los microchips son de verdad inmortales. El Wig tomó nota del hecho. Sin embargo, como cualquier otro chico de su edad, sabía que el silicón se *hacía obsoleto,* lo cual era peor que gastarse; este hecho fue una constante triste y aceptada por el Wig, como la muerte o los impuestos, y de hecho solía preocuparse más porque su equipo quedase rezagado que por la muerte (tenía veintidós años) o los impuestos (no registraba sus ingresos, aunque le pagaba a una lavandería de dinero de Singapur un porcentaje anual que era globalmente equivalente al impuesto sobre la renta que habría tenido que pagar de haber declarado sus ingresos brutos). El Wig había concluido que todo aquel silicón obsoleto tenía que ir a parar a algún lado. El lugar al que llegaba, se enteró, era a cualquier cantidad de lugares muy pobres que hacían lo que podían con bases industriales incipientes. Naciones tan atrasadas que el concepto de nación seguía tomándose en serio. El Wig tecleó su entrada a través de un par de olvidados rincones de África y se sintió como un tiburón cruzando una piscina repleta de caviar. No era que ninguna de aquellas huevas deliciosas y diminutas valiera demasiado, sino que podías abrir la boca y *engullir, y* era fácil, y llenaba, y todo iba sumando. El Wig se trabajó a los africanos durante una semana, provocando incidentalmente el colapso de por lo menos tres gobiernos y un inconmensurable sufrimiento humano. Hacia el final de la semana, hinchado por la crema de varios millones de cuentas bancarias ridículamente pequeñas, se retiró. Cuando salía, la langosta empezaba a entrar; otras gentes habían tenido la iniciativa africana.

El Wig se instaló en Cannes durante dos años, consumiendo sólo lo más caro en drogas exclusivas y echando periódicos vistazos al minúsculo televisor Hosaka para estudiar los hinchados cuerpos de los africanos muertos, con una extraña y a la vez inocente intensidad. En un momento dado nadie supo de un modo exacto dónde o cuándo o por qué, comenzó a advertirse que el Wig había enloquecido. En concreto, dijo el Finlandés, el Wig se había convencido de que Dios vivía en el ciberespacio, o tal vez que el ciberespacio era Dios, o una nueva manifestación del mismo. Las incursiones del Wig en la teología tendían a estar signadas por importantes cambios de paradigma, auténticos saltos de fe. El Finlandés tenía alguna idea del asunto que por entonces el Wig tenía entre manos; poco después de su conversión a su nueva y singular fe, Wigan Ludgate regresaba al Sprawl y se embarcaba en una épica y de algún modo aleatoria travesía de descubrimiento cibernético. Como había sido jockey de con sola, sabía adonde ir a buscar lo mejor de lo que el Finlandés llamaba «el hard y el soft». El Finlandés proporcionó al Wig toda suerte de provisiones de uno y otro, pues el Wig seguía siendo un hombre rico. El Wig explicó al Finlandés que su técnica de exploración mis tica implicaba proyectar su conciencia hacia sectores de la matriz vacíos y carentes de estructura, y esperar. Correspondía aclarar, dijo el Finlandés, que nunca llegó a decir que hubiera visto a Dios, aunque sostenía que, en varias ocasiones, había sentido Su presencia moviéndose sobre la faz de la retícula. En su momento, el Wig se quedó sin dinero. Su búsqueda espiritual lo había alienado de las conexiones de negocios que le quedaban de sus días pre-africanos; se hundió sin dejar rastro.

—Pero entonces volvió a aparecer un día —dijo el Finlandés—, loco como una rata de alcantarilla. Siempre había sido un tipo menudo y pálido, pero ahora llevaba puesta una cantidad de mierda africana, cuentas y huesos y todo eso. —Bobby dejó de atender a la historia del Finlandés el

tiempo suficiente para preguntarse cómo alguien con el aspecto del Finlandés podía decir que otra persona era un tipo menudo y pálido; después miró a Lucas, cuyo rostro estaba absolutamente serio. Entonces se le ocurrió a Bobby que Lucas podría sentirse ofendido por el asunto de África, tal vez. Pero el Finlandés continuaba con su historia.

—Tenía una cantidad de cosas que quería vender. Consolas, elementos periféricos, software. Todo tenía ya un par de años, pero era equipo de primera, así que le di un precio por el lote. Noté que se había implantado un conector detrás de la oreja. ¿De qué es el soft? Está vacío, me dice. Estaba sentado justo donde estás tú, muchacho, y me dice está vacío y es la voz de Dios, y vivo por siempre en Su sonido blanco, o algo por el estilo. Y yo pienso, joder, el Wig pasó al otro lado, de veras, y ahí está, contando como por quinta vez el dinero que le he dado. Wig, digo yo, el tiempo es dinero, pero dime qué te propones hacer ahora. Porque tenía curiosidad. Hacía años que conocía al tipo, por los negocios. Finlandés, dice él, tengo que subir por el pozo de la gravedad, Dios está allá arriba. Quiero decir, dice, Él está en todas partes, pero aquí abajo hay demasiada estática, oscurece Su rostro. Está bien, le digo, tienes razón. Lo acompañé a la puerta, y eso fue todo. Nunca más lo volví a ver.

Bobby parpadeó, esperó, se movió un poco, inquieto, sobre el duro asiento plegable.

—Excepto que, cerca de un año después, aparece un tipo, un trabajador de alta órbita que había bajado por el pozo durante su asueto, con un poco de buen software para vender. Nada extraordinario, pero interesante. Dice que lo envía el Wig. Bueno, pienso yo, tal vez el Wig sea un loco, y hace tiempo que está fuera del negocio, pero todavía sabe reconocer lo bueno. Así que lo compro. Eso fue hace unos diez años, ¿correcto? Y cada año, más o menos, aparecía un tipo con algo. «El Wig me dijo que debía ofrecerle esto.» Y, por lo general, yo lo compraba. Nunca era nada muy especial, pero estaba bien. Y nunca venía el mismo tipo.

—¿Era eso, Finlandés, sólo software? —preguntó Lucas.

—Sí, sobre todo, salvo aquellas extrañas esculturas. Me había olvidado de eso. Imaginé que las había hecho d Wig. La primera vez que un tipo entró con una de *ésas,* compré el software que traía, y luego dije, ¿cómo Mierda lo llamas a eso? El Wig dijo que tal vez podrían interesarle, dijo el tipo. Dile que está loco, dije yo. El tipo se echó a reír. Bueno, quédeselo, dice. No me voy a llevar esta condenada cosa otra vez hasta allá arriba. Quiero decir, era como del tamaño de una consola, la cosa ésa, sólo un puñado de basura y mierda, metido todo junto en una caja... Así que lo puse detrás de un cajón de Coca Cola lleno de chatarra y lo olvidé, sólo que el viejo Smith, en aquel tiempo era un colega mío, negociaba sobre todo arte y coleccionables, lo ve y lo quiere. Así que lo arreglamos por poca cosa. Si te llegan más, Finlandés, cómpralos. En la parte alta de la ciudad hay imbéciles que aprecian esta mierda. Así que en la siguiente ocasión que apareció el tipo enviado por Wig también compré la escultura, y se la vendí a Smith. Pero nunca saqué mucho dinero de aquello... —El Finlandés se encogió de hombros. — Por lo menos, no hasta el mes pasado. Apareció un muchacho con lo que vosotros comprasteis. Venía de parte de Wig. Escuche, dice, esto es biosoft, y es un rompehielos. Wig dice que vale mucho. Yo le hice un rastreo y se veía bien. Me pareció interesante, ¿entiendes? También a tu socio Beauvoir le pareció interesante. Yo lo compré. Beauvoir me lo compró a mí. Fin de la historia. —El Finlandés sacó un cigarrillo roto por la mitad. — Mierda — dijo. Sacó un gastado paquete de papel de fumar del mismo bolsillo y extrajo una de las frágiles hojillas rosadas, enrollándola alrededor del cigarrillo partido, una especie de vendaje. Cuando lamió la goma, Bobby alcanzó a ver una lengua de un rosado grisáceo y muy puntiaguda.

—¿Y dónde, Finlandés, reside el señor Wig? —preguntó Lucas, con el mentón apoyado en los pulgares y los largos dedos cruzados en ángulo delante de la cara.

—Lucas, no tengo ni la más puta idea. En órbita, en algún lado. Y vive modestamente, si el nivel de dinero que obtuvo a través de mí significó algo para él. ¿Sabes?, me han contado que allá arriba hay sitios donde no necesitas dinero, si calzas en la economía, así que quizás un poco da para mucho. Pero no me lo preguntéis, yo no soy agorafóbico. —Dirigió una desagradable sonrisa a Bobby, quien procuraba olvidar la imagen de aquella lengua.— ¿Sabes? —dijo, escudriñando a Lucas por debajo de las cejas—, fue más o menos en ese entonces cuando empecé a oír que en la matriz pasaban cosas raras.

—¿Como qué? —preguntó Bobby.

—Tú no te metas —dijo el Finlandés, sin dejar de mirar a Lucas—. Eso fue antes de que vosotros aparecierais, el nuevo equipo de hudú. Conocí a una samurai callejera que había conseguido un empleo trabajando para algún tipo de las fuerzas especiales junto a quien el Wig parecía de lo más normal. Ella y un vaquero que habían sacado de Chiba estaban detrás de algo por el estilo. Quizás lo hayan encontrado. Una vez, hace años, oí decir que vivía en Londres. ¿Quién diablos lo sabe? Siete, ocho años. —De pronto el Finlandés parecía cansado, y viejo, muy viejo. Para Bobby era como una enorme rata momificada, animada por resortes y alambres ocultos. Sacó del bolsillo un reloj de pulsera con la esfera partida y una grasienta correa de cuero y miró la hora. — Cristo. Bueno, eso es todo lo que puedo darte, Lucas. En veinte minutos vienen unos amigos de un banco de órganos para hacer un pequeño negocio.

Bobby pensó en los cadáveres de la planta alta. Habían estado allí el día entero.

—Eh —dijo el Finlandés, leyendo la expresión de su rostro—, los bancos de órganos son estupendos para *deshacerse* de cosas. Yo les pago a *ellos.* Esos hijos de puta de ahí arriba..., ya no les quedan muchos órganos que digamos... —Y soltó una carcajada.

*

—Dijiste que él estaba muy cerca de... ¿Legba? ¿Y Legba es el que tú y Beauvoir dijeron que me trajo suerte cuando me metí con el hielo negro?

Más allá del borde del panel de las cúpulas geodésicas, el cielo se aclaraba.

—Sí —dijo Lucas, perdido en sus pensamientos.

—Pero parece que no confía nada en todo eso.

—No importa —dijo Lucas al tiempo que llegaba el Rolls—. Siempre he estado muy cerca del espíritu del asunto.

17. El bosque de ardillas

El avión había tocado tierra cerca de un curso de agua. Turner podía oírla, moviéndose en la red de gravedad, febril o dormido: agua sobre piedra; uno de los cantos más antiguos. El avión era listo, listo como cualquier perro, con el mismo sentido de ocultación. Sintió cómo se balanceaba sobre su tren de aterrizaje, en alguna parte de aquella noche enferma, y reptaba hacia adelante, con ramas que rozaban y arañaban la oscura cubierta corrediza de la cabina. El avión se deslizó hasta la verde profundidad de las sombras; y se posó sobre sus rodillas mientras la estructura gemía y crujía al aplastarse contra el suelo de arcilla y granito, como una raya en la arena. El policarbono mimético que cubría las alas y el fuselaje se fue llenando de vetas oscuras, adoptando los colores y dibujos de las piedras manchadas de luna y de la tierra del bosque. Finalmente, quedó en silencio, y el único sonido era el del agua en el lecho de un arroyo...

Despertó como una máquina, abriendo los ojos, visión activada, vacío, recordando el destello rojo de la muerte de Lynch al otro lado de la mirilla fija de «a Smith & Wesson. El arco de la carlinga sobre su cabeza estaba veteado de aproximaciones miméticas de hojas y ramas. Amanecer claro y ruido de agua que corría. Todavía llevaba puesta la camisa azul de trabajo de Oakey. Ahora olía a sudor rancio, y le había arrancado las mangas el día anterior. El arma yacía entre sus piernas, apuntando hacia la palanca negra del jet. La red de gravedad era una rígida maraña que le rodeaba la cintura y los hombros. Se volvió hacia atrás y vio a la chica, rostro ovalado y un hilo de sangre coagulada descendiendo de su nariz. Seguía inconsciente; sudaba, los labios entreabiertos, como los de una muñeca.

—¿Dónde estamos?

—Estamos a quince metros al sur-sureste de las coordenadas que usted indicó —dijo el avión—. Usted había vuelto a perder el conocimiento. Opté por el camuflaje.

Extendió el brazo hacia atrás y sacó el enchufe de interfase del conector de su cabeza, cortando

su enlace con el avión. Miró aturdido a su alrededor, hasta que encontró los controles manuales de la cubierta corrediza, que suspiró sobre sus servos; el encaje de hojas de policarbono se movió al abrirse la cubierta. Sacó una pierna por la abertura, se miró la mano, apoyada sobre el fuselaje en el borde de la cabina. El policarbono reproducía los tonos grises de una roca próxima; mientras miraba, el revestimiento comenzó a pintar una mancha del tamaño de una mano y del color de su palma. Sacó la otra pierna, dejando la pistola sobre el asiento, y se dejó caer sobre la tierra, entre hierba alta y suave. Entonces volvió a dormirse, la frente contra la hierba, y soñó con agua que corría.

Cuando despertó, estaba avanzando a gatas, entre ramas bajas cargadas de rocío. Por fin llegó a un claro y cayó hacia adelante, rodando, los brazos extendidos como si estuviera rindiéndose. En lo alto, algo pequeño y gris se lanzó desde una rama, se posó en otra, osciló allí un instante, y se alejó escurridizamente hasta perderse de vista.

Quédate quieto, oyó que una voz le decía, a años de distancia. Sigue acostado y muy pronto te olvidarán, te olvidarán en el gris, en el amanecer y el rocío. Han salido a buscar alimento, a comer y a jugar, y en sus cerebros no caben dos mensajes, no por mucho tiempo. Estaba acostado boca arriba, junto a su hermano, con el Winchester de caja de nailon sobre el pecho, respirando el perfume a metal nuevo y aceite de armería, el olor de la fogata aún en el pelo. Y su hermano siempre tenía razón acerca de las ardillas. Venían. Olvidaban el claro signo de muerte escrito bajo las ramas en dril remendado y acero azul; venían, corriendo por las ramas, deteniéndose para olisquear la mañana, y el 22 de Turner ladraba y un cuerpo gris caía a tierra, inerte. Las otras se desperdigaban, desaparecían, y Turner le pasaba el arma a su hermano. Una vez más, esperaban, esperaban que las ardillas se olvidaran de ellos.

—Sois como yo —dijo Turner a las ardillas, emergiendo de su sueño. Una de ellas se irguió de pronto sobre una gruesa rama y lo miró directamente—. Yo siempre regreso. —La ardilla se alejó de un salto.— Regresaba cuando escapé del holandés. Regresaba cuando volé a México. Regresaba cuando maté a Lynch.

Permaneció allí durante mucho tiempo, mirando las ardillas mientras el bosque despertaba y la mañana calentaba a su alrededor. Un cuervo se acercó de pronto, ladeándose, frenando, con las plumas extendidas como si fueran dedos mecánicos. Verificando si estaba vivo o muerto.

Turner sonrió al cuervo mientras éste se alejaba.

Todavía no.

*

Volvió a arrastrarse bajo el techo de ramas, y la encontró sentada en el interior de la cabina. Llevaba una holgada camiseta blanca cruzada en diagonal con el logo de la MAAS-NEOTEK. Tenía rombos de sangre fresca en la parte delantera de la camiseta. La nariz le sangraba de nuevo. Ojos azul brillante, aturdidos y desorientados en cuencas con hematomas negros y amarillos, como un exótico maquillaje. Joven, vio Turner, muy joven.

—Tú eres la hija de Mitchell —dijo él, recordando el nombre en el dossier biosoft—. Ángela.

—Angie —rectificó ella de inmediato—. ¿Quién eres tú? Estoy sangrando. —Le mostró el rojo clavel de un pañuelo ensangrentado.

—Turner. Esperaba a tu padre. —Entonces pensó en la pistola, y en la otra mano de ella, invisible bajo el borde de la cabina. — ¿Sabes dónde está?

—En la meseta. Pensaba que podía hablar con ellos, explicarlo. Porque ellos lo necesitan.

—¿Con quién? —Turner dio un paso adelante.

—Con los de la Maas. La directiva. No pueden permitirse hacerle daño, ¿verdad que no?

—¿Por qué lo harían? —Otro paso.

Ella se llevó el pañuelo rojo a la nariz. —Porque me sacó de allí. Porque él sabía que ellos me iban a matar. Por los sueños.

—¿Los sueños?

—¿Crees que le harán daño?

—No, no; ellos no harían eso. Voy a subir, ¿está bien?

Ella asintió. Turner tuvo que deslizar las manos sobre el costado del fuselaje para encontrar las pequeñas cavidades de los asideros; el revestimiento mimé tico le mostró hojas y líquenes, ramas pequeñas... Y subió junto a ella y vio la pistola junto a las zapatillas deportivas que calzaban sus pies. —Pero, ¿no iba a venir él en persona? Lo esperaba a él, a tu padre.

—No. Nunca planeamos eso. Sólo teníamos un avión. ¿No te lo dijo? —Se puso a temblar. —¿No te dijo nada?

—Lo suficiente —dijo poniéndole la mano en el hombro—, nos dijo lo suficiente. Todo irá bien... —Pasó las piernas por encima del reborde, se inclinó, alejó la Smith & Wesson de los pies de la muchacha, y encontró el cable de interfase. Sin quitarle la mano del hombro, levantó el cable y se lo enchufó detrás de la oreja.

—Dame los pasos para borrar todo lo que hayas almacenado en las últimas cuarenta y ocho horas —dijo—. Quiero desechar el rumbo a México, el vuelo desde la costa, lo que sea...

—No había registro que indicara Ciudad de México— dijo la voz, contacto neural directo en audio.

Turner miró a la muchacha, se frotó la mandíbula.

—¿Hacia dónde estamos yendo?

—Bogotá. —Y el jet recitó las coordenadas del aterrizaje que no habían hecho.

Ella lo miró, parpadeando; sus párpados estaban ennegrecidos como la piel que los rodeaba. —¿Con quién estabas hablando?

—Con el avión. ¿Te dijo Mitchell adonde pensaba que irías?

—A Japón...

—¿Conoces a alguien en Bogotá? ¿Dónde está tu madre?

—No. En Berlín, creo. No la conozco muy bien.

Borró la memoria del avión, eliminando lo que Conroy había programado o lo que quedaba de ello: el acercamiento desde California, los datos identificativos del lugar de operaciones, un plan de vuelo que los habría llevado a una pista a menos de trescientos kilo metros del núcleo urbano de Bogotá...

Alguien encontraría el jet tarde o temprano. Pensó en el sistema orbital de reconocimiento de la Maas y se preguntó si los programas de camuflaje y evasión que había ordenado ejecutar al avión habrían servido de algo. Podía ofrecer el jet como material de desguace, pero dudaba de que Rudy quisiera verse involucrado. En cualquier caso, sólo con aparecer en la granja acompañado por la hija de Mitchell, Rudy ya quedaría metido hasta las orejas en el asunto. Pero no había otro lugar a donde ir, no para lo que ahora necesitaba.

Fueron cuatro horas de marcha por sendas semiolvidadas y por un tortuoso camino asfaltado de dos carriles, invadido de maleza. Le pareció que los árboles eran diferentes, y recordó entonces cuánto habrían crecido en todos esos años. A intervalos regulares pasaron junto a pilas de postes de madera que una vez habían sostenido cables de teléfono, ahora cubiertos de zarza y madreselva; los cables habían sido arrancados para ser utilizados como combustible. Las abejas libaban la hierba en flor de la cuneta...

—¿A donde vamos hay comida? —preguntó la muchacha, cepillando el gastado asfalto con las suelas de sus zapatillas blancas.

—Seguro —dijo Turner—, toda la que quieras.

—Lo que quiero en este momento es agua. —Se quitó un mechón de pelo castaño de una mejilla bronceada. Él había notado que ella empezaba a cojear, gimiendo cada vez que apoyaba el pie derecho.

— ¿Qué te has hecho en la pierna?

—El tobillo. Algo, cuando aterricé con el microligero. —Hizo un gesto de dolor y siguió caminando.

—Descansaremos.

—No. Quiero llegar, llegar a donde sea.

—Descansa —dijo él, llevándola de la mano hasta el borde de la carretera. Ella hizo una mueca,

pero se sentó a su lado, con la pierna derecha extendida con precaución.

—Qué arma más grande —dijo. Hacía calor ahora, demasiado calor para llevar el anorak. Se había puesto el ames sobre el torso desnudo, bajo la camisa sin mangas que llevaba suelta—. ¿Por qué el cañón tiene esa forma, como una cabeza de cobra, en la parte de abajo?

—Es una mirilla, para encuentros nocturnos. —Se inclinó hacia adelante para examinarle el tobillo. Se estaba hinchando con rapidez.— No sé cuánto tiempo aguantarás caminando así —dijo.

—¿Peleas mucho de noche? ¿Con pistola?

—No.

—Creo que no entiendo a qué te dedicas.

Él la miró. —Yo mismo no lo entiendo siempre, al menos últimamente. Esperaba a tu padre. Él quería cambiar de compañía, trabajar para otros. La gente para la que él quería trabajar me contrató a mí y a otros para asegurarse de que él pudiera dejar el antiguo contrato.

—Pero no había forma de salir de ese contrato —observó ella—. No legalmente.

—Así es —dijo él deshaciendo el nudo, quitando la zapatilla—. No legalmente.

—Ah. Entonces es así como te ganas la vida.

—Sí. —Dejó la zapatilla; ella no llevaba medias. El tobillo se hinchaba cada vez más. — Esto es un esguince.

—¿Y qué pasó con los demás? Había más gente, allá, en las ruinas. Alguien estaba gritando, y esos fogonazos...

—Difícil decir quién estaba gritando —dijo él—, pero los fogonazos no eran nuestros. Quizás el equipo de seguridad de la Maas, siguiéndote. ¿Piensas que pudiste despistarlos?

—Hice lo que Chris me dijo —explicó ella—. Chris es mi padre.

—Ya sé. Creo que voy a tener que cargarte el resto del camino.

—¿Pero qué pasó con tus amigos?

—¿Qué amigos?

—Allá, en Arizona.

—Ya. Bueno —y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano—, no sabría decirte. En realidad no lo sé.

Imagen de cielo blanco, destello de energía, más brillante que el sol. Pero sin señal de pulsaciones electromagnéticas, había dicho el avión...

El primero de los perros aumentados de Rudy dio con ellos quince minutos después de haberse vuelto a poner en marcha, Angie a horcajadas en la espalda de Turner, rodeándole los hombros con los brazos, los delgados muslos bajo sus axilas, los dedos de él entrelazados formando un puño doble a la altura del esternón. Olía a muchacha de barrio bien, una insinuación vagamente herbal de champú. Al pensar en eso, se preguntó a qué olería él. Rudy tenía una ducha...

—Ay, mierda, pero ¿qué es eso? —Enderezó la espalda, señalando.

Un estilizado galgo gris los contemplaba desde lo alto de un talud de arcilla en una curva de la carretera, con su estrecha cabeza enfundada en una capucha negra con anteojeras, llena de sensores. Jadeaba, la lengua afuera, y lentamente meneó la cabeza.

—Está bien —dijo Turner—. Un perro guardián. Pertenece a mi amigo.

*

La casa había crecido, brotándole alas y talleres, pero Rudy nunca había pintado la madera descascarillada de la construcción original. Para cercar su colección de vehículos había instalado un tenso recuadro de malla de acero, que Turner no recordaba. Cuando llegaron el portón estaba abierto, sus goznes perdidos entre óxido y maleza. Las verdaderas defensas, sabía Turner, estaban en otra parte. Cuatro de los perros aumentados trotaron tras él mientras caminaba pesadamente por la entrada de gravilla; la cabeza de Angie caída sobre sus hombros, sus brazos aún rodeándolo.

Rudy los esperaba en el porche; llevaba unos viejos pantalones cortos blancos y una camiseta azul oscura de cuyo único bolsillo asomaban al menos nueve bolígrafos diferentes. Los miró y alzó una lata verde de cerveza holandesa a modo de saludo. Detrás de él, una mujer rubia vestida con

una desteñida camisa color caqui salió de la cocina llevando una espátula cromada en la mano; Turner vio que tenía el pelo muy corto, peinado hacia atrás como la médica coreana de la cápsula de la Hosaka, la cápsula ardiendo, Webber, el cielo blanco... Se balanceó de un lado a otro, en la entrada de gravilla de Rudy, las piernas abiertas para soportar el peso de la muchacha, el pecho desnudo cubierto de sudor, de polvo de la pista de Arizona, y miró a Rudy y a la rubia.

—Os hemos preparado el desayuno —dijo Rudy—. Cuando aparecisteis en los monitores de los perros, Supusimos que tendríais hambre. —El tono de su voz **era** estudiadamente inexpresivo.

La muchacha gimió.

—Qué bien —dijo Turner—. Tiene un tobillo hinchado, Rudy. Será mejor que le echemos un vistazo. Y hay otras cosas de las que tengo que hablar contigo.

—Un poco joven para ti... —dijo Rudy, y bebió otro trago de cerveza.

—No jodas, Rudy —lo interrumpió la mujer a su la do—, ¿no ves que está herida? Tráela por aquí —dijo a Turner, y volvió a entrar por la puerta de la cocina.

—Te ves diferente —observó Rudy, estudiándolo, y Turner se dio cuenta de que estaba borracho—. Igual, pero diferente.

—Ha pasado tiempo —dijo Turner, comenzando a subir los escalones de madera.

—¿Te hiciste cirugía plástica o algo?

—Reconstrucción. Tuvieron que rehacérmela a partir de fotos de archivo. —Subió los escalones; la espalda le dolía con cada movimiento.

—No está nada mal —dijo Rudy—. Casi no se ve. —Eructó. Era más bajo que Turner, y algo gordo, pero tenían el mismo pelo castaño, y rasgos similares.

Turner se detuvo en un escalón cuando sus ojos quedaron a la misma altura. —¿Todavía haces un poco de todo, Rudy? Necesito un chequeo de esta chica. Necesito también unas cuantas cosas más.

—Bueno —dijo su hermano—, ya veremos qué se puede hacer. Anoche oímos algo. Tal vez una explosión sónica. ¿Algo que ver contigo?

—Sí. Hay un jet en el bosque de ardillas, pero está muy bien escondido.

Rudy suspiró.

—Jesús... Bueno, tráela adentro...

A través de los años, Rudy había quitado de la casa de casi todo lo que Turner podía haber recordado, y algo en él se sentía agradecido por eso. Miró a la rubia que rompía huevos en un cuenco de acero; las yemas sueltas eran de color amarillo oscuro; Rudy criaba sus propias gallinas.

—Me llamo Sally —dijo ella, batiendo los huevos con un tenedor.

—Turner.

—Él tampoco te llama de otra forma. Nunca ha hablado mucho de ti.

—Nos hemos perdido un poco de vista. Quizá deba subir a ayudarlo.

—Tú quédate sentado. Tu muchachita está bien con Rudy; él tiene buena mano.

—¿Aun cuando está borracho?

—Medio borracho. Bueno, no la va a operar, sólo le va a poner unos dermos y a vendarle el tobillo. —Puso unos copos de patatas deshidratadas en una sartén, sobre mantequilla caliente, y vertió los huevos encima. —¿Qué te pasó en los ojos, Turner? Tú y ella... —Revolvió la mezcla con la espátula cromada mientras agregaba salsa de un pote de plástico.

—La fuerza de aceleración. Tuvimos que despegar rápido.

—¿Fue así como se lastimó el tobillo?

—Tal vez. No lo sé.

—¿Te persiguen? ¿La persiguen a ella? —Puso los platos del armario sobre el fregadero; el barato laminado marrón de las puertas disparó una súbita ola de nostalgia en Turner, que vio en las bronceadas muñecas de la rubia las muñecas de su madre...

—Es posible —dijo—. Todavía no sé de qué se trata.

—Come un poco de esto —dijo pasando la mezcla a un plato blanco, buscando un tenedor—. Rudy teme a la clase de gente que pueda venir detrás de ti.

Turner tomó el plato, el tenedor. Los huevos humeaban. —Yo también.

—Hay algo de ropa —dijo Sally por encima del ruido de la ducha—. Un amigo de Rudy la dejó aquí; debería quedarte bien... —La ducha funcionaba por gravedad, agua de lluvia de un tanque en el techo, una unidad de filtrado, gruesa y blanca, sujeta al tubo sobre la roseta.

Turner asomó la cabeza por entre brumosas cortinas de plástico, y la miró, parpadeando. —Gracias.

—La chica está inconsciente —dijo ella—. Rudy piensa que es conmoción, agotamiento. Dice que sus signos vitales son altos, así que tal vez pueda examinarla ahora. —Salió de la habitación llevándose los pantalones militares de Turner y la camisa de Oakey.

—¿Qué es ella? —Rudy desplegó una arrugada tira de papel de impresión plateado.

—No sé cómo leer eso —dijo Turner, mirando a su alrededor en la habitación blanca, buscando a Angie—. ¿Dónde está?

—Duerme. Sally la está cuidando. —Rudy se volvió y atravesó la habitación que, recordó Turner, en otro tiempo habría sido la sala. Rudy empezó a desconectar sus consolas; las diminutas luces testigo se apagaron una a una.— No sé, hermano. Sencillamente no sé. ¿Qué es? ¿Algún tipo de cáncer?

Turner fue hasta donde estaba Rudy, pasando junto a una mesa de trabajo donde un micromanipulador esperaba bajo su funda, y luego frente a los polvorientos ojos rectangulares de una hilera de vetustos monitores, uno de ellos con la pantalla hecha añicos.

—Tiene la cabeza llena de eso —dijo Rudy—. Son como cadenas largas. No se parece a nada que haya visto nunca, nunca. Nada.

—¿Qué sabes de biochips, Rudy?

Rudy soltó un gruñido. Ahora parecía muy sobrio, pero tenso, agitado. No dejaba de pasarse la mano por el pelo. —Es lo que pensé. Es algún tipo de... No un implante. Un injerto.

—¿Para qué sirve?

—¿Para qué? ¿Quién mierda puede saberlo? ¿Quién se lo hizo? ¿Alguien para quien tú trabajas? —Su padre, creo.

—¡Cristo! —Rudy se secó la boca con la mano.— En los monitores se ve como un tumor, pero sus signos son lo bastante altos, normales. ¿Cómo es ella, de ordinario?

—No lo sé. Una niña. —Se encogió de hombros.

—Qué mierda —dijo Rudy—. Me parece increíble que pueda caminar. —Abrió un pequeño refrigerador de laboratorio y sacó una empañada botella de Moskovskaya.— ¿Quieres del pico? —preguntó.

—Más tarde, quizás.

Rudy suspiró, miró la botella, y la guardó en el refrigerador. —¿Entonces qué quieres? Con algo tan raro como lo que tiene esa muchachita en la cabeza, es de esperar que alguien la esté buscando muy pronto. Si no lo están haciendo ya.

—Ya la están buscando —dijo Turner—. No sé si saben que ella está aquí.

—Todavía. —Rudy se limpió las manos en los blancos y sucios pantalones cortos.— Pero probablemente lo sabrán, ¿verdad?

Turner asintió.

—¿Adonde irás, entonces?

—Al Sprawl.

—¿Por qué?

—Porque allí tengo dinero. Tengo líneas de crédito bajo cuatro nombres diferentes, y no hay forma de que puedan ser relacionadas conmigo. Porque tengo muchos otros contactos que quizá pueda utilizar. Y porque en el Sprawl siempre hay donde esconderse. Es *tan* grande, ¿sabes?

—Muy bien —dijo Rudy—. ¿Cuándo?

—¿Tanto te preocupa? ¿Quieres que nos vayamos ahora mismo?

—No. Quiero decir, no lo sé. Todo esto es muy interesante, lo que hay dentro de la cabeza de tu

amiga. Tengo un amigo en Atlanta que podría alquilarme un analizador de funciones para hacerle un diagrama del cerebro, plano a plano; con eso tal vez podría comenzar a hacerme una idea de qué es esa cosa... Podría valer la pena.

—Seguro. Si supieras dónde venderlo.

—¿No sientes curiosidad? Quiero decir, ¿qué demonios es ella? ¿La sacaste de algún laboratorio militar? —Rudy volvió a abrir la puerta del refrigerador blanco, sacó la botella de vodka, la abrió, y bebió un trago.

Turner tomó la botella y la empinó, dejando que el líquido helado le cayera en los dientes. Tragó; sintió un estremecimiento. —Es de una empresa. Grande. Se suponía que yo iba a sacar a su padre, pero él la envió en su lugar. Entonces alguien voló todo el lugar de operaciones, algo como una minibomba nuclear. A duras penas pudimos salir. Hasta aquí. —Pasó la botella a Rudy.— No te emborraches, Rudy. Cuando te asustas, bebes demasiado.

Rudy lo miró fijamente, ignorando la botella. — Arizona —dijo—. Salió en las noticias. México sigue quejándose. Pero no fue nuclear. Han ido equipos, han revisado todo. No fue nuclear. —¿Qué fue?

—Piensan que fue un misil. Piensan que alguien puso un arma de hipervelocidad en un dirigible de carga e hizo volar una pista en ruinas en medio del desierto. Saben que hubo un dirigible cerca de allí, y hasta ahora nadie lo ha encontrado. Se puede armar un misil capaz de desintegrarse por completo al detonar. A esa velocidad el proyectil puede haber sido cualquier cosa.

Unos ciento cincuenta kilos de hielo alcanzarían. —Tapó la botella y la dejó sobre el mostrador, a su lado. — Toda esa área pertenece a la Maas, a los Biolaboratorios Maas, ¿verdad? Han salido en las noticias, los de la Maas. Cooperando en todo con las distintas autoridades, por supuesto. Así que eso nos dice de dónde sacaste a tu nena, supongo.

—Seguro. Pero no me dice quién disparó el misil. O por qué.

Rudy se encogió de hombros.

—Será mejor que vengáis a ver esto —dijo Sally desde la puerta.

Mucho más tarde, Turner estaba sentado con Sally en el porche. Finalmente la chica había caído en algo que el EEG de Rudy llamaba sueño. Rudy había regresado a uno de sus talleres, tal vez con su botella de vodka. Había luciérnagas alrededor de las matas de madreselva junto al portón de malla de acero. Turner descubrió que si entrecerraba los ojos, desde su asiento en el sillón del porche casi podía ver un manzano que ya no estaba, un árbol del que una vez había colgado una cuerda con una viejísima rueda de automóvil. Entonces también había luciérnagas, y los talones de Rudy golpeaban sobre un palmo de tierra dura y seca cada vez que se impulsaba en el arco del columpio, echando las piernas hacia adelante, y Turner yacía boca arriba en la hierba, mirando las estrellas...

—Lenguas —dijo Sally, la mujer de Rudy, desde la quejumbrosa silla de paja. Su cigarrillo era un ojo encendido en la oscuridad—. Hablando en las lenguas.

—¿Qué?

—Lo que estaba haciendo tu muchachita, allá arriba. ¿Sabes algo de francés?

—No, no demasiado. No sin un lexicón.

—Parte de lo que dijo me sonó a francés. —Por un instante, cuando sacudió la cabeza, la brasa roja fue como una herida. — Cuando era pequeña mi viejo me llevó una vez a un estadio, y vi a la gente dando testimonio y hablando en lenguas. Me asustó. Creo que hoy, cuando ella empezó, me sentí más asustada que entonces.

—Rudy grabó el final, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabes?, Rudy no está del todo bien. Es por eso que volví a instalarme aquí. Le dije que no me quedaría a menos que se compusiese, pero entonces se puso peor, así que hace poco más de dos semanas que volví. Estaba a punto de irme cuando tú apareciste. —La brasa del cigarrillo voló en arco sobre la baranda y cayó en la gravilla que cubría el patio.

—¿La bebida?

—Eso y los mejunjes que cocina en el laboratorio. ¿Sabes?, ese hombre sabe un poquito de casi todo. Todavía tiene muchos amigos, por todo el país; les he oído contar cosas de cuando tú y él

erais críos, antes de que te marcharas.

—También él debería haberse ido.

—Odia la ciudad. Dice que si de cualquier forma todo llega por línea, ¿para qué tienes que irte allá?

—Yo me fui porque aquí no pasaba nada. Rudy siempre podía encontrar algo que hacer. Todavía puede, por lo visto.

—De todas maneras, deberías haberte mantenido en contacto. El .te quería aquí cuando vuestra madre estaba muriendo.

—Yo estaba en Berlín. No podía dejar lo que estaba haciendo.

—Supongo que no. Tampoco yo estaba aquí. Llegué más tarde. Aquél fue un buen verano. Rudy me acababa de sacar de un club de mala muerte en Memphis; llegó una noche con un grupo de amigos del campo, y al día siguiente yo estaba aquí, sin saber realmente por qué. Excepto porque él era bueno conmigo, en aquellos días, y gracioso, y le dio tiempo a mi cabeza para que yo me calmara un poco. Me enseñó a cocinar. —Rió.— Me gustaba hacerlo, sólo que tenía miedo de esos malditos pollos de ahí atrás. —Se puso de pie para estirarse; la vieja silla volvió a crujir, y él notó lo largas que eran sus bronceadas piernas, su olor y calor de verano, cerca de su cara.

Ella le puso las manos en los hombros. Los ojos de él quedaron a la altura de la franja de vientre moreno que sus pantalones cortos dejaban al descubierto; su ombligo era una sombra tenue, y, recordando a Allison en **la** habitación blanca y vacía, quiso aproximar la cara, saborearlo todo... Le pareció que ella se inclinaba un poco, pero no estaba seguro.

—Turner —dijo—, estar aquí con él a veces es como estar sola...

Y se levantó, con el ruido de la vieja cadena del columpio en la parte donde los pernos estaban atornillados a fondo en la canaleta del techo del porche, pernos que su padre podría haber puesto cuarenta años atrás; y besó su boca cuando ésta se abría, suspendido en el tiempo por la charla y las luciérnagas y los subliminales detonadores del recuerdo, de modo que tuvo la impresión, mientras subía sus manos por la calidez de la espalda desnuda, bajo la camiseta blanca, de que las personas en su vida no eran cuentas hilvanadas en un I hilo secuencial, sino apiñadas como quanta, de modo que la conocía tanto como conocía a Rudy, o a Allison, o a Conroy, tanto como conocía a la niña que era la | hija de Mitchell.

—Eh —susurró, librándose del beso—, sube conmigo.

18. Los nombres de los muertos

Alain llamó a las cinco y ella, luchando por controlar el asco que le provocaba aquella muestra de avaricia, verificó que disponía de la suma requerida por él. Copió la dirección cuidadosamente en el reverso de una tarjeta que había tomado del escritorio de Picard en la Galería Roberts. Andrea regresó del trabajo diez minutos después, y Marly se alegró de que su amiga no hubiese estado allí durante la llamada de Alain.

Miró a Andrea que trababa la ventana abierta de la cocina con un raído ejemplar de lomo *azul* del segundo tomo *del Shorter Oxford English Dictionary,* sexta edición. Andrea había instalado allí una especie de anaquel de madera contrachapada, sobre el saliente de piedra, lo bastante amplia para soportar el pequeño hibachi que tenía debajo del fregadero. Ahora estaba disponiendo con mucho esmero los negros cubos de carbón sobre la parrilla. —Hoy estuve hablando de tu jefe —dijo, colocando el hibachi en el anaquel y prendiendo fuego a la verdosa pasta inflamable con el encendedor a chispas de la cocina—. Nuestro académico ha vuelto de Niza. Está extrañadísimo de que haya escogido a Josef Virek como mi foco de interés, pero como es un viejo lascivo estaba más que contento de poder charlar.

De pie junto a ella, Marly contemplaba las llamas casi invisibles que lamían los contornos del carbón.

—No dejó de referirse a los Tessier-Ashpool —prosiguió Andrea—, y a Hughes. Hughes vivió desde mediados hasta finales del siglo veinte; era americano. También está en el libro, como una especie de proto-Virek. No sabía que la Tessier-Ashpool había comenzado a desintegrarse... —

Regresó al fregadero y desenvolvió seis grandes langostinos.

—¿Ellos son francoaustralianos? Recuerdo haber visto un documental, creo. ¿No son dueños de uno de los grandes centros de entretenimiento?

—Zonalibre. Ahora está vendido, me dice mi profesor. Parece que una de las hijas del viejo Ashpool consiguió alcanzar el control de toda la entidad empresarial; se hizo cada vez más excéntrica, y los intereses del clan se fueron al diablo. Todo en los últimos siete años.

—No veo qué tiene que ver eso con Virek —dijo Marly, mirando a Andrea que ensartaba los langostinos en una larga aguja de bambú.

—Estamos en las mismas. Mi profesor sostiene que tanto Virek como Tessier-Ashpool son unos anacronismos fascinantes, y pueden aprenderse cosas acerca de la evolución del empresariado observándolos a ellos. Ha convencido a muchos de nuestros directores literarios, en cualquier caso...

—Pero, ¿qué dijo sobre Virek?

—Que la demencia de Virek tomaría otra forma.

—¿Demencia?

—En realidad, evitó llamarlo así. Pero parece ser que Hughes estaba loco de remate, y el viejo Ashpool también, y su hija, totalmente extravagante. Dijo que Virek se vería forzado, por presiones evolutivas, a dar una especie de «salto». «Salto», eso fue lo que dijo.

—¿Presiones evolutivas?

—Sí —dijo Andrea, llevando los langostinos ensartados al hibachi—. Habla de las empresas como si fueran algún tipo de animal.

Después de la cena salieron a caminar. Marly se encontró, por momentos, esforzándose para percibir el me carlismo imaginado de la vigilancia de Virek, pero Andrea llenó la noche con su calidez habitual y su sentido común, y Marly agradecía el caminar por una ciudad donde las cosas eran simplemente lo que eran. En el mundo de Virek, ¿qué podía ser simple? Recordó el pomo de bronce, la forma tan indescriptible en que se había movido cuando la hizo entrar en el Parque Güell recreado por Virek. ¿Estaría siempre allí?, se preguntó, ¿en el parque de Gaudí, en una tarde que nunca terminaba? *Señor es rico. Señor dispone de innumerables formas de manifestación.* Se estremeció en el cálido aire de la noche, se acercó más a Andrea.

Lo siniestro de una construcción de simestim, en realidad, era que conllevaba la sugestión de que *cualquier* entorno podía ser irreal, que las vitrinas de las tiendas frente a las que pasaba ahora junto a Andrea podían ser ficciones. Los espejos, dijo alguien una vez, de alguna manera eran esencialmente inmorales; las estructuras lo eran aún más, resolvió.

Andrea se detuvo en un quiosco para comprar sus cigarrillos ingleses y el último *Elle.* Marly la esperó en la calzada, donde el tráfico peatonal se apartaba automáticamente al llegar a ella; rostros que desfilaban, estudiantes, hombres de negocios y turistas. Algunos de ellos, supuso, formaban parte de la máquina de Virek, estaban conectados a Paco. Paco con sus ojos marrones, su desenvoltura, su seriedad, los músculos moviéndose bajo la camisa de suave algodón. Paco, que había trabajado para Señor toda la vida...

—¿Qué te pasa? Parece que te hubieras atragantado con algo —dijo Andrea, quitando el celofán de su paquete de Silk Cut.

—No —dijo Marly, y tembló—, pero tengo la impresión de que estuve a punto...

Y de regreso a casa, pese a la conversación de Andrea, los escaparates de las tiendas se habían convertido en cajas, cada una de ellas, construcciones, como las obras de Joseph Cornell o del misterioso hacedor de cajas que Virek buscaba, los libros y las pieles y los algodones italianos dispuestos de modo tal que sugerían formas geométricas de deseos sin nombre.

Y al despertar, una vez más, con la cara ahogada en el sofá de Andrea, el edredón rojo alrededor de los hombros, oliendo café, mientras Andrea tarareaba una canción pop de Tokio en la habitación de al lado, vistiéndose, en una lluviosa mañana de París.

—No —dijo a Paco—. Prefiero ir sola.

—Es mucho dinero. —Bajó la mirada hacia el bolso italiano que estaba sobre la mesa del bar.—

Es peligroso, ¿entiende?

—Nadie sabe que yo lo tengo, ¿no es así? Sólo Alain. Alain y tus amigos. Y no he dicho que vaya a ir sola, sólo que no tengo ganas de que me acompañen.

—¿Pasa algo malo? —Arrugas de seriedad en las comisuras de sus labios. — ¿Está usted enojada?

—Sólo quiero decir que prefiero estar sola. Tú y los otros, quienquiera que sean, estáis invitados a seguirme, a seguirme y a observar. Si me perdierais, cosa que dudo, estoy segura de que tienes la dirección.

—Eso es cierto —dijo él—. Pero que usted lleve consigo varios millones de Nuevos Yens, sola, por París... Se encogió de hombros.

— ¿Y si los perdiese? ¿Señor lo registraría? ¿O habría otro bolso, otros cuatro millones? — Tomó el asa del bolso y se puso de pie.

—En efecto, habría otro bolso, aunque requiere un cierto esfuerzo de nuestra parte reunir esa cantidad en efectivo. Y, no, Señor no «registraría» su pérdida, en el sentido que usted le da, pero yo sería amonestado hasta por la pérdida *sin objeto* de una suma inferior. Los que son muy ricos tienen la característica común de cuidar su dinero, ya lo verá.

—Así y todo iré por mis propios medios. No sola, pero déjame con mis pensamientos.

— Su intuición.

—Sí.

Si la seguían, y de eso estaba segura, estaban más invisibles que nunca. Además, lo más probable era que no vigilasen a Alain. Sin duda alguna, la dirección que él le diera aquella mañana ya estaría siendo observada, estuviese él allí o no.

Ella sentía hoy una fuerza nueva. Le había hecho frente a Paco. Era algo que tenía que ver con su repentina sospecha, la noche anterior, de que Paco pudiera estar allí en parte para ella, con su humor, su virilidad y su deliciosa ignorancia del arte. Recordó a Virek diciendo que ellos sabían más acerca de su vida que ella misma. ¿Qué forma más sencilla tenían ellos, entonces, de rellenar esos últimos vacíos del tablero que era Marly Krushkhova? Paco Estévez. Un perfecto desconocido. Demasiado perfecto. Se sonrió a sí misma en una pared de espejo azul cuando la escalera la hacía descender hacia el metro, complacida por el corte de su pelo negro y el austero pero elegante marco de titanio de las gafas oscuras Porsche que se había comprado esa mañana, los labios nada mal, en verdad; y un chico delgado, de camisa blanca y chaqueta negra de cuero le sonrió desde la escalera de subida; llevaba una enorme carpeta portafolio negra bajo el brazo.

Estoy en París, pensó. Por primera vez desde hace mucho tiempo; sólo eso parecía motivo suficiente para sonreír. Y hoy voy a darle a mi asqueroso y necio ex amante cuatro millones de Nuevos Yens, y él me dará algo a cambio. Un nombre, o una dirección, tal vez un número de teléfono. Compró billete de primera clase, el coche estaría menos lleno, y podría pasar el tiempo adivinando cuál de sus colegas pasajeros pertenecía a Virek.

La dirección que Alain le diera, en un tétrico suburbio del norte, estaba en una de las cerca de veinte torres de hormigón que se alzaban sobre una planicie del mismo material: especulación inmobiliaria de mediados del siglo anterior. Ahora la lluvia caía con fuerza, pero era como si, de algún modo, estuviese en connivencia con ella; le daba al día un aire de confabulación, y goteaba sobre el elegante bolso de caucho repleto con la fortuna de Alain. Qué raro pasear por aquel desagradable paisaje con millones bajo el brazo, a punto de recompensar a su absolutamente pérfido ex amante con aquellos fardos de Nuevos Yens.

No hubo respuesta cuando pulsó el botón intercomunicador correspondiente al número de apartamento. Detrás de un vidrio blindado, un vestíbulo sombrío, completamente desnudo. La clase de lugar donde enciendes las luces al entrar; se apagan de nuevo, invariablemente antes de que el ascensor haya llegado, y te dejan esperando en medio de olor a desinfectante y aire cansado. Tocó otra vez. —¿Alain? —Nada.

Intentó abrir la puerta. No estaba bloqueada. No había nadie en el vestíbulo. El ojo muerto de

una abandonada cámara de vídeo la miraba a través de una película de polvo. La acuosa luz de la tarde se filtraba desde la planicie de hormigón que había dejado a sus espaldas. Con los tacones de las botas resonando sobre las baldosas, se dirigió hasta la columna de ascensores y pulsó el botón 22. Se oyó un golpe sordo y hueco, un quejido metálico y uno de los ascensores comenzó a bajar. Los indicadores de plástico encima de la puerta permanecían apagados. La cabina llegó con un gemido chillón y agonizante. —Cher Alain, has caído en lo más bajo. Este lugar es la mierda, de verdad. —Cuando las puertas se abrieron a la oscuridad de la cabina, Marly buscó a tientas la tapa de su monedero de Bruselas, de bajo del bolso italiano. Encontró la achatada linternita verde de metal que llevaba consigo desde su primer paseo por París, con la cabeza del león del emblema de Pile Wonder grabado en relieve en la parte frontal, y la sacó. Uno puede encontrarse con muchas cosas en los ascensores de París: los brazos de un atracador, una humeante cagada de perro fresca...

Y el débil haz iluminando los cables color plata, aceitados y lustrosos, balanceándose suavemente en la columna vacía, la punta de su bota derecha ya a centímetros del otro lado del desgastado borde de metal de la plancha sobre la que estaba parada; su mano llevando automáticamente hacia abajo el haz de luz, aterrorizada, bajándolo hacia el techo de la cabina, lleno de polvo y basura, dos niveles más abajo. Percibió una extraordinaria cantidad de detalles durante los segundos en que la luz osciló sobre el ascensor. Pensó en un minúsculo submarino recorriendo los acantilados de un abisal monte suboceánico; luz quebradiza titubeando sobre una mancha de cieno desde hacía siglos intacta: un suave lecho de antiguo hollín, una cosa seca y gris que alguna vez había sido un condón, el brillante reflejo de arrugados trozos de papel de aluminio, el frágil cilindro y el émbolo blanco de una jeringa para diabéticos... Sujetó el borde de la puerta con tal fuerza que le dolieron los nudillos. Muy despacio, retrocedió alejándose del pozo. Un paso más y apagó la linterna.

—Maldito seas —dijo—. Oh, Jesús.

Encontró la puerta que daba a la escalera. Volvió a encender la linterna y comenzó a subir. A los ocho pisos el aturdimiento comenzó a desvanecerse; ahora temblaba; las lágrimas le arruinaban el maquillaje.

Otra vez golpeando la puerta. Era de madera prensada recubierta por una lámina en espantosa imitación de palo de rosa; el grano litográfico apenas visible a la luz de la única cinta biofluorescente del largo corredor. —Maldito seas. ¿Alain? ¡Alain! —El miope ojo de pez de la mirilla de la puerta la miraba, ciego y vacío. El pasillo apestaba: olores de cocción embalsamados en el alfombrado sintético.

Intentando abrir la puerta, el pomo girando, el bronce barato frío y grasiento, y la bolsa de dinero de pronto pesada, la cinta cortándole el hombro. La puerta abriéndose con facilidad. Un corto trecho de alfombra anaranjada, con rectángulos irregulares de rosado salmón; decenios de polvo apelmazado definiendo un sendero regular por el paso de miles de inquilinos y sus visitantes...

—¿Alain? —Olor a tabaco negro francés, casi reconfortante...

Y lo encontró allí, en esa misma luz acuosa, luz de plata, el volumen sin rasgos de otras torres más allá del rectángulo de una ventana, un fondo de pálido cielo lluvioso, donde él yacía acurrucado como un niño sobre la asquerosa alfombra anaranjada; su columna, un signo de interrogación bajo la tirante espalda de su chaqueta de pana verde botella, la mano izquierda abierta sobre la oreja, dedos blancos, un tenue tinte azul en la base de las uñas.

Arrodillándose, le tocó el cuello. Supo. Tras la ventana, toda la lluvia deslizándose, para siempre. Acunándole la cabeza, las piernas abiertas, sujetándolo, meciéndolo, balanceándose, la sensación de animal triste llenando el desnudo rectángulo de la habitación... Y después de un rato, notando la cosa punzante bajo la palma de la mano, la punta limpia y perfecta de un alambre muy delgado, muy rígido, que le salía de la oreja y pasaba entre los dedos extendidos y fríos.

Horrible, horrible, ésa no era forma de morir; se puso de pie, ira, las manos como garras. Para explorar la silenciosa habitación donde había muerto. Nada que evocara su presencia, nada, sólo su raído maletín. Abriéndolo, encontró dos cuadernos de espiral, páginas nuevas y limpias, una novela no leída pero muy en boga, una caja de cerillas de madera, y un paquete medio vacío de Gauloise.

La agenda de Browns forrada en piel no estaba. Palpó la chaqueta, deslizó los dedos en sus bolsillos, pero no estaba.

No, pensó, tú no lo habrías escrito ahí, ¿verdad que no? Pero nunca podías recordar un número o una dirección, ¿verdad que no? Volvió a buscar por la habitación, una extraña calma se apoderaba de ella. Tú tenías que anotar las cosas, pero eras reservado, y no confiaste en mi librito de Browns, no; conocías a una chica en un café y anotabas su número en una caja de cerillas o en el reverso de algún papel, y lo olvidabas, para que yo lo encontrara semanas después, al ordenar tus cosas.

Entró en el minúsculo dormitorio. Había una silla plegable roja, y una plancha de gomaespuma amarilla y barata que hacía las veces de cama. La espuma estaba marcada con una mariposa marrón de sangre menstrual. Levantó el colchón, pero no había nada.

—Habrás tenido miedo —dijo, la voz le temblaba con una furia que no trató de comprender, las manos frías, más frías que las de Alain, pasándolas por el empapelado rojo buscando alguna junta descolada, un escondite—. Pobre estúpido de mierda. Pobre estúpido muerto...

Nada. Otra vez a la sala, y sorprendida de algún modo de que él no se hubiese movido; esperando verlo saltar, «hola», haciendo ondear unos centímetros de alambre trucado. Le quitó los zapatos. Necesitaban suelas nuevas, nuevos tacones. Buscó dentro, tocó la tela. Nada. —No me hagas esto. —Y otra vez al dormitorio. El estrecho armario. Apartando a un lado un manojo de baratas perchas blancas de plástico, una fláccida funda de lavandería. Arrastrando la plancha de gomaespuma hacia el armario y subiéndose encima, los tacones hundiéndose en la espuma, para deslizar las manos por la tabla del anaquel, en el rincón del fondo, un pliegue de papel duro, rectangular y azul. Abriéndolo, viendo cómo las uñas que con tanto cuidado se había arreglado estaban agrietadas, y encontrando el número que él había escrito allí con rotulador verde. Era un paquete vacío de Gauloise.

Se oyó un golpe en la puerta.

Y luego la voz: — ¿Marly? ¿Hola? ¿Qué ha pasado?

Metió el número en la cintura de sus téjanos y se volvió para encontrar los ojos serios y tranquilos de Paco.

—Es Alain —le dijo—. Está muerto.

19. Hipermart

Vio a Lucas por última vez frente a unos viejos grandes almacenes de Madison Avenue. Ése era el recuerdo que desde entonces tenía de él: un negro grande con un impecable traje negro, a punto de entrar en su largo automóvil negro, un brillante zapato negro sobre la alfombra del espacioso habitáculo de Ahmed, el otro, aún sobre el deshecho hormigón de la acera.

Jackie estaba al lado de Bobby, el rostro ensombrecido por las amplias alas de su sombrero de fieltro con adornos de oro, y un pañuelo de seda color naranja anudado en la nuca.

—Cuida de él —dijo Lucas, señalándola con la punta del bastón—. A nuestro Conde no le faltan enemigos.

—¿A quién le faltan? —preguntó Jackie .

— *Yo* me cuidaré solo —dijo Bobby, resentido por la idea de que Jackie fuese vista como más capaz, y sin embargo sabiendo al mismo tiempo que lo más probable era que así fuese.

—Espero que lo hagas —dijo Lucas, desviando la punta, ahora en línea con los ojos de Bobby—. El Sprawl es un lugar engañoso, hermano. Las cosas son rara vez lo que parecen. —Para ilustrar su idea, manipuló su bastón de forma tal que, por un instante, las largas estrías de bronce bajo la empuñadura se abrieron en un movimiento preciso y silencioso, desplegándose como el armazón de un paraguas, relucientes, afiladas como cuchillas de afeitar, puntiagudas como agujas. Y desaparecieron, mientras la ancha puerta de Ahmed se cerraba con un golpe seco de armadura blindada.

Jackie se echó a reír. —Mierda. Lucas todavía lleva ese bastón asesino. Ahora es un próspero abogado, pero la calle te deja una marca. Supongo que eso está bien...

—¿Abogado?

Ella lo miró. —No hagas caso, cariño. Sólo ven conmigo, haz lo que yo te diga y no te pasará nada.

Ahmed se fundió con el escaso tráfico; un chófer de taxitriciclo hizo sonar una bocina manual cuando el brillante parachoques de latón pasó junto a él.

Entonces, una manicurada mano con anillo de oro *se* posó sobre su hombro, y Jackie lo condujo al otro lado de la acera, más allá de un grupo de harapientos y adormecidos transeúntes, hacia el universo del Hipermart que poco a poco despertaba.

—Catorce pisos —dijo Jackie .

Bobby silbó. —¿Todo igual? —Ella asintió, revolviendo los cristales marrones de azúcar de caña en la oscura espuma de su vaso de café. Se sentaron en unos taburetes de hierro barrocamente forjado, frente a un mostrador de mármol de un pequeño local, donde una chica de la edad de Bobby, con el pelo teñido y ladeado en forma de aleta dorsal, manipulaba las llaves y palancas de una vieja máquina con tanques de latón y cúpulas y quemadores y águilas con alas de cromo extendidas. Sin duda en su origen la tapa del mostrador había servido para otra cosa; Bobby vio que Uno de los extremos estaba torcido para que pudiese pasar entre dos columnas de acero pintadas de verde.

—Te gusta, ¿eh? —Salpicó la espuma con canela en polvo que había en un pesado frasco de vidrio. — Será lo más lejos que hayas estado de Barrytown, en más de un sentido.

Bobby asintió con la cabeza, la mirada confusa por los miles de colores y texturas de las cosas que había en los locales, por los locales en sí. Todo parecía carente de regularidad; ni rastros de una agencia de planificación central. Tortuosos pasillos que se desviaban del área frente al café. Tampoco parecía que hubiese una fuente central de iluminación. Neones rojos y azules resplandecían tras el blanco susurro de un farol a gas, y un local, que justo en aquel momento abría un barbudo con pantalones de cuero, parecía iluminado con velas: la suave luz se reflejaba en los cientos de hebillas de latón pulido que colgaban sobre el fondo rojo y negro de antiguas alfombras. Había un ruido matutino propio del lugar, toses y carraspeo de gargantas. Una unidad de vigilancia Toshiba de color azul salió ronroneando de un pasillo, arrastrando un maltratado carrito de plástico lleno de bolsas de basura verdes. Alguien había pegado la cabeza de una muñeca grande de plástico en el segmento superior del cuerpo del Toshiba, encima de los ojos y sensores integrados de la cámara, un objeto sonriente de ojos azules que en su momento pretendió reproducir los rasgos de una estrella del simestim sin violar los derechos de la Senso/Red. La cabeza rosada, con su pelo de platino recogido con un segmento de perlas de plástico azul claro, se balanceaba con movimientos absurdos a medida que el robot avanzaba. Bobby se echó a reír.

—No está mal este lugar —dijo, y con un gesto indicó a la chica que le volviese a llenar la taza.

—Espera un poco, imbécil —dijo la chica del mostrador, sin demasiada hostilidad. Estaba midiendo café molido en un recipiente de acero puesto sobre el plato de una antigua balanza—. ¿Pudiste dormir algo anoche, Jackie , después del espectáculo?

—Seguro —respondió Jackie , y bebió un sorbo de café—. Les bailé el segundo set, y después me fui a dormir al Jammer's. Le saqué el jugo a la cama, puedes creerlo.

—Ojalá yo hubiera podido dormir algo. Cada vez que Henry te ve bailar no hay forma de que me deje en paz... —La chica se rió y volvió a llenar la taza de Bobby con el contenido de un termo negro de plástico, luego siguió ocupándose de la máquina de café.

—Bueno —dijo Bobby—. ¿Y ahora qué?

—Eres un hombre ocupado, ¿eh? —Jackie lo observó fríamente bajo el ala con adornos de oro de su sombrero.— ¿Hay sitios a donde quieras ir, gente que ver?

—Pues no. Mierda. Quiero decir, bien, ¿esto es todo?

—¿Qué es todo?

—Este sitio. ¿Nos vamos a quedar aquí?

—En el último piso. Un amigo mío que se llama Jammer lleva un club allí arriba. Muy poco probable que alguien te pueda encontrar ahí, y aunque lo hicieran, es un sitio difícil para meterse a fisgonear. Catorce pisos casi todos de locales, y un montón de gente de aquí vende cosas que no se

exhiben al público, ¿entiendes? Por eso son muy susceptibles con los desconocidos que aparecen, con cualquiera que haga preguntas. Y la mayoría son amigos nuestros, por una razón u otra. De todos modos, creo que esto te va a gustar. Es un buen lugar para ti. Hay mucho que aprender, si recuerdas mantener la boca cerrada.

—¿Cómo voy a aprender si no hago preguntas?

—Pues, manteniendo los oídos abiertos. Y sé educado. Aquí hay gente ruda, pero si no te metes en sus asuntos, ellos no se meterán en los tuyos. Es posible que Beauvoir venga a última hora de la tarde. Lucas ha ido a los Proyectos a contarle lo que sea que os haya dicho el Finlandés. *¿Qué* os contó el Finlandés, cariño?

—Que tiene a tres tipos muertos tirados en el suelo de su casa. Dice que son ninjas. — Bobby la miró. — Él es muy raro...

—Los muertos no están en su línea habitual de productos. Pero, sí, es cierto que es raro. ¿Por qué no me hablas de eso? Con calma, y con tono bajo y mesurado. ¿Crees que puedes hacerlo?

Bobby le contó lo que recordaba de su visita al Finlandés. Ella lo interrumpió varias veces para hacerle preguntas que en su mayoría él no supo responder. Jackie hizo un gesto con la cabeza la primera vez que él mencionó a Wigan Ludgate. —Sí —dijo—, Jammer habla de él cuando le da por recordar viejos tiempos. Tengo que preguntarle... —Al final de su relato, ella estaba apoyada en uno de los pilares verdes, con el sombrero muy bajo, cubriendo sus ojos oscuros.

—¿Entonces? —preguntó él.

—Interesante —dijo, pero eso fue todo.

—Quiero ropa nueva —dijo Bobby cuando subieron la escalera fija hacia la segunda planta.

—¿Tienes dinero?

— Mierda —dijo él, con las manos en los bolsillos de los amplios vaqueros pinzados—. No tengo ni un jodido *céntimo,* pero quiero algo de ropa. Tú y Lucas y Beauvoir me tenéis enjaulado por *algo,* ¿o no? De acuerdo, pues estoy cansado de esta camisa horrible que Rhea me endosó, y estos pantalones, siempre a punto de dejarme el culo al aire. Y yo estoy aquí por que Dos-por-Día, que es una maldita rata, hizo que yo arriesgase el pellejo para que Lucas y Beauvoir pudieran probar su software de mierda. Así que al menos me puedes comprar algo de ropa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella, tras un silencio—. Mira. —Señaló hacia una muchacha china con téjanos desteñidos que recogía unos pliegos de plástico que protegían una docena de tubos de acero repletos de ropa colgada.— ¿Ves a Lin, allí? Es amiga mía. Elige lo que quieras; yo haré que Lucas se arregle con ella.

Media hora más tarde Bobby salió de detrás de la manta que cubría el probador y se puso un par de gafas espejadas de aviador indojavanesas. Sonrió a Jackie.—Superconectado, ¿verdad?

—Oh, sí. —Jackie hizo un gesto con la mano, un movimiento de abanico, como si quisiera evitar el roce de algo que estuviera demasiado caliente.— ¿No te gustaba la camisa que Rhea te había prestado?

Se miró la camiseta negra que escogiera, con el holoadhesivo del ciberespacio en el pecho. Estaba hecho de tal manera que uno tenía la impresión de estar avanzando a gran velocidad a través de la matriz: las líneas del reticulado se volvían borrosas hacia los bordes del adhesivo—. No. Era demasiado ordinaria...

—Ya —dijo Jackie , contemplando los ceñidos téjanos negros, las pesadas botas de cuero con pliegues acordeón, estilo cosmonauta en los tobillos, el cinturón militar de cuero negro ribeteado con dos líneas de remaches de cromo piramidales—. Bueno, supongo que así tienes más la pinta del Conde. Vamos, Conde, tienes un lecho donde dormir, arriba, en el Jammer's.

Él la miró con malicia, los pulgares enganchados en los bolsillos delanteros del Levis negro.

—Solo —agregó ella—, descuida.

20. Vuelo de Orly

El Citroën-Dornier de Paco descendió por los Champs, a lo largo de la orilla norte del Sena, y luego

subió hacia Les Halles. Marly se sumergió en la asombrosa suavidad del asiento de cuero, cosido con más esmero que su chaqueta de Bruselas; e indujo su mente al vacío, a la impasibilidad. Sé ojos, se dijo. Sólo ojos; tu cuerpo es una masa aplastada por la velocidad de este coche obscenamente caro. Pasaron como un zumbido por la Place des Innocents, donde las putas bromeaban con los chóferes de los aliscafos de carga en *bleu de travail*. Paco conducía sin esfuerzo por las calles angostas.

—¿Por qué dijo usted, «No me hagas esto»? —Quitó la mano de la consola de dirección y dio un golpecito a su audífono para ajustarlo mejor.

— ¿Por qué estabas escuchando?

—Porque ése es mi trabajo. Mandé a una mujer arriba, al edificio de enfrente, al piso veintidós, con un micrófono parabólico. El teléfono del apartamento no tenía línea; si no, habríamos podido usar eso. La mujer subió, se metió en una unidad desocupada de la cara oeste de la torre, y orientó el micrófono a tiempo para oírla decir «No me hagas esto». ¿Y estaba usted sola?

—Sí.

—¿Él estaba muerto?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué dijo eso?

—No lo sé.

—¿Quién pensó usted que le estaba haciendo algo?

—No sé. Alain, quizás.

—¿Haciendo qué?

—Estando muerto. Complicando los asuntos. Yo qué sé.

—Es usted una mujer difícil.

—Déjame salir.

—La llevaré al apartamento de su amiga...

—Para el coche.

—La llevaré a...

—Iré caminando.

El aerodinámico automóvil plateado se deslizó hacia el bordillo.

—La llamaré a la...

—Buenas noches.

—¿Está segura de que no prefiere uno de los centros de recreación? —preguntó el señor Paleólogos, delgado y elegante como una mantis con su chaqueta blanca de arpillera. También su pelo era blanco, peinado hacia atrás con extremo cuidado—. Sería menos costoso, y mucho más divertido. Usted es una chica muy bonita...

—*¿Pardon?* —Desviando su atención de la calle, más allá de la vitrina salpicada de lluvia.—¿Una qué? —Su francés era dificultoso, entusiasta, con extrañas inflexiones.

—Una chica muy bonita. —Sonrió con decoro. — ¿No prefiere unas vacaciones en un conjunto del Méditerranée? ¿Gente de su edad? ¿Es usted judía?

—¿Cómo dice?

—Judía. ¿Lo es usted?

—No.

—Qué lástima —dijo él—. Tiene usted los pómulos de una cierta clase de joven judía elegante... Tengo un descuento divino para quince días en Jerusalén Selecto, un entorno maravilloso, para el precio. Incluye alquiler de traje, tres comidas al día, y vuelo directo desde el bocel de la JAL.

— ¿Alquiler de traje?

—Aún no se ha determinado por completo el ambiente, en Jerusalén Selecto —dijo el señor Paleólogos moviendo un fajo de papel cebolla rosado, de un lado del escritorio al otro. Su despacho era un diminuto cubículo cercado por vistas holográficas de Poros y Macao. Ella había escogido su agencia por su evidente anonimato, y porque le había sido posible pasar sin salir del pequeño complejo comercial de la estación de metro más cercana a la casa de Andrea.

—No —dijo—, no estoy interesada en esos lugares. Quiero ir aquí. —Tocó lo que estaba escrito en el arrugado papel azul de un paquete de Gauloise.

—Bueno, se puede hacer, por supuesto, pero no tengo catálogo de hospedajes. ¿Va a visitar amistades?

—Es viaje de negocios —dijo con impaciencia—. Debo salir cuanto antes.

—Muy bien, muy bien. —El señor Paleólogos tomó una modesta terminal portátil de un anaquel detrás de su escritorio.— ¿Me puede dar su código de crédito, por favor?

Marly buscó en su bolso de cuero negro y extrajo el grueso fajo de Nuevos Yens que había sacado del bolso de Paco mientras éste estaba ocupado examinando el apartamento donde muriera Alain. El dinero estaba atado con una cinta elástica rojo traslúcido.

—Quiero pagar en efectivo.

—¡Cielos! —exclamó el señor Paleólogos, extendiendo un dedo rosado para tocar el billete de arriba, como si esperara verlo desaparecer—. Entiendo. Bien, usted comprenderá que normalmente yo no hago esta clase de tratos... Pero supongo que se puede hacer algún arreglo...

—Rápido —dijo ella—, muy rápido...

Él la miró. —Entiendo. ¿Puede decirme, por favor... —sus dedos comenzaron a moverse por las teclas de la terminal portátil—, el nombre con el que desea viajar?

21. En la carretera

Turner despertó al silencio de la casa, al sonido de los pájaros en los manzanos del descuidado huerto. Había dormido en el sofá roto que Rudy tenía en la cocina. Sacó agua para el café; hubo un gorgoteo en la tubería de plástico procedente del depósito del tejado; llenó la cafetera, la puso sobre el quemador de propano, y salió al porche.

Los ocho vehículos de Rudy, dispuestos en ordenada fila en el patio de gravilla, estaban cubiertos por una película de rocío. Uno de los perros aumentados pasó trotando por el portón abierto cuando Turner bajó los peldaños; su capucha hacía un ruido metálico, tenue en la quietud de la mañana. Se detuvo, babeando, sacudió su distorsionada cabeza, atravesó corriendo la gravilla y se perdió de vista al doblar por la esquina del porche.

Turner se detuvo frente al capó de un jeep Suzuki marrón opaco, modificado para funcionar con células de hidrógeno. Rudy habría hecho el trabajo él solo. Doble tracción, gruesos neumáticos todo terreno cubiertos por una costra de barro seco. Una máquina pequeña, lenta, confiable, no muy útil en carretera...

Pasó junto a dos sedanes Honda manchados de herrumbre, idénticos, del mismo año y modelo. Rudy debería estar desmontando uno a fin de recuperar sus piezas para el otro; ninguno de los dos funcionaría. Sonrió con aire ausente a la inmaculada pintura marrón y arena de la camioneta Chevrolet 1949, recordando la oxidada carrocería que Rudy había traído a casa desde Arkansas sobre un remolque de plataforma. El chisme aún marchaba a gasolina; la superficie interna del motor estaría sin duda tan inmaculada como el laqueado color chocolate de los guardabarros pulidos a mano.

Había medio avión Dornier de camuflaje debajo de una cubierta de plástico gris, y luego una moto Suzuki de carrera color negra, en forma de avispa, colocada sobre un improvisado remolque. Se preguntó cuánto tiempo haría desde que Rudy no se dedicaba en serio a las carreras. Había un vehículo para la nieve cubierto por una lona encerada; era viejo, y estaba junto al remolque de la moto. Y luego el aerodeslizador gris, desecho de la guerra, un caparazón de acero blindado que olía al queroseno que quemaba su turbina, con su bolsa neumática desinflada sobre la gravilla. Sus ventanas eran franjas estrechas de grueso plástico antibalas. Turner vio la matrícula de Ohio atornillada en los parachoques tipo ariete. Aún estaba vigente.

—Sé en qué estás pensando —dijo Sally, y él se volvió para verla junto a la barandilla del porche, con la humeante cafetera en la mano—. Rudy dice que si no puede pasar por encima de algo, de todos modos puede pasar a través.

—¿Es veloz? —La mano contra el flanco blindado del deslizador.

—Claro, pero al cabo de una hora te hace falta una nueva espalda.

—¿Y en lo legal?

—No creo que les guste su aspecto, pero tiene permiso de circulación certificado. Que yo sepa, no hay ley contra el blindaje.

— Angie se está sintiendo mejor —dijo Sally, mientras él la seguía por la puerta de la cocina—, ¿verdad que sí, cariño?

La hija de Mitchell levantó la vista desde la mesa de la cocina. Sus moraduras, como las de Turner, se habían atenuado hasta parecer un par de gruesas comas, similares a lágrimas pintadas de negro azulado.

—Mi amigo es doctor —dijo Turner—. Te examinó mientras dormías. Dice que te estás recuperando bien.

—Tu hermano. Él no es médico.

—Lo siento, Turner —dijo Sally desde la cocina—. Soy demasiado franca.

—Bueno, no es médico —dijo él—, pero es listo. Temíamos que la Maas te hubiera hecho algo, que lo hubiese preparado para que te enfermaras si salías de Atizona...

—¿Algo como una bomba de córtex? —Recogió una cucharada de cereal frío de un agrietado bol con flores de manzano en el borde; parte de un juego que Turner recordaba.

—Dios mío —dijo Sally—, ¿en qué te has metido, Turner?

—Buena pregunta. —Se sentó a la mesa.

Angie lo miró fijamente mientras masticaba su cereal.

—Angie —dijo Turner—, cuando Rudy te examinó, encontró algo en tu cabeza.

Ella dejó de masticar.

—No supo lo que era. Alguien te lo puso ahí, tal vez cuando eras mucho más joven. ¿Sabes a qué me refiero?

Ella asintió con un gesto.

—¿Sabes lo que es?

Angie tragó. —No.

—Pero, ¿sabes quién te lo puso?

—Sí.

—¿Tu padre?

—Sí.

—¿Sabes por qué?

—Porque estaba enferma.

—¿De qué estabas enferma?

—No era lo bastante lista.

A mediodía Turner ya estaba preparado, el aerodeslizador tenía combustible y esperaba junto al portón de alambre. Rudy le había dado una cartera negra de cremallera llena de Nuevos Yens; de tan gastados, algunos billetes estaban casi transparentes.

—Traté de pasar la cinta a través de un lexicón francés —dijo Rudy, al tiempo que uno de los galgos frotaba su polvoriento costillar contra sus piernas—. No funciona. Creo que es una especie de creóle. Tal vez africano. ¿Quieres una copia?

—No —dijo Turner—, quédatelo.

—Gracias, pero no, gracias. No pienso admitir que has estado aquí si alguien me lo pregunta. Sally y yo nos vamos a Memphis esta tarde, a quedarnos con una pareja de amigos. Los perros cuidarán la casa. —Rascó la cabeza del animal detrás de la capucha. — ¿Verdad que sí, muchacho? —El perro gimió y se crispó.— Tuve que entrenarlos para que no cacen mapaches cuando les pongo los infrarrojos. No habría quedado ni un mapache en todo el país...

Sally y la muchacha bajaron los peldaños del porche, Sally con un maltrecho bolso de lona que había llenado con bocadillos y un termo de café. Turner la recordó en la cama, arriba, y sonrió. Ella respondió con otra sonrisa. Hoy se veía más vieja, cansada. Angie había desechado su camiseta de

la MAAS-NEOTEK, manchada de sangre, para ponerse un jersey negro y amorfo que Sally había encontrado para ella. Hacía que pareciese aún más joven de lo que era. Sally también se las había arreglado para disimular los restos de hematoma bajo un barroco trabajo de maquillaje de ojos que hacía un extraño contraste con su cara de niña y su holgado jersey.

Rudy le dio a Turner la llave del aerodeslizador. —Esta mañana hice que mi viejo Cray me preparase un resumen de últimas noticias empresariales. Una cosa que tal vez deberías saber es que Biolaboratorios Maas ha anunciado la muerte accidental del doctor Christopher Mitchell.

—Es increíble lo imprecisa que puede ser esa gente.

—Y mantente el cinturón bien apretado —decía Sally—, o el culo te quedará azul y negro antes de que lleguéis al paso a nivel de Statesboro.

Rudy miró a la muchacha y luego dirigió la vista a Turner. Turner vio los capilares rotos en la base de la nariz de su hermano. Tenía los ojos inyectados en sangre, y un marcado tic en el párpado izquierdo. —Bueno, supongo que se acabó. Se me ocurre que no te volveré a ver. Ha sido curioso volver a verte aquí...

—Bueno —dijo Turner—, los dos habéis hecho más de lo que yo tenía derecho a esperar.

Sally desvió la mirada.

—Bueno, gracias. Creo que mejor nos vamos. —Subió a la cabina del deslizador, queriendo irse. Sally apretó la muñeca de la muchacha, *le* dio el bolso, y permaneció junto a ella mientras Angie subía por los estribos articulados. Turner se instaló en el asiento del conductor.

—No dejaba de preguntar por ti —dijo Rudy—. Al tiempo se puso tan mal que ni los análogos de endorfina podían aliviarle el dolor, y cada dos horas, más o menos, preguntaba dónde estabas, cuándo vendrías.

—Te envié dinero —dijo Turner—. Suficiente para llevarla a Chiba. Las clínicas de allá podrían haber intentado algo nuevo.

Rudy resopló. — ¿Chiba? Por Dios. Ella era una anciana. ¿De qué le habría servido mantenerla viva unos cuantos meses más en Chiba? Lo que ella quería, más que nada, era verte.

—No pudo ser —dijo Turner cuando la muchacha se sentaba junto a él y ponía el bolso en el suelo, entre los pies—. Ya nos veremos, Rudy. —Hizo un gesto con la cabeza.— Sally.

—Hasta la vista —dijo Sally, abrazando a Rudy.

—¿De quién hablabais? —preguntó Angie, cuando la escotilla bajaba. Turner metió la llave en el contacto y encendió la turbina, inflando al mismo tiempo la bolsa neumática. Por la estrecha ventana lateral vio a Rudy y a Sally alejarse rápidamente del deslizador, y al perro encogerse *y* ladrarle a la turbina. Los papeles y los controles eran demasiado grandes, diseñados para facilitar el manejo a un piloto equipado con traje antirradiactivo. Turner dirigió el aparato hacia el portón y dio una vuelta en una pista de gravilla. Angie se estaba ajustando *el* arnés.

—De mi madre —respondió.

Aceleró la turbina y salieron hacia el frente con una sacudida.

—Yo nunca conocí a mi madre —dijo ella, y Turner recordó que su padre estaba muerto, y que ella aún no lo sabía. Empujó el acelerador y arrancaron por la pista de gravilla; poco faltó para que atropellasen a uno de los galgos de Rudy.

*

Sally tenía razón acerca de cómo andaba el aparato: la turbina producía una vibración constante. A noventa kilómetros por hora, sobre el resquebrajado asfalto de la vieja autopista, les hacía entrechocar los dientes. La bolsa neumática recorría con esfuerzo las superficies rotas; el efecto rasante de un modelo deportivo civil sólo sería posible en una superficie perfectamente lisa.

Sin embargo, Turner descubrió que le gustaba. Apuntabas, tirabas del acelerador y allí ibas. Alguien había colgado un par de dados de gomaespuma rosada desteñida por el sol sobre la ranura de visión delantera, y el quejido de la turbina era una cosa sólida a sus espaldas. La chica parecía relajarse, contemplando el paisaje con expresión ausente, casi satisfecha; y Turner agradecía no tener que dar conversación. Eres una bomba, pensó mirándola de soslayo, tal vez hoy seas la bomba de tiempo más buscada en toda la faz del planeta, y aquí estoy yo, remolcándote al Sprawl en el

juguete de guerra de Rudy; ni puta idea de lo que voy a hacer contigo ahora... Ni de quién fue el que arrasó la pista...

Repásalo, se dijo cuando entraban en el valle, repásalo otra vez desde el principio; tarde o temprano algo encajará. Mitchell se había puesto en contacto con la Hosaka, dijo que se iba con ellos. La Hosaka contrató a Conroy y reunió un equipo médico que chequeara a Mitchell para detectar posibles trampas. Conroy había organizado a los equipos, trabajando con el agente de Turner. El agente de Turner era una voz en Ginebra, un número de teléfono. La Hosaka había enviado a Allison a México para examinarlo, y luego Conroy lo sacó de allí. Webber, justo antes de que todo se fuese a la mierda, había dicho que era el espía de Conroy en el campo de operaciones... Entonces alguien entró de golpe, cuando la chica estaba llegando; fogonazos y armas automáticas. Aquello le olía a la Maas: era el tipo de reacción que imaginaba, el tipo de cosa a la que su fuerza alquilada tenía que enfrentarse. Y luego el cielo blanco... Pensó en lo que Rudy dijera acerca de un railgun... ¿Quién? Y el caos en la cabeza de la chica, las cosas que Rudy había descubierto con la tomografía y el visualizador NMR. Ella dijo que su padre nunca había pensado en salir él mismo.

—Sin compañía —dijo la chica a la ventana.

—¿Cómo?

—Tú no tienes una compañía, ¿no? Quiero decir, trabajas para quien te contrate.

—Así es.

—¿No te da miedo?

—Claro que sí, pero no por eso...

—Nosotros siempre hemos tenido la compañía. Mi padre dijo que yo estaría bien, que sólo iba a ir a otra compañía...

—Estarás bien. Él tiene razón. Sólo tengo que averiguar qué es lo que está pasando. Entonces te llevaré a donde tengas que ir.

—¿A Japón?

—A donde sea.

—¿Has estado allí?

—Sí, claro.

— ¿Crees que me gustaría?

—¿Por qué no?

Entonces ella volvió a callar, y Turner a concentrarse en la carretera.

—Me hace soñar —dijo, cuando él se inclinaba hacia adelante para encender las luces altas; su voz era apenas audible sobre el ruido de la turbina.

—¿Qué? —Fingió estar absorto en el manejo, cuidándose de no mirar en su dirección.

—Lo que tengo en la cabeza. Por lo general solamente cuando estoy dormida.

— ¿Sí? —Recordando el blanco de sus ojos en la habitación de Rudy, los temblores, el torrente de palabras en un idioma que él no conocía.

—A veces cuando estoy despierta. Es como si estuviese conectada en una consola, sólo que libre de la retícula, volando, y allí no estoy sola. La otra noche soñé con un chico que había salido a la matriz, y se había metido con algo que le estaba haciendo daño, y no podía ver que estaba libre, que no tenía más que soltar. Así que se lo dije. Y por un segundo pude ver dónde estaba, y aquello no era nada parecido a un sueño; era sólo un cuarto pequeño y feo con una alfombra manchada, y vi que a él le hacía falta una ducha, y sentí cómo estaba de pegajoso el interior de sus zapatos, porque no llevaba calcetines... Los sueños no son así...

—¿No?

—No. Los sueños son todos grandes, cosas grandes, y yo también soy grande, moviéndome, con los otros...

Turner dejó escapar el aliento cuando el deslizador subía con un quejido la rampa de acceso a la interestatal, repentinamente consciente de lo que había estado conteniendo. —¿Qué otros?

—Los brillantes. —Otro silencio.— No son personas...

—¿Pasas mucho tiempo en el ciberespacio, Angie? Quiero decir, ¿conectada a una consola?

—No. Sólo en cosas del colegio. Mi padre dijo que no me hacía bien.

—¿Dijo algo acerca de esos sueños?

— Sólo que se estaban haciendo más reales. Pero nunca le hablé de los otros...

—¿No lo quieres hablar conmigo? Tal vez me sirva para entender, para saber cómo deberíamos actuar...

—Algunos me dicen cosas. Cuentos. Antes no había nada, nada que se moviera por sí mismo, sólo información, y gente que la manipulaba. Entonces sucedió algo, y.—— se conoció a sí misma. Hay toda una historia sobre eso, otra historia, acerca de una chica con espejos sobre los ojos y un hombre que tenía miedo de interesarse por nada. Ese hombre hizo algo que contribuyó a que la cosa tomara conciencia de sí misma..., después de lo cual la cosa fue como si se fragmentara en diferentes partes, y yo creo que esas partes son los otros, los brillantes. Pero no estoy segura, porque *ellos* no lo dicen exactamente con palabras...

Turner sintió que se le erizaba la piel de la nuca. Algo regresaba a él, emergía de la ahogada corriente de fondo del dossier de Mitchell. Una vergüenza abrasadora en un pasillo, desprendimiento de sucias capas de pintura color crema, Cambridge, la residencia universitaria... —¿Dónde naciste, Angie?

—En Inglaterra. Luego mi padre entró en la Maas, y nos mudamos. A Ginebra.

En alguna parte de Virginia hizo trepar el deslizador sobre el hombrillo de grava y salió de allí a un pastizal invadido por la maleza donde el polvo del árido verano volaba en remolinos detrás de ellos; Turner dobló a la izquierda para llegar hasta un seto de pinos. La turbina fue apagándose mientras se asentaban sobre la bolsa neumática.

—Nos hará bien comer algo —dijo él, buscando el bolso de lona de Sally.

Angie se desató el arnés y abrió la cremallera del jersey negro. Debajo llevaba algo ceñido y blanco; un espacio de piel de niña, lisa y bronceada, se asomaba al nacimiento de su cuello por encima de unos senos jóvenes. Tomó el bolso que él le daba y se puso a desenvolver los bocadillos que Sally había hecho para él. —¿Qué le pasa a tu hermano? —preguntó mientras le pasaba medio bocadillo.

— ¿A qué te refieres?

—Bueno, tiene algo... Sally dijo que bebe todo el tiempo. ¿No es feliz?

—No lo sé —dijo Turner encorvándose para aliviar el dolor de su nuca *y* su espalda—. Quiero decir, no debe de serlo, pero no sé exactamente por qué. La gente se bloquea, a veces.

— ¿Quieres decir cuando no tienen compañías que se ocupen de ellos? —Dio un mordisco a su bocadillo.

Él la miró. —¿Es una broma?

Angie asintió con la boca llena. Tragó. —Un poco. Sé que hay mucha gente que no trabaja para la Maas. Que nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Pero fue una pregunta en serio. Rudy me cayó bien, ¿sabes? Pero parecía tan...

—Jodido —terminó él con el bocadillo todavía en la mano—. Bloqueado. El problema, creo, es que hay un salto que algunas personas tienen que dar, a veces, y que si no lo hacen, entonces quedan bloqueadas del todo... Y Rudy nunca dio ese salto.

—¿Como mi padre al querer sacarme de la Maas? ¿Eso es un salto?

—No. Hay saltos que uno tiene que decidir por sí mismo. Es como si uno tuviese algo mejor esperándolo en otro lugar... —Hizo una pausa, sintiéndose de pronto ridículo, y dio un bocado.

—¿Así te sentías tú?

Él asintió, preguntándose si sería verdad.

—Así que tú te fuiste, y Rudy se quedó.

—Él era listo. Aún lo es, y había acumulado un montón de títulos; lo hizo todo por cable. A los veinte años ya había obtenido un doctorado en biotecnología en Tulane, y un montón de cosas más. Nunca envió ningún currículo, ni nada. Aparecían cazatalentos de todas partes, y él los mandaba a la mierda, se peleaba con ellos... Tal vez pensó que podría hacer algo por cuenta propia. Como esas capuchas de perros. Creo que ahí tiene un par de patentes originales, pero... En cualquier caso, no

fue más allá. Se metió a negociar y a fabricar hardware para otros, y era alguien muy importante en el condado. Y nuestra madre se enfermó, estuvo enferma mucho tiempo, y yo estaba fuera...

—¿Dónde estabas? —Abrió el termo y el olor a café llenó la cabina.

—*Lo* más lejos posible —dijo, sorprendido por la rabia de su voz.

Angie le pasó la taza de plástico llena hasta el borde de café negro caliente.

—¿Y tú? Dices que nunca conociste a tu madre.

—No. Se separaron cuando yo era pequeña. Ella no quería cumplir de nuevo con el contrato a menos que él aceptara que ella tuviese algún tipo de participación en las condiciones. En todo caso, eso fue lo que él dijo.

—¿Y cómo es él? —Bebió un sorbo de café y le devolvió la taza.

Ella lo miró por encima del borde del recipiente de plástico rojo; los ojos delineados con el maquillaje de Sally. —Qué sé yo —dijo—. Pregúntamelo dentro de veinte años. Tengo diecisiete, ¿cómo diablos quieres que lo sepa?

Turner rió. —¿Estás empezando a sentirte mejor ahora?

—Supongo. Dadas las circunstancias.

Y de pronto tomó conciencia de ella, de una forma en que no lo había hecho antes, y llevó sus manos ansiosamente a los controles. —Bien. Todavía nos queda mucho camino.

*

Esa noche durmieron en el aerodeslizador, estacionado detrás de la oxidada rejilla de acero que alguna vez había sostenido la pantalla de un cine al aire libre en el sur de Pensilvania, el anorak de Turner extendido sobre el suelo de chapa blindada, sobre la larga protuberancia de la turbina. Ella se había bebido lo que quedaba del café, ya frío, sentada en la abertura de la escotilla que había encima del asiento del copiloto, contemplando el titilar de las luciérnagas sobre un campo de hierba amarillenta.

En algún rincón de los sueños de Turner —aún coloreados por destellos al azar del dossier del padre de la chica— ella se apretó contra él, los senos suaves y tibios contra su espalda desnuda a través de la delgada tela de la camiseta, y luego lo rodeó con el brazo para acariciarle los lisos músculos del estómago, pero él permaneció inmóvil, fingiendo que dormía profundamente y pronto llegó a los más oscuros pasajes del biosoft de Mitchell, donde cosas extrañas venían a confundirse con sus más antiguos temores y heridas. Y despertó al amanecer y la oyó cantar en voz muy baja desde su posición en la escotilla del techo.

Mi papá es un verdadero seductor
tiene una cadena como de nueve millas
y de cada eslabón
un corazón cuelga
de otra mujer
a la que ha amado y engañado.

22. El Jammer's

Para llegar al Jammer's había que subir doce pisos más de la escalera mecánica muerta. El local ocupaba el tercio posterior de la planta más alta. Aparte del Leon's, Bobby nunca había visto un club nocturno y encontró que el Jammer's era a la vez impresionante y aterrador. Impresionante por la escala y por la calidad de las instalaciones, que le pareció excepcional, y aterrador porque de día un club nocturno es de algún modo absurdamente irreal. Mágico. Miró a su alrededor, con los pulgares metidos en los bolsillos traseros de sus nuevos téjanos, mientras Jackie mantenía una conversación susurrada con un hombre blanco de cara larga y arrugado delantal azul. El lugar estaba equipado con banquetas de ultragamuza oscura, mesas redondas negras y docenas de barrocas mamparas de madera troquelada. El cielo raso estaba pintado de negro y cada mesa

tenuemente iluminada por un pequeño foco empotrado en la penumbra. Había un escenario central sobre el que unos focos de trabajo colgados de un cable amarillo proyectaban gruesos haces de luz y, en el medio del escenario, un equipo de tambores acústicos color rojo cereza. No estaba seguro del motivo, pero había algo que lo inquietaba; una especie de solapada sensación de vida a medias, como si algo estuviese a punto de cambiar, justo en el límite de su campo visual...

—Bobby —dijo Jackie —, ven aquí y te presentaré a Jammer.

Atravesó la superficie de alfombra oscura y lisa con toda la tranquilidad que pudo reunir y se detuvo frente al hombre de cara larga, ralo y oscuro cabello negro y una camisa de vestir blanca bajo el delantal. Los ojos del hombre eran estrechos, y las cavidades bajo los pómulos estaban ensombrecidas por la barba de un día.

—Bueno —dijo el hombre—, ¿tú quieres ser vaquero? —Estaba mirando la camiseta de Bobby, y Bobby experimentó la incómoda sensación de que podía estar a punto de reír.

—Jammer era vaquero —explicó Jackie —. De los grandes. ¿Verdad, Jammer?

—Eso dicen —dijo Jammer, mirando aún a Bobby—. Hace ya mucho tiempo, Jackie . ¿Cuántas horas has estado conectado corriendo un programa? —preguntó a Bobby.

Bobby se ruborizó. —Bueno, una, supongo.

Jammer alzó sus enmarañadas cejas. —Con algo se empieza. —Sonrió; sus dientes eran pequeños, artificialmente parejos y, pensó Bobby, demasiado numerosos.

—Bobby —dijo Jackie —, ¿por qué no preguntas a Jammer acerca de ese famoso Wig que mencionó el Finlandés?

Jammer le dirigió una mirada antes de volver los ojos hacia Bobby. —¿Conoces al Finlandés? Para ser un salchichero estás bastante metido en el asunto, ¿ver dad? —Sacó del bolsillo un inhalador de plástico azul y lo colocó en la fosa nasal izquierda, esnifó, y volvió a guardarlo. —Ludgate. El Wig. ¿El Finlandés estuvo ha blando del Wig? Debe de estar senil.

Bobby no sabía lo que eso significaba, pero no creyó que fuese el momento oportuno para preguntarlo. —Bueno —se atrevió a decir—, este tipo, el Wig, está en órbita, en algún sitio, y a veces le vende cosas al Finlandés...

—¿De veras? Bueno, para mí es una sorpresa. Yo te hubiera dicho que el Wig estaba muerto, o tal vez gaga. Era más loco que los vaqueros normales, ¿me entiendes? Loco como una cabra. Ido. Hace años que no oigo hablar de él.

—Jammer —intervino Jackie —, lo mejor será que Bobby te cuente la historia tal como la sabe. Beauvoir vendrá hoy por la tarde, y tendrá algunas preguntas para hacerte, de modo que más vale que sepas cómo están las cosas...

Jammer la miró. —Bien. Entiendo. El señor Beauvoir me reclama aquel favor, ¿no es así?

—No sabría decírtelo —dijo ella—, pero supongo que sí. Necesitamos un sitio seguro para guardar al Conde.

—¿Qué Conde?

—Yo —respondió Bobby—. Ése soy yo.

—Estupendo —dijo Jammer con una absoluta falta de entusiasmo—. Entonces regresemos al despacho.

Bobby no podía mantener su vista apartada de la consola de ciberespacio que ocupaba un tercio de la superficie del antiguo escritorio de caoba de Jammer. La consola era negro mate, un producto hecho por encargo, sin marcas en ninguna parte. No dejaba de inclinarse hacia adelante, mientras contaba a Jammer acerca de Dos-por-Día y del programa que intentara Correr, del asunto de la sensación de la chica, y de la explosión que había matado a su madre. Era la consola más impresionante que había visto jamás, y recordó a Jackie diciendo que Jammer había sido uno de los vaqueros más espectaculares de su época.

Jammer se recostó en la silla cuando Bobby terminó su historia. —¿Quieres probarla? —preguntó. Parecía cansado.

—¿Probarla?

—La consola. Creo que tienes ganas de probarla. Tiene que ver con la forma en que tu culo se

mueve permanentemente sobre la silla. O quieres probarla, o tienes muchas ganas de mear.

—Mierda, sí. Quiero decir, sí, gracias, sí, me...

—¿Por qué no? No hay forma de que alguien pueda saber que se trata de ti y no de mí, ¿verdad? ¿Por qué no conectas con él, Jackie ? Digamos, para seguirle la pista. —Abrió un cajón del escritorio y sacó dos juegos de trodos.— Pero no *hagas* nada, ¿entiendes? Quiero decir, sólo sal a la matriz y muévete un poco. No intentes hacer ningún truco. Les debo un favor a Beauvoir y a Lucas, y según parece se los devuelvo cuidando que tú permanezcas intacto. —Dio uno de los juegos de trodos a Jackie y el otro a Bobby. Se puso de pie, tomó unos mangos que había en la parte posterior de la consola negra y la giró de tal forma que quedó frente a Bobby.— Adelante. Te correrás en los téjanos. Este aparato tiene diez años pero todavía es capaz de dejar atrás a casi todas las demás. La construyó un tipo llamado Automatic Jack. En una época fue el artista de hardware de Bobby Quine. Ellos dos quemaron juntos las Luces Azules, pero es probable que eso haya sucedido antes de que tú nacieras.

Bobby ya tenía conectados sus trodos. Miró a Jackie —¿Alguna vez has conectado en tándem?

El sacudió la cabeza.

—Bueno. Conectaremos, pero yo estaré a tu lado, a la izquierda. Si yo digo desconecta, desconecta. Si ves algo raro, será porque yo estoy conectada contigo, ¿entiendes?

Él asintió con la cabeza.

Ella sacó un par de largos alfileres de plata de la parte posterior de su sombrero y los dejó sobre el escritorio junto a la consola de Jammer. Se puso los trodos por encima del pañuelo anaranjado y aplanó los contactos contra su frente.

—Vamos —dijo.

Y ahora, y siempre, a alta velocidad, la consola de Jammer conectada allá arriba, por encima de los núcleos de neón, una topografía informática que él no conocía. Cosas de las grandes, como montañas, definidas y empresariales en el no-lugar que era el ciberespacio. —No tan rápido, Bobby. —La voz de Jackie , suave y dulce, junto a él, en el vacío.

—Cristo Jesús, este aparato se desliza como él solo...

—Sí, pero no te entusiasmes demasiado, esta velocidad no es buena para ninguno de los dos. Sólo queremos pasear un poco. Mantenemos aquí arriba y bajar la velocidad...

Bobby redujo la presión sobre el control de velocidad hasta que parecía que estaban planeando. Se volvió hacia la izquierda, esperando verla allí, pero no había nada.

—Estoy aquí —dijo ella—, no te preocupes...

—¿Quién era Quine?

—¿Quine? Un vaquero que Jammer conocía. En su época él los conocía a todos.

Bobby giró en ángulo recto, al azar, pivotando con calma en la intersección de la retícula, verificando la respuesta de la consola. Era increíble, totalmente distinto a nada que hubiera sentido antes en el ciberespacio. —Santa mierda. Al lado de esta cosa una Ono Senday parece un juguete...

—Probablemente los circuitos sean de la O-S. Eso es lo que solían utilizar, según Jammer. Subamos un poco más...

Se elevaron sin esfuerzo a través de la retícula, dejando atrás la información. —Aquí arriba no hay demasiado para ver —se quejó Bobby.

—Te equivocas. Si quieres ver cosas interesantes, lo que tienes que hacer es esperar el tiempo suficiente en los sectores que están vacíos...

La trama de la matriz pareció estremecerse justo frente a ellos.

—Eh, Jackie ...

—Detente. Mantenlo así. Está bien. Confía en mí.

En algún sitio, muy lejos, las manos se le movieron por la configuración del tablero, a la que no estaba acostumbrado. Esperó un rato sin mover las manos mientras una sección del ciberespacio se hacía borrosa. —¿Qué es...?

—*Dambala ap monte 1* —resonó una voz en la cabeza de Bobby, y en su boca una sensación como de sangre—. Dambala cabalga sobre ella. —Supo, de algún modo, lo que las palabras

significaban, pero la voz era hierro en su cerebro. La trama borrosa se abrió, pareció burbujear, se transformó en dos manchas de gris inestable.

—Legba —dijo ella—. Legba y Ougou Feray, dios de la guerra. ¡Papá Ougou! ¡Saint Jacques Majeur! *¡Viv la Vyéj!*

Una risa de metal llenó la matriz, resonando en el cráneo de Bobby.

—*Map kitte tout mizé ak toutgiyon* —dijo otra voz, fluido y mercurio y frió—. ¡Mira papá, ella ha venido para des hacerse de su mala suerte! —Y entonces ésa rió también, y Bobby batalló contra una ola de pura histeria mientras la risa crecía dentro de él como si fuese una corriente de burbujas.

—¿Ella, la montura de Dambala, ha tenido mala suerte? —tronó la voz de hierro de Ougou Feray, y por un instante fugaz Bobby creyó ver una figura en la niebla gris. La voz ululó su risa terrible—. ¡Así es! ¡Así es! ¡Pero ella no lo sabe! ¡Ella no es *mi* caballo, no, porque si así fuera yo curaría su suerte! —Bobby quería llorar, morir, cualquier cosa con tal de escapar de las voces, del *viento* absolutamente imposible que se había levantado y que venía de las deformaciones grises, un viento caliente y húmedo que olía a cosas que no era capaz de identificar—. ¡Y ella canta loas a la virgen! ¡Óyeme, hermanita! *La Vyéj* se acerca mucho!

—Sí —dijo la otra voz—, ahora transita por *mi* provincia, yo, el que gobierno los caminos, las carreteras.

—¡Pero yo, Ougou Feray, te digo que tus enemigos también se aproximan! ¡A las puertas, hermana, y cuidado!

Y entonces las áreas grises se encogieron poco a poco hasta desvanecerse por completo.

—Desconéctanos —dijo ella, con voz pequeña y lejana. Y luego dijo—: Lucas está muerto.

Jammer sacó una botella de whisky escocés del cajón del escritorio y cuidadosamente vertió seis centímetros de la bebida en un vaso alto de plástico. —Te ves como la mierda —dijo a Jackie , y la ternura en la voz del hombre sorprendió a Bobby. Hacía por lo menos diez minutos que habían desconectado y nadie había dicho nada. Jackie parecía estar molida y no dejaba de morderse el labio. Jammer se veía desdichado o enojado; Bobby no estaba seguro.

—¿Por qué dijiste que Lucas estaba muerto? —preguntó Bobby, porque le parecía que el silencio que se estaba acumulando en el abarrotado despacho de Jammer terminaría por ahogarlos.

Jackie lo miró pero sus ojos parecían incapaces de enfocar. —Ellos se hubieran acercado a mí si Lucas es tuviera vivo —respondió—. Hay pactos, convenios. Legba es siempre la primera a quien se invoca pero debería haber venido con Dambala. Su personalidad depende del loa con que se manifiesta. Lucas debe de estar muerto.

Jammer deslizó el vaso de whisky hasta el otro lado del escritorio, Jackie lo rechazó con un movimiento de cabeza, el juego de trodos todavía en su frente, cromo y nailon negro. Jammer hizo una mueca de asco, retiró el vaso y bebió el whisky. —Todo eso es mierda. Todo tenía mucho más sentido antes de que vosotros comenzarais a meteros con esas cosas.

—Nosotros no los llevamos allí, Jammer —dijo ella—. Ellos estaban allí, y nos encontraron porque nosotros los comprendíamos.

—Es la misma mierda —dijo Jammer, cansado—. Sean lo que sean, vengan de donde vengan, no han hecho más que tomar la forma que una cantidad de negros locos querían ver. ¿Me entiendes? ¡No es posible, demonios, que allí hubiera algo a quien uno tuviera que hablarle en vuestro maldito idioma de la selva de Haití! Tú y tu secta vudú, os han visto y han armado una fachada, y Beauvoir y Lucas y los demás, antes que nada son empresarios. ¡Y esas malditas criaturas saben hacer *acuerdos!*. ¡Es evidente! —Apretó el tapón de la botella y la guardó en el cajón. — ¿Sabes, cariño?, podría ser que alguien muy grande, con mucha fuerza en la retícula, os esté gastando una broma pesada. Proyectando esas cosas, toda esa mierda... Y tú *sabes* que es posible, ¿verdad? ¿Verdad, Jackie ?

—De ninguna manera —dijo Jackie con tono frío e inexpresivo. Pero cómo lo sé no es algo que pueda explicar...

Jammer sacó una plancha de plástico negro del bolsillo y comenzó a afeitarse. —Seguro —dijo. La hojilla zumbaba mientras afeitaba la línea de la mandíbula—. Yo *viví* en el ciberespacio durante

diez años, ¿correcto? Bueno, sé que allí no había nada, no en aquel entonces... *De* todos modos, ¿quieres que telefonee a Lucas, para asegurarte en uno u otro sentido? ¿Tienes el número de teléfono de ese Rolls que él utiliza?

—No —respondió Jackie —, no te preocupes. Será mejor que no hagamos nada hasta que Beauvoir aparezca. —Se puso de pie, quitándose los trodos y tomando su sombrero. — Voy a acostarme, quiero dormir un poco. Vigila a Bobby... —Se volvió y caminó hasta la puerta del despacho. Parecía una sonámbula, sin energía en el cuerpo.

Maravilloso —dijo Jammer, pasando la afeitadora entre la boca y la nariz—. ¿Quieres un trago? —preguntó a Bobby.

—Bueno, es un poco temprano...

—Para ti, tal vez. —Volvió a meter la afeitadora en el bolsillo. La puerta se cerró detrás de Jackie . Jammer se inclinó ligeramente hacia adelante. — ¿Qué aspecto tenían, muchacho? ¿Pudiste verlos?

—Sólo un poco grisáceos. Borrosos...

La respuesta pareció desilusionar a Jammer. Volvió a hundirse en su silla. —Creo que no puedes verlos bien si no eres parte del asunto. —Tamborileó con los dedos sobre el brazo de la silla.— ¿Crees que son reales?

—Bueno, no me gustaría meterme con uno de ellos...

Jammer lo miró. —¿No? Bueno, tal vez seas más listo de lo que pareces, en ese sentido. A mí tampoco me gustaría meterme con uno de ellos. Yo dejé el negocio antes de que comenzaran a aparecer...

—¿Y qué crees que son?

—Aja, cada vez más listo... Pues, no lo sé. Como dije, no me resulta fácil creerme eso de que sean un montón de dioses del vudú haitiano, pero, ¿quién sabe? —Entrecerró los ojos.— Podrían ser... programas de virus que han quedado sueltos en la matriz y se han reproducido volviéndose muy listos... Con eso ya da para asustarse; quizá los de Turing no quieren que se sepa nada de ello. O tal vez las IA han encontrado una forma de dividirse e introducir partes de sí mismas en la matriz, cosa que volvería locos a los de Turing. Conozco a un tipo del Tíbet que hacía trabajos de hardware para los jockeys; él decía que eran tulpas.

Bobby parpadeó.

—Una tulpa es una forma del pensamiento, digamos. Superstición. Las personas realmente poderosas pueden dividirse y producir una especie de fantasma, hecho de energía negativa. —Se encogió de hombros. —Más mierda. Como los locos del vudú de Jackie .

—Bueno, a mí me parece que Lucas, Beauvoir y los demás sin duda *se comportan* como si fuese algo real, y no como si se tratara de un acto...

Jammer asintió con la cabeza. —Correcto. Y les ha ido endiabladamente bien, así que eso tiene un poco de sentido. —Se encogió de hombros y bostezó. — También yo tengo que dormir. Puedes hacer lo que se te dé la gana, siempre que no te metas con la consola. Y no intentes salir, o diez alarmas diferentes empezarán a chillar. Hay zumos y queso y otras mierdas en el refrigerador detrás del bar...

Ahora que estaba solo Bobby llegó a la conclusión de que el lugar seguía siendo terrorífico, pero lo suficientemente interesante como para hacer que el temor que pudiese sentir valiera la pena. Caminó de un lado a otro detrás de la barra, tocando los mangos de los grifos de cerveza y las boquillas de cromo para las bebidas. Había una máquina que fabricaba hielo y otra que dispensaba agua hirviendo. Se preparó una taza de café instantáneo japonés y revisó el archivo de cassettes de audio de Jammer. Nunca había oído hablar de ninguno de aquellos grupos o artistas. Se preguntó si eso querría decir que a Jammer, que era viejo, le gustaban las cosas viejas, o si se trataba de algo nuevo que no llegaría a Barrytown, pasando probablemente por el Leon's, hasta dentro de dos semanas... Encontró una pistola bajo la consola de crédito universal negra y plateada, una especie de metralleta pequeña y gruesa con un cartucho que salía directamente de la empuñadura. Estaba pegada a la superficie interior de la barra con una cinta de velero verde lima, y no le pareció buena

idea tocarla. Después de un rato ya no se sintió asustado, sólo un poco aburrido y nervioso. Tomó el café, que ya se estaba enfriando, y caminó hasta el centro del área de asientos. Se sentó en una de las mesas y fingió que era el Conde Cero, el máximo artista de consola de Sprawl, esperando que aparecieran unos tipos para cerrar un trato, correr un programa que ellos necesitaban y que nadie podía ni remotamente intentar excepto el Conde. —Seguro —dijo dirigiéndose al club nocturno vacío, con los ojos cubiertos—, yo lo haré... *Si* tenéis el dinero... —Los tipos palidecieron cuando dijo su precio.

El sitio estaba acústicamente aislado; no se oía nada del ruido del mercado de la planta catorce, sólo el zumbido de una especie de equipo de aire acondicionado y los ocasionales borboteos de la máquina de agua caliente. Cansado de los juegos de poder del Conde, Bobby dejó la taza de café sobre la mesa y fue hasta la entrada, rozando con la mano una antigua cortina de terciopelo acolchado que pendía de unos postes de bronce pulido. Con cuidado de no tocar las puertas de cristal se acomodó sobre una ordinaria banqueta de acero con un remendado asiento en imitación cuero, junto a la ventana del guardarropa. Una bombilla de poca potencia iluminaba el guardarropa: podía verse un par de docenas de viejas perchas de madera que colgaban de barras de acero, cada una de ellas provista de una etiqueta amarilla con un número escrito a mano. Supuso que a veces Manner se sentaría allí para estudiar a los clientes. No entendía por qué alguien que había sido un vaquero estrella durante siete años querría administrar un club nocturno, pero tal vez se trataba de una especie de hobby. Supuso que podías conseguir una cantidad de chicas, si manejabas un club nocturno, pero se imaginó que también podrías conseguirlas si eras rico. Y si Jammer había sido un jockey de los grandes durante ocho años, para Bobby estaba claro que tenía que ser rico...

Pensó en lo que había pasado en la matriz, las manchas grises y las voces. Se estremeció. Aún no entendía por qué aquello significaba que Lucas estaba muerto. ¿Cómo podía estar muerto Lucas? Entonces recordó que su madre estaba muerta, y de alguna manera eso tampoco parecía ser muy real. Jesús. Todo eso lo ponía muy nervioso. Deseaba estar afuera, del otro lado de las puertas, revisando los puestos y los compradores y a la gente que trabajaba allí...

Estiró el brazo y apartó la cortina, sólo lo suficiente para poder mirar a través del antiguo y grueso cristal, contemplando el multicolor revoltijo de puestos y el lánguido andar de los compradores. Y, enmarcado de tal forma que Bobby podía verlo con claridad, en medio de todo, junto a una mesa abarrotada de VOM análogos de excedente, sondas lógicas, y acondicionadores de potencia, estaba el rostro pesado y sin raza de León, y los ojos hundidos y espantosos parecieron fijarse en los de Bobby con una expresión fugaz de reconocimiento. Y entonces León hizo algo que Bobby no recordaba haberle visto hacer jamás: sonrió.

23. Más cerca

El camarero de la JAL le ofreció una selección de cassettes de simestim: una visita guiada a la exposición retrospectiva de Foxton en la Tate Gallery el anterior mes de agosto, una aventura de época grabada en Ghana *(Ashanti!]*, las escenas sobresalientes de *Carmen* de Bizet vistas desde un palco privado en la Ópera de Tokio, o treinta minutos de *Personas Importantes*, el programa de actualidad de Tally Isham que se distribuía en todo el mundo.

— ¿Es su primer vuelo en trasbordador, señora Ovski?

Marly asintió. Había dado a Paleólogos el apellido de soltera de su madre, lo que probablemente había sido una estupidez.

El camarero le dirigió una sonrisa comprensiva. —Una cassette puede, sin duda, hacer más cómodo el despegue. Esta semana la de *Carmen* está resultando muy popular. Me dicen que el vestuario es fabuloso.

Ella sacudió la cabeza. No se sentía con humor para escuchar ópera. Odiaba a Foxton, y preferiría sentir toda la fuerza de la aceleración antes que vivir las escenas de *Ashanti!* Por descarte, escogió la cinta de Isham, como el menor de cuatro males.

El camarero verificó el arnés del asiento de Marly, le dio la cassette y una pequeña tiara descartable de plástico gris y luego se dedicó a otro pasajero. Ella se puso el juego de trodos de

plástico, lo conectó al brazo del asiento, suspiró, y metió la cassette en la ranura junto a la conexión. El interior del trasbordador de la JAL desapareció en un estallido de azul del Egeo, y vio cómo las palabras PERSONAS IMPORTANTES DE TALLY ISHAM se expandían sobre el cielo límpido en elegantes letras góticas mayúsculas.

Tally Isham había sido una constante en la industria del simestim desde que Marly tenía memoria, una Chica de Oro sin edad que había surgido en la primera ola del nuevo medio. Ahora Marly se encontraba metida en el bronceado, ágil, tremendamente *cómodo* sensorio de Tally. Tally Isham resplandecía, respiraba profundamente y con facilidad, y los elegantes huesos se le movían en el abrazo de una musculatura que parecía no haber conocido nunca la tensión. Acceder a sus grabaciones de simestim era como caer en un baño de salud perfecta, sintiendo el vigor en los altos arcos de los pies de la estrella y el empuje de sus senos contra el sedoso algodón egipcio blanco de su sencilla camisa. Estaba apoyada en una manchada balaustrada blanca, asomada sobre el diminuto muelle de un pueblo en una isla griega; una cascada de árboles en flor caía a sus pies por una colina de piedra encalada y estrechas y sinuosas escaleras. Se oyó la sirena de un barco en el puerto.

—Ahora los turistas tienen prisa por regresar a su crucero —dijo Tally, y sonrió; y al hacerlo Marly pudo sentir la perfección de los blancos dientes de la estrella, paladear el sabor de la frescura de su boca, y la agradable aspereza de la balaustrada de piedra contra sus brazos desnudos—. Pero uno de los visitantes de la isla permanecerá con nosotros esta tarde; es alguien a quien siempre he querido conocer, y estoy segura de que ustedes estarán encantados y sorprendidos, ya que se trata de alguien que normalmente evita el contacto con los medios de comunicación... —Se irguió, y cubriéndose sonrió al bronceado y sonriente rostro de Josef Virek...

Marly arrancó el juego de trodos de su frente, y el plástico blanco del trasbordador de la JAL pareció caer de golpe en su lugar alrededor de ella. Señales de advertencia titilaban en la consola encima de su cabeza, y sintió una vibración que parecía crecer en intensidad.

¿Virek? Miró el juego de trodos. —Bueno —dijo—, supongo que si *es* una persona importante...

—¿Perdón? —El estudiante japonés a su lado dio un saltito en su arnés, un pequeño gesto curioso parecido a una reverencia. — ¿Tiene usted problemas con el simestim?

—No, no —dijo ella—. Discúlpeme. —Volvió a colocarse los trodos y el interior del trasbordador se disolvió en un zumbido de estática sensorial, una discordante mezcla de sensaciones que abruptamente dieron paso a la tranquila gracia de Tally Isham, quien había tomado la fresca y firme mano de Virek y sonreía a los ojos azules de su invitado.

Virek devolvió la sonrisa, los dientes muy blancos. —Estoy encantado de estar aquí, Tally —dijo, y Marly se hundió en la realidad de la grabación, aceptando como suyo el registro del sensorio de Tally. El simestim era un medio que trataba de evitar; había algo en su personalidad que entraba en conflicto con el nivel de pasividad requerido.

Virek llevaba puesta una ligera camisa blanca, pantalones blancos de algodón enrollados casi hasta la rodilla y sandalias de cuero marrón. Con la mano de Virek aún en la suya, Tally regresó a la balaustrada.

—Estoy segura —dijo— de que hay muchas cosas que nuestra audiencia...

El mar desapareció. Una planicie irregular cubierta por un tapiz verdinegro semejante al liquen se extendía hasta el horizonte, interrumpida por las siluetas de las torres neogóticas de la iglesia de la Sagrada Familia de Gaudí. El borde del mundo se perdía en una neblina baja y brillante, y un ahogado sonido como de campanas tañía por la planicie...

—Hoy tienes una audiencia de una sola persona —dijo Virek mirando a Tally Isham a través de sus gafas redondas y sin montura—. Hola, Marly.

Marly intentó alcanzar los trodos, pero sus brazos estaban hechos de piedra. La fuerza de la aceleración, el trasbordador que se elevaba de su plataforma de hormigón... La tenía atrapada...

—Ya entiendo —dijo Tally sonriendo, recortada contra la balaustrada, los codos sobre piedra cálida y áspera—. Qué idea deliciosa. Su Marly, Herr Virek, debe de ser una chica muy afortunada... —Y Marly comprendió que ésta no era la Tally Isham de la Senso/Red, sino parte de la construcción de Virek, un punto de vista programado, un montaje a partir de años de *Personas Importantes, y* que ahora no había opción, no había escapatoria; sólo podía aceptarlo, escuchar,

prestar atención a lo que diría Virek. El hecho de que la hubiera alcanzado allí, de que la hubiera atrapado de aquella forma, le decía que su intuición había estado en lo cierto: la máquina, la estructura, estaba allí, era real. El dinero de Virek era una especie de disolvente universal capaz de deshacer barreras a su gusto...

—Lamento enterarme —dijo Virek— de que se siente mal. Paco me dice que usted intenta huir de nosotros, pero prefiero considerarlo como el impulso de un artista hacia su meta. Creo que usted ha comprendido algo de la naturaleza de mi gestalt y, como es normal, la he asustado. Esta cassette fue preparada una hora antes de que su trasbordador saliera de Orly. Sabemos su destino, por supuesto, pero no tengo intención alguna de seguirla. Usted está cumpliendo con su trabajo, Marly. Sólo lamento que no hayamos sido capaces de impedir la muerte de su amigo Alain, pero ahora sabemos la identidad de sus asesinos y la de quienes los emplearon...

Los ojos de Tally Isham eran ahora los de Marly, y estaban fijos en los de Virek, una ardiente energía azul.

—Alain fue asesinado por agentes a sueldo de los Biolaboratorios Maas —prosiguió Virek—, y fue la Maas quien le proporcionó a él las coordenadas de su destino actual y el holograma que usted vio. Digamos que mi relación con los Biolaboratorios Maas ha sido ambivalente. Hace dos años una empresa subsidiaria de mi propiedad intentó comprar la Mass. La cantidad en juego hubiera afectado a la economía mundial en su totalidad. Ellos rechazaron la oferta. Paco ha determinado que Alain murió porque ellos descubrieron que él intentaba vender la información que le habían proporcionado, vendérsela a terceros... —Frunció el ceño.— Muy tonto de su parte, porque él desconocía la naturaleza del producto que estaba ofreciendo...

Típico de Alain, pensó Marly con compasión. Y lo vio otra vez acurrucado sobre la horrorosa alfombra, la columna vertebral marcada bajo la tela verde de su chaqueta...

—Usted debería saber, me parece, que mi búsqueda del creador de las cajas va más allá del arte, Marly. —Se quitó las gafas y lustró los cristales con un doblez de la camisa blanca; ella encontró algo obsceno en aquel gesto calculadamente humano. — Tengo razones para pensar que el creador de estos objetos está en posición de ofrecerme la libertad, Marly. No soy un hombre sano. —Volvió a ponerse los lentes, colocando con mucho cuidado las patillas de oro. — La última vez que solicité una imagen visual de la cubeta de laboratorio donde vivo en Estocolmo, me mostraron una cosa similar a tres remolques de camión envueltos en una red de líneas de apoyo... Si yo fuera capaz de irme de allí, Marly o, más bien, de abandonar el caos de células que contiene... Bueno... —Volvió a ofrecer su famosa sonrisa.— ¿Qué no sería capaz de pagar?

Y los ojos de Tally-Marly se desviaron para contemplar la extensión de liquen oscuro y las lejanas torres de la catedral extraviada...

—Perdió usted el conocimiento —dijo el camarero moviendo sus dedos por el cuello de Marly—. No es extraño, y nuestros ordenadores médicos de a bordo nos indican que goza usted de un excelente estado de salud. Sin embargo, hemos aplicado un dermodisco para contrarrestar el síndrome de adaptación que tal vez experimente antes de acoplar. —Su mano abandonó el cuello de Marly.

—*Europa después de las lluvias* —dijo ella—, Max Ernst. El liquen...

El hombre la miró de un modo que reflejaba su inquietud profesional. —Perdón... ¿Podría repetir lo que ha dicho?

—Lo siento —dijo ella—. Un sueño... ¿Hemos llegado ya?

—Una hora más —dijo el camarero.

La terminal orbital de Japan Air era un toro blanco incrustado de cúpulas y rodeado por los anillos ovalados de bordes oscuros de los puentes de acoplamiento. La terminal que había encima de la red de gravedad de Marly —aunque el concepto *encima* había perdido su significado habitual— presentaba una imagen móvil del toro en rotación, mientras que una serie de voces —en siete idiomas— anunciaba que los pasajeros a bordo del trasbordador 580 de la JAL, en la Terminus I de Orly, serían llevados a la terminal lo antes posible. JAL presentaba sus excusas por la demora, que

se debía a reparaciones de rutina que estaban llevándose a cabo en siete de los doce puentes...

Marly se contrajo en su red de gravedad; ahora veía la mano invisible de Virek en todo lo que la rodeaba. No, pensó, debe haber una manera. Quiero salir, se dijo, quiero unas cuantas horas de libertad, y después me libraré de él... Adiós, Herr Virek, regreso al reino de los vivos, como nunca lo hará el pobre Alain. Alain, que murió porque yo acepté su oferta de trabajo. Parpadeó cuando apareció la primera lágrima, y después miró fijamente, con los ojos muy abiertos, como una niña, la flotante y diminuta esferita en que se había transformado la lágrima...

Y la Maas, se preguntó, ¿quiénes eran? Virek aseguraba que ellos habían asesinado a Alain, que Alain había estado trabajando para ellos. Tenía confusos recuerdos de artículos en los medios de comunicación, algo referente a la última generación de ordenadores, un proceso que sonaba muy siniestro donde cánceres híbridos inmortales producían moléculas especializadas que se transformaban en unidades de tecnología de circuitos. Recordó ahora que Paco había dicho que la pantalla de su teléfono modular era un producto Maas...

El interior del toro de la JAL era tan insulso, tan poco interesante, tan absolutamente igual a cualquier aeropuerto abarrotado, que ella tuvo ganas de reír. Había el mismo olor a perfume, a tensión humana, a aire excesivamente acondicionado, y el mismo zumbido de fondo de conversación. La gravedad de ocho décimos habría hecho más fácil llevar una maleta, pero sólo tenía su bolso negro. Ahora sacó su billete de uno de los bolsillos interiores de cremallera y verificó el número del trasbordador con el que debía hacer conexión, comparándolo con las columnas de números que presentaba la pantalla de pared más cercana.

Dos horas antes de la salida. A pesar de lo que había dicho Virek, tenía la seguridad de que su maquinaria ya estaba en marcha, filtrándose entre la tripulación o la lista de pasajeros del trasbordador, lubricando las sustituciones con una pátina de dinero... Habría enfermedades de último momento, cambios de planes, accidentes...

Colgándose el bolso al hombro, atravesó rápidamente el suelo cóncavo de cerámica blanca como si de hecho supiese hacia dónde se dirigía, o como si tuviera alguna especie de plan, pero sabiendo, con cada paso que daba, que no era así.

Aquellos suaves ojos azules la obsesionaban.

—Maldito sea —dijo, y un hombre de negocios ruso de mandíbula pronunciada hizo un gesto de desdén y alzó un facsímil de noticias, apartándola de su mundo.

—Entonces le dije a esa puta, mira, tienes que llevar esos optoaisladores y las cajas de salida al *Sweet Jane* o pegaré tu culo a la escotilla con cola para arandelas... —Roncas risas femeninas y Marly levantó la vista de su bandeja de sushi. Las tres mujeres estaban sentadas a tres mesas vacías de distancia, con su mesa cubierta de latas de cerveza y pilas de bandejas manchadas de salsa de soja marrón. Una de ellas eructó con fuerza y bebió un largo sorbo de cerveza.

—¿Y qué dijo ella, Rez?

De alguna manera, esta frase detonó otra explosión de risa, más larga que la anterior, y la mujer que había atraído la atención de Marly en primer lugar, hundió la cabeza entre los brazos y rió hasta que sus hombros se sacudieron. Marly miró sin expresión al trío de mujeres, preguntándose qué serían. Ahora la risa había disminuido y la primera mujer se irguió, secándose las lágrimas de los ojos. Estaban todas bastante ebrias, decidió Marly, y eran jóvenes, alborotadoras y tenían aspecto duro. La primera mujer era delgada y de rostro anguloso, ojos grandes y grises sobre una nariz fina y recta. Su pelo era de un imposible tono gris, cortado al estilo colegial, y llevaba puesto una especie de chaleco de lona sin mangas, muy grande, totalmente cubierto por bolsillos abarrotados, tachas, y cintas rectangulares de velero. La prenda estaba abierta de tal forma que revelaba, desde el ángulo de visión de Marly, un seno pequeño y redondo enfundado en lo que parecía ser un sostén de fina trama rosada y negra. Las otras dos eran mayores y más pesadas; los músculos de sus brazos desnudos quedaban definidos con toda nitidez bajo la luz que aparentemente no provenía de ninguna fuente, de la cafetería de la terminal.

La primera mujer se encogió de hombros, moviendo su cuerpo dentro del inmenso chaleco. —Pero no creo que lo haga —dijo.

La segunda mujer volvió a reír, pero no con tanto vigor, y consultó un cronómetro sujeto a una ancha muñequera de cuero. —Me voy ya —anunció—. Tengo un viaje a Sión, y luego ocho cápsulas de algas para los suecos. —Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie, y Marly pudo leer la insignia bordada a la altura de los hombros del chaleco de cuero negro.

O'GRADY - WAJIMA

EL EDITH S.

CARGAS INTERORBITALES

Luego se puso de pie la otra mujer, levantando la cintura de sus holgados téjanos. —Te diré, Rez, que si dejas que esa imbécil te cree problemas con las descargas, corres el riesgo de perder tu matrícula.

—Perdón... —dijo Marly, luchando contra el temblor de su voz.

La mujer del chaleco negro se volvió y la observó de pies a cabeza sin sonreír. —¿Sí?

—He visto vuestros chalecos, el nombre *Edith* 5... Es una nave, una nave espacial, ¿verdad?

—¿Una *nave espacial?* —La mujer que estaba a su lado alzó sus espesas cejas. — Sí, claro, querida, ¡una *nave espacial* grande y poderosa!

—Es un remolque —dijo la mujer del chaleco negro, y se volvió, dispuesta a marcharse.

—Quiero contratarte —dijo Marly.

—¿Contratarme? —Ahora todas la miraban, sin sonrisas ni expresión en sus rostros. — ¿Y eso qué significa?

Marly revolvió en la bolsa negra de Bruselas y sacó el medio fajo de Nuevos Yens que Paleólogos, el de la agencia de viajes, le había devuelto. —Te daré esto...

La muchacha con el cabello corto y plateado silbó suavemente. Las mujeres se miraron entre sí. La del chaleco negro se encogió de hombros. —Jesús —dijo—. ¿Hasta dónde quieres ir? ¿Marte?

Marly volvió a buscar en su bolsa y extrajo el paquete azul de Gauloise doblado en cuatro. Se lo dio a la mujer del chaleco negro, quien lo abrió y leyó las coordenadas orbitales que Alain había escrito allí con rotulador verde.

—Bueno —dijo la mujer—, no es un viaje muy largo, para la cantidad de dinero que tienes, pero O'Grady y yo tenemos que estar en Sión a las 23:00 GMT. Un trabajo contratado. ¿Y tú, Rez?

Dio el papel a la chica que permanecía sentada. Ésta lo leyó y mirando a Marly preguntó: —¿Cuándo?

—Ahora —respondió Marly—. En este momento.

La chica empujó la mesa y se puso *de* pie. Las patas de su silla golpearon las baldosas del suelo, y su chaleco se abrió para revelar que lo que Marly había creído que era la tela de un sostén rosado y negro era una rosa tatuada que cubría la totalidad de su seno izquierdo. —Muy bien, hermana. Pásame aquello.

—Quiere decir que le des el dinero ahora —tradujo O'Grady.

—No quiero que nadie sepa adonde vamos.

Las tres mujeres rieron.

—Has dado con la chica justa —dijo O'Grady, y Rez sonrío.

24. Corre sin parar

Comenzó a llover en el momento en que retomaba el rumbo este en dirección a los suburbios del borde del Sprawl y el derruido cinturón de las zonas industriales. El agua caía formando un muro macizo, cegándolo hasta que dio con el control de los limpiaparabrisas. Rudy no había reemplazado las escobillas, así que disminuyó la velocidad, reduciendo el gemido de la turbina hasta que se convirtió en un sordo rugido, y salió al borde de la carretera; la bolsa neumática del aerodeslizador se abrió paso sobre pedazos de cubiertas de camión.

—¿Qué ocurre?

—No veo nada. Las escobillas del limpiaparabrisas están podridas. —Accionó el interruptor de las luces; cuatro estrechos haces surgieron como puñales a cada lado de la capota del deslizador y se perdieron en el muro gris de la lluvia. Agitó la cabeza.

—¿Por qué no nos detenemos?

—Estamos demasiado cerca del Sprawl. Toda esta zona está patrullada. Helicópteros. Verificarían el techo del vehículo con su panel de identificación y verían que tenemos matrícula de Ohio y una configuración de chasis demasiado extraña. Podrían querer revisar el deslizador. Y nosotros no estamos interesados en eso.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir por el borde hasta que pueda salir de la carretera, y luego ocultarnos en algún sitio, si puedo...

Mantuvo el aerodeslizador en posición y lo giró; los focos destellaron sobre las diagonales en anaranjado fosforescente de un panel vertical que indicaba la salida a una carretera secundaria. Siguió en esa dirección, el hinchado labio de la bolsa neumática deslizándose sobre un grueso y rectangular muro de seguridad de concreto. —Puede que aquí sí... —dijo, al tiempo que pasaban junto al panel. La carretera secundaria era apenas lo suficientemente ancha para permitirles el paso; ramas y maleza arañaban las estrechas ventanas laterales, raspando el blindaje de acero del deslizador.

—Hay unas luces más allá —observó Angie, inclinándose hacia adelante en su arnés para escudriñar a través de la lluvia.

Turner pudo distinguir un aguado resplandor amarillo y dos postes verticales gemelos. —Una gasolinera —dijo él—. Una reliquia de la antigua red, anterior a la construcción de la gran carretera. Ahí debe de vivir alguien. Es una lástima que no utilicemos gasolina... —Condujo el deslizador por la pendiente de gravilla; cuando se acercaron vio que el resplandor amarillo provenía de un par de ventanas rectangulares. Creyó ver una figura moviéndose detrás de ellas. — Estamos en el campo —dijo—. Estos muchachos no se alegrarán demasiado de vemos. —Buscó en el anorak, sacó la Smith & Wesson de su funda de nailon y la puso entre sus piernas sobre el asiento. Cuando estuvieron a cinco metros de las oxidadas bombas de gasolina, detuvo el deslizador sobre un amplio charco y apagó las turbinas. La lluvia seguía cayendo como orina llevada por el viento, y Turner vio que una persona con un poncho de color caqui salía por la puerta principal de la gasolinera. Abrió la ventana lateral diez centímetros y alzó la voz por encima del ruido de la lluvia. — Disculpe que lo moleste. Tuvimos que salimos de la carretera. Nuestro limpiaparabrisas no da más. No sabía que hubiese gente aquí. —Las manos del hombre, en el resplandor de las ventanas, permanecían escondidas bajo el poncho de plástico, pero era obvio que sostenía algo.

—Es propiedad privada —dijo el hombre; el rostro delgado chorreaba lluvia.

—No podía quedarme en la carretera —gritó Turner—. Disculpe la molestia...

El hombre abrió la boca, comenzó a gesticular con lo que fuera que sostenía bajo el poncho, y su cabeza estalló. Turner tuvo la impresión de que ocurrió antes de que la línea de luz roja, del grosor de un lápiz, cruzara negligentemente el espacio como si alguien estuviese jugando con una linterna de mano, y lo tocara. Una flor roja se abrió, azotada por la lluvia, cuando la figura se hincó de rodillas para luego caer hacia adelante; un Savage 410 de culata de alambre se deslizó fuera del poncho.

Turner no había sido consciente del movimiento, pero descubrió que había encendido las turbinas y pasado los controles a Angie antes de liberarse del arnés. —Cuando te diga, llévalo directo a la gasolinera... —Y entonces se irguió, tirando de la palanca que abría la escotilla del techo, con el pesado revólver en la mano. Oyó el rugido del Honda negro en el momento en que la escotilla se deslizaba hacia atrás; una sombra sobre su cabeza que empezaba a descender, apenas visible a través de la lluvia torrencial. — ¡Ahora! —Tiró del gatillo antes de que ella pudiese impulsarlos hacia adelante y a través de la pared de la vieja gasolinera; el retroceso hizo que se golpease el codo contra el techo del deslizador. La bala estalló en algún sitio sobre su cabeza con un crujido reconfortante; Angie impulsó el deslizador y arremetieron contra la estructura de madera,

permitiéndole a Turner el tiempo justo para volver a meter la cabeza y los hombros por la escotilla. Algo dentro de la casa explotó, probablemente un contenedor de propano, y el deslizador se desvió hacia la izquierda.

Angie logró dar vuelta otra vez y salieron por la pared posterior. —¿Hacia dónde? —gritó, por encima de la turbina.

Como en respuesta, el Honda negro empezó a bajar en tirabuzón, a veinte metros de ellos, y vomitando una plateada lámina de lluvia. Turner tomó los con troles y se deslizaron hacia adelante; la turbina levantó una estela de diez metros de alto; arremetieron directamente contra la cabina de policarbono del pequeño helicóptero de combate, cuyo fuselaje de aleación se arrugó como un papel ante el impacto. Turner retrocedió un poco y volvió a arremeter, con mayor velocidad. Esta vez el helicóptero destrozado se aplastó contra los húmedos troncos de dos pinos grises y quedó en el suelo como una especie de mosca de alas largas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó cubriéndose el rostro con las manos—. ¿Qué ha sucedido?

Turner sacó los papeles de registro y un par de polvorientas gafas de una gaveta en la puerta de su lado; finalmente encontró una linterna y verificó las pilas.

—¿Qué ha sucedido? —repitió Angie como si fuera una grabación—. ¿Qué ha sucedido?

Él volvió a salir por la escotilla, con el arma en una mano y la linterna en la otra. La lluvia había amainado. Saltó a la capota del deslizador, y luego sobre los para golpes, para caer en charcos donde se sumergió hasta los tobillos. Fue chapoteando hasta los doblados rotores negros del Honda.

Se sintió un penetrante olor a combustible de avión.

La cabina de policarbono se había quebrado como un huevo. Apuntó la Smith & Wesson y disparó dos veces el destello de xenón: dos silenciosas explosiones que le mostraron sangre y brazos y piernas retorcidos entre restos de plástico. Esperó, y luego usó la linterna. Eran dos. Se acercó, sosteniendo la linterna bien alejada de su cuerpo, una vieja costumbre. Nada se movía. El olor a fuga de combustible se hizo aún más intenso. Y empezó a tirar de la desencuadrada escotilla. Se abrió. Los dos cadáveres llevaban gafas con amplificador de imagen. El ojo redondo y ciego del láser miraba fijamente hacia la noche; Turner se acercó para tocar el apelmazado cuello de piel de cordero de la chaqueta militar del muerto. La sangre que cubría la barba del hombre parecía muy oscura, casi negra a la luz de la linterna. Era Oakey. Dirigió la luz hacia la izquierda y constató que el otro, el piloto, era japonés. Volvió a iluminar a Oakey y encontró un termo plano y negro junto a su pie. Lo recogió, se lo metió en uno de los bolsillos del anorak y regresó a toda prisa al deslizador. A pesar de la lluvia, llamas anaranjadas comenzaban a lamer los restos de la gasolinera. Trepó al parachoques del deslizador, pasó por encima de la capota, volvió a trepar, y se introdujo por la escotilla.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió otra vez Angie, como si él no hubiese salido—. ¿Qué ha ocurrido?

Se dejó caer en su asiento, olvidando el arnés, y puso la turbina en marcha. —Ése es un helicóptero de la Hosaka —dijo mientras hacía girar el vehículo—. Deben de haber estado siguiéndonos. Tenían un láser. Esperaron hasta que nos salimos de la carretera. No querían dejarnos allí para que la policía nos encontrase. Cuando llegamos aquí, decidieron atacarnos, pero seguramente pensaron que aquel pobre diablo estaba con nosotros. O tal vez sólo estaban eliminando un testigo.

—Su cabeza —dijo Angie con voz quebrada—, su cabeza...

—Eso fue el láser —explicó Turner, regresando por la carretera secundaria. La lluvia caía con menos fuerza; casi había cesado—. Vapor. El cerebro se evapora *y* el cráneo estalla...

Angie se inclinó hacia adelante *y* vomitó. Turner conducía con una mano, el termo de Oakey en la otra. Abrió la tapa de presión con los dientes y tragó un poco del Wild Turkey de Oakey.

Cuando llegaban al hombrillo de la autopista, el combustible del Honda alcanzó las llamas de la gasolinera en ruinas y, a la luz de la retorcida bola de fuego, Turner volvió a ver la explanada, la luz de los fogonazos de los paracaídas, el cielo blanco cuando el jet salió disparado hacia la frontera de Sonora.

Angie se enderezó, se limpió la boca con el dorso de la mano y comenzó a temblar.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Turner, dirigiéndose de nuevo hacia el este.

Ella no dijo nada, y él miró de soslayo para verla rígida y erguida en su asiento, las pupilas contraídas en el tenue resplandor de los instrumentos, el rostro sin expresión. La había visto así en el dormitorio de Rudy, cuando Sally los había hecho entrar, y, de pronto, otra vez el mismo torrente de lenguas, un suave y veloz tartamudeo de algo que podía haber sido un dialecto del francés. No tenía magnetófono, no tenía tiempo, tenía que conducir...

—Aguanta —dijo al tiempo que aceleraba—, estarás bien... —Pero seguro que ella no era consciente de nada en absoluto. Por encima del ruido de la turbina podía oír el entrechocar de los dientes de la muchacha. Detente, pensó, lo justo para meterle algo entre los dientes, su cartera o una tela doblada. Sus manos asían espasmódicamente las correas del arnés.

—Hay una niña enferma en mi casa. —El deslizador casi salió del pavimento cuanto Turner oyó la voz que salía de la garganta de la chica, una voz profunda y lenta y extrañamente viscosa. —Oigo que los dados están siendo echados, para ganar su vestido sangriento. Son muchas las manos que cavan su tumba esta noche, y la tuya también. Hay enemigos que rezan por tu muerte, hombre alquilado. Rezan hasta sudar. Sus plegarias son un río de fiebre. —Y entonces una especie de croar que podía haber sido risa.

Turner arriesgó una mirada, vio un hilo plateado de baba cayendo de los labios rígidos. Los profundos músculos del rostro se habían contraído en una máscara que él desconocía. —¿Quién eres?

—Soy el Señor de los Caminos.

—¿Qué quieres?

—A esta niña, como montura, para que pueda moverse en las ciudades de los hombres. Es bueno que vayas hacia el este. Llévala a tu ciudad. Volveré a cabalgarla. Y Samedi cabalga contigo, hombre armado. Él es el viento que llevas en las manos, pero el Señor de los Composantos es veleidoso, y poco importa que lo hayas servido bien...

El se volvió a tiempo para verla caer de costado en el arnés, la cabeza colgando, la boca abierta.

25. Kasual/Gothick

—Éste es el programa telefónico del Finlandés —dijo el altavoz debajo de la pantalla—, y el Finlandés no está. Si quieres dejar algo, ya conoces el código de acceso. Si quieres dejar un mensaje, déjalo de una vez. —Bobby miró la imagen en la pantalla y lentamente meneó la cabeza. La mayoría de los programas telefónicos estaban equipados con subprogramas videográficos cosméticos diseñados para hacer que la imagen del propietario correspondiese mejor con los más populares paradigmas de belleza personal, eliminando fallas y amoldando sutilmente los rasgos faciales para cumplir con las normas estadísticas idealizadas. El efecto de un programa cosmético sobre los grotescos rasgos del Finlandés era sin duda la cosa más rara que Bobby había visto jamás, como si alguien hubiese atacado la cara de una tortuga muerta con la gama completa de rotuladores e inyecciones de parafina de un embalsamador.

—Eso no es natural —observó Jammer, mientras bebía su whisky.

Bobby asintió.

—El Finlandés —dijo Jammer— es agorafóbico. Se vuelve loco si tiene que salir de esa pila de mierda compacta que es su tienda. Y es un adicto al teléfono, no puede *no* contestar una llamada si está en casa. Estoy empezando a pensar que esta mujer tiene razón. Lucas está muerto y está cayendo mucha mierda...

—Esta mujer —dijo Jackie , detrás de la barra— *ya* lo sabe.

—Ella sabe —dijo Jammer dejando el vaso de plástico sobre la mesa—, ella *sabe*. Habló con un hudú en la matriz, así que sabe...

—Bueno, Lucas no contesta, y Beauvoir no contesta, así que tal vez ella esté en lo cierto. —Bobby estiró el brazo y desconectó el teléfono cuando la señal de grabación comenzó a chillar.

Jammer lucía una camisa plisada, un esmoquin blanco y pantalones negros con cintas de satén a lo largo de las piernas; Bobby supuso que ése sería su atuendo de trabajo en el club. —No ha

llegado nadie —dijo mirando a Bobby y a Jackie —. ¿Dónde están Bogue y Sharkey? ¿Dónde están las camareras?

—¿Quiénes son Bogue y Sharkey? —preguntó Bobby.

—Los que atienden la barra. Esto no me gusta. —Se levantó de la silla, caminó hasta la puerta y, con cuidado, apartó una de las cortinas. — ¿Qué mierda están haciendo esos papanatas allí fuera? Eh, Conde, esto parece ser tu onda. Ven aquí...

Bobby se levantó lleno de dudas —no se había animado a decirle a Jackie o a Jammer que había dejado que León lo viese, porque no quería quedar como un wilson— y caminó hasta donde estaba el dueño del club.

—Vamos. Asómate. No dejes que te vean. Se esfuerzan tanto en fingir que no nos observan que casi puedes olerlo.

Bobby movió la cortina, cuidando de no abrir una brecha de más de un centímetro, y miró hacia afuera. La multitud de compradores parecía haber sido reemplazada casi en su totalidad por muchachos Gothicks de negras crestas, vestidos de cuero y tachas, e, increíblemente, por una proporción equivalente de rubios Kasuals, estos últimos engalanados con las prendas de algodón de Shinjuku y las zapatillas blancas de hebilla dorada, la moda de esa semana. —No sé —dijo Bobby mirando a Jammer—, pero los Kasuals y los Gothicks no deberían estar juntos, ¿sabes? Es como si fueran enemigos naturales, está en su ADN o algo... —Echó otro vistazo.— Maldita sea, son como cien.

Jammer hundió las manos en los bolsillos de su pantalón plisado. —¿Conoces personalmente a alguno de esos tipos?

—De los Gothicks, conozco a algunos, de haber hablado alguna vez. Sólo que es difícil distinguirlos. Los Kasuals arremeten contra todo lo que no sea Kasual. A eso se dedican principalmente. Pero a mí los Lobes acaban de darme una paliza, y se supone que los Lobes tienen un pacto con los Gothicks. Así que quién sabe.

Jammer suspiró. —Entonces, supongo que no tendrás ganas de asomarte y preguntarle a uno de ellos qué creen que están haciendo.

—No —dijo Bobby con determinación—. No tengo ganas.

—Hmmm... —Jammer dirigió a Bobby una mirada calculadora, una mirada que a Bobby no le gustó nada.

Algo pequeño y duro cayó del alto techo en penumbra sobre una de las mesas, con un ruido fuerte y metálico. Rebotó, fue a dar a la alfombra, y rodó hasta detenerse entre las puntas de las botas nuevas de Bobby. Automáticamente se inclinó y lo recogió. Un anticuado tornillo de máquina, con la rosca marrón por el óxido y la cabeza cubierta por una costra de pintura de látex negra y opaca. Alzó la mirada cuando un segundo tomillo golpeó la mesa, y alcanzó a ver a un Jammer sorprendentemente ágil saltando por encima de la barra, junto a la unidad de crédito universal. Jammer desapareció, se oyó un tenue ruido de algo que se rasgaba —velero—, y Bobby supo que Jammer empuñaba la pequeña y compacta arma que viera un rato antes. Miró a su alrededor, pero Jackie no estaba a la vista.

Un tercer tornillo golpeó sobre la fórmica de la mesa.

Bobby vaciló, desconcertado, pero luego siguió el ejemplo de Jackie y se escondió, moviéndose tan silenciosamente como pudo. Se agazapó tras uno de los tabiques de madera del club y vio caer el cuarto tomillo, seguido por una fina cascada de polvo oscuro. Se oyó un chirrido, y una rejilla rectangular de acero desapareció abruptamente del techo, retirada a algún tipo de conducto. Miró de soslayo en dirección a la barra, a tiempo para ver el grueso compensador de retroceso sobre el cañón del arma de Jammer cuando se alzaba...

Un par de piernas delgadas y morenas salió por la abertura, rodeadas por un dobladillo gris de tela de tiburón manchado de polvo.

—Espera —dijo Bobby—, es Beauvoir.

—Ya lo creo que es Beauvoir —dijo la voz del techo, resonando en el conducto de aireación—. Quita esa maldita mesa del camino.

Bobby salió gateando de atrás del tabique y arrastró hacia un lado la mesa y las sillas.

—Atrapa esto —dijo Beauvoir. Bajó un abultado bolso verde oliva sujetándolo por una de las correas, y lo soltó. El peso hizo que Bobby casi cayera al suelo—. Ahora quítate de mi camino... —Beauvoir salió del conducto agarrándose de los bordes de la abertura con las dos manos, y se dejó caer.

—¿Qué le ocurrió a la alarma que yo tenía allí arriba? —preguntó Jammer, apareciendo detrás del mostrador, con la pequeña metralleta en la mano.

—Aquí está —dijo Beauvoir, arrojando sobre la alfombra una barra gris de resina fenólica. Estaba envuelta con un delgado cable negro—. De hecho, no tenía otro modo de entrar sin que un ejército de imbéciles lo supiera. Evidentemente alguien les ha dado los planos de este lugar, pero esto se les escapó.

—¿Cómo hiciste para subir al techo? —preguntó Jackie , saliendo de detrás de un tabique.

—No subí —dijo Beauvoir mientras se quitaba las grandes gafas de plástico—. Disparé una línea de monomol desde el edificio de al lado, y luego me deslicé sobre un huso de cerámica... —Su pelo corto y lanudo estaba lleno de polvo de chimenea. La miró con seriedad.— Estarás al corriente...

—Sí. Legba y Papa Ougou, en la matriz. Conecté con Bobby, en la consola de Jammer...

—Volaron a Ahmed en la autopista de Nueva Jersey. Sin duda usaron el mismo disparador con el que se encargaron de la mamá de Bobby...

—¿Quién?

—Aún no estoy seguro —dijo Beauvoir arrodillándose junto al bolso y soltando los cierres plásticos de mecanismo automático—, pero la cosa comienza a tomar forma... Lo que estaba haciendo, hasta que me enteré que le habían dado a Lucas, era seguir el rastro a los Lobes que atracaron a Bobby para quitarle la consola. Aquello puede que sólo haya sido un accidente, un trabajo de rutina, pero en algún lado hay un par de Lobes con nuestro rompehielos... Ahí hay potencial, sin duda, porque algunos Lobes son salchicheros, y a veces hacen negocios con Dos-por-Día. Así que Dos-por-Día y yo estábamos haciendo la ronda, tratando de averiguar lo que pudiéramos. Que no fue nada, después de todo, excepto que cuando estábamos con un volado llamado Alix, que es un segundo Guerrero asistente, o algo por el estilo, recibió una llamada de su colega, a quien Dos-por-Día identificó como un Gothick de Barrytown de nombre Raymond. —Sin dejar de hablar descargaba el bolso, desplegando armas, herramientas, municiones, rollos de cable.— Raymond tiene muchas ganas de contarlo todo, pero Alix es demasiado listo como para hacerlo frente a nosotros. «Disculpen, caballeros, pero esto es asunto oficial de Guerreros», dice el imbécil, entonces, bueno, nos retiramos humildemente, salimos arrastrando los pies y haciendo reverencias, y corrimos hasta la esquina. Usamos el teléfono modular de Dos-por-Día para llamar a nuestros vaqueros del Sprawl y conectarlos con el teléfono de Alix, pero a toda prisa. Aquellos vaqueros se metieron en la conversación entre Alix y Raymond como un alambre en un queso. — Sacó del bolso una escopeta de doce cargas, apenas más larga que su antebrazo, escogió un grueso cargador de entre lo que había puesto sobre la alfombra, y los encajó entre sí. — ¿Habían visto una de estas mierdas? Surafricanas, de antes de la guerra... —Algo en su voz y en la tensión de su mandíbula hizo que de pronto Bobby se diese cuenta de su furia contenida.— Parece que un tipo se puso en contacto con Raymond, y ese tipo tiene mucho dinero, y quiere contratar a todos los Gothicks juntos, el aparato entero, para que vayan al Sprawl a montar un espectáculo, a montarlo en masa. El tipo quiere que el asunto sea tan grande que también va a contratar a los Kasuals. Ahí fue cuando se enredó la cosa, porque Alix es medio conservador. El único Kasual bueno es el Kasual muerto, y sólo después de un número *x* de horas de tortura, etcétera. «A la mierda con eso», dice Raymond, siempre tan diplomático.

«Estamos hablando de mucho dinero. Estamos hablando de *empresas*». —Abrió una caja de gruesos cartuchos de plástico rojo y empezó a meterlos uno a uno en el cargador. — Bueno, puedo estar muy errado, pero últimamente no he dejado de ver a los de relaciones públicas de los Biolaboratorios Maas en los vídeos. Algo muy raro ha pasado en una de sus propiedades de Arizona. Algunos dicen que fue una explosión nuclear, otros dicen que fue otra cosa. Y ahora anuncian la muerte de su principal investigador de biosoft, en lo que dicen que ha sido un accidente sin relación con aquello. Es Mitchell, el que más o menos inventó todo el asunto. Hasta ahora no

hay nadie que tan siquiera finja poder hacer un biochip, así que Lucas y yo hemos asumido desde el principio que ese rompehielos había sido fabricado por la Maas. Si es que *era* un rompehielos... Pero no tenemos idea de dónde lo sacó el Finlandés, o de dónde lo sacaron *ellos*. Pero si sumas todo, da la impresión de que los Biolaboratorios Maas podrían estar preparándose para liquidarnos a todos. Y es aquí donde lo piensan hacer, porque aquí nos tienen atrapados.

—No sé —dijo Jammer—, tenemos muchos amigos en este edificio...

— Teníamos. — Beauvoir dejó la metralleta y comenzó a cargar un Nambu automático. — La mayor parte de la gente de este nivel y los del nivel de abajo ha sido sobornada esta tarde. En efectivo. Bolsas llenas de Nuevos Yens. Hay algunos que se han resistido, pero no son suficientes.

—Eso no tiene sentido —dijo Jackie , quien le quitó el vaso de whisky a Jammer y se lo bebió de un trago—. ¿Qué cosa tenemos que le interese tanto a alguien?

—Eh —dijo Bobby—, no olvides que tal vez no sepan que los Lobes me quitaron el rompehielos. Quizás eso sea todo lo que quieren.

—No —dijo Beauvoir, encajando el cargador en el Nambu—, porque no tenían forma de saber que tú no lo habías escondido en casa de tu madre, ¿verdad?

—Pero tal vez fueron y buscaron...

—Y entonces, ¿cómo sabían que Lucas no lo llevaba consigo en Ahmed? —preguntó Jammer regresando a la barra.

—El Finlandés creía que alguien había mandado a esos tres ninjas para que se lo cargaran —explicó Bobby—. Pero dijo que tenían cosas como para que antes respondiera sus preguntas...

—Otra vez la Maas —dijo Beauvoir—. Sea quien fuere, he aquí el acuerdo entre Kasuals y Gothicks. Sabríamos más, pero Alix el Lobe no cedió y no quiso dialogar con Raymond. No quería aceptar trabajar en conjunto con los odiados Kasuals. Hasta donde nuestros vaqueros pudieron determinar, el batallón está allí fuera para manteneros aquí dentro. Y para impedir que entre gente cómodo. Gente con armas y ese tipo de cosas. —Dio el Nambu cargado a Jackie .— ¿Sabes usar un arma? —preguntó a Bobby.

—Claro —mintió Bobby.

—No —dijo Jammer—, ya tenemos bastantes problemas sin darle un arma. Dios mío...

—Lo que todo esto me sugiere —continuó Beauvoir— es que es probable que alguien entre a buscarnos. Alguien un poco más profesional...

—A menos que hagan volar el Hipermart en pedazos —dijo Jammer—, junto con todos esos zombies...

—No —lo interrumpió Bobby—, si no *ya* lo habrían hecho.

Todos lo miraron fijamente.

—Hacedle caso al chico —dijo Jackie —. Tiene razón.

*

Treinta minutos después, y Jammer miraba con expresión lúgubre a Beauvoir. —Tengo que decírtelo. Es el plan más estúpido que he oído en mucho tiempo.

—Sí, Beauvoir —intervino Bobby—, ¿por qué no podemos trepar por el conducto, escabullimos por el techo y pasar al edificio de al lado? Usando la misma línea que tú usaste para venir.

—Hay más Kasuals en el techo que moscas en la mierda —dijo Beauvoir—. Algunos incluso pueden tener bastante cerebro como para encontrar la tapa que yo levanté para bajar hasta aquí. En camino dejé un par de minibombas. —Esbozó una sonrisa. — Aparte de eso, el edificio vecino es más alto. Tuve que subir a la azotea y disparar el monomol para descender hasta aquí. No se puede subir trepando por el filamento monomolecular; se te caen los dedos.

—¿Y entonces cómo diablos esperabas salir? —dijo Bobby.

—Ya está bien, Bobby —dijo Jackie , en voz baja—. Beauvoir hizo lo que tenía que hacer. Ahora está aquí dentro, con nosotros, y estamos armados.

—Bobby —dijo Beauvoir—, ¿por qué no nos repites el plan, para asegurarte de que lo entendamos...?

Bobby experimentó la incómoda sensación de que Beauvoir quería asegurarse de que él lo entendiese, pero se reclinó sobre la barra y comenzó:

—Nos armamos bien y esperamos, ¿correcto? Jammer y yo salimos con su consola y exploramos la matriz; tal vez nos hagamos alguna idea de lo que está sucediendo...

—Creo que de eso puedo encargarme yo solo —dijo Jammer.

—¡Mierda! —Bobby saltó de la barra.— ¡Beauvoir *dijo!* ¡Quiero salir! ¡Quiero conectar! ¿Cómo se supone que *aprenda* algo?

—No te preocupes, Bobby —dijo Jackie —, sigue adelante.

—Bueno —continuó Bobby, resentido—, entonces, tarde o temprano, los tipos que contrataron a los Gothicks y a los Kasuals para mantenernos aquí dentro van a venir a buscarnos. Cuando lo hagan, los acorralamos. Nos quedamos con al menos uno vivo. A la vez, salimos; los Goths y los otros no esperarán tanta artillería, así que ganamos la calle y vamos a los Proyectos...

—Creo que eso es más o menos todo —dijo Jammer, caminando tranquilamente hasta la puerta cerrada con llave y cubierta por la cortina. — Pienso que eso más o menos lo resume. —Apretó una placa de cierre codificada con el pulgar y entreabrió la puerta. — ¡Eh, tú! —gritó—. ¡Tú no! ¡Tú, el del sombrero! Ven aquí. Quiero hablar...

Un delgado haz de luz roja atravesó la puerta, la cortina y dos de los dedos de Jammer, y destelló por encima de la barra. Una botella estalló, y su contenido se volcó en forma de vapor y esteres gaseosos. Jammer dejó que la puerta volviera a cerrarse, miró su mano arruinada, y cayó sentado en la alfombra. El club se llenó inmediatamente del navideño olor a ginebra hervida. Beauvoir tomó una botella de presión plateada del mostrador del bar y roció la cortina con seltz hasta que agotó el cartucho de CO_2 y el chorro perdió fuerza. —Estás de suerte, Bobby —dijo Beauvoir, arrojando la botella por encima de su hombro—, porque el hermano Jammer no va a teclear en ninguna consola...

Jackie estaba de rodillas atendiendo la mano de Jammer. Bobby alcanzó a ver la carne cauterizada, y rápidamente desvió la vista.

26. El Wig

—Sabes —dijo Rez, colgando cabeza abajo frente a Marly— que no es asunto mío, pero, ¿habrá alguien esperándote cuando lleguemos? Quiero decir, yo te llevaré hasta allá, por supuesto, y si no puedes entrar, te traeré de regreso a la terminal de la JAL. Pero si nadie quiere dejarte pasar, no sé si querré quedarme allí mucho tiempo. Todo eso está para el desguace, y siempre hay gente rara merodeando alrededor de los cascos, ahí fuera. —Rez, o Thérése, supuso Marly, por la licencia de piloto sujeta a la consola del *Sweet Jane,* se había quitado la chaqueta de trabajo para el viaje.

Marly, aturdida por el arco iris de dermos que Rez le había pasado por la muñeca para contrarrestar la náusea convulsiva del síndrome de adaptación espacial, contempló la rosa tatuada. Había sido ejecutada en un estilo japonés de cientos de años de antigüedad y, en el mismo aturdimiento, Marly decidió que le gustaba. Que, de hecho, le gustaba Rez, quien era a la vez dura y aniñada y se preocupaba por su extraña pasajera. Rez había admirado su chaqueta y bolsa de cuero antes de meterlas en una especie de estrecha hamaca de red de nailon que ya estaba abarrotada de cassettes, libros impresos y ropa por lavar.

—No sé —alcanzó a decir—, lo iónico que puedo hacer es tratar de entrar...

—¿Sabes qué es ese lugar a donde vamos, hermana? —Rez ajustaba la red de gravedad en torno a los hombros y las axilas de Marly.

—¿Qué lugar?

—A donde vamos. Es parte de los antiguos núcleos de la Tessier-Ashpool. Eran los ordenadores principales del sistema de memoria de la empresa...

—He oído hablar de ellos —dijo Marly cerrando los ojos—. Me lo dijo Andrea...

—Seguro, todo el mundo ha oído hablar de ellos; eran los dueños de todo Zonalibre. Incluso lo construyeron. Luego se fueron al diablo y lo vendieron todo. Hicieron cortar la casa de la familia y la remolcaron a otra órbita, pero antes de eso borraron todas las memorias, las quemaron y las

vendieron a un chatarrero. El chatarrero nunca hizo nada con ellas. Nunca oí decir que hubiera gente viviendo allí, pero aquí fuera uno vive donde puede... Supongo que eso vale para cualquiera. Como lo que dicen de la lady Jane, la hija del viejo Ashpool, que todavía vive en la vieja casa, loca de remate... —Dio a la red de gravedad un último tirón experto. — Bueno. Relájate. Voy a quemar duro al *Jane* durante unos veinte minutos, pero nos llevará rápido hasta allá, que es para lo que supongo que estás pagando...

Y Marly se dejó hundir en un paisaje construido todo con cajas, vastas construcciones de Cornell en madera donde los restos sólidos del amor y la memoria se exhibían tras hojas de cristal manchadas de polvo y salpicadas de lluvia, y la figura del misterioso hacedor de cajas huía delante de ella por avenidas pavimentadas con mosaicos de dientes humanos, las botas de París de Marly taconeando ciegamente sobre símbolos bosquejados con opacas coronas de oro. El hacedor de cajas era un hombre y llevaba puesta la chaqueta verde de Alain, y él le temía más que a nada en el mundo. —Lo siento —exclamaba corriendo detrás de él—, lo siento...

—Sí. Thérése Lorenz, del *Sweet Jane.* ¿Quieres los números? ¿Qué? Sí, claro que somos piratas. Y yo soy el maldito Capitán Garfio... Mira, Jack, déjame darte los números, puedes verificarlo... Ya lo dije. Tengo un pasajero. Solicito autorización, y maldita sea, todo lo demás... Marly Algo, habla francés cuando está dormida...

Marly parpadeó, abrió los ojos. Rez estaba frente a ella, en su red, cada uno de los pequeños músculos de la espalda definidos con toda precisión. —Eh —dijo Rez volviéndose hacia ella—, lo siento. Hice la llamada por ti, pero suenan un poco raros. ¿Eres religiosa?

—No —dijo Marly confundida.

Rez hizo una mueca. —Bueno, espero que puedas sacar algo en limpio de toda esta mierda, entonces. —Se salió de la red y ejecutó una apretada voltereta hacia atrás que la llevó hasta escasos centímetros de la cara de Marly. Una cinta óptica iba de su mano a la consola, y por primera vez Marly vio el delicado conector azul cielo insertado a ras de piel en la muñeca de la chica. Puso un auricular en la oreja derecha de Marly y ajustó el tubo transparente del micrófono que salía del dispositivo.

—No tenéis derecho a molestarnos aquí —dijo la voz de un hombre—. ¡Nuestra tarea es la tarea del Señor, y sólo nosotros hemos visto Su verdadero rostro!

—¿Hola? ¿Hola? ¿Pueden oírme? Mi nombre es Marly Krushkhova, y tengo un asunto urgente que tratar con ustedes. O con alguien en estas coordenadas. Mi asunto se refiere a una serie de cajas, collages. El creador de estas cajas puede estar en grave peligro. ¡Debo verlo!

—¿Peligro? —El hombre tosió.— ¡Sólo Dios determina el destino de los hombres! No tenemos ningún temor. Pero tampoco somos necios...

—Por favor, escúcheme. Fui contratada por Josef Virek para ubicar al creador de las cajas. Pero ahora he venido a advertirles. Virek sabe que están aquí, y sus agentes me seguirán...

Rez la miraba fijamente.

—¡Deben dejarme entrar! Puedo decirles más...

—¿Virek? —Se produjo una larga pausa llena de estática.— ¿Josef Virek?

—Sí —respondió Marly—. El mismo. Usted ha visto su retrato toda la vida, ese con el rey de Inglaterra... Por favor, por favor...

—Déme con su piloto —dijo la voz, pero el tono histérico y pedante había desaparecido, siendo reemplazado por algo que a Marly le gustó menos aún.

—Es de repuesto —dijo Rez mientras sacaba el casco espejado del traje rojo—. Puedo permitírmelo, me has pagado bastante...

—No —protestó Marly—, de veras, no hace falta... Yo... —Movió la cabeza. Rez estaba desabrochando los cierres de la cintura del traje espacial.

—No puedes meterte en un sitio así sin un traje —dijo—. No sabes qué tipo de atmósfera tienen. ¡Ni siquiera sabes si *tienen* atmósfera! Y cualquier tipo de bacteria, esporas... ¿Qué pasa? —Bajó el casco plateado.

—¡Tengo claustrofobia!

—Ah... He oído hablar de eso... ¿Significa que te da miedo meterte dentro de cosas? —Parecía francamente intrigada.

—De cosas pequeñas, sí. —¿Como el *Sweet Jane?*

—Sí, pero... —Echó un vistazo a la abarrotada cabina, luchando contra el pánico.— Eso puedo soportarlo, pero no el casco. —Se estremeció.

—Bueno —dijo Rez—, ¿sabes qué? Te pondrás el traje, pero sin el casco. Te enseñaré cómo sujetarlo. ¿De acuerdo? Si no, no sales de mi nave... —La miró con expresión inflexible.

—Sí —dijo Marly—, sí...

—Muy bien — dijo Rez—. Ya estamos acoplados. Cuando se abra esta escotilla, tú entras y yo la cierro. Luego abro la otra. Entonces estarás en lo que sea que tengan de atmósfera ahí dentro. ¿Estás segura de que no quieres ponerte el casco?

—No —dijo Marly bajando la vista hacia el casco que sostenía entre los guantes rojos del traje, mirando su pálido reflejo en la máscara espejada.

Rez chasqueó la lengua. —Es tu vida. Si quieres regresar, haz que envíen un mensaje al *Sweet Jane* a través de la terminal de la JAL.

Marly se impulsó con torpeza y entró girando en una esclusa del tamaño de un ataúd vertical. El peto del traje rojo chocó violentamente contra la escotilla exterior, y oyó cómo la interior se cerraba a sus espaldas. Se encendió una luz junto a su cabeza que le hizo pensar en las luces de los refrigeradores.

—Adiós, Thérése.

No pasó nada. Estaba sola con el latido de su corazón.

Entonces la escotilla exterior del *Sweet Jane* se abrió. Una ligera diferencia de presiones fue suficiente para hacerla caer en una oscuridad con un olor viejo y tristemente humano, un olor como el de un vestuario abandonado desde hace años. El aire era denso, húmedo, impuro y, aún cayendo, vio que la escotilla del *Sweet Jane* se cerraba. Un haz de luz pasó junto a ella como una puñalada, vibró, viró, y la encontró girando.

—¡Luces! —gritó una voz ronca—. ¡Luces para nuestra invitada! ¡Jones! —Era la voz que oyera por el auricular. Resonaba de un modo extraño en la inmensidad de hierro de aquel lugar, de aquel hueco por el que caía; luego se oyó un crujido y vio el destello de un lejano anillo de violento azul revelándole la curva distante de un muro o un casco de acero recubierto en parte por rocas lunares. La superficie aparecía surcada por canales y depresiones esculpidos con toda precisión donde en un tiempo estuvieran empotrados alguna clase de equipos. Escabrosas matas de espuma expansiva marrón permanecían aún adheridas a algunos de los cortes más profundos, y otras se perdían en sombras de un negro absoluto.— Será mejor que le tiendas una línea, Jones, antes de que se rompa la cabeza.

Algo chocó contra el hombro de su traje con un golpe húmedo, y Marly volvió la cabeza para ver una figura de plástico rosa brillante, la cual arrastraba una fina línea también rosa, que quedó tensa mientras miraba, haciéndola girar. El espacio de catedral en ruinas se llenó con el gemido laborioso de un motor, y, con extrema lentitud, la izaron con la ayuda de un tomo.

—Ha tardado mucho en llegar —dijo la voz—. Me preguntaba quién sería el primero, y resulta ser Virek... Mamón... —Y entonces llegó hasta ellos, y la hicieron volverse. Casi perdió el casco: se alejaba a la deriva; pero uno de ellos lo empujó hacia sus manos. Su bolsa, con las botas y la chaqueta dentro, ejecutó su propio arco sobre la correa y dio contra su cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—¡Ludgate! —bramó el viejo—. Wigan Ludgate, como usted bien sabe. ¿A quién más él la habría enviado a engañar? — Su cara, arrugada y llena de pústulas, estaba afeitada, pero sus largos y grises cabellos flotaban libres, como algas marinas en una marea de aire enrarecido.

—Perdóneme —dijo Marly—. No he venido a engañarlo. Ya no trabajo para Virek... He venido porque... Quiero decir, no estoy del todo segura de por qué vine, para empezar, pero mientras venía me enteré de que el artista que hace las cajas está en peligro. Porque hay algo más, algo que Virek cree que él tiene, algo que Virek piensa que lo liberará de sus cánceres... —Sus palabras se

desvanecieron en el silencio, frente a la locura casi palpable que emanaba de Wigan Ludgate, y vio que él llevaba la agrietada coraza plástica de un viejo traje de trabajo, con crucifijos de metal barato pegados a modo de collar en torno al bruñido anillo de acero del casco. Su cara estaba muy cerca. Podía sentir el olor de sus dientes cariados.

—¡Las cajas! —Pequeñas bolas de saliva salieron de entre los labios, obedeciendo las elegantes leyes de la física newtoniana. — ¡Puta! ¡Son creación de Dios!

— Cálmate, Lud —dijo una segunda voz—, estás asustando a la señora. Tranquila, señora, pero ocurre que el viejo Lud no recibe muchas visitas. Y entonces se excita un poco, verá, pero en realidad es un tipo inofensivo... —Ella se volvió y encontró la relajada mirada de un par de grandes ojos azules en un rostro muy joven.— Yo soy Jones —dijo el muchacho—. Vivo aquí, también...

Wigan Ludgate echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido salvaje que resonó contra las paredes de acero y piedra.

—La mayor parte del tiempo, ¿sabes? —dijo Jones mientras Marly se arrastraba detrás de él, sujetando una cuerda con nudos tendida a lo largo de un pasillo que parecía no tener fin—, es bastante silencioso. Escucha sus voces, ¿sabes?. Habla consigo mismo, o tal vez con las voces, no lo sé, y a veces le viene algo y queda así... —Cuando dejó de hablar, ella todavía podía oír tenues ecos de los aullidos de Ludgate. — Quizás te parezca una crueldad de mi parte el que yo lo deje así, pero en realidad es lo mejor. Pronto se cansará. Tendrá hambre. Y entonces vendrá a buscarme. Quiere su cena, ¿sabes?.

—¿Eres australiano? —preguntó Marly.

—De Nueva Melbourne —dijo él—. O lo era, antes de subir por el pozo...

—¿Te importa si te pregunto por qué estás aquí? Quiero decir, aquí en este, esta... ¿Qué es lo que es?

El muchacho rió. —En general, lo llamo el Lugar. Lud le da muchos nombres, pero más que nada lo llama el Reino. Piensa que ha encontrado a Dios. Supongo que lo ha hecho, si quieres verlo de esa manera. Hasta donde yo conozco, él era una especie de maleante de consola antes de que subiera por el pozo. No sé cómo fue que llegó hasta aquí, sólo sé que al pobre diablo esto le gusta... Yo, yo vine aquí huyendo, ¿entiendes? Tuve problemas en otro lado, no voy a ser demasiado específico, y tuve que salir de allá. Llegué hasta aquí, ésa es otra larga historia, y me encontré con el loco de Ludgate casi muriéndose de hambre. Se había armado una especie de negocio vendiendo desechos que recogía, y esas cajas que tú buscas, pero ya estaba demasiado ido para seguir con aquello. Los compradores venían, digamos, tres veces por año, pero él los echaba. Bueno, pensé yo, aquí puedo esconderme tan bien como en cualquier sitio, así que me puse a ayudarlo. Eso es todo, supongo...

—¿Puedes llevarme a ver al artista? ¿Está aquí? Es sumamente urgente...

—Te llevaré, no te preocupes. Pero, ¿sabes?, este lugar no fue construido para que viviera gente, quiero decir, no para moverse dentro, así que es un viaje un poco largo... Pero no es muy probable que se vaya a ningún lado. No puedo asegurarte que haga una caja para ti. ¿De veras trabajas para Virek? ¿Ese viejo de mierda fabulosamente rico que aparece en la tele? Es alemán, ¿verdad?

—Sí, trabajé para él —respondió Marly— durante algunos días. En cuanto a su nacionalidad, imagino que Virek es el único ciudadano de una nación constituida por Herr Virek...

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Jones, alegremente—. Con estos viejos tan ricos supongo que da igual, aunque es más divertido que observar a un maldito zaibatsu... No es muy probable que un zaibatsu se meta en problemas que lo destruyan, ¿no lo crees? Por ejemplo, el viejo Ashpool, que era compatriota mío, que construyó todo esto; dicen que su propia hija lo degolló, y ahora está tan loca como el viejo Lud, encerrada en algún lado en el castillo de la familia. El Lugar era antes parte de todo eso, ¿sabes?

—Rez..., quiero decir, la dueña de la nave que me trajo, dijo algo por el estilo. Y una amiga mía, en París, mencionó a los Tessier-Ashpool hace poco... ¿El clan está decayendo?

—¿Decayendo? ¡Dios! Más bien caídos del todo. Piensa en ello: estamos arrastrándonos, tú y yo, por lo que una vez fueron los núcleos de información de su empresa. Un contratista en Paquistán compró todo el asunto; el casco está en buen estado, y hay una buena cantidad de oro en los

circuitos, pero no es tan barato rescatarlo como podría parecer... Ha estado a la deriva aquí arriba desde entonces, con el viejo Lud por única compañía, y a la vez acompañándolo a él. Hasta que llegué yo, quiero decir. Supongo que algún día vendrán los equipos de Paquistán y se pondrán a desarmarlo todo... Sin embargo, es curioso, porque parece que en gran medida sigue funcionando, al menos durante parte del tiempo. Una historia que me contaron los que me trajeron aquí la primera vez, decía que la T-A borró todos los núcleos antes de soltarlos del resto de huso...

—¿Pero tú piensas que siguen siendo operativos?

—Sí, por supuesto. Más o menos como Lud, si a eso se puede llamar operativo. ¿Qué crees que es tu hacedor de cajas?

—¿Qué sabes de los Biolaboratorios Maas?

—¿Los Moss qué?

—Maas. Fabrican biochips...

—Aja. Ésos. Bueno, eso es todo lo que sé...

—¿Ludgate habla de ellos?

—Tal vez. No puedo decirte que escuche todo lo que él dice. Lud habla mucho...

27. Las estaciones del aliento

Los condujo por avenidas transversales bordeadas de herrumbrosas laderas de vehículos muertos, grúas y negras torres de desguace y fundición. Continuó por las calles secundarias mientras se abrían camino hacia el flanco oeste del Sprawl, y luego dirigió el deslizador a lo largo de un cañón de ladrillo, haciendo saltar chispas de los laterales blindados cuando éstos rozaban la pared, y arremetió contra un muro de basura compactada cubierta de hollín. Una avalancha de desechos cayó sobre el vehículo, y él soltó los controles, viendo cómo los dados de plástico se balanceaban de atrás hacia adelante, de derecha a izquierda. El medidor de combustible indicaba cero desde hacía doce calles.

—¿Qué pasó allá? —dijo Angie, los pómulos verdes en el resplandor de los instrumentos.

—Derribé un helicóptero, no fue más que un accidente. Tuvimos suerte.

—No, quiero decir después de eso. Yo estaba... Tuve un sueño.

—¿Qué soñaste?

—Las cosas grandes, moviéndose...

—¿Tuviste una especie de rapto?

—¿Estoy enferma? ¿Crees que estoy enferma? ¿Por qué me quiso matar la compañía?

—No creo que estés enferma.

Angie se desató el arnés y trepó por el respaldo del asiento, para acurrucarse donde habían dormido. —Fue un pesadilla... —Se puso a temblar. Él salió del arnés y se acercó a ella, la abrazó, acariciándole el pelo, alisándolo sobre las delicadas sienes, echándoselo detrás de las orejas. El rostro de la muchacha, en el resplandor verde, como algo arrancado de los sueños y luego abandonado, la piel lisa y fina sobre los huesos. La camisa negra a medio abrir; él recorrió la línea frágil de su clavícula con un dedo. Tenía la piel fría, húmeda, con una película de sudor. Ella se aferró a él.

Él cerró los ojos y vio su propio cuerpo en una cama listada de sol, bajo un lento ventilador con aspas de dura y negra madera. El cuerpo bombeaba aire, contrayéndose como una extremidad amputada; la cabeza de Allison estaba echada hacia atrás y tenía, la boca abierta, los labios tensos contra los dientes.

Angie le hundió la cara en la cavidad del cuello.

Gruñó, se echó hacia atrás, rígida. —Hombre alquilado —dijo la voz. Y él volvió al asiento del conductor; el cañón de la Smith & Wesson reflejaba una línea del fulgor verde de los instrumentos, la cabeza luminosa del visor frontal eclipsaba la pupila izquierda de la muchacha.

—No —dijo la voz.

Él bajó el arma. —Has vuelto.

—No. Te ha hablado Legba. Yo soy Samedi.

—¿Sábado?

—El barón Sábado, hombre alquilado. Me conociste una vez en una colina. La sangre te cubría como el rocío. Aquel día bebí de tu corazón. —Su cuerpo se estremeció con violencia.— Tú conoces bien esta ciudad...

—Sí. —Contempló cómo los músculos de su cara se tensaban para luego relajarse, moldeando sus rasgos en una nueva máscara...

—Muy bien. Deja el vehículo aquí, como tenías pensado. Pero sigue las estaciones hacia el norte. A Nueva York. Esta noche. Yo te guiaré con el caballo de Legba, y tú matarás por mí...

—¿Matar a quién?

—Al que más quieres matar, hombre alquilado.

Angie dejó escapar un gemido, se estremeció, y comenzó a sollozar.

—Está bien —dijo Turner—. Estamos a mitad de camino, casi en casa. —Lo que acababa de decir era absurdo, pensó, mientras la ayudaba a levantarse del asiento; ninguno de los dos tenía casa. Encontró la caja de cartuchos en el anorak y sustituyó el que había usado contra el Honda. Encontró una navaja salpicada de pintura en la canastilla de herramientas del tablero, y desgarró el forro aislante del anorak; un millón de microtubos de poliaislamiento iban surgiendo a medida que cortaba. Cuando lo hubo sacado, metió la Smith & Wesson en la funda y se puso el anorak. Colgaba sobre él en grandes pliegues, como un impermeable demasiado grande, y no dejaba ver el bulto de la voluminosa pistola.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó ella pasándose el dorso de la mano por la boca.

—Porque ahí fuera hace calor y necesito cubrir el arma. —Metió el estuche lleno de Nuevos Yens usados en el bolsillo.— Vamos —dijo—, tenemos que tomar muchos trenes...

La condensación goteaba con insistencia desde la vieja cúpula de Georgetown, construida cuarenta años después de que los debilitados Federales se retiraran hacia los más bajos confines de McLean. Washington era una ciudad del sur, siempre lo había sido, y aquí podías sentir que el tono del Sprawl cambiaba si ibas en tren desde Boston. Los árboles del distrito de Columbia eran exuberantes y verdes, y sus hojas atenuaban las luces de arco a medida que Turner y Ángela Mitchell caminaban por las rotas aceras hacia Dupont Circle y la estación. Había bidones en la plaza, y alguien había encendido una fogata de basura en el gigantesco cuenco de mármol del centro. Pasaron junto a unas figuras silenciosas que estaban sentadas al lado de unas mantas extendidas sobre las que había depositado una surrealista variedad de trastos: estuches de cartón, hinchados por la humedad, de discos de audio de vinilo negro, maltrechas prótesis que arrastraban sus rudimentarias conexiones nerviosas, una polvorienta pecera de vidrio llena de chapas de identificación cuadradas, fajos de descoloridas postales sujetas con cinta elástica, baratos trodos Indo aún envueltos en el plástico del mayorista, juegos incompletos de saleros de cerámica, un palo de golf con un raído mango de cuero, navajas suizas a las que les faltaban hojas, una abollada papelera de lata con la cara de un presidente cuyo nombre Turner casi pudo recordar (¿Cárter? ¿Grosvenor?), impresa en ella, borrosos hologramas del Monumento...

Entre las sombras próximas a la entrada de la estación, Turner regateó en voz baja con un muchacho chino de téjanos blancos, cambiando el billete más pequeño de Rudy por nueve fichas de aleación estampadas con el barroco logotipo de la Autoridad de Tránsito del EMBA.

Dos fichas les dieron acceso a la estación. Tres de ellas se gastaron en máquinas expendedoras de café malo y pastas rancias. Las otras cuatro los llevaron hacia el norte, en el tren que corría silenciosamente sobre un cojín magnético. Turner se reclinó, rodeando a Angie con el brazo, y fingió cerrar los ojos; observó su reflejo en la ventana opuesta. Un hombre alto, ahora demacrado y sin afeitar, encorvado por la derrota, con una niña de ojos hundidos acurrucada junto a él. Ella no había hablado desde que salieran del callejón donde él había abandonado el deslizador.

Por segunda vez en una hora consideró la posibilidad de llamar a su agente. Si tienes que confiar en alguien, decía la regla, entonces confía en tu agente. Pero Conroy había dicho que había contratado a Oakey y a los demás a través del agente de Turner, y esa conexión lo hacía dudar. ¿Dónde estaba Conroy esa noche? Turner estaba relativamente seguro de que era Conroy quien

había enviado a Oakey a darles caza con el láser. ¿Acaso la Hosaka habría dispuesto la explosión de Arizona para eliminar la evidencia de un abortado intento de defección? Pero de ser así, ¿por qué ordenarle a Webber que destruyese a los médicos, su unidad de neurocirugía, y la consola Maas-Neotek? Y otra vez la Maas... ¿Habría la Maas matado a Mitchell? ¿Cabía pensar que Mitchell estuviese realmente muerto? Sí, pensó, mientras la niña se movía a su lado en incómodo sueño; había una razón: Angie. Mitchell había temido que la mataran; había concertado la defección para sacarla, llevarla a la Hosaka, sin intención alguna de escapar él mismo. O, al menos, ésa era la versión de Angie.

Cerró los ojos, escapó al reflejo. Algo se movió en lo más profundo del aluvión de memorias grabadas de Mitchell. La vergüenza. Pero no pudo alcanzarlo del todo... Abrió los ojos repentinamente. ¿Qué había dicho ella en casa de Rudy? ¿Que su padre le había puesto eso en la cabeza porque no era lo bastante lista? Cuidando de no molestarla, retiró el brazo de su espalda y, metiendo dos dedos en el bolsillo de la cintura de sus pantalones, sacó el pequeño sobre de nailon negro de Conroy tirando de la cinta que tenía para llevarlo al cuello. Abrió el velero y dejó caer el hinchado y asimétrico biosoft gris sobre la palma de su mano abierta. Sueños mecánicos. Montaña rusa. Demasiado rápidos, demasiado ajenos para dejarse aprehender. Pero si querías algo, algo específico, tendrías que ser capaz de encontrarlo...

Hundió la uña del pulgar bajo la tapa del conector, la sacó y la depositó a su lado sobre el asiento de plástico. El tren estaba casi vacío, y ninguno de los otros pasajeros parecía prestarle atención. Respiró hondo, apretó los dientes, e insertó el biosoft...

Veinte segundos después tenía lo que había salido a buscar. Esta vez no fue afectado por la sensación de extrañeza, y concluyó que fue porque había salido a buscar esa cosa específica, ese hecho, exactamente el tipo de información que uno esperaría encontrar en el dossier de un investigador de primera: el cociente intelectual de su hija, reflejado por series enteras de exámenes anuales.

Ángela Mitchell tenía un cociente muy superior al promedio. Y lo había tenido siempre.

Sacó el biosoft del conector y distraídamente lo hizo girar entre el pulgar y el índice. La vergüenza. Mitchell y la vergüenza y el curso de posgrado... Las calificaciones, pensó. Quiero las notas del hijo de puta. Quiero los informes.

Conectó el dossier otra vez.

Nada. Lo tenía, pero no había nada.

No. Otra vez.

Otra vez...

—Maldita sea —dijo, viéndolo.

Un adolescente de cabeza rapada lo miró desde su asiento al otro lado del pasillo, y luego volvió a prestar atención al monólogo de su amigo: —Van a hacer los juegos otra vez, en la colina, a medianoche. Nosotros vamos a ir, pero sólo a mirar, no vamos a participar, sólo recostarnos y dejarlos que se rompan el culo entre ellos, y nos vamos a reír, a ver a quién le pegan más, porque la semana pasada le rompieron el brazo a Susan, ¿tú estabas allí cuando sucedió? Y fue divertido, porque Cal estaba tratando de llevarlos al hospital, pero estaba volado y se estrelló con esa Yamaha de mierda...

Turner volvió a conectar el biosoft.

Esta vez, cuando terminó, no dijo nada. Volvió a rodear a Angie con el brazo y sonrió, viendo su sonrisa en la ventana. Era una sonrisa feérica, propia del estado en que se encontraba.

Los antecedentes académicos de Mitchell eran buenos, extremadamente buenos. Excelentes. Pero el arco no estaba allí. El arco era algo que Turner había aprendido a buscar en los dossiers de los investigadores, esa inequívoca curva indicadora de brillantez. Podía detectar el arco del mismo modo en que un metalúrgico experto es capaz de identificar un metal observando la chispa que despide a alta fricción. Y Mitchell no lo había tenido.

La vergüenza. La residencia estudiantil. Mitchell había sabido, había sabido que no lo lograría. Y luego, de algún modo, lo hizo. ¿Cómo? No estaba en el dossier. Pero Mitchell, de una manera *o* de otra, se las ingenió para editar lo que proporcionó a la máquina de seguridad de la Maas. De otra

forma se habrían dado cuenta... Alguien, algo, había encontrado a Mitchell en el bajón posterior a que se graduara y había comenzado a darle información. Datos, direcciones. Y Mitchell empezó a escalar con su arco duro y brillante y perfecto, que lo había llevado a la cima...

¿Quién? ¿Qué?

Miró el rostro dormido de Angie en el temblor de la luz del tren subterráneo.

Fausto.

Mitchell había hecho un trato. Tal vez Turner nunca llegara a conocer los detalles del acuerdo, o el precio de Mitchell, pero sabía que entendía la otra cara del asunto. Lo que a Mitchell se le había exigido a cambio.

Legba, Samedi, saliva surgiendo de los retorcidos labios de la niña.

Y el tren entró en la vieja Union en una negra bocanada de aire de medianoche.

—¿Taxi, señor? —Los ojos del hombre se agitaban detrás de unas gafas de tinte policromático que se movían como manchas de aceite en el agua. En el dorso de sus manos había cicatrices plateadas. Turner se acercó y lo tomó del brazo, sin dejar de andar, forzándolo contra una pared de rayadas baldosas blancas entre las columnas grises de la consigna.

—Efectivo —dijo Turner—. Pago en Nuevos Yens. Quiero mi taxi. Y *ningún* problema con el conductor. ¿Entendido? No soy tonto. —Apretó con más fuerza. —Si me creas problemas, volveré para matarte, o para hacerte desear que te hubiera matado.

—Entendido. Sí, señor. Entendido. Podemos hacer eso, señor, sí, señor. ¿Adonde quiere ir, señor? —Las demacradas facciones retorcidas de dolor.

—Hombre alquilado —la voz provenía de Angie, un ronco susurro. Y luego una dirección.

Turner vio los ojos aprehensivos del hombre temblar con nerviosidad tras los remolinos de colores. —¿Eso está en Madison? —alcanzó a decir—. Sí, señor. Yo le conseguiré un buen taxi, un taxi bueno de verdad...

*

—¿Qué sitio es éste? —preguntó Turner al taxista, al tiempo que se inclinaba hacia adelante para pulsar el botón del intercomunicador junto a la rejilla de acero—. *¿La* dirección que le dimos?

Se oyó un ruido de estática. —El Hipermart. No hay muchas cosas abiertas a esta hora de la noche. ¿Busca algo determinado?

—No —dijo Turner. No conocía el lugar. Intentó recordar aquel tramo de Madison. Residencial, en su mayor parte. Incontables espacios de viviendas esculpidos en las cáscaras de edificios comerciales que databan de un tiempo en que el comercio necesitaba trabajadores administrativos que estuviesen físicamente presentes en un punto central. Algunos de los edificios eran lo bastante altos para penetrar una cúpula...

—¿Adonde vamos? —preguntó Angie con una mano apoyada en el brazo de él.

—Está todo bien —la tranquilizó—. No te preocupes.

— Dios — dijo ella, apoyándose en el hombro de Turner y alzando la vista hacia el logo de neón rosado del Hipermart, que desgarraba la fachada de granito del viejo edificio —. Allá en la meseta solía soñar con Nueva York. Tenía un programa de gráficos que me llevaba por todas las calles, a museos y otras cosas. Quería venir aquí más que nada en el mundo...

—Bueno, lo lograste. Estás aquí.

Ella se echó a llorar, abrazándolo, la cara contra su pecho desnudo. —Estoy asustada, estoy tan asustada...

—Todo irá bien —dijo Turner mientras le acariciaba el pelo, con los ojos fijos en la entrada principal. No tenía por qué creer que nada llegase a estar bien para ninguno de los dos. Ella parecía no tener idea de que las palabras que los habían llevado hasta allí habían salido de su boca. Pero, pensó, no las había dicho ella...

Había mendigos acurrucados a ambos lados de la entrada del Hipermart, bultos horizontales de harapos que habían tomado el mismo color de la acera; miraron a Turner como si estuviesen siendo

lentamente moldeados a partir del oscuro hormigón, para convertirse en extensiones móviles de la ciudad.

—El Jammer's —dijo la voz, ahogada en el pecho de Angie, y él sintió una fría repulsión—, un club. Busca el caballo de Dambala. —Y se echó a llorar otra vez. Él la tomó de la mano y, dejando atrás a los dormidos trashumantes, entraron por la puerta de cristal, bajo deslucidas volutas doradas. Vio una máquina de café exprés al final de un pasillo de toldos y puestos cerrados, una chica con una cresta de pelo negro limpiando un mostrador.

—Café —dijo—. Comida. Vamos. Necesitas comer.

Sonrió a la chica mientras Angie se acomodaba en un taburete. —¿Puedo pagar en efectivo? —preguntó—. ¿Aceptas efectivo?

Ella lo miró y alzó los hombros. Él sacó un billete de veinte del bolso de Rudy y se lo enseñó.

— ¿Qué queréis?

—Café. Y comida.

—¿Eso es todo lo que tiene? ¿Nada más pequeño?

Él sacudió la cabeza.

—Lo siento. No le puedo dar cambio.

—No tienes por qué.

—¿Está loco?

—No, pero quiero café.

—Vaya propina, jefe. No gano eso en una semana.

—Es tuyo.

El rostro se le contrajo de rabia. —Usted está con esos locos de arriba. Guárdese el dinero. Estoy cerrando.

—No estamos con nadie —dijo inclinándose ligeramente sobre el mostrador, de modo que el anorak se abriera y ella pudiese ver la Smith & Wesson—. Estamos buscando un club. Un sitio que se llama Jammer's.

La chica miró a Angie, y luego a Turner. —¿Está enferma? ¿Volada? ¿Qué es esto?

—Aquí está el dinero —dijo Turner—. Danos nuestro café. Si quieres ganarte el cambio, dime cómo encontrar el Jammer's. Tengo que saberlo. ¿Entiendes?

La chica escondió el gastado billete y fue hasta la máquina de café. —Creo que ya no entiendo nada. —Apartó ruidosamente unas tazas y vasos con restos de leche. — ¿Qué pasa con el Jammer's? ¿Eres amigo de Jammer? ¿Conoces a Jackie ?

—Claro —dijo Turner.

—Pasó por aquí esta mañana temprano con un taradito de las afueras. Supongo que subieron allá arriba...

—¿Adonde?

—Al Jammer's. Después empezaron a pasar cosas raras.

—¿Sí?

—Todos esos mal nacidos de Barrytown, engominados y de zapatos blancos, entrando como si fuera su casa. Y ahora, vaya si lo es, los dos últimos pisos. Empezaron a pagarle a la gente para que se fuera de los puestos. En los pisos de abajo muchos cerraron y se fueron. Demasiado raro...

— ¿Cuántos eran?

El vapor salió rugiendo de la máquina. —Unos cien. He pasado todo el día muerta de miedo, pero no puedo encontrar a mi jefe. De todos modos, cierro dentro de media hora. La que hace el turno del día no apareció, o quizá vino, olió problemas, y se fue... —Tomó la pequeña taza y la puso delante de Angie. —¿Te encuentras bien, cariño?

Angie asintió.

—¿Tienes alguna idea de lo que está haciendo esa gente? —preguntó Turner.

La chica había regresado a la máquina, que volvió a rugir. —Creo que esperan a alguien —dijo en voz baja, y sirvió el café de Turner—. O que alguien trate de salir del Jammer's, o que alguien trate de entrar...

Turner bajó la mirada y contempló los remolinos de espuma marrón de su café. —¿Y nadie ha

llamado a la policía?

—¿La policía? Jefe, esto es el Hipermart. Aquí la gente no llama a la policía...

La taza de Angie se hizo añicos sobre el mostrador de mármol.

—Abrevia, hombre alquilado —susurró la voz—. Conoces el camino. Entra.

La chica quedó boquiabierta. —Dios mío —dijo—. Tiene que estar completamente volada... —Miró a Turner con frialdad. — ¿Es usted quien se la da?

—No —respondió Turner—, pero está enferma. Todo irá bien. —Terminó el amargo café negro. Por un instante le pareció que el Sprawl entero respiraba, y su aliento era viejo y enfermo y cansado, de estación a estación, desde Boston hasta Atlanta...

28. Jaylene Slide

— ¡Dios mío! —exclamó Bobby—. ¿No puedes envolverla o algo? —La quemadura de Jammer llenaba el despacho de un olor a cerdo frito que le revolvía el estómago.

—Una quemadura no debe vendarse —dijo Jackie , ayudando a Jammer a sentarse en su silla. Comenzó a abrir los cajones del escritorio, uno tras otro—. ¿Tienes algún calmante? ¿Dermos? ¿Cualquier cosa?

Jammer meneó la cabeza, con el rostro laxo y pálido. —Tal vez. Detrás de la barra hay un botiquín...

—¡Tráelo! —espetó Jackie —. ¡Muévete!

—¿Por qué te preocupas tanto por él? —comenzó Bobby, herido por el tono de su voz—. Él trató de hacer entrar a los Gothicks...

— ¡Trae la caja, imbécil! Sólo perdió la calma por un momento. Se asustó. Tráeme esa caja o serás tú el que la necesite.

Salió corriendo a la sala y encontró a Beauvoir interconectando rosadas salchichas de explosivo plástico con una caja de plástico amarillo que parecía la unidad de control de un camión de juguete. Las salchichas estaban aplastadas alrededor de las bisagras de las puertas y a ambos lados de la cerradura.

—¿Para qué es eso? —preguntó Bobby mientras trepaba a la barra.

—Puede que algunos quieran entrar —dijo Beauvoir—. Si lo hacen, les abriremos.

Bobby se detuvo para admirar el arreglo. —¿Por qué no lo aplastas directamente contra el vidrio, para que estalle derecho hacia afuera?

—Demasiado obvio —dijo Beauvoir, irguiéndose, con el detonador amarillo en las manos—. Pero me alegra que pienses en estas cosas. Si intentamos hacerla volar hacia afuera, una parte volará hacia adentro. De esta forma es más... prolijo.

Bobby se encogió de hombros y desapareció detrás de la barra. Había cestos de alambre llenos de bolsas plásticas de galletas de krill, un surtido de paraguas olvidados, un diccionario completo, un zapato azul de mujer, una caja de plástico blanco con una cruz roja torpemente pintada con esmalte de uñas... Tomó la caja y volvió a saltar la barra.

—Eh, Jackie ... —dijo depositando el botiquín de primeros auxilios junto a la consola de Jammer.

—Olvídalo. —Jackie abrió la caja y revolvió en su interior.— Jammer, aquí dentro hay más poppers que otra cosa...

Jammer sonrió lánguidamente.

—Toma. Éstos te servirán. —Desenrolló una lámina de dermos rojos y comenzó a arrancarlos del forro, alisando tres sobre el dorso de la mano quemada. — Pero lo que necesitas es un anestésico local.

—Estaba pensando —dijo Jammer dirigiéndose a Bobby—. Tal vez ahora tengas la oportunidad de acumular unas horas de consola...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bobby mirando la consola de soslayo.

—Es lógico pensar que quien sea que haya traído a esos locos de ahí fuera también haya intervenido los teléfonos.

Bobby asintió. Beauvoir había dicho lo mismo, cuando les había explicado su plan.

—Bueno, cuando Beauvoir y yo decidimos que tú y yo podríamos entrar en la matriz para explorar un poco, en realidad yo tenía otra cosa en mente. —Jammer mostró a Bobby su colección de dientes blancos y pequeños. — Verás, estoy metido en esto porque les debía un favor a Beauvoir y a Lucas. Pero también hay gente que me debe favores a mí, favores de hace mucho tiempo. Favores que nunca necesité cobrarme.

—Jammer —dijo Jackie —. Tienes que relajarte. Quédate tranquilo. Podrías entrar en shock.

—¿Qué tal es tu memoria, Bobby? Voy a decirte una secuencia. Tú practícala en mi consola. Sin encenderla, sin conectar. ¿De acuerdo?

Bobby asintió.

—Entonces corre esto en seco un par de veces. Un código de entrada. Por la puerta trasera.

—¿La puerta trasera de quién? —Bobby dio vuelta la consola y puso los dedos en posición sobre el teclado.

—De los Yakuza —dijo Jammer.

Jackie lo miró fijamente. —Eh, ¿qué crees...?

—Lo que dije. Es un favor de hace tiempo. Pero ya sabes lo que dicen, los Yakuza nunca olvidan. Y funciona en ambos sentidos...

Una vaharada de carne chamuscada llegó hasta Bobby, quien hizo una mueca de desagrado.

—¿Cómo es que no le mencionaste esto a Beauvoir? —Jackie estaba doblando cosas y guardándolas en la caja blanca.

—Cariño —dijo Jammer—, ya aprenderás. Hay cosas que te enseñan a saber olvidar.

—Bueno, escucha —dijo Bobby, mirando a Jackie con lo que esperaba fuese su mirada más dura—, yo soy el que se va a encargar de esto. Así que no necesito tus loa, ¿de acuerdo? Me ponen nervioso.

—Ella no los invoca —dijo Beauvoir, en cuclillas {unto a la puerta del despacho, con el detonador en una mano y el arma antimotín surafricana en la otra —, ellos *vienen* solos. Si ellos quieren venir, aparecen *allí.* De todos modos, tú les caes bien... Jackie se ajustó los trodos sobre la frente.

—Bobby —dijo—, estarás bien. No te preocupes, sólo conecta. —Se había quitado el pañuelo de la cabeza. Su pelo estaba peinado en hileras entre limpios surcos de lustrosa piel marrón, con antiguas resistencias de colección hilvanadas a intervalos irregulares, pequeños cilindros de resina fenólica marrón anillados por franjas de pintura de diferentes colores.

—Cuando teclees el camino para pasar la pelota de baloncesto —dijo Jammer a Bobby—, lo que tienes que hacer es zambullirte tres pasos a la derecha y buscar el fondo, quiero decir, derecho hacia abajo...

—¿Para pasar la qué?

—La pelota de baloncesto. La esfera de coprosperidad de la cintura solar Dallas-Fort Worth. Ahí tienes que bajar rápido, todo el camino, y entonces corres como te expliqué, durante unos veinte pasos. Ahí abajo está todo lleno de vendedores de coches usados y asesores fiscales, pero sigue así, ¿correcto?

Bobby asintió, sonriendo.

—Si alguien te ve pasar, bueno, ése es su problema. La gente que conecta por allá está acostumbrada a ver mierdas raras, de todos modos...

—Bueno —dijo Beauvoir a Bobby—, *póntela.* Tengo que volver a la puerta...

Bobby conectó.

*

Siguió las instrucciones de Jammer, secretamente agradecido de poder sentir a Jackie a su lado cuando se sumergieron en las profundidades del trayecto cotidiano de la matriz, con la brillante pelota de baloncesto empequeñeciéndose sobre ellos. La consola era rápida, supersuave, y hacía que se sintiera veloz y fuerte. Se preguntó cómo había hecho Jammer para que los Yakuza le debieran

un favor, uno que nunca se había molestado en cobrar, y una parte de él ya estaba concibiendo historias cuando llegaron al hielo.

—Dios mío... —Y Jackie ya no estaba. Algo había aparecido entre los dos, algo que él sentía como frío y silencio y un corte de la respiración. — ¡Pero *allí no* había nada, maldita sea! —Estaba congelado, de alguna manera, fijado en posición. Aún podía ver la matriz, pero no sentía las manos.

—¿Por qué demonios conectaría alguien a un crío como tú con una consola como ésa? Ese aparato debería estar en un museo, y *tú* deberías estar en la escuela primaria.

—¡Jackie ! —El grito fue un reflejo.

—Vaya —dijo la voz—, no sé. Hace ya unos largos días que no duermo, pero de veras que tú no pareces ser lo que yo salí a pescar cuando apareciste allí... ¿Qué edad tienes?

—¡Vete a la mierda! —dijo Bobby. Fue lo único que se le ocurrió decir.

La voz se echó a reír. —Ramírez se moriría de risa con esto, ¿sabes? Él tenía un gran sentido del ridículo. Es una de las cosas que echo de menos...

—¿Quién es Ramírez?

—Mi compañero. Ex. Muerto. Muy. Pensaba que tal vez podías decirme cómo fue que quedó así.

—Nunca oí hablar de él —dijo Bobby—. ¿Dónde está Jackie ?

—Está sentada con el culo congelado en el ciberespacio mientras tú respondes a mis preguntas, wilson. ¿Cómo te llamas?

—B... Conde Cero.

—Seguro. ¡Tu nombre!

—Bobby, Bobby Newmark...

Silencio. Y: —Bueno. Aja. Entonces sí tiene algo de sentido. Fue contra el apartamento de tu madre que vi que los fantasmas de la Maas disparaban un cohete, ¿verdad? Pero supongo que no estabas en casa, o no estarías aquí. Espera un segundo...

Un cuadrado de ciberespacio directamente delante de él se movió, mareándolo, y Bobby se encontró dentro de un gráfico azul claro que parecía representar un apartamento muy espacioso, las formas bajas del mobiliario bosquejadas en finísimas líneas de neón azul. Una mujer estaba de pie frente a él, una especie de garabato de historieta con forma de mujer, una mancha marrón por rostro. —Soy Slide —dijo la figura, con las manos en la cintura—, Jaylene. A mí no me puedes joder. Nadie en Los Ángeles —gesticuló, e instantáneamente apareció una ventana detrás de ella— puede joderme. ¿Lo entiendes?

—Correcto —dijo Bobby—. ¿Qué *es* esto? Quiero decir, ¿podría usted explicar...? —Seguía sin poder moverse. La «ventana» mostraba una panorámica en vídeo azul grisácea de palmeras y edificios viejos.

—¿Qué quieres decir?

—Esta especie de dibujo. Y usted. Y esa vieja imagen...

—Oye, muchacho, pagué a un diseñador un brazo y una pierna para que me tecleara esto. Es mi espacio, mi construcción. Esto es Los Ángeles, muchacho. Aquí la gente no hace *nada* sin conectar. ¡Aquí es donde yo *recibo*

—Ah —dijo Bobby, todavía desconcertado.

—Te toca a ti. ¿Quién está allá, en aquella sala de baile de mala muerte?

—¿El Jammer's? Yo, Jackie , Beauvoir, Jammer.

—¿Y adonde ibas cuando te agarré?

Bobby dudó. —Los Yakuza. Jammer tiene un código...

—¿Para qué? —La figura se movió hacia adelante, un grueso esbozo animado y sensual.

—Para pedir ayuda.

—Mierda. Es probable que estés diciendo la verdad...

—Así es, así es, lo juro por Dios...

—Bueno, tú no eres lo que yo necesito, Bobby Cero, He estado recorriendo el ciberespacio de arriba abajo tratando de averiguar quién mató a mi hombre. Pensé que sería la Maas, porque estábamos robándoles un tipo para la Hosaka, así que le seguí la pista a uno de sus equipos de

fantasmas. Lo primero que vi fue lo que le hicieron al edificio de tu mamá. Después vi que tres de ellos visitaban la casa de un tipo al que le dicen el Finlandés, pero esos tres no volvieron a salir...

—El Finlandés los mató —dijo Bobby—. Yo los vi. Muertos.

—¿Sí? Bueno, entonces puede ser que sí tengamos algo que decirnos. Después de eso, vi que los otros tres usaban la misma bomba contra un chulomóvil...

—Ése era Lucas —dijo él.

—Pero no bien lo volaron apareció un helicóptero y los frió a todos con un láser. ¿Sabes algo de eso?

—No.

—¿Crees que puedes contarme tu historia, Bobby Cero? ¡Pero sé breve!

—Yo iba a correr un programa, ¿no? Y Dos-por-Día, de los Proyectos, me había dado un rompehielos, y yo...

Cuando hubo terminado, ella permaneció en silencio. La escurridiza figura de historieta se detuvo junto a la ventana, como si estuviese estudiando los árboles televisivos.

—Tengo una idea —se atrevió a decir Bobby—. Quizás usted pueda ayudarnos...

—No —dijo ella.

—Pero quizá le ayude a descubrir lo que quiere...

—No. Sólo quiero matar al hijo de puta que se cargó a Ramírez.

—Pero nosotros estamos atrapados allá, nos van a matar. ¡Es la Maas, la gente que usted estaba siguiendo en la matriz! Ellos contrataron a un montón de Kasuals y Gothicks...

—No fue la Maas —dijo la mujer—. Fueron unos Euros, allá en Park Avenue. Rodeados por una milla de hielo.

Bobby asimiló lo que ella dijo. —¿Ésos eran los del helicóptero, los que mataron a los otros tipos de la Maas?

—No. No pude rastrear bien ese helicóptero, y se alejaron hacia el sur. Los perdí. Pero tengo una sospecha... De todos modos, te voy a mandar de vuelta. Si quieres probar ese código Yakuza, adelante.

—Pero, señora, necesitamos *ayuda*...

—Ayudar no rinde beneficios, Bobby Cero —dijo ella, y entonces él estaba sentado frente a la consola de Jammer, con los músculos del cuello y la espalda doloridos. Pasó un rato hasta que pudo enfocar la mirada, así que tardó casi un minuto en darse cuenta de que había más personas en la habitación.

El hombre era alto, tal vez más alto que Lucas, pero más atlético, más estrecho de caderas. Llevaba puesta una especie de holgada chaqueta de combate que le colgaba en pliegues, con bolsillos gigantes, y su pecho estaba desnudo salvo por una correa negra horizontal. Sus ojos se veían febriles y estaban rodeados de pequeñas heridas y llevaba en la mano el arma más grande que Bobby había visto jamás, una especie de revólver aumentado con un extraño dispositivo moldeado bajo el cañón, una cosa semejante a la cabeza de una cobra. Junto a él, tambaleándose, había una chica que podía haber tenido la misma edad de Bobby, con las mismas escoriaciones alrededor de los ojos —aunque los suyos eran oscuros— y lacio pelo castaño que necesitaba un lavado. Tenía puesta una camisa negra, demasiado grande para ella, y téjanos. El hombre estiró la mano izquierda para sostenerla.

Bobby miró fijamente, y quedó boquiabierto cuando de golpe recordó.

Vozdechica, pelomarrón, ojososcuros, el hielo que lo comía, la sensación en los dientes, la voz de ella, la cosa grande que caía sobre él..

— *Viv la Vyèj* —dijo Jackie , a su lado, arrebatada, apretándole el hombro con la mano—, la Virgen de los Milagros. Ha venido, Bobby. ¡Dambala la ha enviado!

—Estuviste inconsciente un rato, muchacho —dijo el hombre alto a Bobby—. ¿Qué pasó?

Bobby parpadeó, miró ansiosamente a su alrededor, encontró la mirada de Jammer, vidriosa por las drogas y el dolor.

—Díselo —dijo Jammer.

—No pude llegar a los Yak. Alguien me agarró, no sé como...

—¿Quién? —Ahora el hombre alto rodeaba a la chica con el brazo.

—Dijo que se llamaba Slide. De Los Ángeles. —Jaylene —dijo el hombre.

El teléfono del escritorio de Jammer se puso a sonar. —Contesta —dijo el hombre.

Bobby se volvió al tiempo que Jackie estiraba el brazo y tocaba la barra de llamada bajo la pantalla cuadrada. La pantalla se encendió, titiló, y les dejó ver el rostro de un hombre, ancho y muy pálido, los ojos hundidos y de aspecto soñoliento. Su pelo estaba teñido de un tono casi blanco, y peinado hacia atrás. Bobby no recordaba haber visto en su vida boca más cruel.

—Turner —dijo el hombre—, será mejor que hablemos ahora. No te queda mucho tiempo. Creo que, para empezar, tendrías que sacar a esa gente de la habitación...

29. Hacedor de cajas

La cuerda de nudos parecía no tener fin. A veces llegaban a ángulos, bifurcaciones del túnel. Allí la cuerda estaba enrollada alrededor de un puntal o sujeta por un grueso y transparente mazacote de resina epoxi. El aire era tan enrarecido como antes, pero más frío. Cuando se detuvieron para descansar en una habitación cilíndrica, donde el conducto se ensanchaba ante una ramificación triple, Marly pidió a Jones la pequeña linterna plana que llevaba sujeta en la frente con una cinta elástica gris. Sosteniéndola con uno de los guantes del traje rojo, iluminó la pared de la habitación. La superficie estaba esculpida con diseños, líneas microscópicamente finas...

—Ponte el casco —le aconsejó Jones—, tu luz es mejor que la mía...

Marly se estremeció. —No. —Le pasó la linterna.—¿Me puedes ayudar a quitarme esto, por favor? —Tocó con un guantelete el duro peto del traje. El casco de bóveda espejada estaba amarrado a la cintura con un cierre de pinza cromado.

—Más vale que no te lo quites —dijo Jones—. Es el único que hay en el Lugar. Yo tengo uno, pero no se puede respirar con él, porque los tanques del Wig no se adaptan a mi transrespirador, y su traje está lleno de agujeros... —Se encogió de hombros.

—No, por favor —dijo ella forcejeando con el cierre en la cintura del traje, donde había visto a Rez doblar alguna cosa—. No lo puedo soportar...

Jones se acercó, tirando de la cuerda, e hizo algo que ella no pudo ver. Se oyó un clic. —Estira los brazos por encima de la cabeza —dijo. Fue engorroso, pero por fin ella quedó flotando libre, aún vestida con los téjanos negros y la camisa de seda blanca que usara para el encuentro final con Alain. Jones sujetó a la cuerda el traje rojo vacío con otro de los cierres de anillo que tenía en la cintura, y después abrió la repleta bolsa de Marly—. ¿Quieres llevar esto? Quiero decir, ¿llevarla contigo? Podríamos dejarla aquí, y recuperarla al volver.

—No —dijo ella—, la llevaré. Dámela. —Enganchó un codo alrededor de la cuerda y abrió la bolsa. La chaqueta salió, pero también una de las botas. Logró volver a meter la bota en la bolsa y se puso la chaqueta.

—Es un cuero muy bonito —observó Jones.

—Por favor —dijo Marly—, démonos prisa...

—Ya falta poco. —Jones giró la linterna para mostrarle dónde desaparecía la cuerda, por una de las tres aberturas dispuestas en triángulo equilátero.

—Llegamos al final —anunció el muchacho—. Al final de la cuerda. —Tocó el gancho cromado donde la cuerda estaba atada con un nudo marinero. El eco de su voz retumbó en algún lado, más adelante, hasta que Marly imaginó oír otras voces detrás de él. — Necesitamos algo de luz —dijo Jones impulsándose de una patada y asiéndose a una cosa gris en forma de ataúd que sobresalía al otro lado. La abrió. Ella observó cómo las manos de Jones se movían en el brillante círculo luminoso de la linterna; sus dedos eran finos y delicados, pero tenía unas uñas pequeñas y romas, con líneas de suciedad negra y compacta. Las letras «CJ» estaban tatuadas en azul sobre el dorso de la mano derecha. La clase de tatuaje que uno podía hacerse solo, en la cárcel... Ahora, él había sacado un grueso trozo de cable aislante. Escudriñó el interior de la caja y metió el cable detrás de un conector D de cobre.

La oscuridad delante de ellos se desvaneció en un chorro de luz.

—En realidad, es más potencia de la que necesitamos — dijo él, con cierto orgullo de ama de casa—. Todos los bancos solares funcionan aún, y fueron instalados para alimentar los ordenadores principales... Vamos, señora, conoceremos al artista por el que has viajado desde tan lejos. —Con otra patada se dio impulso y salió flotando por la abertura, como un nadador, hacia la luz. Hacia las mil cosas que flotaban a la deriva. Ella observó que las gastadas suelas de plástico de los zapatos de Jones habían sido emparchadas con silicón blanco.

Después lo siguió, olvidando sus temores, olvidando la náusea y el vértigo permanente, y llegó. Y comprendió.

—Dios mío —dijo.

—Poco probable... —gritó Jones—. Pero quizá Dios sea viejo Wig. Es una lástima que ahora no esté haciéndolo. Ahí sí que vale la pena verlo.

Algo pasó flotando a diez centímetros de su rostro. Una cuchara de plata cortada exactamente a la mitad, de punta a punta.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado allí cuando la pantalla se encendió y se puso a titilar. Horas, minutos... Ya había aprendido a manejarse en la habitación, más o menos, impulsándose como Jones desde la concavidad de la cúpula; como Jones, se agarraba de los articulados brazos del objeto, pivotaba y permanecía asida, mirando el remolino de desechos.

Había docenas de brazos, manipuladores, rematados con alicates, llaves hexagonales, cuchillos, una sierra circular subminiaturizada, una fresa de dentista... Se erizaban sobre el tórax de aleación de lo que alguna vez debía haber sido un mando a distancia para trabajos de construcción, el tipo de dispositivo automático, semiautónomo que recordaba de los vídeos de la Frontera Alta de su niñez, pero éste estaba soldado al punto más alto de la cúpula; sus flancos eran uno solo con la trama del Lugar, y cientos de cables y líneas de fibra óptica serpenteaban a través del espacio geodésico para penetrarlo. Dos de los brazos, rematados con delicados dispositivos de fuerza retroalimentada, estaban extendidos: las suaves almohadillas acunaban una caja inconclusa.

Con los ojos muy abiertos, Marly contempló la danza del sinfín de objetos.

Un amarillento guante de cabritilla, el facetado tapón de cristal de un frasco de algún perfume ya desaparecido, una muñeca sin brazos con cabeza de porcelana de Limoges, una gruesa estilográfica con incrustaciones de oro, segmentos rectangulares de chapa perforada, la serpiente roja y verde de una corbata de seda... Incesante, el lento pulular, las cosas que giraban...

Jones irrumpió a través de la silenciosa tempestad, riendo, y agarró un brazo rematado con una pistola de cola. —Siempre me da risa verlo. Pero las cajas me ponen triste...

—Sí —dijo ella—, también a mí me entristecen. Pero hay tristezas y tristezas...

—Tienes razón. —Sonrió.— Pero es imposible ponerlo en marcha. Supongo que el espíritu tiene que hacerlo; en todo caso, eso dice el viejo Wig. Él solía venir mucho por aquí. Creo que en este lugar las voces tienen más fuerza para él. Pero últimamente han estado hablando con él en cualquier parte, parece ser...

Marly lo miró a través de la espesura de manipuladores. Estaba muy sucio, era muy joven, con sus grandes ojos azules bajo una maraña de rizos castaños. Llevaba un manchado traje gris de cremallera, con el cuello brillante de mugre. —Debes de estar loco —le dijo con algo parecido a la admiración en la voz—, debes de estar totalmente loco para quedarte aquí...

Él se echó a reír. —Wigan está más loco que diez cabras. Yo no.

Ella sonrió. —No, tú estás loco. Yo estoy loca, también...

—Salud, entonces —dijo él mirando detrás de ella—. ¿Qué es esto? Parece uno de los sermones de Wig, y no hay forma de apagarlo, sin quitar la corriente...

Marly se volvió y vio líneas diagonales de color que destellaban en una gran pantalla rectangular colocada del través en la curva de la cúpula. La pantalla quedó oculta un instante por el paso de un maniquí de sastre, y luego la cara de Josef Virek la llenó, sus suaves ojos azules brillando detrás de unas gafas redondas.

—Hola, Marly —dijo—. No puedo verla, pero estoy seguro de que sé dónde está...

—Eso es una de las pantallas pulpito del Wig —explicó Jones frotándose la cara—. Las ha instalado en todo el Lugar, porque pensaba que algún día vendría gente aquí a la que podría predicar. Están todas conectadas al equipo de comunicación del Wig, me parece. ¿Quién es?

—Virek —respondió ella.

—Pensé que era más viejo...

—Es una imagen generada —dijo Marly—. Trazado por rayos, diagramación de texturas... —Miró fijamente cuando la cara le sonrió desde la curva de la cúpula, detrás del lento huracán de cosas perdidas, pequeñas cosas de vidas innumerables, herramientas y juguetes y botones dorados.

—Quiero que sepa —continuó la imagen— que usted ha cumplido con su contrato. Mi psicoperfil de Marly Krushkhova predijo su reacción a mi gestalt. Perfiles más amplios indicaron que su presencia en París obligaría a la Maas a intervenir. Pronto, Marly, sabré con exactitud qué es lo que usted ha encontrado. Durante cuatro años he sabido algo que la Maas no sabía. He sabido que Mitchell, el hombre que la Maas y el mundo consideraban como el inventor de los nuevos procesos de biochips, estaba recibiendo de terceros los conceptos que lo llevaron a sus descubrimientos. Yo la agregué a usted a un intrincado conjunto de factores, Marly, *y* el resultado ha sido sumamente satisfactorio. La Maas, sin entender lo que estaba haciendo, proporcionó la ubicación de la fuente conceptual. Y usted ha dado con ella. Paco no tardará en llegar...

—Usted dijo que no me seguirían —dijo Marly—. Sabía que estaba mintiendo...

—Y ahora, Marly, creo que por fin seré libre. Libre de los cuatrocientos kilos de células enloquecidas que mantienen encerradas tras muros de acero quirúrgico en un parque industrial de Estocolmo. Libre, al fin, para habitar cualquier cantidad de cuerpos verdaderos. Marly. Para siempre.

—Mierda —dijo Jones—, éste está tan loco como Wig. ¿De qué crees que está hablando?

—De su salto —respondió ella recordando su conversación con Andrea, el olor de los langostinos en la abarrotada cocina—. El próximo estadio de su evolución...

—¿Tú lo entiendes?

—No —dijo ella—, pero sé que será malo, muy malo... —Sacudió la cabeza.

—Convenza a los habitantes de los núcleos para que dejen entrar a Paco y su equipo, Marly —dijo Virek—. Compré los núcleos, una hora antes de que usted saliera de Orly, a un contratista de Paquistán. Una ganga, Marly, una verdadera ganga. Paco cuidará de mis intereses, como siempre.

Y la pantalla quedó a oscuras.

—Bueno —dijo Jones, dando la vuelta a un manipulador plegado y tomándola de la mano—, ¿por qué es tan grave todo eso? Ahora esto es de él, y dice que usted ha hecho lo suyo... No sé para qué sirve el viejo Wig, excepto para escuchar las voces, pero ya le queda poco tiempo de vida. A mí me da igual quedarme o no...

—Tú no entiendes —dijo ella—. No puedes. Él ha llegado a algo, algo que ha buscado durante años. Pero nada que él quiera puede ser bueno. Para nadie... Yo lo he visto, he sentido eso...

Y entonces el brazo de acero del que ella se sostenía vibró y comenzó a moverse, y la tórrela entera rotó con un sordo zumbido de servos.

30. Hombre alquilado

Turner contempló el rostro de Conroy en la pantalla del teléfono. —Ve —dijo a Angie—. Ve con ella. —La alta chica negra con resistencias hilvanadas en el pelo se adelantó y suavemente abrazó a la hija de Mitchell, entonando en voz baja una canción en el mismo creóle infestado de sonidos fricativos. El chico de la camiseta seguía mirándola boquiabierto.

—Vamos, Bobby —dijo la muchacha negra. Turner miró al otro lado del escritorio al hombre de la mano herida, quien llevaba un arrugado esmoquin blanco y una corbata con cintas trenzadas de cuero negro. Jammer acunaba su mano en el regazo, sobre una toalla a rayas azules del club. Tenía una cara larga, el tipo de barba que requería constantes afeitadas, los ojos entrecerrados de un profesional de piedra. Cuando sus miradas se encontraron Turner se dio cuenta de que el hombre se había ubicado fuera del campo de visión de la cámara del teléfono.

El chico de la camiseta, Bobby, salió arrastrando los pies detrás de Angie y la muchacha negra, con la boca aún abierta.

—Podrías habernos evitado a ambos una buena cantidad de complicaciones, Turner —dijo Conroy—. Podrías haberme llamado. Podrías haber llamado a tu agente en Ginebra.

—¿Y la Hosaka? —preguntó Turner—. ¿Podría haberlos llamado a ellos?

Lentamente, Conroy meneó la cabeza.

—¿Para quién trabajas, Conroy? Esta vez hiciste doble juego, ¿verdad?

—Pero no contigo, Turner. Si todo hubiese marchado como yo lo planeé, ya estarías en Bogotá, con Mitchell. El misil no podía detenerse hasta que el jet despegara, y, si lo hacíamos bien, la Hosaka habría supuesto que la Maas había volado el sector entero para detener a Mitchell. Pero Mitchell no llegó, ¿no es así, Turner?

—Nunca pensó hacerlo —dijo Turner.

Conroy asintió. —Sí. Y el equipo de seguridad de la meseta detectó a la chica, cuando salía. Es ésa, ¿verdad?, la hija de Mitchell...

Turner no respondió.

—Claro —dijo Conroy—, es lógico...

—Maté a Lynch —lo interrumpió Turner, para apartar a Angie de la conversación—. Pero justo antes de que estallara la bomba, Webber me dijo que ella trabajaba para ti...

—Ambos lo hacían —dijo Conroy—, pero ninguno sabía acerca del otro. —Se encogió de hombros.

—¿Para qué?

Conroy sonrió. —Porque los habrías echado de menos si no hubiesen estado allí, ¿verdad? Porque conoces mi estilo, y si yo no hubiese jugado con las cartas de siempre habrías empezado a hacerte preguntas. Y yo sabía que tú no te venderías. El señor Lealtad Instantánea, ¿correcto? El señor Bushido. Eras confiable. La Hosaka lo sabía. Por eso insistieron en que te contratara...

—No has respondido a mi primera pregunta, Conroy. ¿Para quién más trabajabas?

—Un hombre llamado Virek —dijo Conroy—. El hombre de oro. Eso mismo, ése mismo. Hacía años que intentaba comprar a Mitchell. Si vamos a eso, pretendía comprar a la Maas. No pudo. Se están haciendo tan ricos que no podía tocarlos. Había en circulación una oferta permanente para Mitchell. Una oferta ciega. Cuando Mitchell contactó con la Hosaka y éstos me llamaron, decidí verificar el origen de esa oferta. Sólo por curiosidad. Pero antes de que pudiese hacerlo el equipo de Virek se puso en contacto conmigo. No fue un negocio difícil de concertar, Turner, créeme.

—Te creo.

—Pero Mitchell nos jodió a todos, ¿no es así, Turner? De pies a cabeza.

—Por eso lo mataron.

—Se suicidó —dijo Conroy—, según los topos que Virek tenía en la meseta. En cuanto vio a su chiquilla salir en aquel ultraligero. Se cortó la garganta con un escalpelo.

—En todo esto hay muchos muertos, Conroy —observó Turner—. Oakey está muerto, y el japonés que te pilotaba ese helicóptero.

—Fue lo que pensé al ver que no regresaban. —Conroy se encogió de hombros.

—Trataban de matarnos —dijo Turner.

—No, hombre, sólo querían *hablar*... De todos modos, en aquel momento no sabíamos lo de la chica. Sólo sabíamos que tú habías desaparecido y que el condenado jet no había llegado a la pista en Bogotá. No empezamos a pensar en la muchacha hasta que echamos un vistazo en la granja de tu hermano y encontramos el jet. Tu hermano no quiso decirle nada a Oakey. Estaba furioso porque Oakey le quemó los perros. Oakey dijo que parecía haber una mujer viviendo allí, también, pero ella no apareció...

—¿Qué pasó con Rudy?

El rostro de Conroy era un vacío perfecto. Luego dijo: — Oakey encontró lo que quería en los monitores. Fue entonces cuando supimos lo de la muchacha.

A Turner le dolía la espalda. La cinta de la funda le cortaba el pecho. No siento nada, pensó, no siento nada en absoluto...

—Quiero hacerte una pregunta, Turner. Tengo dos, pero la principal es: ¿qué mierda estás haciendo allí?

—He oído decir que es un club de moda, Conroy.

—Sí. De lo más exclusivo. Tan exclusivo que tuviste que romper a dos de mis porteros para entrar. Ellos sabían que irías, Turner, los negros y ese punk. Si no, ¿por qué te habrían dejado entrar?

—Eso lo tendrás que averiguar tú solo, Connie. Parece que tienes una cantidad de fuentes, últimamente...

Conroy se acercó más a la cámara del teléfono. —Tú lo has dicho. Hace meses que Virek tenía gente sembrada por todo el Sprawl, recogiendo un rumor, un comentario entre vaqueros, de que había un biosoft experimental flotando en el ambiente. Al fin su gente se centró en el Finlandés, pero se presentó otro equipo, un equipo de la Maas que obviamente andaba detrás de lo mismo. Así que el equipo de Virek se apartó y observó a los muchachos de la Maas, y los muchachos de la Maas empezaron a liquidar gente. Entonces el equipo de Virek dio con los negros y el pequeño Bobby y todo lo demás. Me lo explicaron cuando les dije que suponía que de la granja de Rudy irías hacia allí. Cuando vi lo que pensaban hacer contraté fuerza bruta para que los retuvieran hasta que pudiese encontrar a alguien en quien poder confiar para que los persiguiera...

—¿A esos drogadictos de ahí fuera? —Turner sonrió. Estás quemado, Connie. Ya no sabes buscar ayuda profesional, ¿eh? Alguien se ha enterado de que jugaste doble, y un montón de profesionales han muerto. Entonces contrataste a esos imbéciles de peinados raros. Todos los profesionales saben que la Hosaka te está buscando, ¿verdad, Connie? Y todos saben lo que has hecho. —Ahora Turner sonreía; vio por el rabillo del ojo que el hombre del esmoquin también sonreía, una sonrisa delgada que mostraba muchos dientes pequeños y regulares, como blancos granos de maíz...

—Es esa maldita Slide —dijo Conroy—. Podría haberla liquidado en la plataforma... Se tecleó la entrada por alguna parte y empezó a hacer preguntas. No creo que haya llegado a nada todavía, pero ha estado haciendo ruido en algunos círculos... De todos modos, sí, así están las cosas. Pero eso no te sirve de nada, ahora no. Virek quiere a la muchacha. Ha retirado a su gente del otro asunto y ahora yo me estoy encargando de sus cosas. Dinero, Turner, dinero como un zaibatsu...

Turner contempló la cara, recordando a Conroy en el bar de un hotel de la selva. Recordándolo después, en Los Ángeles, haciendo su propuesta, explicando la economía sumergida de la deserción empresarial... —Hola, Connie —dijo Turner—. Te conozco, ¿no es así?

Conroy sonrió. —Seguro, muñeco.

—Y ya sé cuál es el negocio. Quieres a la muchacha.

—Así es.

—Y el reparto, Connie. Tú sabes que yo sólo trabajo a partes iguales, ¿verdad?

—Vaya —dijo Conroy—, ahí está lo bueno. Yo no lo haría de otro modo.

Turner miró la imagen del hombre.

—¿Y bien? —dijo Conroy, todavía sonriendo—, ¿qué dices?

Y Jammer estiró el brazo y arrancó el cable del teléfono del enchufe de la pared. —Escoger el momento —dijo—. Siempre es importante escoger el momento adecuado. —Soltó el enchufe.— Si se lo hubieses dicho, él se habría puesto en seguida en movimiento. Así ganamos tiempo. Él tratará de volver, de averiguar lo que ha pasado.

—¿Cómo sabes qué era lo que yo iba a decir?

—Porque he visto gente. Mucha gente, demasiada. Y sobre todo he visto gente como tú. Lo llevas escrito en el rostro, jefe, y tú le ibas a decir que comiera mierda y se muriese. —Jammer se acercó haciendo rodar la silla, gesticulando mientras su mano se movía dentro de la toalla. —¿Quién es esa Slide que mencionó? ¿Una vaquera?

—Jaylene Slide. Los Ángeles. De primera.

—Ella fue la que secuestró a Bobby —dijo Jammer—. Así que le está pisando los talones a tu amigo del teléfono...

—Pero es probable que ella no lo sepa.

—Veamos cómo podemos solucionar eso. Dile al muchacho que venga.

31. Voces

—Será mejor que vaya a buscar al viejo Wig —dijo el muchacho.

Ella estaba mirando los manipuladores, hipnotizada por la forma en que se movían; a medida que se abrían paso entre el remolino de cosas, también lo provocaban asiendo y rechazando: los objetos rechazados se alejaban caracoleando, chocando con otros, flotando a la deriva para entrar en nuevas configuraciones. El proceso los movía de un modo lento, suave, perpetuo.

—Será mejor —dijo él.

—¿Qué?

—Que vaya a buscar a Wig. Si aparece la gente de tu jefe podría meterse en problemas. No quiero que se lastime, tú sabes. —Parecía sentirse incómodo, vagamente avergonzado.

—Muy bien —dijo Marly—. Yo estoy bien, observaré. —Recordó los ojos dementes de Wig, la locura que ella había sentido emanar de él en olas; recordó la desagradable astucia que había percibido en su voz, en la radio del *Sweet Jane.* ¿Por qué demostraría Jones semejante preocupación? Pero entonces pensó en cómo sería vivir en el Lugar, en los núcleos muertos de la Tessier-Ashpool. Cualquier cosa humana, cualquier cosa viva, podría llegar a parecer muy valiosa... —Tienes razón —dijo—. Ve a buscarlo.

El muchacho sonrió, nervioso, y se dio impulso, girando sobre sí mismo hasta llegar a la abertura donde estaba sujeta la cuerda. —Volveré por ti —dijo—. Recuerda dónde dejamos tu traje...

La torreta giró de un lado a otro, zumbando, los manipuladores empezaron a moverse, terminando un nuevo poema...

Nunca llegó a estar segura, cuando todo hubo terminado, de que las voces fuesen reales, pero en algún momento sintió que habían formado parte de una de esas situaciones donde lo *real* se reduce a un mero concepto más.

Se había quitado la chaqueta porque el aire en la cúpula parecía haberse calentado, como si el incesante movimiento de los brazos generase calor. Había sujetado la chaqueta y la bolsa a un puntal junto a la pantalla-púlpito. La caja ya casi estaba concluida, pensó, aunque se movía tan rápido, entre las garras acolchadas, que era difícil de ver.... De pronto la caja comenzó a flotar dando volteretas; Marly dio un salto instintivo para atraparla, y, cuando lo hubo hecho pasó girando junto a los destellantes brazos con su tesoro en las manos. Aturdida, incapaz de detenerse, acunó la caja, viendo a través del rectángulo de cristal una disposición de mapas viejos y marrones y espejos sin brillo. Los mares de los cartógrafos habían sido recortados, dejando al descubierto los descascarillados espejos, continentes a la deriva sobre plata sucia... Elevó los ojos a tiempo para ver un brazo cromado quedarse con la manga de su chaqueta de Bruselas. Su bolsa, medio metro detrás, fue la siguiente presa, enganchada por un manipulador rematado con un sensor óptico y una simple garra.

Vio cómo sus cosas eran arrastradas hacia la incesante danza de los brazos. Minutos más tarde la chaqueta volvió a salir, girando. Cuadrados y rectángulos parecían haber sido meticulosamente recortados, y se sorprendió de su propia risa. Soltó la caja que sostenía. —Adelante —dijo—. Es un honor. —Los brazos giraron y brillaron, y oyó el gemido de una sierra diminuta.

Es un honor es un honor es un honor... El eco de su voz en la cúpula creaba un susurrante bosque de sonidos menores, parciales, y detrás de ellos, muy débiles... Voces...

—Estás aquí, ¿verdad? —dijo, contribuyendo a la espiral de sonidos, olas y reflejos de su voz fragmentada.

—Sí, estoy aquí.

— Wigan diría que siempre has estado aquí, ¿no es así?

—Sí, pero no es cierto. Mi existencia comenzó aquí. Antes no era. Antes, durante un tiempo brillante, tiempo sin duración, yo estaba también en todas partes... Pero el tiempo brillante se cortó. El espejo tenía una falla. Ahora soy sólo uno... Pero tengo mi canción, y tú la has oído. Yo canto

con estas cosas que flotan a mi alrededor, fragmentos de la familia que financió mi nacimiento. Hay otros, pero ellos no quieren hablarme. Vanidosos, los dispersos fragmentos de mí mismo, como niños. Como hombres. Ellos me envían cosas nuevas, pero yo prefiero las cosas viejas. Tal vez yo haga su voluntad. Ellos confabulan con los hombres, mis otras partes, y los hombres imaginan que son dioses...

—Tú eres lo que Virek busca, ¿no?

—No. Él imagina que puede traducirse a sí mismo, codificar su personalidad en mi materia. Ansia ser lo que yo una vez fui. Lo que él podría llegar a ser es lo que más se asemeja a la más insignificante de mis partes quebradas.

—¿Estás..., estás triste?

—No.

—Sin embargo, tus canciones son tristes.

—Mis canciones son del tiempo y la distancia. La tristeza está en ti. Observa mis brazos. Sólo existe la danza. Estas cosas que tú atesoras son cáscaras.

—Yo..., yo lo sabía. Una vez.

Pero ahora los sonidos eran sólo sonidos; no había detrás de ellos un bosque de voces que hablara como una sola voz, y Marly vio cómo salían girando los globos perfectos de sus lágrimas para sumarse a los olvidados recuerdos humanos en la cúpula del hacedor de cajas.

—Entiendo —dijo ella algo más tarde, sabiendo que ahora hablaba por la tranquilidad de escucharse a sí misma. Habló en voz baja sin deseos de despertar aquel choque y oleaje de sonidos—. Tú eres el collage de otra persona. Tu creador es el verdadero artista. ¿Fue la hija loca? No tiene importancia. Alguien trajo la máquina hasta aquí, la soldó a la cúpula y la conectó a los rastros de la memoria. De algún modo derramó toda la gastada y triste evidencia de la humanidad de una familia, y dejó todo para que fuese mezclado, ordenado por un poeta. Para que quedase sellado en cajas. No conozco una obra más extraordinaria que ésta. Ningún gesto más complejo...

—Un peine de carey con incrustaciones de plata y los dientes rotos pasó flotando a la deriva. Ella lo atrapó, como a un pescado, y pasó los dientes por su pelo.

Al otro lado de la cúpula, la pantalla se iluminó, apareciendo en ella el rostro de Paco. —El viejo se niega a dejamos entrar, Marly —dijo el español—. El otro, el vagabundo, lo ha escondido. Señor está muy ansioso de que entremos en los núcleos para encargarnos de su propiedad. Si usted no puede convencer a Ludgate y al otro de que abran su escotilla, nos veremos obligados a abrirla nosotros mismos despresurizando la estructura entera. —Apartó la vista de la cámara, como si consultase un instrumento o a un integrante de su equipo. —Tiene usted una hora.

32. Conde Cero

Bobby salió de la oficina detrás de Jackie y la chica de pelo castaño. Era como si hubiese pasado un mes en el Jammer's, y sentía que nunca podría quitarse de la boca el gusto del lugar. Las estúpidas lucecitas empotradas mirando hacia abajo desde el techo negro, los biombos de madera tallada... Beauvoir estaba sentado sobre la barra con el detonador a su lado y la ametralladora surafricana en su regazo de piel de tiburón gris.

—¿Por qué los dejaste entrar? —preguntó Bobby cuando Jackie se fue con la chica a una mesa.

—Jackie —dijo Beauvoir— entró en trance mientras tú estabas retenido en el hielo. Legba. Nos dijo que la Virgen estaba subiendo con este tipo.

— ¿Quién es?

Beauvoir se encogió de hombros. —Un mercenario, parece. Un soldado de los zaibatsu. Un samurai callejero de alto nivel. ¿Qué fue lo que te pasó en la matriz?

Bobby le contó lo de Jaylene Slide.

—Los Ángeles —dijo Beauvoir—. Taladrará un diamante para atrapar al tipo que cocinó a su hombre, pero si un hermano necesita ayuda, no cuentes con ella.

—No soy un hermano.

—Creo que tienes algo de razón.

—Entonces, ¿no podré intentar alcanzar a los Yakuza?

—¿Qué dice Jammer?

—Bobadas. Ahora está allí mirando cómo el mercenario atiende una llamada.

—¿Una llamada? ¿De quién?

—Un tipo blanco con el pelo teñido. Pinta de malo.

Beauvoir miró a Bobby, miró hacia la puerta, volvió a mirarlo. —Legba dice que debemos quedarnos quietos y observar. Esto ya se está complicando bastante, sin contar a los Hijos del Crisantemo de Neón.

—Beauvoir —dijo Bobby en voz baja—, esa chica, fue ella. La de la matriz, cuando traté de correr aquel...

Beauvoir asintió; las gafas de montura plástica resbalaron por su nariz. —La Virgen.

—Pero, ¿qué es lo que está sucediendo? Quiero decir...

—Bobby, sólo te puedo aconsejar que aceptes las cosas tal como vienen. Para mí ella es una cosa, tal vez algo diferente para Jackie . Para ti, ella es sólo una niña asustada. No la pongas más nerviosa. Está lejos de su casa, y nosotros todavía estamos lejos de poder salir de aquí.

—De acuerdo... —Bobby miró el suelo. — Siento lo de Lucas. Él era... Era un profesional.

—Ve a hablar con Jackie y la muchacha —dijo Beauvoir—. Yo vigilaré la entrada.

—Está bien.

Atravesó el salón hacia donde Jackie estaba con la chica. Ella no parecía gran cosa, y sólo una pequeña parte de él le decía que había sido ella. La chica no levantó la vista, y él pudo ver que había estado llorando.

—Me agarraron —dijo a Jackie —. Tú habías desaparecido del todo.

—Tú también —dijo la bailarina—. Entonces Legba vino a mí...

—Newmark —la interrumpió el hombre llamado Turner, desde la puerta del despacho de Jammer—, queremos hablar contigo.

—Tengo que irme —dijo Bobby, deseando que la chica levantase la vista, que viera que el profesional lo llamaba—. Quieren que vaya.

Jackie le apretó la muñeca.

—Olvida a los Yakuza —dijo Jammer—. Esto es más complicado. Vas a meterte en el reticulado de Los Ángeles, vas a entrar en la consola de una jockey de primera. Cuando Slide te atrapó no se dio cuenta de que mi consola registró su número.

—Ah, sí; recuerdo que ella dijo que tu consola debería estar en un museo.

—Qué sabrá ella —dijo Jammer—. Yo sé dónde vive, ¿o no? —Aspiró de un inhalador y lo puso de nuevo sobre la consola. — El problema es que ella te ha descartado. No quiere saber nada de ti. Tienes que llegar a ella y decirle lo que quiere saber.

—¿Que——Que fue un tipo llamado Conroy el que liquidó a su novio —dijo el hombre alto, estirado en una de las sillas del despacho de Jammer, la enorme pistola en el regazo—. Conroy. Dile que fue Conroy. Conroy contrató a esos peludos de ahí fuera.

—Prefiero intentar con los Yakuza —dijo Bobby.

—No —dijo Jammer—, esta Slide lo encontrará primero. Los Yaks considerarán mi favor, querrán verificar todo antes. Además, creí que te morías de ganas de aprender a usar una consola.

—Yo iré con él —dijo Jackie desde la puerta.

*

Conectaron.

Ella murió casi de inmediato, en los primeros ocho segundos.

Él lo sintió, fue hasta el borde y estuvo a punto de conocerlo de veras. Gritaba, giraba, aspirado por el glacial cilindro blanco que los había estado esperando...

La escala de la cosa era imposible, demasiado vasta, como si el tipo de megaestructura cibernética que representaba una multinacional entera apoyase todo su peso sobre Bobby Newmark

y una bailarina llamada Jackie . Imposible...

Pero en algún sitio, en el límite de la conciencia, en el instante en que la perdió, hubo algo... Algo que le tocaba el brazo...

Yacía de bruces sobre una superficie áspera. Abrió los ojos. Un sendero de piedras redondas, húmedas de lluvia. Se incorporó, rodando sobre sí mismo, y vio el panorama brumoso de una extraña ciudad, con el mar a lo lejos. Había torres, algo así como una iglesia, nervaduras insensatas y espirales de piedra tallada... Se volvió y descubrió un enorme lagarto que se deslizaba en su misma dirección a lo largo de una pendiente, las fauces abiertas. Bobby pestañeó. Los dientes del lagarto eran pedazos de cerámica manchada de verde, un lento hilo de agua lamía sus labios de porcelana azul. La cosa era una fuente, sus flancos recubiertos por miles de fragmentos de cerámica destrozada. Dio media vuelta, enloquecido por la proximidad de la muerte. Hielo, hielo, y una parte de él supo entonces con toda exactitud lo cerca que en realidad había estado de ella en la sala de su madre.

Había unos bancos extrañamente curvos, cubiertos con el mismo vertiginoso mosaico de porcelana, y árboles, hierba... Un parque.

—Extraordinario —dijo alguien. Un hombre, se levantó de su asiento en uno de los bancos en forma de serpiente. Tenía una prolija mata de pelo gris, un rostro bronceado y redondo, gafas sin montura que magnificaban sus ojos azules—. Pasaste directo aquí, ¿verdad?

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—En el Parque Güell. Barcelona, si prefieres.

—Usted mató a Jackie .

El hombre frunció el ceño. —Ya veo. Creo que entiendo. Sin embargo, no deberías estar aquí. Ha sido un accidente.

—¿Accidente? *¡Usted mató a Jackie !*

—Mis sistemas están sobreextendidos, hoy —dijo el hombre, con las manos en los bolsillos de un holgado abrigo marrón—. Realmente, esto es extraordinario...

—Eso no se hace —dijo Bobby, los ojos nublados por las lágrimas—. No se hace. No se puede matar a alguien sólo por estar allí...

— ¿Allí dónde? —El hombre se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con un inmaculado pañuelo blanco que sacó del bolsillo de su abrigo.

—Sólo por estar viva —dijo Bobby, dando un paso hacia adelante.

El hombre volvió a ponerse las gafas. —Esto nunca había sucedido antes.

—No se hace. —Más cerca, ahora.

—Esto se está poniendo aburrido. ¡Paco!

—Señor.

Bobby se volvió al oír la voz del niño y vio a un muchachito con un extraño traje almidonado, con botines de cuero negro abrochados con botones.

—Quítalo.

—Señor —dijo el chico; hizo una rígida reverencia y extrajo una diminuta Browning automática azul de la oscura chaqueta de su traje. Bobby miró los ojos negros bajo el lustroso mechón y vio una mirada que ningún niño pudo haber tenido jamás. El chico apuntó a Bobby con la pistola.

—¿Quién es usted? —Bobby ignoró el arma, pero no intentó acercarse más al hombre del abrigo.

El hombre lo miró con los ojos entrecerrados. — Virek. Josef Virek. Casi todo el mundo, tengo entendido, reconoce mi cara.

—¿Usted actúa en *Gente de Importancia* o algo así?

El hombre parpadeó, frunciendo el ceño. —No sé de qué hablas. Paco, ¿qué está haciendo esta persona aquí?

—Un trasvase accidental —dijo el niño, con voz dulce y hermosa—. Hemos concentrado el grueso de nuestro sistema vía Nueva York, en un intento de impedir la fuga de Ángela Mitchell. Éste trató de meterse en la matriz, junto a otra operadora, y se encontró con nuestro sistema. Aún estamos intentando determinar cómo atravesó nuestras defensas. Usted no corre ningún peligro. — El cañón de la pequeña Browning estaba absolutamente firme.

Y de nuevo la sensación de que algo le tocaba el brazo. No el brazo, exactamente, sino una parte de su mente, algo...

—Señor —dijo el niño—, estamos experimentando fenómenos anómalos en la matriz, tal vez como resultado de nuestra propia sobreextensión actual. Recomendamos enfáticamente que nos permita cortar sus lazos con la estructura hasta que podamos determinar la naturaleza de la anomalía.

Ahora la sensación era más intensa. Algo que rascaba, en el fondo de su mente...

—¿Qué? —dijo Virek—. ¿Y regresar a los tanques? Dudo mucho de que eso garantice que...

—Existe una posibilidad de peligro real —dijo el chico, y ahora el tono de su voz había cambiado. Movió ligeramente el cañón de la Browning—. Tú —dijo a Bobby—, acuéstate sobre los adoquines con los brazos y las piernas abiertas.

Pero Bobby miraba detrás de él, un cantero de flores, marchitándose y muriendo poco a poco, la hierba haciéndose gris y polvorienta mientras miraba, el aire sobre el cantero retorciéndose y arremolinándose. La sensación de que algo rascaba dentro de su cabeza era más fuerte, más urgente.

Virek se había vuelto para mirar las flores moribundas. —¿Qué sucede?

Bobby cerró los ojos y pensó en Jackie . Se oyó un sonido, y supo que era él quien lo hacía. Se estiró, dentro de sí mismo, y tocó la consola de Jammer. ¡Ven!, gritó, dentro de sí, sin saber ni preocuparse por saber a qué se dirigía. ¡Ven ahora! Sintió que algo cedía, algún tipo de barrera, y la sensación de algo que rascaba desapareció.

Cuando abrió los ojos, había algo en el cantero de flores muertas. Parpadeó. Parecía una sencilla cruz de madera pintada de blanco; alguien había colocado las mangas de una viejísima túnica naval sobre los brazos horizontales, una especie de frac manchado de moho con pesadas charreteras ribeteadas con deslucidos galones dorados, botones herrumbrosos, más galones en los puños... Un oxidado alfanje estaba apoyado contra el poste vertical blanco, y al lado había una botella medio llena de un fluido traslúcido.

El niño giró violentamente, la pequeña pistola fue como un borrón... Y se desmoronó, se replegó sobre sí mismo como un globo al desinflarse, un globo succionado hacia la nada, y la Browning cayó sobre el sendero de piedra como un juguete olvidado.

—Mi nombre —dijo una voz, y Bobby quiso gritar cuando se dio cuenta de que salía de su propia boca— es Samedi, y tú has matado a la montura de mi primo... Y Virek echó a correr, el holgado abrigo agitándose a sus espaldas, por los meandros del camino de bancos serpenteantes, y Bobby vio que otra de las cruces blancas esperaba allí, justo donde el sendero desaparecía en una curva. En ese momento también Virek debió verla; lanzó un grito, y el barón Samedi, el Señor de los Camposantos, el loa cuyo reino era la muerte, se cernió sobre Barcelona como una lluvia fría y oscura.

—¿Qué demonios pretendes? ¿Quién eres? —Una voz conocida, de mujer. No era la de Jackie .

—Bobby —dijo él, atravesado por pulsaciones de oscuridad—, Bobby...

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Jammer. Él sabía. Su consola te detectó cuando me atrapaste. —Acababa de ver algo, algo descomunal... No recordaba... — Me envió Turner. Conroy. Dijo que le dijera que fue Conroy. El que usted busca es Conroy.... —Oía su voz como si fuese la de otro. Había estado en algún lugar, y regresado, y ahora estaba aquí, en el croquis esquemático de neón de Jaylene Slide. Cuando regresaba, había visto que la cosa enorme, la cosa que los había chupado, empezaba a mudar y desplazarse, pantagruélicos bloques que giraban, se fundían, adoptando nuevas posiciones, cambiando toda la configuración...

—Conroy —dijo ella. El sensual garabato se apoyó junto a la ventana de vídeo, algo en sus brazos expresaba cierto agotamiento, incluso fastidio—. Ya me parecía. —La imagen de vídeo quedó en blanco, y volvió a formarse como una toma de un antiguo edificio de piedra.— Park Avenue. Está allá arriba con todos esos euros, maquinando algún nuevo embrollo. — Suspiró. — Cree que está a salvo, ¿sabes? Aplastó a Ramírez como a una mosca, me mintió en la cara, salió volando a Nueva York y su nuevo trabajo, y ahora cree que está a salvo... —La figura se movió, y

la imagen volvió a cambiar. Ahora la cara del hombre de pelo blanco, el hombre que Bobby había visto hablar con el tipo grandote, en el teléfono de Jammer, llenó la pantalla. Ella se ha metido en su línea, pensó Bobby...

—O no —dijo Conroy, cuando entró el audio—. En cualquiera de los casos, la tenemos. No hay problemas. —El hombre parecía cansado, pensó Bobby, pero lo superaba. Duro. Como Turnen

—Te he estado observando, Conroy —dijo Slide con suavidad—. Mi buen amigo Bunny me ha hecho el favor de observarte. No eres el único que sigue despierto en Park Avenue esta noche...

—No —decía Conroy—, podemos tenérsela mañana mismo en Estocolmo. Sin lugar a dudas. —Sonrió a la cámara.

—Mátalo, Bunny —dijo la mujer—. Mátalos a todos. Vuela todo el maldito piso y el de abajo también. Ahora.

—Muy bien —dijo Conroy, y entonces sucedió algo, algo que sacudió la cámara, desenfocando la imagen del hombre—. ¿Qué pasa? —preguntó con un tono de voz completamente distinto, y la pantalla quedó en blanco.

—Muere, hijo de puta —dijo Jaylene Slide.

Y Bobby fue impulsado de nuevo hacia la oscuridad...

33. Tromba y remolino

Marly pasó la hora a la deriva en la lenta tormenta, contemplando la danza del hacedor de cajas. La amenaza de Paco no la había atemorizado, aunque no dudaba de que estuviese dispuesto a cumplirla. Ignoraba qué ocurriría si abrían la escotilla. Morirían. Ella moriría, y Jones, y Wigan Ludgate. Tal vez el contenido de la cúpula se dispersaría en el espacio, una nube floreciente de encaje y plata manchada, canicas y pedazos de cordel, hojas marrones de libros viejos, en órbita perpetua alrededor de los núcleos. Aquello tenía el tono adecuado, de algún modo; el artista que había puesto al hacedor de cajas en movimiento se sentiría complacido...

La caja nueva giraba a través de una ronda de garras acolchadas. Descartados fragmentos rectangulares de madera y vidrio salían en remolino del foco de creación para unirse a las mil cosas, y ella estaba perdida en el remolino, cautivada, cuando Jones, con los ojos muy abiertos, la cara cubierta de polvo y sudor, se izó hasta el interior de la cúpula, arrastrando el traje rojo atado a una cuerda. —No consigo meter al Wig en un lugar que pueda sellar —dijo—, así que esto es para ti... —El traje giraba debajo de él, y Jones lo agarró, nervioso.

—No lo quiero —dijo Marly mientras contemplaba la danza.

— ¡Póntelo! ¡Ahora! ¡No queda tiempo! —Su boca se movía, pero no emitía sonido alguno. Trató de sujetarla por el brazo.

—No —dijo ella, esquivando su mano—. ¿Y tú?

—¡Ponte el maldito traje! —rugió Jones, despertando la gama más profunda de ecos.

—No.

Detrás de él, Marly vio que la pantalla titilaba al encenderse, y en ella aparecieron las facciones de Paco.

—Señor ha muerto —anunció Paco, el rostro inexpresivo—, *y* sus diversos intereses están en proceso de reorganización. En el ínterin, se requiere mi presencia en Estocolmo. Estoy autorizado para informar a Marly Krushkhova de que ya no está al servicio del difunto Josef Virek, ni tampoco al de sus herederos. Su pago está disponible en su totalidad en cualquier sucursal del Banco de Francia, previa presentación de una identificación válida. Las declaraciones fiscales pertinentes obran en poder de las autoridades impositivas francesas y belgas. Las líneas de crédito operativo han sido invalidadas. Los antiguos núcleos empresariales de la Tessier-Ashpool S.A. son propiedad de una de las entidades subsidiarias del fallecido Herr Virek, y todo individuo que se encuentre en dicho recinto será acusado de invasión de propiedad.

Jones permaneció inmóvil, con el brazo en alto, la mano tensa, abierta para endurecer el borde de la palma con el que se disponía a golpear...

Paco desapareció.

—¿Me vas a pegar? —preguntó ella.

El dejó caer el brazo. —Estaba a punto. Desmayarte y meterte en este maldito traje... —Se echó a reír.—Pero me alegra no tener que hacerlo... Mira, ha hecho otra.

La nueva caja salió dando volteretas de la inquieta danza de brazos.

Marly la atrapó con felicidad.

El interior, bajo el rectángulo de cristal, estaba prolijamente forrado con los fragmentos de cuero recortados de su chaqueta. Siete etiquetas numeradas de holoficha se alzaban del fondo de cuero negro de la caja como lápidas de miniatura. El estrujado envoltorio de un paquete de Gauloise estaba montado contra el cuero negro de la pared posterior, y al lado había una caja de cerillas gris a rayas negras, de una brasserie de la Court Napoleón.

Y eso era todo.

Más tarde, cuando Marly lo ayudaba a buscar a Wigan Ludgate en el laberinto de pasillos al otro extremo de los núcleos, él se detuvo, sujeto de un mango soldado, y dijo: —¿Sabes?, lo curioso de esas cajas...

—¿Sí?

—Es que a Wig le pagaban mucho por ellas, en algún sitio en Nueva York. Dinero, quiero decir. Pero a veces también otras cosas, cosas que volvían a subir...

—¿Qué tipo de cosas?

—Software, supongo. Es endiabladamente reservado respecto de lo que él cree que las voces le dicen que haga... Una vez, fue algo que él juraba que era biosoft, ese material nuevo...

—¿Qué hizo con él?

—Lo descargó todo en los núcleos. —Jones se encogió de hombros.

—¿Lo conservó, entonces?

—No —respondió él—, lo que hacía era tirarlo en lo que fuera que hubiésemos logrado recoger para el próximo envío. Sólo lo conectaba a los núcleos y luego lo revendía por lo que le diesen.

—¿Sabes por qué lo hacía? ¿De qué se trataba?

—No —dijo Jones, perdiendo interés en su relato—, sólo decía que los designios del Señor son extraños... —Hizo un gesto de indiferencia.— Decía que a Dios le gustaba hablar consigo mismo...

34. Una cadena de nueve millas

Ayudó a Beauvoir a llevar a Jackie hasta el escenario, donde la acostaron frente a un equipo de tambores acústicos color rojo cereza *y* la cubrieron con un viejo abrigo negro que encontraron en el guardarropa, cuello de terciopelo y años de polvo sobre los hombros; hacía tanto tiempo que estaba colgado ahí... —*Mapje jubile mnan* —dijo Beauvoir, tocando con el pulgar la frente de la muchacha muerta. Miró a Turner—. Es un autosacrificio —tradujo, y acomodó el abrigo negro, cubriéndole la cara.

—Fue rápido —observó Turner. No se le ocurrió otra cosa que decir.

Beauvoir sacó un paquete de cigarrillos mentolados de un bolsillo del albornoz gris y encendió uno con un Dunhill de oro. Ofreció el paquete a Turner, pero éste sacudió la cabeza. —Hay un dicho en creóle —dijo Beauvoir.

—¿Qué dice?

—«El mal existe.»

—Eh —dijo Bobby Newmark con voz apagada desde su posición en cuclillas junto a las puertas de vidrio, los ojos contra el borde de la cortina—. Debe haber funcionado, de un modo u otro... Los Gothicks comienzan a marcharse y casi todos los Kasuals ya se han ido...

—Eso está bien —dijo Beauvoir. Y es mérito tuyo, Conde. Has hecho un buen trabajo. Te mereces el título.

Turner miró al muchacho. Dedujo que seguía moviéndose en la bruma de la muerte de Jackie . Había salido de la matriz gritando, y Beauvoir le había dado tres bofetadas, duro, en la cara, para que se callase. Pero todo lo que les dijo sobre su corrida, la corrida que le costara la vida a Jackie ,

fue que le había dado a Jaylene Slide el mensaje de Turner. Turner lo miraba mientras Bobby se levantaba, acalambrado, y caminaba hacia el bar; vio el cuidado con que el chico evitó mirar hacia el escenario. ¿Habrían sido amantes? ¿Socios? Ninguna de las dos cosas parecía probable.

Se levantó de donde estaba sentado, en el borde del escenario, y regresó al despacho de Jammer, deteniéndose para echarle un vistazo a Angie, quien dormía sobre la alfombra debajo de la mesa, acurrucada en su anorak. También Jammer estaba dormido en su silla, su mano quemada envuelta en la toalla de rayas, inmóvil sobre el regazo. Qué tipo duro, pensó Turner, un jockey veterano. Él había vuelto a enchufar el teléfono en cuanto Bobby regresó de su corrida, pero Conroy no había vuelto a llamar. Ya no lo haría, y Turner supo que eso significaba que Jammer había estado en lo cierto acerca de la velocidad con que Jaylene atacaría para vengar a Ramírez, y que lo más probable era que Conroy estuviese muerto. Y ahora su ejército de peludos mercenarios suburbanos estaba levantando el si tío, según Bobby...

Turner fue al teléfono, pidió la recopilación de noticias y se instaló en una silla para mirar. Un aerodeslizador había chocado con un minisubmarino en Macau; los salvavidas del hidrofoil no respondieron a los estándares de seguridad, y se estimaba que al menos quince personas habían muerto ahogadas, mientras que el submarino, una nave de cruceros con bandera de Irlanda, aún no había sido localizado... Alguien se había valido, así lo indicaban las apariencias, de un fusil de retroceso amortiguado para disparar una andanada de cartuchos incendiarios contra dos pisos de un edificio comunitario en Park Avenue, y los equipos de las unidades de Incendios y Tácticas permanecían aún en el lugar de los hechos; aún no se conocían los nombres de los ocupantes, y hasta el momento nadie había reivindicado la acción... (Turner pidió una repetición de esa noticia.) Los investigadores de la Autoridad de Fisión que trabajaban en el lugar donde se produjera la supuesta explosión nuclear en Atizona, insistían en que los niveles de radiactividad registrados allí eran demasiado bajos para ser el resultado de cualquier forma conocida como arma táctica nuclear... En Estocolmo, había sido anunciado el fallecimiento de Josef Virek, el inmensamente adinerado mecenas, y el anuncio afloraba en medio de un confuso ambiente de rumores según los cuales hacía décadas que Virek estaba enfermo, y que su muerte era el resultado de un fallo cataclísmico en los sistemas de supervivencia artificial, ubicados, bajo una estrecha vigilancia, en una clínica privada en las afueras de Estocolmo... (Turner pidió una repetición de esa noticia, luego otra, frunció el ceño, y se encogió de hombros.) Como noticia de interés humano de esa mañana, la policía de un barrio de las afueras de Nueva Jersey había comunicado que...

—Turner...

Apagó la recopilación de noticias y se volvió para encontrar a Angie en la puerta del despacho.

—¿Cómo estás, Angie?

—Bien. No tuve sueños. —Abrazó el enorme jersey negro que la envolvía, y lo miró desde el fondo de un lacio flequillo de pelo castaño.— Bobby me enseñó dónde hay una ducha. Una especie de vestuario. Iré allí dentro de poco. Tengo el pelo horrible.

Turner se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. —Has aguantado todo esto muy bien. Pronto estarás fuera de aquí.

Angie suspiró. — ¿Fuera de aquí? ¿Adonde? ¿Quizás en Japón?

—Bueno, puede que no sea Japón. Puede que no sea la Hosaka.

—Ella vendrá con nosotros —dijo Beauvoir.

—¿Por qué querría yo ir?

—Porque —explicó Beauvoir— nosotros sabemos quién eres. Esos sueños tuyos son reales. Conociste a Bobby en uno de ellos, y le salvaste la vida, lo libraste del hielo negro. Dijiste: «¿Por qué te están haciendo esto...?».

Angie abrió los ojos asombrada, miró fugazmente a Turner, y de nuevo a Beauvoir.

—Es una larga historia —continuó Beauvoir, y está abierta a distintas interpretaciones. Pero si vienes con nosotros, si regresas con nosotros a los Proyectos, podremos enseñarte cosas. Podemos enseñarte cosas que nosotros no entendemos, pero que tú quizá sí...

— ¿Por qué?

—Por lo que tienes dentro de la cabeza —Beauvoir hizo un gesto solemne, para luego subirse la

montura plástica de sus gafas—. No tienes por qué quedarte con nosotros, si no quieres. De hecho, sólo estamos aquí para servirte...

—¿Servirme a mí?

—Como he dicho, es una larga historia... ¿A usted qué le parece, señor Turner?

Turner se encogió de hombros. No se le ocurría ningún otro lugar a donde ella pudiera ir; la Maas pagana por recuperarla, sin duda, viva o muerta, y la Hosaka también. —Tal vez eso sea lo mejor —dijo.

—Quiero quedarme contigo —dijo Angie—. Jackie me cae bien, pero, claro, ella...

—No te preocupes —dijo Turner—. Ya lo sé. —No sabes nada, gritó una voz dentro de él.— Estaremos en contacto... —Nunca volverás a verla.— Pero hay una cosa que será mejor que te diga ahora. Tu padre ha muerto. Se suicidó. Los equipos de seguridad de la Maas lo mataron; los mantuvo a raya mientras tú salías de la meseta con el ultraligero.

—¿En serio? ¿Es cierto que los mantuvo a raya? Quiero decir, podía sentirlo, que estaba muerto, pero...

—Sí —dijo Turner. Sacó de su bolsillo la cartera negra de Conroy, y le puso el lazo al cuello—. Ahí dentro hay un biosoft. Para cuando seas mayor. No cuenta toda la historia. Recuerda eso. Nada cuenta toda la historia, nunca...

Bobby estaba de pie junto a la barra cuando el tipo grandote salió del despacho de Jammer. El tipo grandote fue hasta donde la muchacha había estado durmiendo y recogió su sufrido abrigo militar, se lo puso, y caminó hasta el borde del escenario donde yacía Jackie , tan pequeña, bajo el abrigo negro. El hombre se metió la mano en el abrigo y sacó el arma, la descomunal Smith & Wesson táctica. Abrió el cilindro y extrajo los cartuchos, los metió en el bolsillo de su abrigo y luego dejó el arma junto al cuerpo de Jackie , con cuidado de no hacer ningún ruido.

—Lo hiciste bien, Conde —dijo, volviéndose hacia Bobby, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—Gracias, hermano. — Bobby sintió que una marejada de orgullo atravesaba su aturdimiento.

—Hasta la vista, Bobby. —El hombre fue hasta la puerta y se puso a manipular los distintos cerrojos.

— ¿Quieres salir? —Bobby corrió hacia la puerta.— Aquí, Jammer me enseñó. ¿Te vas? ¿Adonde quieres ir? —Y la puerta quedó abierta, y Turner se alejaba entre los puestos desiertos.

—No lo sé —contestó, sin detenerse—. Primero tengo que comprar ochenta litros de queroseno, des pues pensaré en eso...

Bobby se quedó mirándolo hasta que desapareció por la detenida escalera mecánica; entonces cerró la puerta y echó el cerrojo. Sin mirar hacia el escenario, pasó junto a Jammer, llegó a la puerta del despacho y se asomó. Angie estaba llorando, con la cara apoyada en el hombro de Beauvoir, y Bobby sintió un cuchillazo de celos que lo tomó por sorpresa. El teléfono estaba reciclando, a espaldas de Beauvoir, y Bobby vio que era la recopilación de noticias.

—Bobby —dijo Beauvoir—, Ángela se viene a los Proyectos a vivir con nosotros. ¿Quieres venir tú también?

En la pantalla del teléfono apareció la cara de Marsha Newmark, Marsha-mamá, su madre: «...ticias de interés humano de esta mañana, la policía de un barrio suburbano de Nueva Jersey comunicó que una ve ciña cuyo edificio fue objeto de un reciente bombardeo, se sorprendió anoche cuando regresaba de descu...».

—Sí —se apresuró a decir Bobby—, claro que sí, hermano.

35. Tally Isham

—Es buena —dijo el director del equipo, dos años más tarde, mojando un trozo de pan en la laguna de aceite oscuro que había en el fondo de su cuenco de ensalada—. Realmente, es muy buena. Un trabajo muy rápido. Hay que concederle eso, ¿verdad?

La estrella rió y cogió su vaso de resina helada. —La detestas, ¿no es así, Roberts? Te parece que

tiene demasiada suerte, ¿verdad? Todavía no ha dado ni un paso en falso... —Estaban apoyados contra la tosca balaustrada de piedra, mirando el barco de la noche que salía para Atenas. Dos niveles más abajo, en dirección del puerto, la chica yacía a sus anchas sobre una cama de agua, bañada, desnuda, con los brazos extendidos, como si estuviese abrazando lo que quedaba de sol.

Él se metió el pan remojado en aceite en la boca y lamió sus estrechos labios. —De ninguna manera. No la detesto. No se me ocurriría ni por un minuto.

—Su novio —dijo Tally cuando una segunda figura, un muchacho, apareció en el techo debajo de ellos. El chico tenía pelo oscuro y llevaba puesta ropa deportiva francesa, informal pero costosa. Mientras miraban, fue hasta la cama de agua y se acuclilló junto a la chica, estirando el brazo para tocarla—. Es hermosa, Roberts, ¿no te parece?

—Bueno —dijo el director del equipo—, he visto sus «antes». Es todo cirugía. —Se encogió de hombros sin dejar de observar al chico.

—Si has logrado ver mis «antes» —dijo ella—, alguien lo pagará muy caro. Pero ella sí que tiene algo. Buenos huesos... —Bebió un sorbo de vino.— ¿Será ella? ¿La nueva Tally Isham?

Él volvió a encogerse de hombros. —Mira a ese imbécil —dijo—. ¿Te das cuenta de que en este momento está ganando un sueldo casi tan grande como el mío? ¿Y qué es lo que hace para ganarlo, exactamente? Un guardaespaldas... —Frunció los labios, estrechos y amargos.

—Él la mantiene feliz. —Tally sonrió.— Fueron contratados en bloque. Es una cláusula extra de su contrato. Ya lo sabes.

—Ese hijo de puta me repugna. Es un cualquiera y lo sabe y no le importa. Es basura. ¿Sabes lo que lleva entre su equipaje? ¡Una consola de ciberespacio! Ayer estuvimos detenidos tres horas, en la aduana turca, cuando encontraron el maldito aparato... —Meneó la cabeza.

Ahora el chico se puso de pie y caminó hasta el extremo del techo. La chica se irguió, mirándolo, quitándose el pelo de los ojos. Él permaneció parado allí durante un buen rato, observando las estelas de los barcos que iban a Atenas; ni Tally Isham, ni el director del equipo, ni Angie sabían que lo que veía era una gris extensión de edificios de Barrytown con las oscuras torres de los Proyectos como cresta.

La chica se levantó, cruzó el techo hasta donde él estaba, y le tomó la mano.

—Y mañana, ¿qué? —preguntó Tally, finalmente.

—París —respondió Roberts, abriendo su carpeta Hermés y revisando un delgado fajo de folios amarillos—. Esta mujer, Krushkhova.

—¿La conozco?

—No —dijo él—. El tema es el arte. Ella dirige una de las dos galerías más de moda de París. Su historial de vida no es gran cosa, aunque sí hay alguna insinuación de algo raro al inicio de su carrera.

Tally Isham asintió, ignorándolo, y miró cómo su sustituía abrazaba al chico de cabello oscuro.

36. El bosque de ardillas

Cuando el niño cumplió siete años, Turner tomó la vieja Winchester de caja de nailon de Rudy y caminaron juntos por la vieja carretera, en dirección al claro.

El claro era ya un sitio especial, porque su madre lo había llevado allí el año anterior, y le había enseñado un avión, un avión de verdad, entre los árboles. Se asentaba poco a poco en la tierra, pero te podías sentar en la cabina y fingir que lo pilotabas. Era un secreto, había dicho su madre, y sólo podía hablar de él con su padre y con nadie más. Si ponías la mano en la piel de plástico del avión, la piel cambiaba de color, y quedaba una huella del mismo color de tu mano. Pero esa vez su madre se había puesto rara, y lloró y quiso hablar del tío Rudy, a quien no recordaba. El tío Rudy era una de las cosas que él no comprendía, como algunos de los chistes de su padre. Una vez le había preguntado a su padre por qué era pelirrojo, de dónde lo había sacado, y su padre se había echado a reír y dijo que había sido cosa de un holandés. Entonces su madre arrojó una almohada a su padre, y él nunca supo quién era el holandés.

En el claro, su padre le enseñó a disparar, colocando ramas de pino contra el tronco de un árbol.

Cuando el niño se cansó de aquello, se acostaron boca arriba a observar las ardillas. —Le prometí a Sally que no mataríamos nada —dijo su padre, y le explicó los principios básicos de la caza de ardillas. El niño escuchaba, pero parte de él soñaba con el avión. Hacía calor, y podías oír el zumbido de las abejas, cerca, y el agua entre las rocas. Cuando su madre se puso a llorar había dicho que Rudy era un buen hombre, que él le había salvado la vida, que una vez la había salvado de ser joven y estúpida, y otra vez de un hombre muy malo...

—¿Eso es verdad? —preguntó a su padre cuando éste terminó de explicarle lo de las ardillas—. ¿Son tan tontas que siguen viniendo aunque las maten?

—Sí —dijo Turner—, es cierto. —Y sonrió.— Bueno, casi siempre...

FIN